
QUERIDO CUPIDO,
ESTE AÑO
QUIERO TENER
NOVIO
¡QUIERO ESTAR
SOLTERA!
ANNY PETERSON
I HATE YOU

~~QUERIDO~~ CUPIDO,



ESTE AÑO...



¡QUIERO ESTAR SOLTERA!

ANNY PETERSON

Lady fuxia



Este libro no podrá ser reproducido, distribuido o realizar cualquier transformación de la obra ni total ni parcialmente, sin el previo aviso del autor. Todos los derechos reservados.

Los nombres, personajes, lugares y sucesos que aparecen son ficticios. Cualquier parecido con la realidad es mera coincidencia. Los fragmentos de canción que aparecen se han utilizado para darle más realismo a la historia, sin intención alguna de plagio.

Titulo original: Cupido, este año… ¡quiero estar soltera!

Copyright ©Anny Peterson, 1ª edición febrero 2025

Diseño de la portada: Lady Fuxia.

ÍNDICE

1. Crazy, Stupid, Love
2. La La Land
3. ¿Qué les pasa a los hombres?
4. Orgullo y Prejuicio
5. Pretty Woman
6. Amor Ciego
7. El amor tiene dos caras
8. Diez razones para odiarte
9. Los Juegos del Hambre
10. Dirty Dancing
11. Titanic
12. Persuasión
13. Crepúsculo
14. Amor y otras drogas
15. Adictos al amor
16. Cómo perder a un chico en diez días
17. Leyendas de pasión
18. Instinto Básico
19. Amor y otras cosas imposibles
20. Posdata: te quiero
21. Una Cuestión de Tiempo
22. Lo que el viento se llevó
23. Troya
24. La Cruda Realidad
25. Después de ti
26. Sin Compromiso
27. Novia a la Fuga
28. Una Proposición Indecente
29. El lado bueno de las cosas
30. Pearl Harbour
31. Bajo la misma estrella
E1. Cásate conmigo
E2. ¡Mamma Mía!
Agradecimientos
Sobre el autor

1
CRAZY, STUPID, LOVE



Siempre he sido una chica enamoradiza. No me hace falta visitar la Terminal de Llegadas de Heathrow para ver el amor en todas partes. Digamos que Cupido me ha acribillado a flechas desde que tengo uso de razón. Soy de las que se ha colgado por amigos, profesores y hasta por un primo lejano, pero ha llegado el momento de pararle los pies a ese enano volador miope, porque la última que me hizo, fue demasiado…

¡Ding dong!

Esa es la conclusión a la que llego mientras sufro una crisis de ansiedad con la espalda apoyada en la puerta de mi casa.

Estoy decidida a no abrirle al último chico que besé en ese maldito trance de locura transitoria.

—Sé que estás ahí, Arizona, abre, te oigo respirar.

Mi corazón comienza a latir frenético. ¡¿Qué coño hace aquí?! ¡No quería volver a verle en mi vida!

Supe que era un tío peligroso desde que lo vi apoyado en la barra con ese clásico aire de «soy demasiado sofisticado para estar aquí». Llevaba un traje ostentosamente caro, como si acabara de salir de una reunión en Wall Street, y tenía esa mirada capaz de hacerte confesar tus pecados más oscuros.

Más tarde me enteré de que es uno de los mejores abogados de Gran Bretaña y también el mayor cabrón del planeta.

Siempre me han atraído los hombres misteriosos, pero en ningún momento se me pasó por la cabeza que ese espécimen formara parte de la despedida conjunta de mi prima Nataly con su reciente prometido Andrew. ¡Y mucho menos que fueran familia!

¡No se parecía en nada a «los cafres Norton»!

Ellos eran unos auténticos *bad boys* de barrio con tatuajes, pendientes y miradas perdonavidas, pero ese adonis trajeado era el típico esnob de clase alta con gustos sexuales perversos por un posible trauma con su mami.

Seré masoca, pero me gustaban todas sus sombras.

Esa noche yo iba vestida para matar porque quería olvidar que mi negocio *Sin Límites* estaba a punto de irse al garete en un dramático giro de los acontecimientos. Todo fue culpa de un cliente que me había denunciado por negligencia.

Mi empresa se dedicaba a hacer realidad los sueños más locos de la gente. ¿Te apetece pedir matrimonio en la Antártida rodeado de entrañables pingüinos? ¿Quizá en mitad de un salto base? ¿O sorprender a alguien con un *flashmob* en pleno Times Square? El cielo era el límite. Aunque, ahora que lo pienso, quizá no fue buena idea ponerle ese nombre… *Sin Límites.* Era evidente que algún día me explotaría en la cara.

El cliente problemático era un pez gordo que tuvo un accidente durante una actividad y el litigio que tuve con él no podía haber acabado peor. Pero en la despedida tenía que fingir una enorme sonrisa, a pesar de mi negocio hundido, mi reputación destruida, y el agujero negro que había aparecido en mi pecho donde antes solía estar mi autoestima.

«¡Arriba ese ánimo!», me azucé mentalmente.

Tenía que estar bien por Nataly. Aparte de mi prima, era mi mejor amiga y se merecía celebrar por todo lo alto que dejaba atrás la vida de esclavitud emocional que tan infeliz le había hecho, y ahora cabalgaba hacia un matrimonio ideal con el hombre de sus sueños. Además, estaba preñada de amor del bueno y debía esforzarme por vomitar arcoíris con ella.

En circunstancias normales no habría tenido problema en sumarme a su alegría. Hace tan solo diez días, mi vida era todo lo que siempre había deseado:

Tenía mi propio piso alternativo con un atrapasueños en cada rincón y el olor a incienso reinaba en el ambiente. También contaba con una cama con un dosel bohemio que hacía que cualquiera se sintiera sexi en ella, y mi gato Sultán era el más feliz del universo en su jungla de árboles rascadores. Pero ahora todo eso estaba en peligro…

Todavía no le había contado a nadie que mi vida profesional estaba más sentenciada que el Titanic. Y no pensaba hacerlo. Esa noche quería dejarme llevar. No me vendría mal una alegría para el cuerpo para sobrellevar todo ese estrés.

Me pavoneé delante de ese oscuro hombre trajeado sin ningún tipo de pudor, dejando que sus ojos, de un azul que casi daba miedo, se clavaran en mi cara sin clemencia.

Me mantuvo la mirada más tiempo del permitido para quien quiere esconder su interés, y yo tampoco la aparté, dejándole entrever mi osadía.

Fue un auténtico choque de trenes.

Es lo que ocurre cuando dos personas con cargas químicas similares se encuentran en el cosmos, que la fuerza de atracción provoca un enlace cuántico sin precedentes.

Bien… Esa fue la flipada amorosa número uno de la noche. Ya me iréis conociendo…

Ya llevaba unos cuantos chupitos de tequila, mano a mano con Nataly (ella sin alcohol), cuando aterricé a su lado en la barra, dispuesta a pedir otro con voz coqueta.

—¿Puedo invitarte? —formuló enigmático el trajeado cuando traté de llamar la atención del barman.

—¿Por qué harías eso? —dije taimada.

—Porque puedo.

—Yo también puedo pagarme mi bebida, gracias —Aunque eso no era del todo cierto… ¡Estaba en la ruina!

—Ya, pero puedes disfrutar del lujo de que yo quiera invitarte.

—¿Por qué? —pregunté melosa. Quería que se mojase, que admitiera que había sentido mi fuego y que su mecha quería prender conmigo.

—Porque me recuerdas a alguien…

—¿Qué te pongo? —me preguntó el camarero.

—Un *gin-tonic*.

—A mí ponme un Gimlet —añadió dejando un billete de cincuenta libras encima de la barra.

—¿A qué te dedicas, generoso desconocido de traje caro?

—Soy abogado. ¿Y tú?

—Hada madrina. —Sonreí ufana—. Concedo deseos por un módico precio…

—Entonces es mi noche de suerte —musitó lascivo sin romper el contacto visual. No era nuevo que un tío me mirara con deseo, pero era intrigante saber por qué lo hacía uno que podía tener a cualquier chica del local. ¿A quién le recordaba? ¿Quizá a una exnovia alocada que tuvo en la universidad antes de convertirse en el ser todopoderoso que era?

Al instante quise saberlo todo de él. ¿Qué hacía allí solo? ¿En qué consistía el problema que alimentaba su aura negra? Porque parecía un trozo de meteorito perdido en una montaña de oro. Es decir, sombrío, opaco, pero intrigante.

—¿Eres de Londres? —pregunté enigmática. «¿O del planeta Tierra?».

—No, solo estoy de paso.

—Lo sabía… —musité divertida.

—¿Por qué?

—Porque me ha dado la sensación de que no encajas aquí.

—Últimamente no encajo en ninguna parte…

Esa frase llamó mi atención. Era como si la providencia lo hubiera puesto en mi camino y estuviéramos destinados a encontrarnos…

¡Din, din, din! Flipada amorosa número dos.

¿Veis? Estas son las típicas gilipolleces místicas que me digo a mí misma y que suelen meterme en líos.

—¿Y qué te trae por aquí? —pregunté invadiendo su espacio vital con la excusa de que la música estaba demasiado alta.

Había algo sexi en ese tipo de acercamientos en los bares, y estoy segura de que él pensó lo mismo, porque su reacción a mi cercanía no se hizo esperar. Sus pupilas se dilataron, se mojó los labios y casi pude sentir cómo su entrepierna se tensaba. Me recordó a alguien a dieta al que le ponen una tarta al alcance de sus fauces.

Deseaba darme un bocado, pero algo se lo impedía, y no era el hecho de que acabáramos de conocernos, era otra cosa. Una que se me antojó irresistible averiguar.

—Andrew me invitó a su despedida —dijo de pronto—. Y no quise disgustarle.

—¡¿Conoces a Drew?! —pregunté sorprendida.

—Un poco…

—¡¿No me digas?! ¡La novia es mi prima carnal! —exclamé ilusionada. A partir de ese momento, comenzamos a hablar de ellos sin parar y le conté su entrada triunfal en nuestra familia.

Siempre he sido muy teatrera y exagerada contando ese tipo de anécdotas y me encantó arrancarle pequeñas sonrisas furtivas mientras me escuchaba. Tenía la sensación de que eran muy caras de ver en él.

Ojalá pudiera decir que al saber que era un conocido de Andrew abandoné la idea de terminar la noche con él, pero fue al revés, esa ligera confianza de descubrir que no era un asesino en serie fue ganando terreno de forma inesperada. Me apoyé en su brazo cuando me dio por reír con

fuerza y él no se cortó en tocarme el pelo para preguntarme si era mi color natural.

—Me fascinan las pelirrojas…

Cuando dijo eso supe que su muralla de tipo duro se había debilitado por culpa del alcohol. Porque ese tipo de hombres jamás desvelaría una vulnerabilidad así en su sano juicio. Se estaba dejando llevar tanto como yo. Como si lo necesitase. ¿Qué problema le atormentaría a él?

Terminé de confirmarlo cuando estudió mi boca con descaro en un descuido lujurioso. Ambas lenguas nos estaban pidiendo a gritos que dejáramos de hablar y las usáramos para otra cosa más placentera. El lenguaje corporal no miente, pero… ¡¿por qué no me entraba de una maldita vez?!

No me gustaba tomar la iniciativa con los hombres.

Adoraba ese momento de llevar a un tío al límite y que se lanzara en barrena a devorarme.

—Dime una cosa, ¿por qué una chica como tú no tiene novio? —preguntó apoyando el codo en la barra de una forma que me daba un acceso directo a su torso si quería llegar hasta su oído.

—¿Una chica como yo? —Sonreí tunanta.

—Sí, ya sabes, extrovertida, creativa, preciosa…

Esa última palabra rebotó entre los dos acrecentando nuestras ganas de besarnos. Me tenía prácticamente en sus garras y yo ansiaba entregarme sin oponer resistencia. ¡¿A qué esperaba?!

Podía haberle dicho la verdad. Haberle confesado mi oscuro secretito, y es que, me enamoraba fuerte y rápido de cualquiera, pero cuando la relación se volvía más seria, perdía el interés el doble de deprisa. Era como una especie de maldición. Pero en el fondo sabía que las relaciones a largo plazo no estaban hechas para mí. Yo quería adrenalina, aventuras, embarcarme en mil proyectos, y la vida no estaba hecha para que una mujer con esas aspiraciones tuviera estabilidad y familia. Por suerte, mi instinto maternal era como el WIFI en el campo: inexistente, pero no venía a cuento explicarle todo eso a mi presa de una noche.

—¿Cómo sabes que no tengo novio? —le seguí el rollo juguetona, apoyándome en su pecho.

Él esquivó mi cara para susurrarme al oído de forma sensual:

—Porque si lo tuvieras, no creo que se arriesgara a dejarte sola más de cinco minutos… Alguien podría comerte viva.

¿Caníbal y posesivo? ¡Me lo pido!

Me mojé los labios en un acto reflejo y él registró el gesto con expresión hambrienta. Estaba a punto de hacer una locura.

—¿Y si quiero que alguien me coma esta noche…?

—¿Eso es lo que quieres? —preguntó a cinco centímetros de mi cara, rozando la delicada piel de mi cintura con sus dedos.

Ese toque me desequilibró por completo.

¡Jamás un tío me lo había puesto tan difícil!

¿Cómo era posible que la pelota volviera a estar en mi tejado?

Perdí la mirada en sus labios pensando en la pregunta que acababa de hacerme. ¿Era lo que quería? La respuesta nunca había estado tan clara ni tan cerca. Tanto que quemaba.

Me gustaría deciros que me incliné y nuestros labios se rozaron con suavidad, pero estaría faltando a la verdad. Lo cierto es que me abalancé sobre su boca y nuestras lenguas chocaron húmedas y sucias.

El énfasis con el que respondió me desarmó por completo.

No sé cómo debió verse desde fuera, pero fue el morreo más sórdido que jamás me he dado con nadie. Su forma de besar, tan ardiente y descarnada, no se correspondía con su talante frío y serio, más bien se parecía a la de…

—¡Arizona! —gritó alguien a mi lado. Era Nataly con cara de espanto—. ¡¿Qué estás haciendo?!

Me costó unos segundos centrarme en otra cosa que no fuera la alarmante humedad de mis bragas.

—¿Qué ocurre?

Nataly miró al trajeado de forma acusadora. Y de pronto caí en la cuenta de que ni siquiera sabía su nombre.

—¿Tommy…? —balbuceó Andrew confuso llegando a nuestro lado—. ¿Qué coño es esto…?

—No es nada… —contestó el aludido con rapidez.

—Vuestras lenguas dando vueltas de campana no parecían nada —expuso Nataly cruzándose de brazos. Después me miró ceñuda—. Es el hermano de Andrew… ¡y está casado!

Esa información me cayó encima como una jarra de agua helada.

«¡¿Casado?!».

Si algo no soportaba era a los mentirosos con una doble vida. ¡Y me gustaba todavía menos que me tomaran por tonta!

—¡¿Pero tú de qué vas?! —le increpé asqueada.

El susodicho apartó la vista con aire de superioridad.

—Venir ha sido un error —masculló. Y acto seguido, desapareció.

—¡Espera, Tommy! —gritó Andrew yendo detrás de él.

Eso me sentó todavía peor.

¡Andrew y yo nos habíamos convertido en *best friends* el último año!, y aquel era el hermano gilipollas que siempre le había hecho sentir inferior. ¿Por qué le perseguía?

—¿Estás bien? —me preguntó Nataly preocupada.

—No… En realidad, nada va bien. ¡Ni siquiera quedan hombres decentes en el mundo! —clamé dolida.

Me sentí tan mal (y estaba tan ebria) que se me encharcaron los ojos sin poder evitarlo.

—¡Ari…! —dijo Nataly sin dar crédito—. ¡¿Qué te pasa?!¡Me estás asustando! ¡Tú nunca lloras!

Que bajara la cabeza, humillada, lo empeoró todo.

Al final tuve que contarle que las cosas se habían torcido bastante en *Sin Límites,* y que me pedían noventa mil libras para solucionarlo, no fuera a pensar que me había afectado de más que ese mamarracho se marchara.

Lo que no me explico es qué hace en mi puerta después de un mes, tuteándome…

Para empezar, ¿cómo ha sabido dónde vivo?

¡Andrew es un maldito bocazas!

2
LA LA LAND



—Arizona… —murmuro cansado.

—¡Deja de decir mi nombre! No tienes derecho a usarlo. ¡Yo no te lo dije! ¡Y tampoco mi dirección! ¿Te la ha dado el bocazas de tu hermano?

¿Quién si no? Soy listo, pero no tanto.

El metomentodo de Drew no podía dejarme en paz cuando me fui de la despedida, tenía que seguirme. Supuse que no quería desaprovechar la oportunidad de señalar que yo había hecho algo reprobable.

—¡Tommy, espera un segundo…! —gritó en plena calle.

Me detuve porque es mucho más atlético que yo y hubiera acabado placándome y echando a perder mi Hugo Boss.

Cuando lo tuve delante, su mirada era escéptica más que acusadora.

—¿Estás bien? ¿Qué ha pasado ahí dentro? ¿Por qué lo has hecho?

—No tengo por qué darte explicaciones…

—Ya, pero es que… ¡no me lo creo! Durante años escuchaba tu voz como un maldito Pepito Grillo cada vez que metía la pata. Me guste o no, siempre has sido mi brújula moral, ¡¿y ahora haces esto?! Perdona, pero sí necesito una explicación. Me siento estafado. ¿Sueles engañar a Marzia…?

Resoplé cansado.

Desde que Kyle y Drew habían sentado cabeza con las Evans, habíamos retomado el contacto. Y sobre todo, desde que mi padre resucitó gracias a mi nuevo sobrino Richi. Pero de ahí a abrirme en canal con él, había un trecho.

—Ya no estamos juntos, ¿vale? No la he engañado.

—¡¿CÓMO QUE YA NO ESTÁIS JUNTOS?!

—Nos vamos a divorciar.

—Ahora sí que no entiendo nada, ¡si erais la familia perfecta!

—¿De verdad te lo parecíamos?

Que guardara silencio me dejó claras muchas cosas.

Andrew no era ningún tonto, por eso me molestaba el doble que nunca hubiera querido aprovechar todo su potencial. Con ser guapo y popular parecía bastarle, por eso le apretaba tanto las tuercas, aunque quizá, los últimos años, me había pasado de vueltas…

Andrew había hecho las cosas bien últimamente y le debía reconocérselo.

—Es curioso que me haya dado cuenta gracias a vosotros, pero lo que tenía con Marzia no era real…

—¿Gracias a quién? —preguntó confuso.

—A Nataly y a ti. Yo nunca he tenido esa complicidad.

Su cara de alucine me chivó que me había pasado de la raya e intenté esquivarlo de nuevo. Era como un acto reflejo: huir de los sentimientos que me debilitaban.

—¡Por favor, no te vayas, Tommy! —Me agarró.

—Lo siento, no puedo quedarme.

—¿Por qué no? ¡Ha sido todo un malentendido!

—Porque la mujer que llevo toda la noche imaginando de rodillas, con mi polla en la boca y un brillo perverso en los ojos, es prima de tu mujer. Y no creo que le haga mucha gracia que me la tire a lo bestia…

—Bueno… Nataly todavía no es mi mujer —bromeó.

Mi boca intentó ensancharse, pero la contuve a tiempo.

—No quiero empezar con mal pie en su familia. Lo vuestro es para siempre. Dile que lo siento, y por favor, no le cuentes a nadie lo de mi separación. Me tengo que ir.

Me sentí aliviado de que no insistiera ni me persiguiera.

—Gracias por venir… —Le escuché decir a mi espalda y levanté una mano sin girarme—. Te llamaré…

Pero al final fui yo quien lo llamó, desesperado, una semana después.

—¿Va todo bien? —contestó Drew sorprendido.

Esa fue la prueba definitiva de que no había sido el hermano perfecto. Yo nunca llamaba, y si lo hacía, debía de significar que había sucedido algo terrible.

La única vez que lo llamé fue para invitarles en Nochevieja a mi casa cuando me enteré por casualidad de que Kyle había sido padre. Me sentó fatal que no quisiera contármelo. Sin duda, era su forma de decirme: «no te necesito, bro». Y no me gustó la sensación. En ese momento supe que había hecho mal en apartarlos de mi vida y haberles hecho creer que no me importaban, pero necesitaba espacio para demostrarme algo a mí mismo y no iba a ser fácil cambiar ese rol distante con ellos.

Le conté a Andrew que mi futuro pendía de un hilo. Que había llegado la oportunidad que llevaba esperando toda mi carrera: ser socio del mejor bufete de abogados de Gran Bretaña. Y para conseguirlo, nadie podía descubrir la situación de mi precario estado civil. Necesitaba un plan. Un parche.

—Arizona, ¿puedes abrir, por favor? Hablemos… —insisto apoyado en la puerta de una chica que me desprecia. Quién me ha visto y quién me ve, siempre tendré alma de perro callejero, pero hay mucho en juego.

—Si quieres verme, pide cita. Ahora no estoy visible.

—Es importante.

—De verdad que no entiendo qué haces aquí… —barrunta.

—Si me abres, podré explicártelo.

—Te oigo perfectamente desde este lado.

—Necesito que me hagas un favor… —Voy al grano.

—¡Ja! ¡¿Me tomas por idiota?! ¡No estoy para hacer favores a nadie! ¡Y mucho menos a un mentiroso como tú!

—¿Y si te pago cien mil libras?

Se hace un silencio prolongado y, tras unos segundos, oigo cómo se corren cerrojos y se abre la puerta de un tirón.

Intento disimular lo mucho que me impacta verla.

Solo la vi una vez, en un garito oscuro con luces de neón y medio beodo, pero no me equivocaba, ¡el parecido con Marzia es increíble! Misma melena pelirroja, mismas pecas sexis sobre las mejillas y la nariz, y ese desafiante fuego en la mirada.

—Estás de broma, ¿no? ¡¿CIEN MIL LIBRAS?!

—Nunca bromeo con el dinero —contesto certero.

Mi vista resbala por su cuerpo para hacerle un repaso exhaustivo. Su pijama de Hello Kitty llama mi atención. No se parece en nada al vestido de *femme fatale* que llevaba en la despedida, pero resulta excitante que la fina tela marque sus pezones desvelando que no lleva sujetador.

—Bonito pijama…

—Corta el rollo. ¿No será ilegal ese favor que vienes a pedirme? —dice frunciendo el ceño.

—Ilegal no. ¿Ético?, depende de cómo se mire.

—Lo sabía… ¿Qué tendría que hacer exactamente?

—Fingir ser mi mujer durante cinco días.

—¡¿QUÉ?! ¡Serás pervertido! ¡No pienso firmar ningún acuerdo de confidencialidad ni dejar que me ates para pegarme por muy guapo que seas, ¿te queda claro?!

Arrugo el ceño.

—No se trata de eso. Acudirías conmigo a un congreso de abogados en Barbados. El bufete nos paga una estancia en el hotel Hilton durante unas convivencias de cinco días. Cuatro noches en realidad.

Veo que abre la boca alucinada.

—El trato no incluye ningún tipo de acercamiento romántico ni sexual —añado enseguida—. Habrá dos camas dobles en la habitación. Solo tendrás que sonreír y fingir que mi matrimonio sigue siendo un éxito…

Su cara cambia de golpe al entender a dónde quiero llegar.

—Pero entonces…

—Ya estábamos separados el día de la despedida —aclaro—, pero si mi bufete se entera de que voy a divorciarme, nunca me harán socio. Y están a punto de otorgar el ascenso a alguien. Este viaje es una última entrevista personal… Y quiero que me ayudes a superarla. Te pagaré bien.

—¿Por qué yo? —pregunta extrañada—. Seguro que un montón de chicas estarían encantadas de ir gratis…

Me muerdo los labios. «Es lista».

—Porque hace años conocieron a mi mujer… y tú te pareces mucho a ella.

La información le sorprende e indigna a partes iguales.

—¿Que me parezco a tu mujer? —repite molesta—. Joder…, ¡esto es increíble! ¡Eres un puto psicópata! ¿Esa noche podía haber acabado descuartizada, verdad? ¡¿Por qué nunca hago caso a mi primer instinto?!

—Te dije que me gustaban las pelirrojas —le recuerdo.

Así que no puede quejarse. No me molesté en ocultar mi enfermiza fascinación por su pelo y por ella en general. Había tenido un mal día, una mala semana y un mal mes lleno de discusiones con Marzia. Y ella fue como un soplo de aire fresco en un jodido universo paralelo.

—Sinceramente, me parece ofensivo que para ser socio tengan en cuenta tu vida sentimental —alude categórica.

—Yo no dicto las normas. Buscan a alguien con cierta estabilidad emocional. Fiable.

—Porque los solteros no somos de fiar, ¿no?

—En ese mundo, la soltería no es *cool*, es más bien un estigma. Puede significar que nadie te soporta…

La expresión de su cara me demuestra que he vuelto a cagarla.

—¡Pues búscate a otra pelirroja! A mí déjame en paz.

Hace ademán de cerrar la puerta y la paro con el pie.

—Sé que necesitas el dinero —me arriesgo a decir. Y pone peor cara todavía.

—¡Pues dile al bocazas de tu hermano que no estoy en venta!

El portazo no es suficiente para librarme del desconcierto.

¿Quién, en su sano juicio, rechazaría cien mil libras por unas vacaciones pagadas?

INCREÍBLE…

Los tenía bien puestos, los ovarios.

Otra cosa no, pero tengo buen ojo para las mujeres de armas tomar. Siempre lo he tenido. Lo tuve con Marzia la primera vez que la vi en un simposio sobre las nuevas leyes aprobadas por el Tribunal Supremo y lo tuve con Ava Knightley, una chica de mi instituto de la que estaba enamorado y que ahora es una famosa actriz de Hollywood. Pero ese es otro tema…

Marzia, la que terminó siendo la madre de mis hijos, era una preciosa joven de veinticinco años rodeada de NPCs (*non playable character*) trajeados en el lugar más inhóspito de la Tierra, el edificio del Ministerio de Justicia.

¿Cómo no iba a fijarme en ella?

Destacaba en medio de una marea oscura con un vestido blanco vaporoso de elfa de los bosques y no dejaba de sonreír con una ingenuidad hilarante.

No tardé en descubrir que era hija de uno de los jueces más importantes del tribunal constitucional, el Juez Robins, un hombre al que idolatraba desde la facultad, y mi interés por ella no cejó hasta conseguir una cita. Era un maldito mirlo blanco y tenía que ser mía. No solo me atraía ella, sino entablar relación con su padre y aprender todo lo que pudiera de él. Su estatus podía abrirme muchísimas puertas, y así fue. Nada como tener contactos para ganarte un hueco en ese mundillo. Aunque de nada hubiera servido si yo no fuera brillante en mi trabajo. Fue la jugada perfecta. Pero conseguir la posición que siempre había soñado me costó tener que morderme la lengua más veces de las que quisiera…

Por eso, cuando Kyle y mi padre vinieron a visitarme hace un par de Navidades y señalaron con burla el despliegue de ostentación en el que se había convertido mi vida, reaccioné mal.

—¿Has conseguido todo esto sin traficar? —me vaciló Kyle.

«¡Me lo he ganado yo solito!», grité mentalmente, pero me corté de decirle que llevaba años trabajando hasta las dos de la madrugada mientras él se divertía con sus amigotes, follaba con chicas ardientes y jugaba a videojuegos inocuos. ¡Videojuegos que a mí también me flipaban!

La realidad es que me molestaba porque yo no había podido disfrutar de nada de eso. Todo lo que hacía era siempre por trabajo. Tomar una copa en el Club de tenis, casarme, acudir a fiestas solidarias… Estaba tan acostumbrado a ser lo que los demás esperaban que fuera, que ya no

sabía ni quién coño era.

Arizona, sin embargo, es una mujer que no se deja chulear ni cosificar ni subestimar. Una vez más, las Evans demuestran ser gente admirable que merece la pena.

Salgo del edificio de apartamentos con el teléfono en la oreja.

—¿Drew? Soy yo. Arizona me ha dado con la puerta en las narices…

—¡Te lo dije! —se ríe, el mamón.

—¡Fuiste tú el que me convenció para llevar a cabo esta locura de plan!

—Sí, pero te advertí que no sería fácil. Arizona no es un alma caritativa como Nataly, es una jodida pantera, pero es la chica que necesitas si no quieres quedar en ridículo en ese examen personal. Arizona no solo se parece a Marzia, sino que te hará parecer mejor a ti.

—¿Y ahora qué hago? ¿Ofrecerle más dinero?

—Deja que hablemos con ella. No tardará en llamarnos para echarnos la bronca.

—No me queda tiempo, Drew, tenéis que convencerla como sea. ¡¿Por qué no acepta?! ¡Es un buen trato!

—Porque es orgullosa y no te perdona lo de la noche de la despedida. ¿Le has dicho que ya no estabas con tu mujer?

—Sí, pero le ha dado igual. Y se ha cabreado aún más cuando le he dicho que la necesitaba porque se parecían.

—Tommy, Tommy… ¿es que no sabes nada de mujeres?

—Sé cómo hacer que se les pasen estas pataletas de niña pequeña con orgasmos —digo mordaz.

Drew vuelve a reírse.

—Me ha abierto la puerta sin sujetador y mis dotes de abogado se han ido a la mierda. No sé hasta qué punto esto es una buena idea. La sangre no me llegaba al puto cerebro...

—Confía en mí. Arizona te hará ganar ese puesto.

—¿Cómo lo sabes?

—Porque es una Evans, hermano… Y tienen tendencia a arreglarnos la vida a los Norton.

3
¿QUÉ LES PASA A LOS HOMBRES?



Las CIEN MIL libras no abandonan mis pensamientos.

¡Qué bien me habrían venido! ¿Por qué soy tan orgullosa? Debe de ser un defecto de fábrica, porque la capacidad de Nataly para tragarse desplantes yo no la he heredado. Y si su madre, mi tía Rosaline, es una pesadilla andante, la mía no se queda atrás. La diferencia es que a mí me resbalaba todo lo que me diga, desde sus recomendaciones obsoletas y patriarcales a sus críticas constructivas hirientes. Yo sé quién soy y quién quiero ser.

Por suerte, extraje mis propios principios de la lectura y el cine que absorbí en mi infancia, y ahora soy una adulta con la conciencia muy tranquila que se dedica a disfrutar de cada minuto como si fuera el último, con una buena dosis de humor, naturalidad y desparpajo. Y me ha ido muy bien hasta ahora…

Bueno, hasta que Philip Grisham se cruzó en mi vida con sus mentiras, su amante y sus chanchullos de mierda.

Y francamente, Tommy Norton me parece un calco de esa toxicidad que te arrastra en su vorágine autodestructiva. Por eso lo he rechazado. Además de porque es un capullo integral, claro. Y odiosamente guapo.

El día de la despedida se fue sin dar ni media explicación, ¿y ahora necesita un favorcito? ¡Métete las CIEN MIL por el…!

La llamada que estaba esperando no tarda en llegar. Me armo de paciencia cuando leo el nombre de Nataly en la pantalla.

—Al habla su santidad, ¿dígame? —respondo irónica.

—Lo siento… —dice en vez de «Hola».

—Dime que tú no sabías nada y que no me has avisado porque tu perro se ha comido tu agenda…

—No tengo perro.

—Entonces es que lo eres tú. ¡Una perra traidora!

—Solo queremos ayudarte, Ari.

—Si hubiera querido ayuda, habría aceptado el dinero que me ofrecisteis. Voy a encontrar una

solución…

—¡Te la estoy dando! Tommy necesita un servicio y tú puedes llevarlo a cabo. No será dinero regalado.

—¡¿Te estás oyendo?! ¡Me ofrece participar en un engaño!

—¿Desde cuándo eres tan moralista? ¡Tú te apuntas a un bombardeo! ¿Es por él? ¿Te sientes despechada?

Lista es un rato, la cabrona.

—Nos besamos, Nat, y luego se piró. ¿Cómo voy a fingir amor con alguien al que solo tengo ganas de partirle la cara de un bofetón seco?

—Entonces, ¿tu problema es que sientes algo por él?

—No me provoques —advierto molesta—. Es solo que jugó con mis ilusiones en un momento muy vulnerable para mí y no se lo perdono. No me gustan los tíos como él. Alguien igual de interesado y egoísta acaba de joderme la vida, ¿sabes?

—Entonces es justo que el karma te envíe a alguien similar para que te la arregle.

Resoplo hastiada.

—No seas tonta, Arizona. Solo son cinco días en el Caribe, tomando caipiriñas, y solucionarás todos tus problemas. ¡Mejor, imposible!

Sus palabras me hacen reflexionar. Más de una vez mi orgullo me ha costado caro. Pero esto no es orgullo, ¡es dignidad!

«Ahora mismo tienes más deudas que dignidad», me recuerda una vocecilla.

Maldito señor Grisham…. ¡¿Quién le mandaría intentar impresionar a su amante a través de mi empresa?! ¡Regálale un crucero, imbécil, no una escalada extrema por el jodido desfiladero de Cheddar Gorge?

Se creería un gran deportista por andar veinte minutos diarios en la cinta de su despacho, y la pobre chica terminó con dos operaciones de rótula y una inmerecida fama de histérica. Porque claro, él debía conservar su imagen pública impoluta, y que les pillaran fuera de la ruta marcada buscando intimidad para hacer guarrerías, no ayudó mucho; tenía que culpar a alguien.

Todavía me clavo las uñas en la mano al recordar el juicio.

Primero la mortificaron a ella por convencerle de abandonar el camino seguro, ya sea porque le entró pánico o un calentón, eso no quedó claro, y luego culpó al guía, al material obsoleto y, finalmente, a todo el equipo de *Sin Límites.*

La ambulancia llegó rápido al lugar, pero no lo suficiente para evitar que se filtraran fotos y el escándalo se desatara.

El día del juicio, sentada en esa sala fría y gris, escuché cómo los abogados de ese politicucho contaban unos hechos totalmente distintos a lo que había sucedido. Yo era la villana de la historia porque había permitido que un equipo defectuoso fuera usado en una actividad peligrosa.

Intenté defenderme. Les expliqué que todo había sido exhaustivamente revisado antes de la actividad y que los clientes firmaron un contrato de exención de responsabilidad si se alejaban de la ruta marcada; también que Liam, nuestro guía, había seguido los protocolos de seguridad. Pero fueron implacables…

—¿Dónde estaba el guía en el momento del accidente?

—¿Cómo podían garantizar la seguridad si no había nadie presente de *Sin Límites* para supervisarlos?

Las preguntas caían como pisotones de elefante y no había forma de demostrar que ellos se habían escabullido sin permiso cuando Liam había hecho una parada para usar un matorral como

baño.

Cuando el juez leyó la sentencia, fue como si alguien atravesara mi tripa con un cuchillo. Debía pagar por las lesiones producidas, más los costes judiciales. Un pastón.

Además, Philip Grisham no perdió ni un segundo en enviar un comunicado de prensa, asegurando que su experiencia en *Sin Límites* había sido nefasta y que esperaba que mi empresa pagara por su negligencia.

Mis clientes empezaron a cancelar sus reservas una tras otra. Las llamadas dejaron de llegar. Y ahora estoy a punto de perder mi casa.

Respiro hondo y trato de calmarme.

Me han denegado una segunda hipoteca porque no tengo trabajo… Estoy atrapada.

«¡PUES COGE ESAS CIEN MIL LIBRAS!», grita mi sentido común.

Pero algo me frena: mi instinto de supervivencia.

El miedo que he sentido al ver a Tommy Norton otra vez, en la puerta de mi casa.

Pelo castaño claro a lo pincho, ojos azul royal, barba clara de una semana en una mandíbula cuadrada de lo más varonil… ¡Exacto! El típico hombre por el que podría perder la cabeza.

Su imagen de doberman recluido en un traje caro me da un morboso que apenas puedo disimular. Su mirada ávida y ambiciosa es la de alguien que no se detiene ante nada. Sus abultados hombros, sus labios carnosos y hasta su voz ronca te incitan a arrancarle la ropa… Por no mencionar lo cachonda que me pone que alguien sea capaz de contestarme a más de diez frases seguidas con la misma rapidez y locuacidad que yo.

¡¿De dónde ha salido ese tío?!

«Es abogado», discurro. Uno muy bueno. Pero lo que de verdad me impide aceptar es que tengo las mismas ganas de abofetearlo que de besarlo de nuevo.

—Pásame con Drew —digo pesarosa al teléfono—. Tú, ahora mismo, me caes mal, primita.

Nataly obedece con una sonrisa en la boca, la he notado.

—Hola, *bestie*. —La voz profunda de Andrew inunda la línea. ¿Cómo no me di cuenta de que eran hermanos? Tienen un deje macarra muy particular.

—No sé si todavía lo somos, señorito… Pero podrías mantener tu estatus con una condición —comienzo.

—La que tú quieras. Dispara.

—Tu hermano es uno de esos cabrones perfeccionistas que no solo te pagan por fingir ser pareja. Él te camela, te enamora y te folla como un campeón para que te marques el papelón de tu vida frente a sus jefes y el engaño cuaje. Dile que soy intocable y que no intente nada conmigo.

Andrew no disimula su bufido de risa.

—No te conviene que le diga eso, Ari. Ya ha saboreado tus labios, y decirle que eres intocable, podría hacer que su deseo por ti se desatara. A Tommy le gustan los retos y los consigue a toda costa. Si de verdad quieres evitarle, te recomiendo que hagas justo lo contrario: pónselo en bandeja. Sé más descarada, loca y barriobajera que nunca delante de sus amigos esnobs, eso le volverá loco. Te odiará y se le quitarán todas las ganas de empotrarte contra nada. Hazme caso…

Sonrío satisfecha.

—Eres un buen tío, Drew. Gracias por el consejo.

A veces me sorprende lo brillante que es, porque lo que ha dicho tiene todo el sentido.

—Tú sí que eres genial, Ari, y te lo agradezco infinito. Esto es muy importante para él y

quiero ayudarle.

—¿Por qué quieres ayudarle después de cómo te ha tratado?

—Porque quiero demostrarle que soy mejor que él y que yo no dejo tirada a la gente que necesita mi ayuda. Además, creo que quiere redimirse, pero no sabe cómo. Siempre ha sido el más listo de los tres, y en cierta manera, me halaga que retomar el contacto con nosotros le haya hecho darse cuenta de que algo fallaba en su vida. Para mí, esa revelación lo compensa todo.

—Pásame el teléfono de Tommy.

—Gracias, Ari. De verdad. Y mucha suerte fingiendo ser una chiflada. Yo me divertí mucho cuando lo hice con Nataly… Me cambió la vida.

—Yo no quiero cambiar de vida, solo que todo vuelva a ser como antes.

Se hace un silencio extraño.

—Lo dicho. Mucha suerte, Evans…

Cuando colgamos le escribo un wasap a Tommy.

Arizona:

«De acuerdo, acepto el trato.
Mándame un *email* a ArizonaEvans69@gmail.com con el itinerario del viaje, tarjeta de embarque y la información».

Tom.N.:

¿Quién eres?

Arizona:

¿Te crees gracioso?

Tom.N.:

Creía que tenías sentido del humor.

Arizona:

Envíame ese *email* y anota mis datos para el pago.

Tom.N.:

Nunca pongas números de cuenta ni claves en WhatsApp. No sabes hasta dónde llega la cyberpiratería.

Arizona:

Pues te los paso por *email* cuando me lo mandes tú.

Tom.N.:

Vale, pero cobrarás al final de los cinco días.

Arizona:

Los servicios se pagan por adelantado, ¿no lo sabías?

Tom.N.:

Este no.
Nada te impide dejarme tirado el segundo día
o ni aparecer en el aeropuerto.

Arizona:

Cree el ladrón que todos son de su condición…

Tom.N.:
Tendrás tu dinero. Puedes confiar en mí.

Arizona:
¿Pase lo que pase?

Tom.N.:
¿Qué quieres decir?

Arizona:
Yo no sé si tus jefes se van a tragar el engaño.
¿Y si alguien me reconoce?
¿Y si tu ex se presenta allí?
¿Y si aun así no consigues el puesto de socio?
Pueden pasar muchas cosas…

Tom.N.:
Pase lo que pase, cobrarás.

Arizona:
¿Cuándo?

Tom.N.:
Te haré una transferencia el último día de Barbados.

Arizona:
Bien. Espero tu *email*.

Tom.N.:
Ok.

Joder, ¡ni siquiera me ha dado las gracias! Qué tío más majo…

«Pero va a darte cien mil libras», recuerdo y me tranquilizo. Esto no es una relación personal, son negocios.

Cuando recibo el email, pego un grito al comprobar que el viaje es dentro de tres días. ¡¿Ha esperado hasta el último minuto para decírmelo?! Seguro que es de los que piensan que está solo en el universo…

No es que pase nada, actualmente, estoy sin trabajo y esperando mi turno para el patíbulo. A diario recibo avisos de que, si no pago antes de treinta días, procederán a embargar mis bienes. Planazo…

Me centro en hacer una lista para que no se me olvide meter nada en la maleta. Soy un desastre de veintisiete años y solo quedan tres días. Tres días para ver otra vez al tío con el que llevo fantaseando dieciséis puñeteras noches…

4
ORGULLO Y PREJUICIO



En cuanto me subo al taxi, tengo un mal presentimiento. Es como si me fuera a arrepentir de este viaje a pesar del dinero.

«Respira, Arizona, son los nervios».

—Lléveme al aeropuerto, por favor —le digo al taxista.

—¿A cuál?

Esa soy yo. La típica que, una vez en el taxi, tiene que mirar a qué aeropuerto ir porque solo se fijó en el día y la hora.

—A Heathrow, por favor.

—¿Sabe la terminal?

Me ha vuelto a pillar. Como me pillaron los malditos abogados en ese maldito juicio.

—Espere…

Lo consulto en el mar de papeles que imprimí y de pronto lo leo: Terminal 5, sala VIP Windsor Suite.

Subo las cejas.

—Terminal 5.

En cuanto llego al aeropuerto con una maleta que ya ha hecho más viajes de los que puede soportar, busco la sala VIP.

Que las chicas de la puerta vayan más arregladas que yo no es buena señal. Lo siento. El vuelo dura nueve horas y vengo con unos leggins negros y un vestido de punto fino que es casi como un pijama. Mis sneakers blancas no pueden faltar. Salimos a las once y nos espera un largo vuelo por delante.

Me dejan pasar con amabilidad y busco a mi compi de viaje. Lo localizo en un butacón acolchado, en medio de un océano de ellos. Parece el soberano de los siete reinos en el trono de hierro.

Si pudiera, caminaría más despacio, porque el recuerdo de su salvaje lengua en mi boca me corta un poco. Sabe que me gusta. Y yo sé que le gusté a él. ¿Cuándo estallará mi coño? Hagan sus apuestas…

Tommy no levanta la cabeza hasta que me ve a su lado.

Sus ojos azules me atraviesan y revisan cada rincón de mi cuerpo en busca de imperfecciones.

—Hola… —saludo cohibida.

Su respuesta es consultar la hora.

—Llegas tarde. Te dije a las nueve y media.

—¡Hola, Arizona! ¡¿Cómo estás?! Gracias otra vez por acompañarme a este peñazo… —digo con voz grave.

—Me gusta la puntualidad.

—Y a mí me gusta la gente agradable, que saluda y sonríe.

—Pues no soy tu hombre.

—¿Crees que van a querer hacer socio a un cactus, o cuando estás con tus jefes eres míster sonrisas?

—Cuando estoy con ellos soy eficiente. Y quiero que mi chica también lo sea. Estos días no podemos llegar tarde a nada. Lo tendrán muy en cuenta.

Pongo los ojos en blanco y me siento en el butacón de al lado.

Él no pierde detalle de mi ropa.

—Tendrás que cambiarte antes de llegar al hotel.

—¿Por qué?

—Porque la primera impresión es la que cuenta, y seguro que ninguna otra esposa llega en chándal. La mía no lo haría…

Aprieto los dientes.

—Perdona, pero si una mujer se pone tacones o un vestido de gala para un vuelo de nueve horas es que está mal de la cabeza. ¡Voy a cambiar de postura diecisiete veces! Va a ser una maldita clase de yoga.

—Puede, pero al llegar al aeropuerto se cambiarán de ropa.

—Al llegar allí, probablemente me quite el vestido de punto porque estaremos a treinta grados.

—¿Y qué llevas debajo? —pregunta intrigado.

—Una camiseta básica.

—Tendré que verla. ¿Es muy ajustada?

—¿Vas a estar todo el viaje así? —pregunto molesta.

—Por supuesto. Todo lo que digas, hagas o lleves puesto, me representa. No puedo dejarlo al azar.

—No me extraña que tu mujer te dejara… —mascullo.

—¿Qué has dicho?

—Nada.

—Voy a pagarte, Arizona. Así que será mejor que dejes en Londres a la chica que me besó en el bar y empieces a pensar en modo trabajo. Esto no va de nosotros. Va de conseguir un puesto.

Me quedo con la boca abierta y eso no es algo que me suela ocurrir. Mi instinto es replicar una bordería, pero me contengo. Solo le estaría dando la maldita razón. Cuando llegue mi momento de venganza, lo voy a disfrutar mucho.

—Entendido, jefe…

—¿Quieres un café o algo antes de subir al avión? —me pregunta después de unos minutos de silencio.

Es el típico que embiste con fuerza y luego recula. Captado.

—No, gracias, he desayunado en casa.

—Bueno, en el avión podrás pedir lo que quieras. Viajamos en primera clase.

—¿Todo el bufete de abogados viaja en primera?

—No. Yo pagué el *upgrade* de nuestros billetes. Nunca viajo en turista.

—¿Por si te contagian su podredumbre? —digo con inquina.

Se me queda mirando con rencor. Sabe que no ha sido un comentario aleatorio, sino que estoy al corriente de que se avergonzaba de sus orígenes humildes. Drew es un bocazas en ambas direcciones.

—En cinco horas me lo agradecerás —repone con chulería.

Y… nunca lo admitiría, pero nuestro sitio en el avión ¡ES UNA AUTÉNTICA PASADA!

¿Primera vez en *First class*? ¡CULPABLE!

Es como un mini apartamento moderno, os lo juro. Y ni siquiera tengo que estar con él, ¡es individual! La diferencia con turista está en que todo es más y mejor. La carta de comidas y bebidas, la pantalla enorme, las almohadas, la manta… dos horas después no puedo evitar asomarme por encima del muro con una sonrisa espléndida.

—¡Gracias! —confieso.

Que su respuesta sea una sonrisa encantadora y no un «te lo dije» me hace pensar que es muy mono cuando quiere.

«No es mono, sigue siendo un capullo», me recuerdo.

No sé cuánto le habrá costado, pero esto es toda una experiencia y se ha ganado oírlo. No le digo nada más. Su ego ya es lo suficientemente grande. Me pregunto qué más tendrá grande…

Me doy un golpe mental y sigo con la película. Sé que estoy en primera cuando, sin pedirlo, me ofrecen palomitas. Cuando esté terminal, quiero que me traigan a morir aquí.

En un momento dado, suelto una carcajada, y lo veo asomarse por el muro.

Ahí está otra vez, esa mirada de «que no se repita o te mato».

Durante el vuelo me levanto una vez al servicio, no puedo quedarme sin verlos, igual tienen hasta una bañera dentro. Es ver lo lujoso que es y entrarme ganas de plantar un pino para el recuerdo. La mala suerte quiere que cuando salgo, Tommy esté esperando su turno para entrar. *No way*!

Cierro la puerta tras de mí.

—No entres —le ordeno.

—¿Por qué?

—Porque no. Ve al otro.

—El otro está lejos y es más pequeño.

—Este huele mal. Este cuerpazo no se consigue sin pagar un alto precio. Mi proceso de combustión es digno de estudio.

En sus labios se forma una sonrisa juguetona que me recuerda a la de Andrew.

—¿Esperas que la gente piense que tu mierda huele bien? Puede que encajes en el papel mejor de lo que pensaba…

—¡Me da vergüenza, ¿vale?! No entres hasta dentro de un rato —digo poniéndome entre la puerta y él. El espacio es bastante reducido.

—¿Cuánto rato tengo que esperar?

—Unas tres horas.

Su sonrisa lucha por hacerse más ancha, pero él lo impide.

—¿Sabes? Cuando Kyle era pequeño le gustaba oler los pedos de los demás.

—¡¿Qué?! —Me mofo.

—En serio, nos perseguía por toda la casa cuando escuchaba alguno.

—¡No te creo! —chillo divertida.

—Shh… —chista divertido tapándome la boca. Así es Tommy, nunca olvida dónde está ni con quién. Y tampoco respeta el espacio vital de una mujer sensible a sus feromonas—. Con cinco años le gustaba el olor a gasolina, el pegamento y el metano. Tenía todas las papeletas para terminar siendo un drogadicto en potencia —Sonríe melancólico. Por un momento, vuelve a ser el hombre del bar. Accesible, cálido… ¿Por qué cambió?

—¿Por qué dejaste de vivir con ellos?

De pronto, su rictus cambia y se pone serio. Mira alrededor, como si quisiera tirar de la palanca de la salida de emergencia.

—Lo siento, prefiero el olor a mierda que hablar de esto.

Me quita de la puerta y se encierra en el baño. ¡Nooo!

Vuelvo a mi sitio acongojada. «El amo es malo…».

Hago que no le conozco hasta que el vuelo finaliza.

Al llegar a Bridgetown, la capital de Barbados, no quiero bajarme del avión, y menos cuando la humedad y el calor me dan en la cara a las cuatro de la tarde hora local.

Tampoco me gusta la cara que pone Tommy cuando me quito el vestido.

—¿Le pasa algo a mi camiseta? —digo a la defensiva.

—No es apropiada. Demasiado ceñida, escotada y …

—No sigas.

Él se quita la chaqueta del traje a regañadientes porque está a punto de desmayarse por el choque térmico. Su camisa Ralph Lauren me hace una peineta, y cuando por fin nos traen las maletas, me sorprende que él tenga dos. Enormes. Yo solo una.

—¿Dos maletas para cinco días? ¿Te crees Ken Malibú?

Vuelve a lanzarme una mirada rancia.

—Necesito que te cambies. —Me señala.

—¿Sabes lo que me ha costado cerrar la maleta? ¡Si la abro, será un caos!

—No te pueden ver así… —dice implacable.

—¿Y si me pongo esto? —Le arrebato la americana que ha dejado doblada sobre la manilla de su maleta y me la pruebo.

El olor que desprende es embriagador, a colonia cara y a algo más… Un efluvio que también noté cuando le besé. Me va algo grande pero como él la lleva muy entallada, podría bastar.

—No me hagas abrirla, por favor… —gimoteo.

Me echa un vistazo que termina en mis ojos suplicantes.

—Vale, vámonos antes de que nos asfixiemos aquí.

Nos damos prisa en subir a un coche negro que nos está esperando y suspiramos de alivio al notar el aire acondicionado.

—¿Memorizaste el pdf que te pasé? —pregunta después de un rato en silencio.

—Sí. Me llamo Marzia y tengo dos hijos: Arthur y Colin. Estudié empresariales, carrera que me sirve para organizar fiestas de lujo con mis amigas y dirigir varias fundaciones y ONGs con mi querida madre. Soy experta en tratamientos corporales y me gusta ir de tiendas caras cuando no estoy atendiendo a mis hijos junto a mis dos niñeras, de procedencia china y alemana. ¿Está bien?

—¿Nombres de las niñeras?

—Chu y Gisela.

—¿Fecha de nuestra boda?

—Veintiuno de junio, solsticio de verano. Llevamos seis felices años casados.

—Bien… —murmura inquieto.

—Tranquilo, todo saldrá bien.

—No lo estoy. Recuerda que todo es una prueba. Todo.

—No me pongas nerviosa, por favor.

—No va a ser agradable, Arizona, la competencia es dura. Esta gente es muy exigente. Todo es muy protocolario. Llevo años aprendiendo y todavía no lo domino.

—Para que tú digas eso…

—Me preocupa que les resultes demasiado…

—¿Natural? ¿Extrovertida? ¿Feliz?

—Vulgar —dice rotundo—. Por favor, haz un esfuerzo por parecer una de ellas… Imítalas. Y si tienes dudas, muéstrate comedida. Contén un poco tu potente personalidad.

Sus palabras me hieren en lo más profundo y no sé por qué. Yo estoy orgullosa de cómo soy. Es él quien necesita aprender modales.

—¿Mi potente personalidad? —repito iracunda.

—Confío en que sepas morderte la lengua con muchas de las cosas que veas. Yo lo hago siempre.

Mi mala leche empieza a amontonarse…

—Subiremos rápido a la habitación para que nadie te vea —añade como si tuviera la lepra.

Y mi paciencia está a punto de rebasar…

¡¿Por qué me trae si cree que soy tan vulgar?! ¿Su plan es esconderme lo máximo posible? Se va a enterar, joder…

Cuando llegamos, lo veo suspirar profundamente.

—¿Estás preparada?

—Nací preparada —contesto seca mirando a un punto fijo. ¡Preparada para avergonzarle!

5
PRETTY WOMAN



Un botones con un carro enorme recoge nuestro equipaje y entramos rápido en recepción, cosa que agradezco, porque estoy sudando a mares y no es por puto calor, sino de los nervios.

En estos momentos, odio a Andrew por convencerme para llevar a cabo esta locura. Iba a decir que Marzia estaba indispuesta y no había podido viajar, pero ¿qué clase de marido abandona a su mujer enferma para irse a Barbados?

Además, acudir sin pareja me impediría ganar puntos exhibiendo la idílica relación que los demás fingirán tener, aunque luego en casa se tiren las cosas a la cabeza.

—¡Oh, qué flores más bonitas! —grita Arizona haciendo que todo el mundo se gire hacia nosotros.

Dios… Empezamos mal. La emoción del avión puedo entenderla, ¿pero nunca ha estado en un maldito hotel?

—¡Tom! ¡Has llegado! —me saluda Josh, uno de mis máximos rivales para ser socio.

Él juega la carta de «¡mirad qué enrollado soy!», pero en los juicios es más letal que un tiburón blanco. Ni parpadea para comerse a cualquier madre soltera en apuros. Para él todo el mundo es un número; horas después, te lo encuentras en un supermercado y es todo corazón. Un claro caso de personalidad múltiple.

—Hola, Joseph… ¿Habéis tenido buen viaje?

—Sí. Esta es Shirly, mi mujer.

—Encantado. Esta es Marzia.

—¡¿Qué tal?! —exclama Arizona demasiado jovial—. ¡¿Venís dispuestos a pasarlo bien?!

¿Por qué parece que se ha fumado algo?

—¡Claro! —dice Josh correspondiendo a su tono animado—. Va a ser genial. Y que gane el mejor, Norton…

—¡Josh! —le riñe su mujer por lo bajo.

—Tranquila, cariño, todos sabemos a qué hemos venido. Los jefazos van a tomar la decisión final. Pero yo estoy tranquilo porque lo de sociabilizar no es el fuerte de Tom, ¿verdad, amigo? No me lo imagino bailando una conga o jugando al vóley-playa —sonríe confiado. Sus dientes

relucen tanto que me dan ganas de rompérselos de un puñetazo. Por suerte, he perfeccionado el noble arte de que no se me note.

—Te sorprenderías, Joshi… —salta Arizona agarrándose a mi brazo. Me muerdo el carrillo al oír el diminutivo—. Mi maridito es un todoterreno. Ya lo verás…

—Disculpadnos, vamos a hacer el *check in* —corto el diálogo.

—Nosotros ya lo hemos hecho —presume Josh—. Nos han dado una suite con vistas al mar. No sé si quedarán, Norton…

—Me alegro por ti.

—Bienvenido al Hilton, señor —saluda el recepcionista—. ¿Me permite ver su identificación?

Cuando estoy sacándola de la cartera lo escucho. ¡Plaf!

Giro la cabeza incrédulo hacia ese sonido indiscutible de una pompa de chicle y encuentro a Arizona masticando con desgana. Si me lo juran, no me lo creo…

—Gracias, señor Norton —musita el recepcionista—. Sus jefes han pensado que le gustaría disfrutar de su estadía en la Suite Suprema. ¡Felicidades!

—¡¿La Suite Suprema?! —chilla Arizona con exageración para que lo oiga Josh—. ¡Eso suena genial, cariño!

—Es una de las mejores del hotel —confirma el recepcionista.

—¡¡Ay, madre!! ¡¿Lo has oído?! —exclama mi mujercita efusiva—. ¡Seguro que tiene una bañera enorme y una cama aún más grande! Hace mucho que no me haces el salto del tigre… Grrr….

El silencio atónito que se escucha a mi espalda es atronador. Solo deseo que me trague la tierra y no me escupa nunca más.

—Muchas gracias… —carraspeo agarrando las tarjetas que me tiende—. ¿Nos traerán el equipaje?

—Sí, enseguida se lo subirán. Disfruten de su estancia.

—Gracias. Muy amable…

Empujo con sutileza a Arizona para largarnos cuanto antes, pero ella se detiene y dice en tono forzado:

—Uf, qué calor hace, mi vida, espera un segundo…

Se quita la americana y se la cuelga al hombro exhibiendo su camiseta blanca de tirantes cutre y sus *leggins* de saldo.

No me quedo a verlo. Huyo hacia los ascensores apretando la mandíbula. ¡Será hija de…!

—¿Tommy? —oigo una voz a mi espalda. Y es la última que esperaría escuchar aquí. En el bufete nadie me llama así.

—¿Arizona? —exclama otra voz de mujer.

Me giro como si estuviera poseído y mis ojos se agrandan.

—¡¿Qué hacéis vosotros aquí?! —susurro colérico al ver a mi hermano Kyle y a su novia Madison en la maldita Barbados.

—¡La empresa me ha invitado! —contesta sonriente—. ¡¿No es genial?! ¡Vacaciones pagadas! Gracias por enchufarme, bro…

Me agarro la cabeza alucinado.

¿Será posible…? ¡Monto un circo y me crecen los enanos!

—No teníais que estar aquí… —farfullo incrédulo.

—¡Habla por ti! ¡Mi chico ha batido récords de objetivos y se lo ha ganado! —lo defiende Madison—. Lo que no entiendo es qué haces tú aquí, Arizona…

—No menciones su nombre —la reprendo con rapidez—. Todo el mundo piensa que es Marzia, mi mujer, y así debe ser.

—Oh… dios… mío… —musita Kyle imbuido por el espíritu de Janice en *Friends*.

—Es una larga historia que os contaré luego, pero ahora tenemos que irnos. Nadie puede saber que eres mi hermano, Kyle, y mucho menos que te enchufé en aquel proyecto informático… No lo cuentes, ¿vale?

Me giro y presiono el botón del ascensor con ahínco maldiciendo mi mala suerte.

Subimos con más gente en silencio y siento la mirada de Arizona sobre mí, pero yo no puedo ni mirarla a la cara. ¿De verdad ha dicho que le hiciera el salto del tigre…?

—¿Tom? —Oigo de nuevo. Esta vez reconozco bien la voz.

Es Daisy, una abogada del bufete que no disimula que estaría encantada de hacérselo conmigo, a pesar de tener a su marido al lado. He perdido la cuenta de las veces que se me ha puesto a tiro en la oficina…

—Hola, Daisy. ¿Qué tal el vuelo?

—Bien, ¿y el tuyo? Pareces tenso… No lo estés. Sabes que eres el favorito de los jefes. —Me guiña un ojo.

—Que sea lo que tenga que ser —digo diplomático.

—¿Te acuerdas de Luke? Mi marido.

—Sí. Encantado de volver a verte.

—¡Igualmente! —responde sonriente. Es un buen hombre. Demasiado bueno para ella. Porque detrás de esa sonrisa encantadora hay una mantis religiosa. Una que le ha cortado la cabeza a medio despacho, si entendéis lo que quiero decir…

—Ella es Marzia, mi mujer —señalo a Arizona.

Daisy la mira de arriba abajo, evaluando a quien puede tenerme cada noche entre sus piernas por contrato, y no parece muy impresionada.

—Encantada… —dice mirándola por encima del hombro.

—Lo mismo digo… —contesta Arizona con falsedad.

Se bajan en una planta intermedia y Daisy abate sus pestañas de forma exagerada cuando se despide de mí con un «Nos vemos».

Resoplo cansado.

Seguimos subiendo hasta el último piso e intento ignorar la mirada acusadora de Arizona, pero no está en disposición de quejarse. Si me reprocha algo, me pondré a gritar en medio del pasillo y es muy probable que las otras dos habitaciones que hay en la planta, aparte de la nuestra, estén ocupadas por mis jefes.

Meto la tarjeta en la ranura con la poca paciencia que me queda y la luz verde nos deja entrar.

—¡Guau! —exclama Arizona al ver la Suite.

—¿Puedes cortar el rollo de una vez? —digo de mala leche.

—Ahora lo he dicho en serio.

Se gira hacia mí con las manos en la cintura, sabedora de que estoy muy cabreado. Cierro la puerta con un deje enfadado.

—¡¿Por qué cojones me has puesto en ridículo en recepción?!

—Yo no te he puesto en ridículo.

—¡¿Y qué me dices del chicle, la chaqueta y lo del salto del tigre?! ¡Me has avergonzado delante de todo el mundo!

Se mantiene impertérrita demostrando su alevosía.

—¡¿Sabes a quién me has recordado?! —continúo colérico—. ¡A la jodida Julia Roberts en Pretty Woman al entrar al hotel Wilshire! ¡Tu actitud ha estado totalmente fuera de lugar!

—¡Y la tuya también al decirme que tenías miedo de que me consideraran vulgar! ¡Tú solito te lo has buscado!

—¡Y encima delante de Josh! ¡Mi máximo rival!

—¿Ese es tu máximo rival? ¡Si parece un puñetero Boy Scout!

—¡No te fíes de las apariencias de nadie!

—¡Lo mismo digo! ¡La zorra del ascensor me ha mirado como si fuera basura! ¡¿Se cree que por llevar esta camiseta ya me conoce?! ¡No puedo con el clasismo!

—¡¡PUES TENDRÁS QUE PODER!! —exclamo iracundo acercándome mucho a ella.

Mi furia parece asustarla, y es lo último que quiero. Me alejo de ella, agobiado, y me froto la cara.

—Si quieres ayudarme, tendrás que poder, Arizona… —comienzo más calmado—. Te pido que finjas un simple papel. Quiero que seas una pija cruel y más clasista incluso que yo. Una de esas personas que siempre saben qué decir para salirse con la suya… Eso Marzia lo clavaba.

—Pues haberla traído a ella.

—¡No podía! Me habría hundido —confieso dolido—. Por favor, no lo hagas tú también…

Mis palabras sinceras parecen tranquilizarla un poco.

—Deja de estar a la defensiva conmigo. La noche de la despedida no sabía quién eras y lamento lo que pasó, pero necesito que lo olvides y hagas esto por mí.

Ella me mira con recelo y parece guardar sus uñas.

—Dijiste que habría dos camas de matrimonio. —Señala la King Size.

—No sabía que mis jefes tendrían este detalle con nosotros. Tranquila, yo dormiré en el sofá. —Aunque no es un sofá al uso. Es una de esas piezas *chaise long* que solo sirven para hacer bonito.

Y puede que para sentarme en él y lamentar mi mala suerte pasándome las manos por el pelo. Dicho y hecho.

—No entiendo que hace Kyle aquí… —comparto mis pensamientos—. ¡Solo invitan a los mejores empleados!

—Madison ha dicho que ha tenido muy buenos resultados.

—¡Ni siquiera sabía que seguía trabajando para el bufete! Se lo ofrecí por tener un detalle con él cuando avisaron de que necesitaban informáticos extra procesando en remoto en un proyecto importante. Nuestra relación está muy deteriorada y quería demostrarle que… no me he olvidado de él.

—Pues esta es una buena oportunidad para que os acerquéis más.

—No quiero que nadie sepa que es mi hermano.

—¿Por qué no?

—¡Porque los socios del bufete no tienen hermanos tatuados con mujeres que parecen salidas de una revista de Play Boy!

—No quiero oír más. Voy a deshacer la maleta… —musita con una notable decepción en la voz.

—Buena idea. De hecho, esa es para ti —señalo una de las mías.

Me mira sin entender.

—Está llena de ropa adecuada que he comprado para ti. Ya sabes, para que interpretes bien el papel de pija…

Me mira tan seria que siento una ligera presión en el pecho. ¿«Gracias, Tommy»?

—¿Creías que mi ropa no sería «adecuada»? —masculla seria.

—Marzia siempre lleva unos conjuntos muy finos…

—¡Todavía no has visto lo que he traído!

—¡Es *atrezzo*, Arizona*!* El adecuado para impresionar a mis jefes.

—¿Según quién? —Pone las manos en la cintura.

—Joder… ¡No me lo pongas más difícil, por favor!

—Si quieres que te ayude, lo haré a mi manera. Y si no estás dispuesto a respetarme, me largo. O lo tomas o lo dejas.

Se gira y huye hacia la puerta, no sin antes adueñarse de una de las tarjetas de la habitación y de su móvil.

—¡¿A dónde se supone que vas?!

—¡A donde me da la gana! —grita enfadada.

Abre la puerta de la habitación y me pongo de pie.

—No puedes tratar a tu mujer como si fuera una extensión de ti, Tommy. Eso lo único que indica es que eres un controlador. Y cualquier mujer tendría que ser tonta para soportar a uno.

Llego hasta ella antes de que consiga escapar y la agarro del brazo para meterla de nuevo en la habitación.

—¿De verdad crees que no me gusta tu estilo? —digo acorralándola contra la pared—. Si supieras todo lo que quiero hacerte, no pensarías tan mal de mí…

Su respiración se acelera porque sabe que no miento. En el bar ya le dejé atisbar un poco del auténtico Tommy, y cuando pierde la mirada en mi boca, sonrío arrogante.

—Eres un gilipollas —dice furiosa.

—Y aun así, estoy haciendo que te mojes… —susurro invadiendo su espacio vital.

Ella aparta la cara y me acerco a su oído para susurrar:

—Si fuera un puto controlador, ahora mismo te daría la vuelta y me follaría tu coñito húmedo con fuerza para que no dudaras ni por un segundo de cuánto me gustas, con y sin ropa. Pero soy un caballero, o por lo menos, tengo que parecerlo para conseguir ese maldito puesto. Así que deja de hacer de esto algo personal y haz bien tu trabajo.

En cuanto la libero, sale de la habitación disparada.

No tardo ni un segundo en maldecirme a mí mismo.

«¿No puedes puto controlarte, Tommy?», me reprendo.

No me sorprendería que la policía apareciera en mi puerta en quince minutos.

Sería la guinda perfecta para un mes de mierda.

Cada vez tengo más claro que esto no va a salir bien. Me refiero a mi vida…

Mi mujer me desprecia.

Mis hijos apenas me conocen porque nunca estoy en casa.

Y voy a perder mi carrera, el motivo por el que he sacrificado todo lo demás. Incluso a mi familia.

6
AMOR CIEGO



Toc, toc, toc.

—Será Arizona —oigo que dice Madison al otro lado de la puerta.

Cuando se abre, Kyle aparece tan tatuado como siempre.

A pesar de todo, los hermanos sí tienen un aire. Todos son altos y forzudos, como los jugadores de un equipo de rugby. Con más o menos tatuajes y más o menos prejuicios de mierda, pero se parecen bastante.

—Tommy me ha llamado y me lo ha contado todo —saluda Kyle—. Me ha dicho que habéis discutido y que si te veía te dijera que la cena de bienvenida es a las nueve y que…

—Cierra el pico, Kyle.

Paso de largo y voy directa a tirarme en una de las camas de una habitación normal. ¡¿Tan difícil es que haya dos?!

Me lanzo sobre la que ellos no han ocupado.

—Creo que voy a dormir aquí con vosotros…

«Porque mi coño es un traidor». Y si Tommy llega a cumplir su amenaza, me hubiera dejado hacer de todo».

—¡Y un huevo! —replica Madison—. A no ser que quieras vernos fornicar como a dos estrellas porno.

—A mí no me importa que mire —añade Kyle divertido.

—¡Es que no le soporto! —exclamo furiosa—. ¡¿Cómo puede ser tan estirado y arrogante?!

—¿No viste que era así antes de comerle la boca en la despedida? —pregunta Madison—. Pensaba que te molaba ese rollito torturado.

—¡Y me mola!, pero para una noche, no para ser su mujer. ¡Sin duda no existe una tía como la que el quiere! ¡Nadie puede ser tan antinatural!

—¿Qué te ha dicho exactamente? —quiere saber Kyle.

—De todo. Pero lo más humillante es que me ha traído una maleta llena de ropa de diseño para que no desentone con las otras mujeres de sus amigos.

—Oh, qué malvado, ¡te hace regalos! —dice con ironía.

—Yo bajaría a cenar desnuda —sentencia Madison.

—Desnuda no, pero se va a cagar…

—¿En qué sentido? —pregunta su hermano—. ¿De lo guapa que vas a aparecer o de lo horrible?

Lo pienso durante un segundo. ¿Cuál sería la mejor venganza?

—Voy a demostrarle que se equivoca. Que su gusto finolis y tradicional, no le puede al mío, sofisticado y atrevido. El mundo está cambiando, y quien no se haya enterado, ¡que se prepare!

—¡Esa es mi prima! —chilla Madison contenta.

—A ti todo lo que sea hacer maldades te mola, nena… —murmura Kyle encantado.

—¿Es una queja?

—Para nada —contesta embelesado y se besan con cariño.

—¡Vámonos de compras, Ari! Necesitamos un modelito muy cantoso con el que estés espectacular.

Miro a Madison asustada. «Frena, Arizona». Mi instinto es ir, sistemáticamente, en contra de sus ideas de bombero, pero si se trata de ser cabrona, ella es la mejor. Sé que ha cambiado mucho y que sigue medicándose, pero no puedo perdonar con tanta facilidad años y años de maltrato hacia Nataly. Todavía no confío en ella y no sé si algún día lo haré. No obstante…

—Vale, vámonos.

Madi aplaude entusiasmada y se despide de Kyle.

—Arizona… —me dice él antes de marcharnos—. Yo tampoco soporto su esnobismo, pero lo que me cabrea todavía más es que sé que él, en realidad, no es así. Todo es una farsa para conseguir un reconocimiento enfermizo. Tiene un puto trauma desde la adolescencia.

—¿Qué trauma?

—Siempre se ha sentido inferior. Estaba pillado por una chica que salía con un pijo del colegio de pago de al lado. Cada día la recogía en su Kawasaki Ninja mientras Tommy volvía a casa en bicicleta y un día intentaron atropellarle.

Mis ojos se abren como platos.

—Al final solo se rompió la muñeca, pero ha sufrido muchas vejaciones a lo largo de su vida. En el barrio todo el mundo sabía lo de la patente de mi abuela y él vivió un infierno por ello. Un día decidió irse y empezar de cero. Para él, las apariencias lo son todo, pero en el fondo, sé que le gustan las mujeres como tú.

—¿Las vulgares? —recuerdo dolida.

—No, las que no tienen miedo al qué dirán. Las que son como quieren y no como los demás esperan que sean.

—Gracias, Kyle…

—Si vas a jugar, hazlo a lo grande, como yo.

—¿Qué quieres decir?

—Me enchufó en un proyecto de su prestigiosa empresa solo para vanagloriarse y para que tuviera que agradecerle que a un «vulgar» como yo se le permitiera tocar el cielo por una vez. ¿Y qué hice? Ganar un viaje a Barbados. La cara que ha puesto cuando me ha visto, ha sido uno de los mejores momentos de mi vida. Le he demostrado que quien vale, vale, y que no hace falta ser un gilipollas para triunfar.

—Ahora mismo te comería la polla —jura Madison deseosa.

—¡Vámonos ya! —exclamo cuando Kyle le sonríe de forma peligrosa. Estos son capaces de meterse en faena sin acordarse de que estoy aquí.

Bajamos en el ascensor y sigo pensando en lo que sufrió Tommy en su juventud, pero de pronto veo que Madison me mira sonriente.

—¿Qué pasa? —pregunto perdida.

—Nada. Que estoy TAN ENAMORADA —dice soñadora—, que por momentos me siento ridícula. Esto del amor es como una droga dura… Y yo ahora mismo soy una adicta.

Pongo los ojos en blanco.

—He tenido una idea —dice reactivándose.

—Temo tus ideas, Madison…

—Lo suyo sería que aparecieras en la cena de Bienvenida despampanante sin que él te viera antes. Es decir, no vuelvas a la habitación. Después de ir de compras, podemos buscar una peluquería donde te peinen y te maquillen. ¡Se volverá loco cuando no aparezcas!

Sonrío de medio lado.

—Sigues siendo muy mala.

—Solo es justicia.

—Eso suena a algo que hubieras dicho cuando tu medicación no estaba bien regulada…

—Intento ayudarte, Arizona. Normalmente eres una mujer cabal y objetiva, pero cuando se te cruza un hombre que te gusta, te vuelves blanda y Tommy es un tío muy listo, no te dejes seducir por él.

—Tranquila. Ahora mismo me cae como el culo.

—Ya, pero del odio al amor solo hay una suave caricia en la espalda. Y en cuanto te descuides, ya te la habrá metido. ¡Es un Norton!

—He hecho una promesa a Cupido: nada de líos amorosos este año. Estoy curada de espanto…

—¡Ja! —se burla. Y me molesta que no me crea.

—Al contrario que tú, yo tengo autocontrol, ¿sabes?

—Lo que tú digas… Pero te enfrentas a un Norton, primita.

—¿Y qué?

—¡Que las Evans tenemos debilidad por ellos! Son como Kryptonita para nosotras.

—No digas chorradas. Además este Norton es un capullo.

—Eso pensaba Nataly de Andrew…

—Basta ya. Esta noche en la cena, le haré tragarse sus palabras. Voy a demostrarle que mi versión de Marzia es mucho mejor que la suya.

Por suerte, en los hoteles Hilton hay un espacio de tiendas bastante amplio con todo tipo de outfits imposibles y caros. Encontramos uno que es perfecto.

—¿No será demasiado?

—¡Esa palabra no existe! —opina Madison.

—Madre mía… No sé si lo amo o me espanta —confieso.

—¡Por eso es perfecto! ¡Es justo lo que buscábamos! Y con tu figura, te queda de muerte. ¡Yo no buscaría más!

—También me gusta ese negro…

—Está bien, pero para otra noche. Este es impresionante.

—Son bastante caros… —musito ojeando el precio.

—Cárgalo a la habitación.

—Sí, claro…

—¿No te ha comprado toda una maleta llena de ropa? Pues esto también. Cárguelo, por favor.

—¿Cuál es su habitación, señorita?

—La 850.

—¿La Suite Suprema? Qué maravilla…

—¿Suprema? —repite Madison—. Cobre también estos pendientes.

—¡No, Madison!

—¡Que sí! ¡Los necesitas! Hazme caso. ¿A que le quedarían genial con ese conjunto?

—Son ideales, señorita. Tiene muy buen ojo.

—Lo sé. Cóbrelo todo, por favor. ¿Y puede decirnos dónde está la peluquería?

—Al fondo del pasillo a la derecha, pero si no tienen cita, creo que estará completa. Esta noche hay un evento importante de un congreso.

—Preguntaremos de todas formas, gracias.

Salimos de la tienda y consulto mi móvil, tengo mensajes de Tommy.

Tom.N.

¿Dónde estás?

No podemos llegar tarde a cenar.

Quiero saber qué te vas a poner. Por favor…

Se lo enseño a Madison y saca la lengua con asco.

—Ni le contestes.

—Yo no soy tan cruel como tú —murmuro tecleando.

—Eres una blanda.

Arizona

No te preocupes. Seré puntual.

Estaré en el bar a las 21h como todo el mundo.

Tom.N.

Me gustaría verte antes y que bajáramos juntos.

Arizona

Y a mí me gustaría que confiaras en mí.

Nos vemos a las 21h.

Apago el móvil y llegamos a la peluquería.

—Desgraciadamente, estamos al completo —nos dice la recepcionista apenada.

Madison sonríe ampliamente.

—Lo comprendo, pero…

—¡Marzia, hola! —exclama la zorra del ascensor.

Daisy, creo que se llama, hasta tiene nombre de perra. No soy de criticar a otras mujeres, pero con las que tontean incluso delante de los cónyuges, me lo permito.

—¿No tienes cita? Yo hice la reserva hace meses. Sabía que me bajaría del avión con la misma pinta que tú, ¡y hay que ser previsora! Ahora me voy a un tratamiento con partículas de oro que es una maravilla, te lo recomiendo para otro día. —Me lanza una sonrisa envenenada.

La que le devuelvo yo es penosa. Ni con todo el oro del mundo podría borrar de su cara esa maldad. Es una morena de ojos verdes y pechos grandes que sabe que es resultona, pero su tono de voz te invita a suicidarte.

—Mucha suerte, chicas… Nos vemos en la cena.

Se marcha con un peinado exquisito, preciosa y etérea.

—¿Quién es esa pava? —pregunta Madison con asco.

—Una del despacho de Tommy. Nos hemos encontrado antes en el ascensor y era evidente que quería comérselo con patatas…

—Me lo creo. He tenido un dèjá vu extraño y me ha dado mal rollito.

—Seguramente se haya acostado con Tommy unas mil veces… O al menos me sonríe como si lo hubiera hecho. Menudo descaro…

La recepcionista nos mira alucinada.

—¿Nos ha escuchado? —pregunta Madison—. No le miento si le digo que esto es una cuestión de vida o muerte. Esa mujer se ha acostado con su marido y acabamos de comprar un vestido espectacular para que entienda que es mucho mejor lo que tiene en casa. Por favor… ¿Puede ayudarnos? —La mira con unos ojos como los del gato de Shrek.

¡Será manipuladora!

Estoy a punto de intervenir y decirle que no le haga caso.

¿Desde cuándo me presto a competir en un concurso de belleza por un hombre? Debería darme vergüenza. De hecho, me la da. No necesito su maldita aprobación.

—Vámonos, Madi, no tienen sitio. El vestido será suficiente.

—Mire qué vestido —Se lo muestra mi prima, sacándolo de la bolsa. Admiro su actitud de «No acepto un no por respuesta», pero estamos dando un espectáculo lamentable.

La chica aprecia el vestido formando una O con la boca y nos mira como si estuviera maquinando algo.

—Dadme un momento. —Se ausenta.

—Madison, esto empieza a parecerme mal. ¡Casi prefiero ir desnuda o en chandal! Me estoy cosificando y apoyando la idea de que tengo que ser su bello trofeo.

—¡Y una mierda! Estás reivindicando quién eres, Ari. Estás señalando que una mujer no se arregla para un hombre ni para un estereotipo, sino para ella misma y a su manera. Tú siempre has tenido estilo y te has sacado muchísimo partido, no dejes que te digan que tus gustos son vulgares y los suyos los correctos. ¡No te estás cosificando! Es al revés. Te estás humanizando y demostrando lo mucho que te gustas a ti.

—Tendrías que haber sido abogada —bromeo.

—¡Chicas…! ¡Pasad! ¡Una amiga va a haceros un hueco!

—¡Toma! —celebra Madison—. ¡Millones de gracias!

—Enseñadle el vestido, ella sabrá lo que mejor le va.

—Gracias, de verdad —digo afable.

Durante el tiempo que estoy allí tengo sentimientos encontrados. La discusión con Tommy me ha dejado mal cuerpo. Y un poco excitada.

«Deja de hacer de esto algo personal y haz bien tu trabajo».

Tommy va a salvarme el culo por ayudarle y yo me dispongo a ridiculizarle, pero es que…

«Blanda», escucho decir a Madison. «Cuando un hombre te gusta, dejas de ser objetiva».

¡Basta! La actitud de Tommy es ofensiva se mire por donde se mire y se merece un escarmiento.

—Lista… —dice la estilista con una sonrisa satisfecha.

El espejo me devuelve un reflejo muy distinto al de estas últimas semanas. Antes solo veía derrota, ahora veo esperanza.

«En el fondo, a él le gustan las mujeres como tú».

7
EL AMOR TIENE DOS CARAS



Lo último que hago antes de irme de la habitación es echarme desodorante y colonia, si no, apestaría en la cena. He estado muy nervioso por no saber qué esperar de Arizona esta noche. Mis jefes van a llevarse una primera impresión nuestra como pareja y algo me dice que va a salir mal.

Lo de la maleta con ropa para ella la ha cabreado.

Lo de llamarla vulgar, me ha coronado como un capullo.

Pero lo de amenazarla con follármela alegando que lo está deseando, ha sido pasarse de la raya.

¡Solo quería que supiera que me flipa su estilo! ¿No le quedó claro cuando le metí la lengua hasta la campanilla la primera vez que la vi con un vestidazo de lo más sexi?

Yo solo he señalado lo que esa fauna ricachona pensará de ella si no se disfraza de puritana adinerada. No es nada personal, ¡es todo puro espectáculo!

Tardé un tiempo en darme cuenta de que mi matrimonio también lo era…

Empecé con Marzia muy ilusionado, creyéndome el rey del mundo, pero poco a poco, fui viendo detalles, y lo peor, pasándolos por alto, que me decían que me estaba equivocando.

A su vez, mi vida laboral iba progresando con rapidez y pensé que si rompía mi relación con ella, todo se estancaría. Así que me dejé llevar. Me casé y llegué a creerme la estampa de felicidad que proyectábamos en actos benéficos y en fiestas de guardar, pero de puertas para adentro, todo era muy distinto. No teníamos verdadera intimidad. Ella no tenía tiempo para mí ni yo para ella, y menos, con la llegada de los niños. Éramos una empresa, perfecta en su ejecución, pero faltaba algo.

No descifré qué era ese *algo* hasta que Drew y Kyle nos visitaron la nochevieja del año pasado con sus parejas y su bebé. En sus miradas había una complicidad auténtica, los gestos, las miradas… Una satisfacción y una felicidad que yo jamás he experimentado. Al menos, no a nivel personal con otra persona, solo por logros profesionales.

Juro que intenté enmendarlo, pero en los labios de Marzia ya no había amor y en los míos tampoco. Éramos dos extraños. Y cuando le dije que no era feliz, fue como si el diablo que

llevaba dentro diera la cara por fin.

Se volvió loca y agresiva en todos los ámbitos. Sentí como si de pronto ella tuviera permiso para decirme todo lo que opinaba de mí con libertad y no me gustó lo que escuché. Ella tampoco era feliz conmigo.

—¡Era muy feliz hasta que dijiste que tú no lo eras! —gritó.

—¡Te estoy diciendo que yo necesito más!

—¡¿Más todavía?! ¡¿Qué más quieres, Tom?! ¡Vivimos en la cumbre!

—¡¿Qué tal un poco de humanidad?! ¡De cariño! ¡De amor!

—¡¿Amor?! ¡¿Pero de qué estás hablando?! ¡Somos una familia!

—Me siento solo, Marzia. Nos comportamos como autómatas. Los niños no quieren estar conmigo porque apenas me conocen. No sé cuándo se les baña, ni qué ropa tienen, ni cuándo fue la última vez que estuvieron enfermos. ¡Planificas sus horarios para que nunca coincida con ellos! Y apenas les veo el fin de semana con tantos planes sociales.

—¡¿Y de quién es la culpa?! ¡Eres un hombre muy ocupado! ¡La mayoría de las veces están dormidos cuando llegas a casa!

—También me siento alejado de ti. Ya no hacemos nada juntos nunca.

—¡¿Qué quieres hacer?! ¡Yo tengo mis rutinas y tú las tuyas!

—Ese es el problema, Marzia, que no queremos hacer nada juntos. Ya no. Ya hemos hecho todo lo que teníamos que hacer y ahora tenemos vidas separadas aunque durmamos en la misma cama y follemos cada dos martes en silencio.

—¡Maldita sea, Tommy! ¡¿Estás aburrido y quieres follarte a otra?! ¡¿Es eso?! ¡¿Quieres tener una aventura?! ¡Pues tenla! ¡Pero no te atrevas a romper esta familia!

Cerré los ojos al escuchar esa sentencia de muerte.

¿No le importaría que tuviera una amante? No. Ella solo quería su vida perfecta de cara a la galería. Asumía todos los secretos y las traiciones de la alta sociedad, pero a mí nunca me ha gustado ganar con trampas. Esa no es una auténtica victoria.

Antes de que pudiera dar un paso en falso, Marzia comenzó a tergiversar la conversación y a contarle a sus amigas que yo tenía una amante y estaba pensado en dejarme. ¡Ella a mí!

Las discusiones se volvieron insostenibles y fue diciendo por ahí que yo negaba que existiera tal relación furtiva, y pretendía seguir viviendo en casa como si nada. Cuando le dije que me marchaba, corrió la voz de que fue ella quien me echó.

—Lo siento, tío. Marzia tiene mucho carácter, quizá cuando las cosas se calmen, te deje volver —me decían mis compañeros con una mano en el hombro.

No lo desmentí porque no quería dar más que hablar. Estaba acostumbrado a ser el malo de la película de todo el mundo. Pero si había una posibilidad real de enmendar el problema, Marzia se la cargó demostrando ser una sociópata de manual.

La última vez que la vi fue en mi cumpleaños. Me hizo una fiesta sorpresa con familiares y amigos, y se acercó a mí emocionada manifestando que tenía un regalo genial. Yo no sabía dónde meterme y me quedé paralizado.

—Mi regalo para ti es… ¡que te dejo volver a casa y empezar de cero, cariño!

Los asistentes entonaron un «Aw…» condenatorio que hizo que me diera un vuelco el corazón. Solo tenía que decir «sí» y recuperar mi vida; dejaría de dormir en un hotel y la pesadilla habría acabado, pero algo dentro de mí se negó a formar parte de semejante artimaña. Ya no.

Miré a mis hijos y vi en sus ojos lo que les robaría si no me rendía, pero también vi de lo que

podría salvarlos… Quería que fueran buena gente, no los déspotas malcriados que estaban destinados a ser. Tenían tres y cinco años, todavía estaba a tiempo de enmendar mi error.

—Arthur, Colin, venid aquí —ordené serio. Ellos se acercaron titubeantes—. ¿Os apetece ir al parque de atracciones ahora?

—¡Sí! ¡Guay! —exclamaron ambos.

Los cogí de la mano y miré a Marzia por última vez. También a todos los asistentes:

—Siento tener que irme… Gracias a todos por venir a la fiesta, os lo agradezco mucho, pero les había prometido a mis hijos que haríamos ese plan hoy.

«¡Lo que has hecho es IMPERDONABLE!», fue el mensaje que recibí de mi mujer. «¡¿Cómo te atreves a humillarme así?!».

Lo siguiente que hice fue bloquearla. Y desde ese instante, solo hemos hablado mediante abogados.

No sé cómo debió salir del entuerto, pero a mí nadie me dio el pésame por la muerte fulminante de mi matrimonio. Aún así, estaba de luto porque había dado por perdido mi ascenso a socio al tener una familia disfuncional, pero cuando me propusieron el viaje quince días después y me dijeron que esperaban que Marzia pudiera asistir, vi la luz.

Tenía una oportunidad… Solo una oportunidad de conseguir aquello por lo que tanto había luchado durante años.

Y aquí estoy, en manos de una salvaje, que no quiero ni imaginar cómo vendrá vestida a la cena…

Ojalá ellos pudieran ver lo que veo yo en ella. Es puro fuego… Pero también es divertida, preciosa y buena gente.

Sé que le debo una disculpa, me gustaría decirle que yo también me tengo mucho asco, pero haré lo necesario para conseguir ese ascenso, aunque sea a costa de su rechazo.

Entro en el bar y lo encuentro lleno de gente.

No me gusta que me vean entrando solo, pero siempre puedo poner la excusa de que estaba llamando a los niños.

Me siento observado, aunque por suerte, nadie me para y puedo seguir buscando a «mi mujer».

De pronto, localizo a Kyle entre el gentío. Con lo alto que es, no es difícil. Además, con traje parece todavía más bloque. Está hablando en un corro de personas y la madre de su hijo está a su lado. Solo espero que se comporte y disimule un poco…

¡Mierda!

Veo que está hablando con Jack Morrison, el máximo jefazo. En realidad son tres, pero él es el que tiene más peso en la junta.

Trago saliva preocupado, aunque ambos sonrían. ¿De qué coño estarán hablando? No tienen nada en común.

Y de pronto la veo…

Detengo mis pasos de la impresión. Hay una mujer con ellos, está de espaldas y es… pelirroja.

Desde esta perspectiva, su cintura de avispa coronando una minifalda de plumas blancas te deja sin aliento, pero la cosa no termina ahí: el cuerpo superior del vestido está confeccionado exclusivamente de espejos redondos bordeados de perlas diminutas, y entre espejo y espejo, se ve piel. Para más inri, la pieza es de manga larga y cuello alto. Ahí es nada… Y la falda de plumas no es cualquier falda, tiene una forma irregular, es decir, por uno de los lados es corta, mostrando una pierna torneada y perfecta, y por otro, desciende una cascada de plumas casi hasta

el suelo.

Se me para el corazón. ¿Qué cojones…?

De repente, siento que no soy el único que está flipando con el atuendo. A mi alrededor hay un cúmulo de murmuraciones que no sé sin son elogios o quejas, porque suenan igual.

—Norton… —me saluda Jack al verme—. Acércate, hijo, estaba hablando con tu mujer.

No sé cómo mis piernas reaccionan a su orden, y mucho menos, cómo sigo respirando cuando ella se gira.

Sus pendientes miden al menos quince centímetros y descansan sobre el traje de espejos. Son letras enormes, una sobre otra, que no forman ninguna palabra en particular. Su pelo suelto y ondulado y un maquillaje perfecto terminan de dejarme sin palabras.

—Cariño, ¿has hablado con los niños? ¿Cómo están? —me pregunta Arizona.

Hago un esfuerzo para que mis neuronas reboten entre sí.

—Bien, bien… Todo en orden. Señor Morrison… —Le estrecho la mano.

—Marzia me estaba contando que el viaje ha sido estupendo en primera clase.

—No tan bien como usted en su jet, pero sí.

Jack ríe con orgullo.

—Cuando seas socio, podrás probar la diferencia…

Subo las cejas alucinado.

—Si finalmente te elegimos, claro.

Mi expresión se desinfla un poco.

—No te preocupes, cariño, tú ya tienes a la mejor socia del mundo —dice Arizona jocosa, colgándose de mi hombro cariñosa e invadiendo mi espacio vital con naturalidad.

No es un movimiento protocolario que yo aprobaría, pero mis manos se lanzan a abarcar su cintura tanto si me parece bien como si no, y la aprietan contra mi cuerpo traidor.

—Gracias, mi vida —digo sensual. Ella me devuelve la sonrisa con complicidad.

—¡Vaya pareja formáis, Norton! ¡Esto es lo que quería ver! ¡Cynthia, mi amor, ven a conocer a Marzia, te va a encantar su vestido!

La mujer de Jack se acerca, con sus casi setenta años muy bien llevados. Siempre me ha parecido una mujer entrañable y con mucho estilo.

—¡Oh, querida! ¡Qué bonito es!

Arizona posa radiante y juguetona. La boca se me hace agua.

—¡Gracias! Me pareció divertido y especial. A veces me aburro de llevar siempre lo mismo, ¿usted, no?

—¡Desde luego! ¡Estás divina! Si yo tuviera tu figura, también me pondría cosas así. ¡Es muy de los años veinte! Destilas glamour, querida.

—Gracias, señora Morrison.

Cuando nos dejan solos, me permito respirar con tranquilidad.

—¿Estás bien, Tommy? —pregunta Kyle con una sonrisa socarrona. ¿Cómo se les llama a esas personas que disfrutan con el sufrimiento de los demás? Ah, sí, mamones…

—Perfectamente.

—A tu jefe le gusta mi vestido —dice Arizona sibilina.

—Ha sido una apuesta arriesgada. El riguroso negro nunca falla, para que lo sepas.

—Lo tendré en cuenta, oh, gran gurú de la moda —musita guiñándole un ojo a Madison. Esta última se echa a reír por algo que no entiendo.

—Tu mejor amiga del bufete va de negro —repone señalando a Daisy. Y veo que están todos

mis rivales reunidos.

—Vamos, tenemos que saludarles ahora. Es el momento —Tiro de la mano de Arizona y veo que Kyle y Madi nos siguen.

—Vosotros mejor no vengáis… —los freno.

—¿Mejor para quién? —pregunta Madison.

—Mira, ahí está Greg, también es informático, Kyle. ¿Por qué no vais a hablar con él?

—Vamos, bombón, la chusma no podemos acompañarlos.

Desaparecen de nuestra vista y reinicio el paso, afligido.

—¿Te parece bonito echarles así? —murmura Arizona.

—Ya me sentiré mal después, ahora tenemos que hacer esto. Josh, Peter, Daisy… buenas noches —digo al llegar junto a ellos.

—¡Hombre, el cuarto en discordia! —saluda Peter irónico—. Justo hablábamos de ti, Tom.

—Y de tu mujer —comenta Daisy con un deje burlón en la voz—. Bonito vestido, Marzia…

—Graaaciasss, el tuyo también es precioso. Llevé uno igual al último entierro al que fui.

La mujer de Peter se muerde una sonrisa y se presenta. Arizona todavía no los conocía. Misma calaña…

—Encantada, yo soy Melanie.

—¡Igualmente!

—Tengo entendido que diriges la fundación «En buenas manos» —comienza de pronto—. ¿Cómo están yendo las cosas por ahí? He oído que había algún problema…

—Sí, bueno, lo de siempre, todavía estamos tratando de solucionarlo —disimula bien Arizona.

—Debe ser muy complicado operar desde tan lejos.

—Sí, lo es. Hacemos lo que podemos, pero no es fácil.

—¿Sabéis que Mark ha venido en su propio avión? —comenta Peter chismoso—. No ha querido compartir el jet del bufete con Cliff y Jack.

Cliff y Mark son los otros dos jefazos. Algo más jóvenes que Jack.

—¿Habrán discutido? —se aventura Josh.

—Yo creo que no están de acuerdo en a quién hacer socio, ahí reside el problema —opina Peter.

—Pues seguro que estas vacaciones les aclaran las ideas —señala Arizona.

—¿Estáis listos para dar lo mejor de vosotros en las pruebas? —sonríe Daisy.

—¿No serán cosas muy raras, no? —dice Shirly miedosa.

—Define «raro» —pide Arizona.

—No sé, resolver un puzzle o preguntas de Trivial…

Mi mujer sube las cejas y aprieto su mano para que se muerda la lengua.

—No, tranquila, yo creo que será más tipo hacer pasteles o punto de cruz —dice sarcástica.

—¡¿Tú crees?! —contesta Shirly esperanzada.

Arizona apenas puede esconder su diversión.

—Pues yo creo que serán más de estrategia, liderazgo y habilidades sensoriales —comenta Josh.

—Pues estás jodido —se burla de él Peter.

—En lo último os doy mil vueltas y lo sabéis.

—El que lo tiene jodido de verdad es Tom —se mofa Josh.

—Cuando sea tu jefe, mi liderazgo te romperá las pelotas.

Todos se ríen. Con ellos puedo ser más yo mismo.

—¿En casa quién lleva los pantalones, Marzia? —le pregunta vacilón Josh.

—Ninguno, nos gusta estar desnudos —responde ella entrelazando sus dos manos con una mía. A la vez adquiere una pose sensual que hace que la mirada de mis compañeros se encienda.

—Cariño, ¿no querías presentarme a alguien importante? —susurra con disimulo en mi oído, dejando claro que ellos no lo son. ¡Es un genio!

—Sí. Disculpad… Luego nos vemos, chicos.

Nos vamos de allí y no puedo evitar apretarle la mano en la huida, aunque lo que de verdad quiero es besársela. ¡Ha estado…!

—Has estado increíble… —musito en cuanto nos perdemos clavándole una mirada intensa.

—¿No he sido vulgar? —contesta con inquina.

—No. Se te da muy bien esto. Gracias… Estoy…

—¿Sorprendido?

—Encantado. Gracias, de verdad —digo sentido.

—¿Con quién vamos a cenar en la mesa? ¿Podemos sentarnos con Kyle y Madison? —dice suplicante.

Me gustaría contentarla, pero es imposible.

—No. Necesito sentarnos en un lugar estratégico.

—¿Por qué no quieres que nadie sepa que Kyle es tu hermano? ¿Tanto te avergüenza? Se ha ganado el estar aquí, igual que tú.

—No es eso. Es que no quiero que lo utilicen en mi contra. Cualquier cosa podría desequilibrar la balanza.

—Sí, pero igual sería a tu favor, ¿no lo has pensado?

Sus palabras me trastocan un poco y consigo convencerla para saludar a alguien más antes de entrar al salón de la cena.

No puedo enfrentarme a Peter y a Josh y a la vez lidiar con mis problemas con Kyle. No creo que soportara la presión. Ya tengo suficiente con intentar contener lo que me provoca Arizona, que no sé ni lo que es. Pero ese vestido no me lo está poniendo fácil, y su actuación estelar muchísimo menos.

Andrew tenía razón, es jodidamente maravillosa.

Muy jodidamente.

8
DIEZ RAZONES PARA ODIARTE



La cena ha sido aburrida, para qué voy a mentir, pero me animo cuando Madison me escribe que se ha enterado de que después hay barra libre. ¡Wow!

«¡Nos vemos en el bar!», le escribo emocionada.

Me remuevo inquieta por tener que esperar y Tommy lo nota. Sabe que estoy cansada de estas conversaciones banales. ¿Cómo lo soporta?

Cuando por fin nos levantamos, le digo que voy al baño y que ya lo buscaré en el bar, pero lo que realmente quiero es escabullirme de él un rato y encontrarme con Madison y Kyle.

—¿Qué tal vuestra cena? —les pregunto al verles. Están los primeros para pedir en la barra. Como debe ser.

—¡Bastante divertida! —exclama Madison contenta.

—Sí —repone Kyle—. Algunos informáticos son bichos raros que nunca han visto la arena de cerca. Mañana hemos quedado en la playa para ver si se ahoga alguno.

—Qué suerte… La mía ha sido un tostón. Todo el rato hablando de los tipos de interés y de política.

—¡Puaj! —opina Madi.

—Estaba deseando tirarme a la bebida, en serio. Un Margarita, por favor —le digo al camarero.

—¿Dónde está Tommy? —pregunta Kyle.

Aunque no lo diga, se nota que le importa.

—La verdad es que no lo sé… Ya me encontrará.

—¡Hola! —me saluda de pronto un chico joven—. ¿Puedo invitarte a un trago?

—Me encantaría, pero hay barra libre —digo con guasa.

—Lo sé… es que no sabía cómo abordarte. Perdona. Me llamo James.

—Yo soy Arizo…. ¡Marzia!

—¿ArizoMarzia? ¿De dónde procede ese nombre?

—No, quería decir que soy de Arizona. Pensaba que me habías preguntado de dónde era. Mi nombre es Marzia.

—¡Qué casualidad! ¡Yo soy de Texas! De la sucursal de Estados Unidos. No he podido evitar fijarme en tu vestido…

—¿Te gusta?

—¡Mucho! ¡Pareces una corista de Las Vegas! ¡Y ahora entiendo por qué! ¡Arizona!

Todos sonreímos.

—¿En qué departamento trabajas, James?

—En seguridad. Cyber Seguridad, no busquéis mis músculos, no tengo.

Volvemos a reírnos y me sirven mi bebida. ¡Al fin! Deliciosa.

—Interesante —opina Kyle—. Yo quería especializarme en eso, pero de momento, soy autodidacta.

—No os imagináis la de ataques cibernéticos que hay al día. Cuando los bots evolucionen, van a acabar con el mundo libre.

—Yo pienso lo mismo. —Le choca el puño Kyle.

—Pero mientras tanto, hay que divertirse, ¿no? —dice James mirándome seductor—. ¿Tú a qué te dedicas, Marzia?

—A ser mi mujer a tiempo completo —dice de pronto una voz escalofriante.

Tommy aparece a nuestro lado dándonos un susto de muerte. Es más alto y corpulento que James y su mirada de «aléjate de ella» da bastante canguelo.

—Ah, pues… ¡menuda suerte! —Sonríe James apurado.

—¿Nos vamos, cariño? —masculla Tommy sujetándome del brazo con posesividad. Odio cuando los tíos se ponen así.

—¡No, amor, la diversión acaba de empezar!

—¿Podemos hablar un minuto, mi vida…? —dice con inquina. Y me aleja de ellos sin esperar mi respuesta. Puedo notar su enfado sin que diga nada.

—Tenemos que irnos ya, Arizona…

—¿Por qué?

—Porque el tío al que van a hacer socio, debe retirarse y no quedarse de copas. Por eso.

—Pues vete tú, yo me quedo.

—No causa buena impresión que yo me vaya y mi mujer se quede tonteando con un idiota en la barra.

—James no es idiota, es muy agradable.

—¿Tengo que recordarte que estás a mi servicio? Te pago para que seas mi mujer. Y la mujer que necesito que seas se subiría conmigo a la habitación sin rechistar. ¿Lo pillas?

Aprieto los dientes, enfadada.

Odio que tenga razón. No estoy de vacaciones, he venido a trabajar, pero me tocan mucho la moral todas las normas que se inventa sobre ese futuro socio de la empresa…

—Los mandamases se están retirando —susurra nervioso—. Y quiero que me vean irme con ellos. Muévete ya…

Me agarra del brazo con decisión.

—¡Ya voy! ¡No hace falta que me empujes! Quiero despedirme.

—No hay tiempo. ¡¿Por qué te habré dejado ir al baño…?!

—¡¿Disculpa?! N¡o soy un perro!

—¡Se van ya…! ¡Por favor, tienen que vernos…!

Su mirada suplicante a punto de derrumbarse hace que me mueva contra mi voluntad.

—¡Chicos, mañana nos vemos! —les grito a lo lejos a los de la barra.

—Porque la mujer de un socio grita en los espacios abiertos…

—La mujer del dichoso socio empieza a estar hasta las narices de sus normas…

—Buenas noches, señor Morrison —dice Tommy cuando los alcanzamos con celeridad en los ascensores.

—¿Ya os vais a dormir, Norton? —pregunta Mark extrañado.

—Sí, mañana quiero estar en plena forma.

—Buena idea —apoya Jack.

Las puertas del ascensor se abren.

—Suban ustedes primero, nosotros esperaremos al siguiente. Que descansen…

—Gracias, hijo. Buenas noches —se despide Jack afable.

Las puertas se cierran y Tommy suelta un largo suspiro lleno de ansiedad.

—¿Ya está? ¿Ahora podemos quedarnos? —pregunto enfurruñada.

—¿Y que alguien nos vea y se chive de que estuvimos de copas cuando les dijimos que nos íbamos a la cama? Ni de broma…

—¡¿Quién va a chivarse?! ¡No estamos en el colegio!

—No, esto es peor. ¡Mi carrera está en juego, Arizona!

—¡¿Cómo lo soportas?! —exclamo incrédula—. ¡¿Te compensa todo esto?!

—No lo entenderías… —masculla apretando el botón del ascensor con frustración.

—¡Pues explícamelo, quiero entenderlo! ¡¿Acaso necesitas ganar todavía más dinero, Tommy?! ¡Drew me dijo que tenías un puñetero poni en el jardín!

—Ya no lo tengo…

—Y ahora quieres un caballito, ¿no?

—¡¡Lo que quiero es que subas conmigo a la maldita habitación!! ¡¿Por qué no lo entiendes?!

—¿Que seas tan aburrido? Pues no, no lo entiendo, la verdad.

—Me da igual lo que opines de mí, te vienes conmigo y punto —zanja cabreado.

Las puertas del ascensor se abren y me hace un gesto para que entre yo primero. Si llega a arrastrarme, me planto y no me muevo.

Entro a regañadientes como si fuera una niña pequeña.

—No me extraña que tu mujer te dejara… —farfullo mientras las puertas se cierran. No he podido resistirme.

—No tienes ni idea de mi vida —musita con frialdad.

—Veo tu comportamiento.

—¡¡Yo también te he visto en la barra tonteando con un tío!! —Me acorrala contra la pared del ascensor con un movimiento inesperado que me deja fuera de juego—. ¡¿Crees que puedes permitirte el lujo de mariposear con cualquiera en la barra cuando nadie te ha quitado la vista de encima en toda la noche?! ¡Se supone que estás aquí para ayudarme, Arizona! ¡Y en vez de eso, solo tratas de dejarme en evidencia!

Lo tengo tan cerca que casi respira sobre mi boca.

Dios santo… ¿Qué hace? ¿Va a besarme?

«¡No se lo permitas!», escucho decir a Madison. Pero Tommy se aleja de mí, como si acabara de darse cuenta de lo que estaba haciendo.

—¿Crees que no me gustaría quedarme de copas? —continúa abatido—. ¡No tienes ni idea de lo que he sacrificado para llegar hasta aquí!

—Imagino que todos tus principios…

—¡SÍ! ¡Nací en el peor barrio de Londres, ¿lo sabías?! Toda la vida me han dicho que jamás

llegaría a nada, y al final he conseguido ser parte de la jodida *jet set*. Pero no ha sido fácil. ¿Crees que me gusta ser un clasista de mierda? ¡Lo soy por fuerza mayor! ¡Y he perdido mucho por el camino para no poder aguantarlo cinco días más!

—¿Qué has perdido? —pregunto intrigada.

—¡A mis hijos! ¡Mi tiempo con ellos que ya no volverá! Y también les he arrebatado la posibilidad de tener una familia normal, así que no puedo perder también esto, porque demostraría que los que nacen siendo unos fracasados, están destinados a fracasar…

Sus palabras me dejan planchada.

—Todo es culpa mía… —prosigue frotándose la cara—. Dejé que se criaran bajo ciertos dogmas que sabía que estaban mal y me callé. Como siempre… Los abandoné a su suerte. Y ahora…

Baja la cabeza, hastiado.

—¿Ahora qué?

—Ahora tengo que luchar contra un linaje con mucho poder para que no me los quiten del todo y necesito este puesto de socio para compensar un poco la balanza.

¿Bajo qué pretexto le quitarían a sus hijos?

—No lo sabía… —digo angustiada.

—Solo te pido que me lo pongas fácil, Arizona…

Y que tras decir eso apoye los antebrazos a cada lado de mi cabeza y se incline hacia mí, me tensa por completo.

—Estoy a un paso de conseguir lo único que puede salvarme de perderlo todo y tú me haces esto…

«¡¿Yo qué he hecho?!».

Intento adivinar de qué se me acusa exactamente, pero en ese momento, las puertas del ascensor se abren y Tommy se separa de mí como un resorte.

—¿Suben? —pregunta una pareja de mediana edad.

—Sí… —carraspea Tommy. Con la discusión se nos había olvidado darle a nuestra planta.

La gente se sube y las puertas vuelven a cerrarse.

Mientras subimos observo su perfil torturado. Que no me mire me deja apreciar lo increíblemente guapo que es y también lo fuera de juego que está. Es como si necesitara un maldito abrazo.

¿Por qué me causa esta sensación?

¿Puede alguien caerte mal y a la vez darte pena?

La puerta se abre de nuevo para que baje la pareja y seguimos subiendo en silencio hasta que vuelve a parar en nuestra planta.

Tommy se adelanta para abrir la puerta y se aventura dentro de la *suite* sin decir nada. Tras coger su pijama, se encierra en el baño y me felicito a mí misma por haberlo ahuyentado. Solo Dios sabe lo que hubiera pasado si me hubiera besado en ese ascensor…

Por la tarde no me ha besado porque he apartado la cara, y ahora en el ascensor ha estado a punto, ¿qué será lo próximo?

Con la seguridad de que no va a salir en un buen rato del baño, me quito el vestido y me pongo el pijama para meterme en la cama.

Es de tirantes y pantalón corto. Espero que al amo le guste…

Cuando por fin sale del servicio, me mira con algo parecido al arrepentimiento.

—Lo siento, ¿vale? Sé que a veces puedo ser horrible.

—Acepto tus disculpas.

—Esta tarde he perdido los papeles… Y ahora en el ascensor también.

—Intentaré ponértelo más fácil, como has dicho, aunque no sé a qué te refieres exactamente…

—No te hagas la tonta. Lo sabes perfectamente.

—No, no lo sé —digo de corazón.

—Arizona…

—¿Tommy?

—Me refiero a que no puedes bajar a cenar así vestida y esperar que no te arranque ese puto vestido, te tire al suelo y te folle hasta que grites…

Mi boca se abre sola.

Él chasquea la lengua disgustado.

—No puedo concentrarme si me provocas de esa forma. Se me cruza el cable y no quiero que pase nada entre nosotros… Estamos aquí para trabajar, ¿de acuerdo?

Asiento aturdida.

Lo veo avanzar hacia el sofá en calzoncillos, llevando una camiseta de sport. Es la primera vez que lo veo sin traje y la imagen me impresiona mucho. O quizá es que no puedo dejar de imaginar cómo sería si me tirara al suelo y me follase hasta que gritara…

Trago saliva deseando que esa fantasía prohibida y oscura se haga realidad. Mi entrepierna se hincha y se licua al segundo, lista para recibir una gruesa y enorme… «reprimenda» por provocarle tanto.

Froto las piernas bajo las sedosas sábanas para deshacerme de esa sensación, pero solo empeora. Sus eróticas palabras han vuelto a disparar mi adrenalina, y ahora estoy deseando que se cuele en mi cama, me separe las piernas y cumpla con sus peligrosas amenazas.

¡¿Qué coño me pasa en la cabeza?! ¡¿O qué leches me pasa en el coño?!

Me giro para darle la espalda y el simple movimiento me produce un estremecimiento de placer. ¡Maldita sea…! Esta situación ya era bastante mala sin fantasear con él.

—Buenas noches… —murmura inquieto.

—Buenas noches —contesto cohibida.

Tardo en dormirme a pesar de que ha sido un día muy largo y de que en Londres deben de ser las cuatro y pico de la madrugada.

Joder…

¡¿Por qué ha tenido que decir eso?!

9
LOs JUEGOS DEL HAMBRE



Abro los ojos porque la luz se filtra por las cortinas, pero no quiero levantarme. No me apetece enfrentarme a mis competidores ni a las pruebas ni a la atracción que siento por ella. Ayer hablé de más… y hoy me quedaría todo el día enterrado en las sábanas, pero escucho el agua de la ducha y me la imagino desnuda al otro lado de la puerta. Sería tan fácil derribarla de una patada y hacerla mía bajo el agua…

Escondo la cabeza bajo la almohada y resoplo.

Me duele todo… Esta noche pido una cama plegable, no puedo seguir durmiendo en esta miniatura de mueble.

No sé cuál será la primera actividad de la jornada, pero me pone de mala hostia pensarlo. Cada uno de nosotros tuvo que sugerir una, y la mente diabólica de Josh no tiene límites cuando se trata de joder a los demás. Quiere hacerme caer como sea, y si nos salimos del ámbito de la abogacía, puede conseguirlo muy fácilmente.

Me cambio de ropa y espero a que Arizona salga del baño para asearme yo.

La situación se ha vuelto violenta. ¿Por qué la besaría en la maldita despedida? Fue un momento de debilidad.

En el ascensor tuve otro y casi la beso, pero tenemos que concentrarnos en nuestro cometido. No tengo tiempo para líos amorosos.

Arizona sale del baño e inevitablemente, nos miramos. Para mi sorpresa no lleva más que una toalla enroscada al cuerpo.

«Genial…».

—Me tengo que vestir… —advierte.

—Y yo que entrar en el baño.

—Vale…

Nos cruzamos y mantengo la respiración para no olerla, pero es en vano, porque todo el habitáculo huele a lo mismo que sabrá su piel. Al gel de Bvlgari del dispensador.

Tardo más tiempo del habitual en salir para darle margen y no pillarla en pelotas. Sería lo que me faltaba… Al final lo hago con miedo y provocando ruido para alertarla. Me la encuentro

sentada a los pies de la cama, esperándome.

—¿Nos vamos a desayunar?

—Sí.

No puedo evitar evaluar su ropa. Lleva un conjunto marrón claro de pantalón y camisa de crochet tejido a mano, con el que se adivina un bañador de color naranja debajo.

—¿Voy bien? —pregunta cohibida—. Lo he cogido de la maleta que has traído para mí.

—Es bonito.

—De acuerdo, vamos. Estoy hambrienta.

Ella ni se ha fijado en mi conjunto de lino blanco de Versace con patrones geométricos en negro. Si Marzia estuviera aquí, me habría hecho cambiarme por un polo de Lacoste o de Karl Lagerfeld, más apropiado para el desayuno. El hecho de saber este tipo de cosas es algo que me sigue perturbando.

El desayuno bufet es una maravilla. Consigo una mesa cercana a la ventana donde podamos estar solos y tranquilos, pero la paz dura poco. Mis jefes aparecen y los saludo con la mano, después me cruzo con Josh y Peter en la zona de la fruta.

Observan mi plato dejando claro que todo es susceptible de crítica. Que se jodan, no pueden ponerle pegas a mi pera, mi tostada de aguacate con queso y a mí café solo sin azúcar.

—Tu mujer tiene mucho apetito, ¿no? —comenta Peter burlón—. ¿Qué pasa, que no la dejas saciada en la cama?

Sigo su mirada hasta Arizona y en su plato encuentro una montaña de tortitas con chocolate, dos cruasanes, uno con embutido y el otro con mantequilla y mermelada, y una muestra de todo el surtido de quesos…

Me muerdo el carrillo para no gritar.

—Al revés, está cogiendo energías porque anoche las gastó todas.

—¿Le hiciste el salto del tigre? —se mofa Josh.

—Y más cosas…

—Lo de follar con tu mujer está anticuado, Norton —opina Peter.

¿Anticuado? Joder, ¿desde cuando estar enamorado está mal visto? Ya no sabe uno cómo acertar.

Vuelvo a la mesa y me encuentro a Arizona con una de sus sonrisas disfrutonas. Al menos, para ella, esto no está siendo un infierno.

—¿Por qué sonríes así?

—Porque no todos los días desayuna una como una marquesa. ¡Aquí hay de todo!

—Come lo que quieras. A la mierda lo que opinen.

—¿Te han dicho algo?

—Les ha faltado tiempo para hacerme un comentario de que te pones hasta arriba. Yo me cogería más cosas ricas, pero para ellos es un síntoma de debilidad. Seguro que en su casa comen lo que quieren, pero en público, alardean de ser muy sanos.

—Buf… pues ellos se lo pierden, ¡esto está buenísimo! ¿Quieres probar un poco? —me ofrece sonriente.

Me quedo mirando su boca, porque lo que de verdad me apetece es otra cosa…

—Sí… por favor.

Ella corta un trozo de tortita con chocolate y me acerca su tenedor a la boca. Lo acepto porque me parece un gesto tierno y sexi a la vez. Se le da bien esto de aparentar ser una pareja feliz. O quizá ella sea así de forma natural.

«¡¿Te imaginas?!».

—Joder, está buenísimo… —gimo.

—Pues el queso con caviar y salmón está todavía mejor. Nunca había estado en un hotel así. Y la cama es… —Se corta al darse cuenta de que yo he dormido en el sofá de pinchos.

—¿Tú has dormido bien? —pregunta culpable.

—No mucho. Esta noche pediré una cama auxiliar.

—¿Y levantar sospechas? Ni hablar. Esta noche duermes en la cama. ¡Es enorme! No vamos a encontrarnos en ella.

—Te prometí que tendrías tu propia cama.

—Hay que adaptarse. No necesito dos metros para mí sola.

«Quizá yo sí los necesite para mantenerme alejado de ti».

—Ya hablaremos… Ahora me preocupan las actividades. No sé qué tendrán planeado, pero lo voy a pasar mal.

—Sea lo que sea, lo superaremos —dice con optimismo.

La falsa sensación de que las cosas pueden salir bien, me envuelve de nuevo. Sí, he dicho «falsa, porque nunca había tenido envidia de una tortita por arrancar un gemido de placer al ser engullida.

«Estoy jodido…».

Cuando terminamos de desayunar nos reunimos en la zona acordada y comienzan los juegos. Daniel, de recursos humanos, es el portavoz de las pruebas.

—Hemos creído conveniente que la primera prueba sea para «romper el hielo» a lo grande. Cada una de las parejas tiene una hora para preparar un baile en una actuación de un minuto.

Se escuchan risitas, pero a mí no me hace ni puta gracia…

¿Un baile? ¡Si yo tengo dos pies izquierdos!

—¿Podemos elegir la canción que queramos? —pregunta Josh ilusionado.

—Sí. Se puntuará la coordinación, la complicidad y el trabajo en equipo. No os pongáis a bailar solos ni os inventéis una modalidad alternativa de baile. Ceñíos a los clásicos conocidos. Nos vemos aquí dentro de una hora.

—¡Corre, Shirly! —exclama Josh emocionado. Y me echa una última mirada maligna sabiendo que estoy en desventaja.

—Tengo una idea —dice Peter para minar todavía más mis ánimos—. Ven, mi amor.

—Lo tenemos chupado, Daisy —le comenta su marido Luke al oído—. Podemos hacer aquel tango con el que casi ganamos el concurso de Navidad.

—¡Buena idea!

—Estamos bien jodidos… —farfullo en voz alta.

—¿Por qué? Tranquilo, se nos ocurrirá algo mejor —dice Arizona.

—Es que no sé bailar. No me gusta.

—¿Cómo que no sabes?

—Soy totalmente arrítmico. Voy a hacer el ridículo.

—La tía de Dirty Dancing tampoco sabía. Se puede aprender.

—¿En una hora? Imposible…

—Con esa actitud negativa seguro que no. Venga, vamos a buscar un sitio. Les pediremos ayuda a Kyle y a Madison.

—¡¿Qué?! ¡No quiero compartir mi humillación, gracias!

—Kyle te puede ayudar. ¡Él baila muy bien!

—Claro, de tanto salir de fiesta…

—Venga, no te rindas antes de empezar.

Buscamos una sala multiusos y mi hermano y su chica no tardan en aparecer.

—¿Cuál es la emergencia? —pregunta Kyle.

Ni siquiera contesto; estoy mirando un punto fijo viendo mi vida pasar.

—La primera prueba es hacer un baile en pareja —comenta Arizona—, y no sabemos qué hacer. ¿Vosotros sabéis alguno?

—No —responde Madison—. Yo suelo bailar sola.

—Yo nunca bailo solo —repone Kyle—. Si lo hago, es para arrimar cebolleta con alguna chica.

—Bailaste conmigo en la despedida.

—Fue para animarte un poco. Estabas tan deprimida cuando este gilipollas se marchó…

Mi pecho se apelmaza. ¿Estuvo mal por mí? Arizona se tensa.

—No fue por él —se da prisa en aclarar—. Fue porque acababan de dictar sentencia contra mi negocio…

—¿Qué sentencia? —pregunto perdido.

—La de las noventa mil libras que debe —explica Madison.

Miro a Arizona alucinado.

—Pensaba que necesitabas el dinero para reformar tu piso. Es lo que me dijo Andrew…

—Andrew, a veces, es discreto, no como otras… —mascullo mirando mal a Madison.

—Lo siento, soy una bocazas.

—Tu boquita es preciosa —subraya Kyle.

—¿De qué es la multa? —pregunto curioso—. Es mucho dinero. ¿Qué negocio es? —Me pongo en modo abogado.

—Ya te lo contaré, ahora tenemos que centrarnos en la prueba. Solo tenemos cincuenta minutos para hacer algo decente.

—No te molestes, no hay nada que hacer. No sé bailar.

—¿Entonces follas mal? —replica Arizona desafiante.

Madison suelta una risita.

—Porque dicen que si bailas mal, follas mal. Y viceversa.

—Una cosa no tiene que ver con la otra…

—¡Claro que sí! Y Kyle me ha dado una idea —empieza Arizona—. En realidad, tu hermano no sabe bailar, solo se dedica a engatusar al ritmo de la música. Podríamos elegir una canción de bachata y hacer lo que podamos, porque evidentemente, no vamos a aprender un mambo en el tiempo que tenemos.

—Enséñame un ejemplo de bachata —digo nervioso.

Arizona busca un vídeo al azar y abro mucho los ojos al verlo.

—¡¿Pero cómo vamos a hacer eso?!

—Es fácil —opina Madison—. Os pegáis al máximo y hacéis como que folláis con ropa.

—La bachata es más que eso —lo defiendo—, pero Madi tiene razón. Si haces eso, podría colar… Yo llevaré la voz cantante, tú solo tienes que saber recibirme y fingir que quieres follarme.

—¡¿Podéis dejar de decir «follar»?!

—¿Y cómo quieres que lo llamemos? —pregunta Kyle.

—Sexo.

—Semántica. Vamos a probar…

—¿Tú sabes bailar bachata? —le pregunto a Arizona.

—No soy una experta, pero he ido a alguna clase.

—Deberías cambiarte de ropa, Ari —dice Madison—. Esa no te luce nada para bailar.

—Luego lo hago. Ahora corre más prisa ensayar.

—No pienso bailar delante de ellos —me planto.

—¡Pero si vas a bailar luego delante de mucha gente! —exclama Madison.

—Bailad vosotros también, así se anima —ordena Arizona.

—¿Qué canción pongo? —pregunta Kyle.

—Una que nos sepamos —sugiere Madi—. ¿Cuál es la más famosa?

—Me sale la de «No es amooor, es una obsesióóón».

—¡Esa misma! ¡Dale!

Kyle manipula su móvil y poco después la canción comienza a sonar.

Joder, hasta yo la conozco…

Kyle y Madison se juntan con una naturalidad que se me antoja imposible tener con Arizona. ¿No le quedó claro anoche que no quiero que me provoque?

—¡Solo es un baile! —dice ella leyéndome la mente—. Considéralo un deporte.

Cierro los ojos con fuerza cuando la recibo entre mis brazos. Preferiría bañarme con tiburones con carne atada a mi cuerpo que bailar esto con ella…

—Relájate e intenta seducirme con tu cuerpo.

—Si quisiera hacer eso, te agarraría del culo…

—No recuerdo que me lo agarraras en la despedida, me sedujiste susurrándome palabras al oído —murmura muy pegada a mí, mientras empezamos a movernos.

—No es cierto. Tú me sedujiste a mí…

Me mira entrecerrando los ojos, y de pronto, se gira apoyando su espalda en mi pecho sin dejar de moverse de forma sensual. Las ganas de toquetearla por todas partes me queman, y como no puedo usar las manos, parezco imbécil.

¿Soy yo o de repente hace mucho calor aquí…?

Arizona se agarra a mi cuello, melosa, y gira la cara hacia mí. La tentación es tan grande que intento huir de ella, haciéndola girar de nuevo.

No es buena idea porque aterriza en mi pecho y engancha una de sus piernas entre las mías.

DEMASIADO. CERCA.

Ella me anima a seguir moviéndome al ritmo de la música, y en ese momento, veo que Madison y Kyle hacen lo propio frotando sus partes íntimas y enrollando sus lenguas al mismo tiempo. ¡Yo no tengo esa suerte…!

Una presión aparece en mi entrepierna y paso de que Arizona la note.

—Así no puedo… —Me separo de ella al momento.

Kyle nos mira, pero su chica no se da por aludida.

—Madi… —la alerta Arizona—. ¿Por qué no subís a la habitación y me bajas uno de tus conjuntos de mallas y top para bailar luego?

—Es la mejor idea que has tenido —dice Kyle con voz grave mientras se recoloca la erección.

«Hasta nunca», quiero decir cuando abandonan la sala, pero en lugar de eso, me froto la cara, angustiado.

—Esto no es una buena idea —formulo—. Y espero que entiendas a qué me refiero esta vez… —digo sarcástico recolocándome el paquete también.

—Si te empalmas en la actividad, nadie se va a dar cuenta. Solo yo. Tu camisa es holgada —dice con naturalidad.

—No es por presumir, pero no la tengo precisamente pequeña. Además hace tiempo que no tengo sexo…

—Pues hazte una paja antes de la actividad.

—Esto es surrealista… —resoplo—. ¿Por qué no bailamos un jodido pasodoble?

—¿Sabes hacerlo?

—No, pero al menos correrá el aire entre nosotros…

—Y ahí sí quedarás como un panoli. —Señala—. Se va a notar que eres un palo y que no sabes bailar. Sin embargo, si bailamos en plan sensual vas a sorprender a tus jefes y su plan de dejarte en ridículo habrá fallado.

—No lo entiendes, Arizona, no podría bailar así aunque mi vida dependiera de ello… Estoy demasiado entrenado para reprimir mi espontaneidad.

—¿En la cama también te reprimes? Durante el sexo, digo.

—Pues sí —contesto clavándole la mirada—. Me enseñaron que a las mujeres hay que tratarlas con respeto, pero te aseguro que eso no es lo que me nace… Sé hacerle el amor a una mujer, pero follar es algo muy distinto para mí, y nunca me permito hacerlo…

No sé si es mi imaginación, pero parece sonrojarse.

—Ahora estamos solos, Tommy. Baila como te nazca bailar. Hazme lo que quieras con tu cuerpo, la única norma es que no puedes usar la boca ni las manos. Bailar es algo instintivo, nunca se olvida, solo tienes que deshacerte por un momento de todas tus límites.

—¿De qué serviría? No voy a hacerlo delante de mis jefes…

—Así podré ver de lo que eres capaz y transformarlo en posibles pasos de baile. Voy a poner la canción.

Quiero negarme cien veces mientras la busca en su aplicación de música, pero la melodía empieza a sonar, y la pone justo en el estribillo.

No duda en acercarse a mí e invadir mi espacio vital. ¿Acaso no sabe el peligro que está corriendo?

Oh, no es amooor,
lo que tú sientes…
se llama obsesión.
Una ilusión…
de tu pensamiento
que te hace hacer cosas…
Así funciona el corazón

—Desbloquea tus caderas, vamos… —me insta.

—No puedo.

—Piensa en cómo me la meterías.

—Joder… —digo mirando al cielo, porque con tanto roce en la polla siento que me estoy empalmando otra vez.

—Para ser un Norton, eres muy decepcionante… —me vacila.

—No me toques los huevos —digo agarrándola con fuerza y pegándola mucho a mí.

Me clavo en ella sin contemplaciones, apretándola tanto contra mi cuerpo que sé que la dejo

sin respiración.

Arizona es alta para ser una chica, pero es delgada y se hace tan menuda en mis brazos que puedo agarrarla por la espalda y sostenerla de la clavícula para incrustarme todavía más en su cuerpo.

La posición de sometimiento la deja perpleja y dejo caer mis labios en su cuello, muy metido en el papel.

—Así es cómo te follaría…

Su cuerpo se estremece y la escucho soltar el aire.

—Está bien, pero afloja un poco para que yo también pueda moverme.

—Es que no te dejaría moverte, solo podrías recibir mis brutales embestidas, una y otra vez, con los ojos en blanco…

Nuestros ojos a diez centímetros, nuestros labios a cinco.

—Pero ahora vamos a bailar, afloja un poco, por favor…

Obedezco y ella rota las caderas de una forma que puedo imaginar perfectamente cómo envolvería mi polla.

—Así, muy bien… —jadea ella sin dejar de mirarme. Menos mal que íbamos a tomárnoslo con calma…—. Después, yo puedo meter un giro aquí y tú me acaricias las caderas —propone.

Lo hace y me muestra cómo deslizar mis manos por su cuerpo.

—Muy bien. Necesitamos un principio. Ponte aquí.

Ella deja de bailar como si tal cosa y no parece darse cuenta de que a mí me cuesta un poco más volver de mis fantasías cerdas. Tengo el puso acelerado, joder…

Repite los pasos despacio y cuando por fin lo hacemos a una velocidad normal, el resultado queda bien.

No sé si es el contoneo de su cuerpo o que nuestras caras están cada vez más cerca, pero las ganas de besarla y de follármela son cada vez más grandes. Igual que la noche en que la conocí. Tuve que irme porque me di miedo a mí mismo. Hacía mucho que no deseaba tanto a nadie.

Por suerte, cada vez que el pensamiento de atrapar sus labios pasa por mi mente, ella se gira y pega su culo a mi paquete. Mi pelvis hace un esfuerzo por seguir sus atrevidos balanceos y por fin empiezo a sentir que lo estoy haciendo medianamente bien.

—¡No está mal! —Sonríe alejándose de mí para volver a poner la canción.

Y ahí está otra vez… Esa sonrisa confiada y traviesa que te hace pensar que todo es posible. Incluso superar esta maldita prueba con honores.

—Podemos improvisar un poco en la parte central, hacer lo que nos nazca durante treinta segundos, pero necesitamos un final apoteósico.

—Te escucho.

No es tan difícil. La mayoría de tiempo es ella la que se mueve de forma deliciosa alrededor de mi cuerpo y yo solo tengo que poner cara de salido y fingir que su ombligo es el centro de mi universo.

—Sujétame de la cintura para que no me caiga —me avisa. Y de repente, empieza a usar una de mis piernas como su fuera una maldita barra americana de cualquier local de alterne.

Después, me obliga a agarrarla por debajo de la rodilla y estrecharla contra mí, mientras echa la espalda hacia atrás como lo haría durante un orgasmo.

En vez de hacerme socio, me van a despedir, joder…

Pero ahora mismo me importa una mierda ese puesto. Todas las terminaciones de mi cuerpo se están incendiando a la vez y solo quiero que sigan ardiendo.

La hago volver de un tirón violento y junto mi frente con la suya para seguir moviéndonos al unísono. Necesito más…

Disculpa si te ofendo,
pero es que soy honesto,
con lujo de detalles, escucha mi versión
Pura crema y chocolate,
untarte y devorarte,
llevarte a otro mundo en tu mente, corazón.

Las únicas partes de nuestro cuerpo que mantienen una distancia de seguridad son nuestros labios, y eso que estamos prácticamente respirando el uno en la boca del otro.

Sé que me falta nada para perder el norte cuando la agarro del culo para clavarle más a fondo mi erección…

Voy a hacerte caricias
que no se han inventado…

Que ella suba las manos hasta mi cuello y las baje arañando mis pectorales hace que me descontrole del todo. Me lanzo a saborear su lengua liberando toda la tensión contenida. No hemos hecho más que empezar cuando la puerta se abre.

—¡JO-DER! ¡¿Estáis follando de verdad?! —chilla Madison.

Arizona y yo nos separamos al instante y me siento como si acabaran de rociarme un extintor a un metro

—Si bailáis así, seguro que ganáis, bro… —Sonríe Kyle.

10
DIRTY DANCING



«Que no cunda el panicazo», me digo a mí misma mientras me cambio de ropa en un baño cercano.

Le he pedido que improvisara y lo ha hecho. Eso es todo.

«¿Y te has dejado besar porque…?», pregunta mi ángel.

¡Porque cuando me ha reducido, cabreado, mi coño se ha desmayado! ¡Por eso!

No es un secreto que Tommy me gustó desde la primera mirada. El morbo y yo tenemos muy clara nuestra opinión.

Durante todo el ensayo no he dejado de pensar en cómo será Tommy en la cama. ¿Ha dicho que suele contenerse? MY GOD… ¡Pues yo no querría que lo hiciera conmigo! Como si me lo rompe…

Dios… ¡Acabo de descubrir que probablemente me guste el sado!

Es evidente que la furia macarra de los Norton corre por sus venas, puede que incluso en mayor medida, después de tantos años sepultada. Lamento decirlo, pero una nueva necesidad ha sido desbloqueada en mi entrepierna… Todo un inconveniente.

—¿Te queda mucho? —pregunta Madison.

Mi prima me ha bajado unas mallas negras y un top corto a juego de tirantes; perfecto para lucir el vientre plano que traigo de serie. Hace años que estoy segura de que una bonita tenia vive dentro de mí, porque por más que como, no engordo, y si me paso, se me va a las tetas. Odiadme con libertad.

—Ya voy… —contesto terminando de acomodarme la ropa.

Cuando salgo, Madison me mira como el gato que se ha comido al canario.

—Borra esa expresión de tu cara.

—No puedo. Lo sé todo. Le deseas. Tu conejito tiene hambre.

—No quiero hablar contigo de eso.

—Pues me chivaré a Nataly y ella te llamará para sonsacarte información.

—Lo que has visto formaba parte del baile. Nada más.

—No me lo creo —replica con picardía—. Te dije que tuvieras cuidado, Ari, los Norton son

peligrosos. Yo soy una experta en intentar no tirarme a uno y te garantizo que vas a sufrir.

—Déjate de cotilleos. Si queremos acostarnos, lo haremos y punto. No es tan importante.

—¡Ni se te ocurra hacerlo! —exclama preocupada—. Si lo haces, no habrá vuelta atrás. Hay una sustancia adictiva en el semen de esa familia, pregúntaselo a Nataly.

Pongo los ojos en blanco.

—Alguien debería doblarte la medicación, Madison…

—Ten cuidado, Ari. Tommy es un rompecorazones.

—¡¿Qué sabrás tú?!

—Sé lo que me digo.

Hago caso omiso de sus palabras, porque si aquí hay una rompecorazones soy yo. Ya he contado que mi maldición me persigue. En todo caso, podría ser un problema si nos acostamos unas cuantas veces, la cosa se pone intensa y después tengo problemas para quitármelo de encima. ¡Es hermano de Drew y Kyle!, eso podría generar mal rollo con mis primas. ¡Y es lo último que quiero!

Cuando volvemos a la sala, los chicos tratan de disimularlo, pero en los ojos de Tommy leo que han tenido una conversación similar a la nuestra. Lo olvido cuando él deja resbalar la vista hasta mi ombligo y yo hago lo mismo con el suyo.

—¿Por qué te has desabrochado la camisa? —digo casi como una reprimenda.

—Se lo he recomendado yo —interviene Kyle—. Creo que así le queda más *cool*.

Kyle es un amor, pero a veces me dan ganas de abofetearle por esas ideas maravillosas… El torso de Tommy es duro y perfecto, como el de un gladiador. ¡¿De dónde ha sacado esos abdominales?! ¿Se los ha pintado? Decidme que sí…

—Quedan diez minutos —consulto la hora—. ¿Hacemos un último ensayo general?

—Mejor no… —contesta Tommy apurado.

—¿Te acordarás de todo?

—Creo que sí. Si no, improvisaremos…

—¿Seguro? —pregunto con miedo. Porque el ambiente está demasiado caldeado como para improvisar cositas.

—Sí, vámonos ya.

En la zona principal nos encontramos con el resto de los participantes. Todos han traído un vestuario estudiado y hay más público que antes. Ups…

Josh y su mujer van de amarillo, y Peter y su esposa van con traje y vestido de noche.

—Vaya, vaya… —se mofa Josh—. ¿Es que vais a hacer aeróbic o qué?

—Casi —respondo irónica—. Y vosotros…, ¡no me lo digas!, ¡vais a escenificar el baile del pollo!

—No, un merengue.

—Me gustan los merengues —salta Tommy—. Me los meriendo de un bocado.

No es lo que necesitaba escuchar para tranquilizarme. Ejem…

—Peter ha jugado la carta de la elegancia —señala acusador.

—Era necesario. Bailaremos el baile de nuestra boda.

Daisy aparece con un vestido de noche azul y su clásica mirada de «desnúdame». Miro al suelo para evitar sentir de nuevo su condescendencia.

—¿Listos para perder? —saluda en general, la simpática.

El portavoz anuncia que los primeros en bailar serán Daisy y su marido. Se marcan una actuación de diez y todos aplaudimos. Tommy parece abatido.

—¿Esto cómo va? ¿Quién gane más pruebas será el socio?

—No. No hay ganadores. Nos evalúan a todos de forma individual.

—Entonces tú vas a ser la nueva estrella revelación…

Me mira sin tenerlas todas consigo.

—Me gusta ser reservado en mi vida privada. Esto es casi una violación de la intimidad…

—Ser socio es como ser miembro de una familia. Les debes esa intimidad. Y es algo que también forma parte de ti. Yo creo que les gustará verlo. A mí me gusta…

Vuelve a mirarme suspicaz. Ya he vuelto a pasarme de la raya.

Los siguientes en concursar son Peter y su mujer. Es un baile lento, romántico e indefinido, es decir, aburrido. Se nota en la desgana de los aplausos.

—Al menos no se han expuesto tanto… —opina Tommy.

—Eso no tiene por qué ser bueno. Ellos quieren que os expongáis y negárselo no les va a gustar.

Josh y Shirly son todo lo contrario. Exposición máxima. Jamás pensé que diría esto, pero se han puesto demasiada vaselina en los dientes y sus sonrisas dan miedo. Es como si actuaran para un público infantil. Además la forma de bailar de Josh…

—Ese tío es gay, no me jodas… Tengo un radar infalible. ¿Seguro que nunca te ha tirado los tejos?

Tommy intenta contener una sonrisa.

—Tú turno, hombre de hielo —le dice el polluelo a Tommy cuando terminan los aplausos.

—Tranquilo… Saldrá bien —susurro mientras nos acercamos al centro del escenario—. Piensa que estamos solos y déjate llevar.

—Si hago eso, nos detienen por escándalo público…

Esa frase me corta la respiración. ¿Qué ha querido decir?

Digamos que, durante el baile, me lo deja bastante claro…

Desde el primer momento, Tommy me sigue el ritmo alienado por el sexi movimiento de mis caderas desnudas. Puedo notar cómo la gente flipa y cómo Kyle sonríe con orgullo cuando su hermano se suelta del todo. Hablo de rozar su mejilla contra la mía mientras estoy de espaldas a él frotándome contra su pecho, o la mirada de deseo que me lanza estando a dos centímetros de su cara. Se me eriza todo el pelo del cuerpo sin poder evitarlo.

Cuando me anclo a su pierna, él aferra mi rodilla contra su cuerpo para inclinarme hacia atrás y se escucha una pequeña exclamación del público. ¡Lo estamos bordando! Solo queda el final.

Nos quedamos pegados. Pegadísimos en realidad. Y en el último momento, en vez de echarme hacia atrás y terminar el número, me sujeta del cuello para reducirme con dureza y me besa con una lentitud lacerante.

Los vítores exagerados nos obligan a separarnos y tardamos un segundo de más en sonreírnos.

Tildaría las caras de sorpresa de sus jefes como positivas. Están «flipando para bien» y Tommy me aprieta la mano, satisfecho.

He llegado a la conclusión de que cuando hace eso, es que está contento. Es su forma de celebrarlo, como cuando alguien cierra el puño para expresar victoria.

—¡Habéis estado increíbles! —grita Madison a lo lejos.

Mucha gente se acerca a felicitarnos, pero a Tommy no le gustan los baños de multitudes ni regodearse de nada, y en menos de cinco minutos, estamos eligiendo hamacas.

Se va al vestuario para ponerse un bañador, y cuando aparece, lo hace sin camiseta. Juro que casi me caigo de la hamaca…

Doy gracias a Dios por llevar mis maxigafas de sol y que no perciba el nuevo tamaño de mis ojos. La boca se me llena de baba al ver su cuerpazo definido nivel *hazme un hijo*. ¿Pero cuándo va al gimnasio este hombre?

—Me voy al agua —musita.

Yo no puedo articular palabra cuando se gira y veo el enorme tigre que tiene tatuado en esa amalgama de músculos a la que llama espalda. En cuanto se sumerge, bajo mis gafas de sol para disfrutar de su cuerpazo sin filtros polarizados.

—¿Disfrutando de las vistas? —me saluda Madison.

Me sobresalto y disimulo.

—Madre mía, nena… ¡menudo baile os habéis marcado! ¿Tu presión arterial bien? —pregunta tumbándose a mi lado.

—Sí, ¿por qué?

—¡Ya sabes por qué! ¡Casi me corro viva solo de veros!

—Ha sido un baile… —digo quitándole hierro al mayor calentón de mi vida.

—¡Y te ha besado delante de todo el mundo!

—Ya te lo dije, formaba parte del espectáculo.

—Sigue diciéndote eso… —dice felina.

Kyle se une a Tommy en el agua y comienzan a salpicarse, imagino que le habrá vacilado como Madison está haciendo conmigo, insinuando cuanto necesitaba ese baño para enfriar los ánimos…

—¿Cómo os va a Kyle y a ti? —pregunto de pronto—. Me refiero, aparte del sexo, ya sé que ese tema lo tenéis dominado.

—Muy bien, la verdad. Es muy distinto a todos los novios que he tenido antes. No me riñe, no me grita, no me pega… Es como si fuéramos amigos. Un amigo al que tengo ganas de besar a todas horas —dice soñadora—. Además es un gran padre. Se me caen las bragas cuando lo veo con Richi. Te juro que ahora mismo no podría ser más feliz.

—Guau —digo sorprendida—. Entonces, ¿es perfecto?

—Nadie lo es. Los dos tenemos nuestras cosillas, pero nos entendemos bien. Él tolera mis defectos y yo los suyos. Eso es genial.

—Me alegro mucho por ti, Madison.

—¿Te alegras? Yo a veces pienso que no le merezco…

Que diga eso me sorprende. Es lo último que diría una egoísta.

—¿Por qué?

—Después de todo el daño que he hecho, me merecería una vida de tormento, no al mejor tío del mundo…

No sé qué decir ante eso. Sé que hay mucha gente que le hace cruz y raya a gente de por vida, pero yo no soy así.

—Yo creo en las segundas oportunidades —confirmo.

—¿Y en la vigésima oportunidad? —bromea avergonzada.

—Estás diagnosticada, Madison. Antes no eras tú.

—En realidad, sigo siendo la misma. Nunca he dejado de serlo.

—La diferencia es que ahora sabes cuando parar. Y créeme, ese detalle lo es todo. Te sorprenderías de las atrocidades que llegaría a hacer la gente si supiera que no tienen consecuencias. Como en esa película, *La purga*, donde un día al año, cualquier delito queda impune. La gente necesita límites para no volverse un monstruo… y tú no los tenías.

—Gracias por no seguir odiándome cuando Nataly me perdonó. Me sorprendiste. No las tenía todas conmigo… Me gusta la gente que sabe cambiar de opinión.

A mí hay poca gente que consigue dejarme sin palabras y Madison, con su sinceridad aplastante, es una de ellas.

—Si te prevengo contra Tommy no es en vano —añade seria—. Cuando te he dicho que es un rompecorazones, no me refería a las mujeres, sino a Kyle. Veo lo que sufre por él y no quiero que te pase lo mismo…

¿Qué os decía? ¡Alucinando pepinillos en 3, 2, 1!

—¿Qué te ha contado Kyle sobre él?

—Nada. Nunca quiere hablar de este tema porque le pone triste, pero alguna vez ha mencionado algo durante alguna borrachera y sé que Tommy es su eterno asunto pendiente. Me da pena porque creo que nunca podrá ser lo que él necesita que sea… Tommy está más allá de nosotros, Ari, vive en otro mundo.

—Pues habrá que traerle de vuelta —digo decidida—. Durante estos días podemos intentarlo.

—¿Cómo lo hacemos?

—Tú misma lo has dicho. Emborrachándolos juntos.

—Tommy no quiere beber, ya lo viste ayer. Quiere ser «don perfecto».

—Quizá podamos convencerle…

Veo que sus rivales se unen a los Norton en el agua y sus respectivas mujeres se nos acercan a nosotras.

—¿Hola? ¿Podemos sentarnos aquí? —pregunta Melanie.

—Claro… —respondo a regañadientes. «¿No hay más lugares en el hotel?».

Veo que Luke se tumba en una hamaca a leer un libro y que Daisy, la comehombres, se une a sus compañeros en el agua.

Por supuesto, se sitúa al lado de Tommy y no deja de juguetear y exhibirse delante de él.

—No te molestes en ponerte celosa —me dice Shirly—, se la han tirado todos. Pero no la respetan en absoluto. Es inofensiva.

Sus palabras me atraviesan el estómago. ¡¿Lo saben?!

—Peter dice que no tiene ninguna posibilidad de ser socia, pero la meten en la competición para que no proteste. Todo el mundo la detesta y tiene mala reputación en los juzgados.

—¿Y por qué no la echan del bufete? —pregunto.

—Porque también se ha tirado a algunos jefazos y los tiene cogidos por los huevos a todos. Si llegara a saberse, sería un gran escándalo…

Madison y yo abrimos los ojos con sorpresa.

—No te preocupes, solo es el típico polvo rápido sin sentimientos.

—A mí me da pena su marido Luke —salta Melanie.

—Es el típico que no se entera de nada —remata Shirly.

—¿Tú crees que no sabe cómo es su mujer? Lo que pasa es que se hace el tonto porque vive muy bien a su costa…

Vuelvo a mirar hacia el agua y veo que Tommy me está mirando también. Trato de mandarle un mensaje de socorro. No sé cuánto tiempo más aguantaré escuchar esto calladita…

Dos minutos después, los hombres salen de la piscina y acuden a por las toallas.

—¿Te vienes a tomar algo conmigo? —me propone Tommy colocándose unas gafas de sol y la camisa de lino entreabierta.

Lo miro como si fuera un jodido espejismo y no soy la única. ¿Cómo puede ser tan guapo?

—Claro…

Me da la mano para ayudarme a dejar atrás la hamaca y nos alejamos de ellos sin soltarnos.

Después de lo mucho que nos hemos rozado hoy, no entiendo por qué el leve toque de sus dedos me produce taquicardias.

Es un gesto tan tierno y bonito. Pero lo que de verdad me pone nerviosa es la conversación que vamos a tener ahora porque, después de semejantes morreos, en plural, está claro que tenemos que hablar.

Quiero dejarle las cosas claras.

Él es un divorciado con hijos.

Yo la eterna soltera. Y eso no va a cambiar.

11
TITANIC



Cuando llegamos al bar, soltarle la mano, me desagrada. Supongo que es el agradecimiento el que habla por mí.

—Gracias por salvarme de ese aquelarre —comenta ella.

—De nada. He oído tus gritos de socorro desde el agua. ¿Qué quieres tomar?

—Me da igual, sorpréndeme. Algún coctel dulce y tropical.

Me ausento durante cinco minutos y vuelvo con un *Sex on the Beach* para ella y un Mojito para mí.

—Quería hablar contigo… —Y al decirlo, noto que se tensa. Como abogado, estamos obligados a fijarnos en la expresión corporal. El 80% de lo que dice la gente no sale por su boca.

—¿De qué quieres hablar? —pregunta nerviosa.

—De los noventa mil. ¿Hubo juicio? ¿Qué ocurrió?

Por un segundo la decepción cruza su mirada. ¿De qué pensaba que iba a hablarle?

«¿Quizá del morreo que le has dado en el ensayo y luego en el baile?».

—No me apetece mucho hablar de ese tema ahora, Tommy…

—Lo siento, es deformación profesional. Me parece una sentencia muy alta así que debió de ser algo grave. ¿A qué te dedicas exactamente?

—Es una empresa de aventuras. Hacemos realidad todo lo que la gente llegue a imaginar y pida. Para nosotros no hay nada imposible.

—El hada madrina… ¿Y qué pasó?

—Que tuve mala suerte —bufa ella—. Un cliente se salió de la ruta segura y se despeñó por un desfiladero. Resultado: la rodilla rota por dos sitios.

—Pero… si se salió de la ruta, se saltó las normas de seguridad, ¿no? ¿No me digas que no firmaron un contrato de responsabilidad?

—Sí que lo firmaron, pero no sirvió de nada.

—Perdona que insista, pero no lo entiendo.

—Lo vas a entender enseguida… —dice hastiada—. El tipo era un político que le quiso regalar una experiencia extrema a su amante de turno, se escabulleron para hacer guarrerías

cuando el guía fue al baño y ella cayó por el desfiladero. Alegaron que se habían despistado y que ella se precipitó al vacío porque una cuerda se les rompió. En el juicio, sus abogados nos devoraron vivos. No sé cómo consiguieron que el jurado creyera que el material estaba en malas condiciones a pesar de tener delante los papeles que avalaban que estaban en regla.

—¿Pero cómo es posible…?

—Nadie vio nada, es su palabra contra la nuestra.

—¿Y el guía?

—Según ellos, desapareció y no volvió. Dijeron que la chica estaba asustada y decidieron continuar la ruta antes de que anocheciera, pero las sujeciones fallaron.

—¿Analizaron las sujeciones? Porque igual fue un defecto de fábrica y os dieron gato por liebre.

—Las cuerdas estaban bien; siempre las comprobamos. Lo que pasó es que no se ataron, pero es imposible demostrarlo. A la chica le pagarían un dineral por no abrir la boca. La responsabilidad del guía recayó en la empresa, aunque él aseguró que les dijo que no se movieran del sitio y volvió en cinco minutos.

—No me lo puedo creer…

—Ni yo. Pero fue lo que pasó. La noticia trascendió y me quedé sin clientes y con una gran deuda. Ahora, gracias a ti, quizá pueda empezar de cero con otra cosa y no perder mi casa.

La miro fijamente y luego a su mano. Tengo ganas de volver a cogérsela y decirle que voy a solucionarlo, pero no quiero hacerle promesas.

—Si te parece bien, a partir de ahora, seré tu abogado probono. Es decir, no tienes que pagarme nada. Y mi primera recomendación es que pidas una apelación.

—¿Cómo? No voy a pasar otra vez por lo mismo, Tommy. ¡No sabes cómo son esos tíos!

—Sí que lo sé, porque yo soy así, pero ahora me tienes a mí.

Que sus ojos brillen amenazando llanto hace que me den ganas de romper la mesa. Este es el punto más alejado de esa sonrisa que me encanta y apenas puedo soportarlo.

«Ella está haciendo tanto por mí», me justifico.

—Confía en mí, por favor. —Poso mi mano en la suya—. Soy un capullo, pero soy bueno en lo mío. Encontraré algo. Revisaré sus llamadas a la hora del accidente. Investigaré a la chica. Mandaré analizar la cuerda para que estudien el modo en que se rompieron las fibras. Y si lo hizo él, podré demostrarlo.

—¿Harías eso por mí? —pregunta conmovida.

—Somos familia… —Uso la carta fácil—. Y es lo justo.

—Te dejaré ayudarme con una condición… —musita ella.

—¿Cuál?

—Que si ganas, no tendrás que pagarme nada por este viaje.

Me quedo paralizado al escucharla.

—Pero…

—Somos familia, ¿no? Y esto son más bien unas vacaciones pagadas. Además, ayer cargué el vestido a la habitación —dice tapándose los ojos, arrepentida.

Sonrío sin poder evitarlo.

—Hiciste bien. Estabas espectacular con él…

—¿Significa eso que vas a dejar que me vista como quiera el resto de los días?

—Sí. Hasta ahora has superado todas mis expectativas. Lo único que no te perdono es lo de la pomba de chicle…

Traer de vuelta su sonrisa hace que todo merezca la pena.

—Formamos un buen equipo, Norton. Creo que has impresionado a tus jefes con ese baile…

—A todos no —digo apretando los labios—. Sé que tengo el voto de Jack y de Cliff, pero el de Mark se me resiste. No sé qué quiere de mí, pero me da la sensación de que, haga lo que haga, nunca tendré su aprobación.

—Pues esa es nuestra misión aquí, descubrir por qué ese hombre no te quiere como socio. ¿Seguro que no se te ocurre nada por lo que te tenga manía?

—Te juro que no. Siempre intento esforzarme al máximo por hacerlo todo bien.

—Igual ese es el problema —murmura.

Levanto una ceja.

—¿Qué quieres decir?

—Ayer, en el ascensor, cuando dijiste que nos íbamos a la cama, hizo una mueca extraña.

—¿Qué mueca? —pregunto desconcertado.

—No sé, puede que note que te esfuerzas demasiado en hacer lo que crees que ellos quieren ver. Igual no se fía de ti porque no siente que te salga natural.

—Más natural no he podido ser en ese escenario, y su cara de culo no ha cambiado ni un ápice.

—Es que te has salido con la actuación… igual quería verte fallar por una vez. Los errores nos hacen humanos.

Me quedo pensativo analizando esa idea. La intriga de si tiene razón me corroe vivo. Tengo que averiguar qué problema tiene Mark conmigo.

Enseguida se hace la hora de comer, y la gente se nos acopla de una forma alucinante, al final formamos una mesa grande y me limito a hablar poco y ser un rancio. Arizona defiende bien el fuerte y se comporta como una esposa ejemplar. Después de ese baile, se nota que ha perdido el miedo a tocarme. Si supiera el peligro que corre…

Por la tarde, el grupo insiste en ir a la playa. Yo intento escaquearme a la habitación alegando que quiero echar la siesta y hacer algunas llamadas, entre otras, a mis hijos, pero Kyle, Madison y Arizona me convencen para hacer una excursión en catamarán de una hora, sin el resto, y puede que la brisa del mar me venga bien.

Nos acomodamos en una gran red en la parte trasera de la embarcación y sonreímos cuando la nave coge velocidad de crucero.

—¡Qué pasada! ¡Tengo agua debajo del culo! —exclama Madison divertida.

—Tú siempre tienes agua debajo del culo —la vacila Kyle.

—Solo cuando estás cerca…

Se besan ensimismados y aparto la vista.

Yo nunca me he dado ese tipo de besos tontos, pero tengo que admitir que son bonitos.

Madison le pide a Kyle ir a hacer de Leo y de Kate en la proa del barco y se van.

—¿En qué piensas? —me pregunta Arizona de repente.

—En nada…

—No tienes pinta de ser de los que dejan la mente en blanco.

—Gracias por el cumplido. Estaba pensando en que me gusta ver a mi hermano tan bien.

—¿Te gusta o te da envidia?

—Las dos cosas…

—A mí también. Son muy monos. Tal para cual.

—Si tú lo dices… No conozco a Madison, pero tiene el típico perfil de happy loca.

—Has dado en el clavo. Pero antes era mucho peor. Nataly y yo la odiábamos.

—¿En serio?

—¿Sabías que Nataly contrató a Drew para que se follara a Madison y fastidiarle la boda con el que fue su ex prometido?

—¡¿CÓMO?!

—¡Igual no tendría que habértelo contado! —ríe traviesa—. Guárdame el secreto.

—¿Drew se acostó con Madison?

—¡Nooo! Pero Madison se acostó con Kyle pensando que era Drew… y se quedó embarazada sin querer.

—Vale, eso ya suena más a mis hermanos…

—Pero se enamoraron mientras esperaban la llegada del bebé. Kyle se hizo responsable de ella y del bebé.

—Siempre ha tenido un gran corazón…

—Si yo tuviera unos hermanos como Kyle y Drew sería feliz. Como hija única he echado mucho de menos tener a alguien, por eso me pegaba a mis primas. Bueno, a Nataly. Madison era mala y cruel.

—¿La happy loca?

—Sí. Antes era manipuladora, mentirosa y usaba su sexualidad como moneda de cambio, hasta que se descubrió que sufría trastorno límite de la personalidad.

—Joder…

—Después de año y medio yendo a terapia ha cambiado mucho. Ahora es una happy loca. Y yo la prefiero así. Es mucho mejor persona.

—Espero que les vaya bien…

—Yo también. Oye… ya sé que no te gusta hablar de eso, pero… ¿por qué te fuiste de Londres? Me gustaría saberlo…

«No es que no me guste hablar de ellos, es que nunca hablo». Las ganas de levantarme e irme son potentes, pero estoy tan bien aquí… Además, Arizona me ha contado cosas íntimas de su vida y siento que le debo lo mismo.

—Todo en Londres me traía malos recuerdos…

—¿Todo? ¿Tus hermanos también?

—Mis hermanos siempre han sido unos cafres…

—¡¿Sabes que yo los llamo así?! —exclama sonriente.

Joder, esa sonrisa otra vez, no… Es jodidamente besable.

—No me extraña. Es lo que son…

—Pero adorables —repone ella cariñosa.

—Los tres lo éramos, unos cafres. Yo me reformé, pero si los hubiera metido antes en vereda…

—¿Qué hubiera pasado? ¿Crees que hubieran sido más felices de lo que son ahora?

La respuesta a esa pregunta me escuece, porque sé que no.

—No sé… Pero hubiesen tenido más dinero y opciones.

—¿Crees que el dinero da la felicidad? ¿Tú eres feliz, generoso desconocido de traje caro?

Sonrío al recordar cuando me llamó así la noche que nos conocimos. Me resultó tan graciosa…

—Sabes que no lo soy.

—¿Y a qué esperas para recuperar la relación con tus hermanos, Tommy? Ellos podrían ser un

gran apoyo para ti en estos momentos.

—No puedo pedirles nada después de abandonarles así.

—¡Claro que puedes! Ellos lo están deseando…

—No es el momento… —digo incomodo—. Ahora tengo muchos problemas, no necesito añadir más.

—Yo creo que es el momento idóneo.

—Somos demasiado distintos —me excuso.

—¿Tú crees? Porque tú sigues siendo un cafre…

La miro subiendo las cejas.

—No pongas esa cara. Seguramente seas el más macarra y bruto de los tres, pero te escondes en una fachada de caballero, como dijiste ayer. Ellos no tienen necesidad de hacer eso para que los tomen en serio.

—Ah, ¿los toman en serio en algún sitio? —mascullo.

—¡Sí, Tommy! El único que no lo hace eres tú.

—Si hubiera alguien de mi bufete aquí, ahora mismo me moriría de vergüenza. Mi hermano está haciendo de Leo DiCaprio en la pro… —Lo señalo. Y ella sonríe.

—Es la envidia la que sale por tu boca. Creo que empiezo a captarte…

Esa reflexión me hace sonreír y de pronto lo oímos.

¡PLASH!

—¡Madison!

Arizona y yo nos levantamos de golpe y vemos que Madison ha caído al agua.

—¡Espera, cariño, ya voy! —grita Kyle.

Vemos alucinados cómo se lanza al agua también.

—¡¿Pero será idiota?! ¡Ya era malo que se cayera uno!¡Ahora están los dos en el agua! —exclamo alucinado.

La tripulación del barco da la orden de aminorar y girar, pero ya estamos a cincuenta metros de ellos o más.

—¿Tu prima sabe nadar bien? —pregunto preocupado.

—Creo que sí, pero le tiene pánico a los peces.

Suspiro aliviado cuando un marinero se lanza con una lancha a motor al mar y se adelanta para ir a buscarlos.

Tardan lo suyo en recogerlos a los dos y solo respiro cuando los veo llegar empapados. Ten familia para esto…

—Serás mamón… ¡¿Cómo te tiras a por ella, cafre?!

—¡¿Cómo no hacerlo?! ¡Es la razón de mi existencia!

—¡Oh, Kyle…! —gime ella encantada.

—Si tú saltas, yo salto, cariño.

Se besan apasionadamente y Arizona se ríe. No sé si es la situación, oírla a ella, o que ya me rindo, pero me contagio de la diversión. ¡Son un caso! Pero divertidos.

—¿Saltarías si yo me cayera? —me pregunta Arizona con guasa.

—Seguramente, no —contesto ladino.

—Algún día, saltarás por alguien… —dice entonces.

—Saltaría por mis hijos —musito dándome cuenta de que he hecho lo correcto por ellos. Arizona me sonríe, y por un instante, dudo de si saltaría por ella.

Creo que por esa sonrisa haría cualquier cosa.

12
PERSUASIÓN



Cuando volvemos a tierra firme, las Evans y mi hermano insisten en quedarse en la playa, pero yo me subo a la habitación. Necesito hablar con mis hijos; quiero que sepan que me acuerdo de ellos.

Hacemos una videollamada.

—¿Dónde estás, papá? —pregunta Colin, el más joven.

—Eso. ¿Dónde estás, Tom? —interviene Marzia.

—¿Me dejas hablar con los niños a solas, por favor?

—Si quieres verles, tengo que enfocarles o solo veras sus frentes o el suelo.

—¿Qué habéis hecho hoy en el cole? —pregunto.

—Nada, ver un vídeo —contesta Arthur.

—Yo pintar. Y jugar al fútbol.

—Qué bien…

—¿Y tú qué has estado haciendo? —pregunta Marzia.

—Trabajar, pero pronto volveré a Manchester.

—¿Cuándo? —pregunta ansiosa.

—En unos días… Portaos bien, chicos, os quiero mucho.

—¡Tráenos regalos, papá! —grita Colin. Pero ya no lo veo porque Marzia se adueña del teléfono y sale de la habitación.

—¿Dónde estás, Tom? ¿Con tu amante? ¡Dile que no voy a firmar el divorcio! ¡Y que…!

Le cuelgo antes de contestarle una barbaridad.

Suspiro y reviso mis mensajes. Tengo uno de Drew.

Andrew:

¿Qué tal va todo por ahí?

Kyle me ha dicho que está contigo en el hotel…

En vez de escribirle, lo llamo porque va a ser más rápido.

—¿Tommy…?

La sorpresa que destila su voz vuelve a dolerme.

—Hola. Por aquí todo bien.

—Ah… Me alegro. ¿Estás con Kyle, entonces?

—Sí.

—Bueno…, espero que no te esté molestando mucho. Le he dicho que no interfiera en nada y te deje tranquilo.

—De momento, todo va bien.

—¿Y qué tal con Arizona?

Esa pregunta no, por favor…

—Bueno… Lo normal.

—Esa es una respuesta un poco ambigua, hermanito. Lo preguntaré de otro modo: ¿ha ocurrido algo entre vosotros?

—¿Qué quieres decir con «algo»?

—Me esforzaré por ser más claro. ¿Alguna parte de tu cuerpo ha entrado en contacto con el suyo?

—Antes la he cogido de la mano, ¿eso cuenta?

—No. No cuenta… Seré más específico. ¿Alguna parte de tu boca ha entrado en contacto con su cuerpo?

—¿Por qué quieres saberlo? —digo a la defensiva.

—Porque para mí, «Lo normal», sería eso. Y quería saber si tengo razón o no. Pero ya me has contestado… —Lo oigo sonreír.

—No ha pasado nada —aclaro tajante—. Solo nos hemos besado una vez. Puede que dos… Pero brevemente y por fuerza mayor.

—¿A solas o con público?

—¡¿Eso qué más da?!

—¡Es importante para saber en qué punto estáis!

—¡Las dos cosas, ¿contento?! Pero eso no significa que…

—Uy, no me digas más. De verdad. No tienes que explicarme nada. He estado exactamente en tu piel…

—¿Cómo que en mi piel? ¿De qué hablas?

—Acorralado por una Evans. Dime una cosa, ¿te ha dicho ya algo bonito que te haya derretido el corazón? ¿Te ha dado de comer directamente a la boca o has detestado soltarle la mano?

—Me estás acojonando, tío…

—Pobrecillo… Ya es tarde para ti.

—¡Deja de decir tonterías!

—¡No lo son! Puedo decirte exactamente lo que va a pasar en las siguientes horas. ¿Quieres saberlo?

—¡No va a pasar nada! —exclamo sulfurado.

—Beberéis… bastante. Y tendréis sexo oral. Te costará resistirte, pero hazte un favor a ti mismo y no te la tires, ¿de acuerdo?

—¡No pensaba hacerlo, gracias!

—Hazme caso, Tommy. No lo hagas o te arrepentirás por la mañana. Es la única forma de pasar a la siguiente fase…

—Voy a colgar porque creo que estás colocado. Deja las drogas, hermano, ya tienes una edad, ¡y vas a ser padre!

Cuelgo con rapidez y lanzo el teléfono bien lejos.

¿De qué iba eso? ¿Es una nueva modalidad de psicología infantil?

Me ducho y me visto para la cena, y cómo tengo que hacer tiempo, salgo a dar una vuelta por el hotel, a ver si encuentro lo que ando buscando.

Justo cuando paso por el bar, lo veo. Mark Donovan, el jefe al que no le caigo en gracia, está tomando un café, solo.

Vino en su propio avión y ahora pasa su tiempo alejado de los demás. Sospechoso…

—Señor Donovan… Buenas tardes. ¿Todo bien por aquí?

Alza la mirada y no se inmuta al verme.

—Todo bien, Norton.

—¿Le importa si me siento un rato con usted?

—Adelante —contesta sin demasiadas ganas.

—Lamento que la señora Donovan no haya podido venir.

—No le apetecía mucho y está más tranquila en casa con sus flores y sus plantas. ¿Dónde ha dejado usted a su preciosa esposa? Me cuesta creer que la haya perdido de vista…

El comentario me sorprende.

—¿Por qué lo dice?

—Por nada…

En ese momento, me pregunto si lo que pasa es que sabe que Arizona no es mi mujer y está al corriente de que mi matrimonio se ha ido a pique y ya no soy digno del puesto. O peor, que alguien le ha hablado de mis orígenes humildes…

—Señor Donovan… ¿puedo preguntarle abiertamente una duda que me corroe y fingir que jamás lo he mencionado?

—Claro, además tengo muy mala memoria, chico.

—¿Por qué cree que no soy el adecuado para ser socio?

La pregunta le sorprende y a la vez no.

—Eres listo, Norton… Siempre lo has sido.

—Gracias, señor, pero eso no contesta a mi pregunta.

—No es que crea que no eres digno del puesto, al contrario.

Mis cejas se alzan con sorpresa.

—¿Insinúa que soy demasiado bueno para el puesto?

—Exacto. Y no quiero a ningún «don perfecto» en mi equipo recordándome todo lo que hago mal.

Boqueo por un momento. ¡Esto es el colmo!

—Yo no soy perfecto, señor.

—Sí lo eres. Pensaba que hoy meterías la pata en la actividad del baile, y ni eso puedo echarte en cara.

—Pero señor… —digo nervioso—. ¿Por qué iba a querer que metiera la pata?

—Todos cometemos errores, hijo… y quien esté libre de pecado, que lance la primera piedra. Por lo que a mí respecta, tú podrías matarme a pedradas…

No doy crédito a lo que estoy oyendo.

—¿Qué puedo hacer para que cambie de opinión sobre mí? ¿Quiere que robe un banco? —bromeo.

—No creo que pudieras, Norton…

—Póngame a prueba. ¿Qué haría falta?

—Daisy —dice simplemente.

—¿Qué?

—Sé que Daisy se te ha insinuado muchas veces, como a todos los de la oficina, pero tú eres el único que nunca ha caído en sus redes. Si quieres ser uno de los nuestros y que no me sienta amenazado por ti, tienes que empezar por ella…

El corazón se me para. ¿Habla en serio?

Claro que he podido acostarme con Daisy muchas veces, incluso, una vez, la frené cuando se disponía a desabrocharme el pantalón en mi despacho. ¿Quién rechaza una mamada furtiva en un día estresante? Pero esa mujer no me gusta. Su personalidad, su forma de trabajar, su sonrisa… No me convencen en absoluto y ganar juicios ya me pone lo suficientemente cachondo.

—No es nada personal, Tom, pero no puedo permitir que alguien como tú esté en el poder sin tener nada que poder usar en su contra. Las cosas funcionan así. Hazlo y el puesto será tuyo.

13
CREPÚSCULO



Llego a la habitación llena de arena y veo que Tommy no está. ¿Dónde se habrá metido?

Mentiría si dijera que no le he echado de menos el resto de la tarde. Lo he pasado genial en la playa, pero me da la sensación de estar fuera de lugar sin él. Al fin y al cabo, he venido para ayudarle.

Tardo bastante tiempo en decidir qué ponerme para la cena, si uno de los modelitos de la maleta maldita o el negro que yo me compré ayer para darle en todos los morros a «mi jefe».

«¿Estás segura de que quieres seguir tensando esa cuerda, Arizona?», me pregunta mi angelito.

«Hasta ahora has superado todas sus expectativas», murmura el diablo. «Si sigues así, la cuerda se romperá, y esta vez, no será tu culpa…».

Veo que tengo varios mensajes en el móvil, de Andrew, de Nataly, de mi madre y, por último, de Tommy.

No me preguntéis porque voy directa al de él…

Tommy:

Te espero en el bar a las 21h.

Ten piedad a la hora de vestirte, por favor.

La última frase me hace sonreír. Eso es pedir a gritos que haga justo lo contrario. ¡Outfit decidido! El negro.

Andrew:

¿Qué le estás haciendo a mi pobre hermano?

Me ha llamado desquiciado. ¡Y nunca me llama!

Dice la leyenda que cuidado con la luna llena…

Vuelvo a sonreír. No voy a contestarle nada al morboso de Andrew, solo le envío el emoticono de un lobo. Que se lo tome como quiera.

Ojeo el último mensaje.

Nataly:

He visto el vídeo del bailecito. Madison lo ha colgado en el chat de la familia. No la mates, anda…

Solo quiero decirte, visto lo visto, que tengas cuidado. Tommy no es un hombre libre. Tiene unas prioridades muy marcadas. Tiene hijos en la otra punta del país y una carrera de prestigio que le absorbe el 80% de su tiempo. Piensa bien si es buena idea colgarte por él. Recuerda tu pacto con Cupido. Te quiero.

Arizona:

Yo también a ti.

Me meto en la ducha con un buen lío en la cabeza, pero al final cojo mi ligero cuelgue, su semen tóxico y la luna llena y lo empujo todo hasta el fondo de mi ser. Estoy aquí para ayudarle a ser socio, no para montarle como si fuera un toro mecánico.

Además, quiero ayudarle a reconectar con Kyle, y él quiere ayudarme con mi caso. Mis caprichos sexuales no importan, tengo que dejarlos a un lado y saber dónde está el límite ético.

«Vale, pero ¿qué ropa vas a ponerte?», pregunta el diablo con malicia. «¿La recatada o la que puede llevarle al límite?».

«Cambia de outfit», ruega mi ángel. «Olvida el negro, y elige el vestido blanco asimétrico, de largura adecuada, con una manga larga y la otra palabra de honor. Es precioso. Recógete el pelo, ponte unos pendientes de perlas y sé buena chica, por favor».

¡Ahora no sé qué hacer!

No lo decido hasta el último momento. Es más, les digo a Madison y a Kyle que me esperen en el bar, porque si no, llegaremos tarde.

Cierro la puerta de la habitación y corro hasta el ascensor con mis sandalias plateadas.

Mientras bajo, puedo sentir cómo el corazón me bombea frenético. Sé que todas las mujeres van a mirarme esta noche cuando entre en el bar, esperando criticar mi modelito de hoy. Eso me pasa por lista…

Camino despacio, colocando un pie delante del otro y sintiendo cómo muchas cabezas se giran a mi paso.

Nunca había deseado tanto encontrar a alguien entre la multitud, y cuando veo a Tommy, voy directa hacia él. Está con un grupo de gente desconocida.

Su rostro no revela qué piensa de mi ropa, pero su mirada no se despega de la mía en ningún momento.

—Hola… —saludo cohibida, y mi instinto es resguardarme en su pecho. Él me acoge como necesito que lo haga y su calor me tranquiliza.

—¿Estás bien? —musita extrañado.

—Sí… es que te he echado de menos esta tarde —digo sin más. Él profundiza una caricia en mi espalda.

—Gibson, Smith, ella es Marzia, mi mujer.

—Es un placer —contesta uno de ellos, afable.

—Es un ángel, Norton —repone el otro admirando mi vestido blanco.

—Sí que lo es —dice él con un orgullo que no parece fingido—. Todo un acierto —susurra en mi oído—. Mira a tu alrededor.

En primera instancia, no entiendo por qué lo dice, pero me fijo en las mujeres y empiezo a ver

que esta noche todas han venido mucho más extremas. El tradicionalismo de ayer ha quedado relegado por lentejuelas brillantes, plumas y bisutería ostentosa. Hay incluso alguna pamela.

Yo, sin embargo, no he podido aparecer más simple y virginal. La tela elástica de mi vestido se adapta a mis curvas sin esconder nada. Destaca gracias a que es blanco y a que llevo el pelo recogido.

Cuando nos quedamos solos, Tommy se gira hacia mí.

—No sé cómo lo haces, pero siempre me sorprendes. Estás preciosa…

—Gracias. No sabía qué ponerme.

—Pues has acertado. Hoy eres el contrapunto. Y no hay nada más sexi que un cuello despejado —dice acariciándome las cervicales con el pulgar.

El gesto hace que me recorra un escalofrío y él parece notar lo que provoca en mí. Se fija en que mis pezones han reaccionado a ese ligero roce como si acabara de metérselos en la boca. Lo capta todo. También mi nerviosismo. Es un maldito lince.

—No te vas a creer a quién me he encontrado esta tarde —dice para aligerar el ambiente.

—¿A quién?

Por un momento, pienso que su mujer se ha plantado aquí.

—Con Mark Donovan. El jefe que no me quiere de socio.

—¿Y qué te ha dicho?

—Que no le gusta que sea «don perfecto».

«¿Dónde he oído eso antes?», pienso un segundo. ¡Madison!

—¿Te puedes creer que Madison me ha dicho lo mismo en la piscina esta mañana? Dice que quieres ser don perfecto todo el tiempo.

—¿De qué hablabais para que te dijera eso?

—De nada, solo estaba refunfuñando sobre que ayer no quisiste quedarte a las copas —aprovecho para decir—. Esta noche podríamos quedarnos un rato y asegurarte de que Mark Donovan te vea. Al fin y al cabo, son los deberes que te ha prescrito, ¿no?

—Vale, pero solo un rato. Mañana habrá otra actividad y quiero estar lúcido.

—¡Hecho! —digo contenta.

No es que sea alcohólica, ¡solo quiero que se abra un poco con su hermano!

—¿Y con quién vamos a cenar hoy? —pregunto con miedo—. ¿No podrías saltarte el protocolo y cenar con la chusma informática?

Tommy me mira torciendo la cabeza. Gesto igual a «ni de coña».

—Al menos que no sean contables, por favor —suplico infantil.

Lo veo sonreír.

—¿Y si cenamos con Daisy y su marido? —propone.

Frunzo el ceño.

—¿En serio? ¿Por qué?

—Tengo mis motivos…

—Solo si Kyle y Madison también nos acompañan —le reto.

—¡Hecho!

Nos las apañamos para organizar la mesa y se termina uniendo James de Texas y otra chica americana que ha venido sola. Han debido de hacer migas durante el día de hoy.

—¡Resulta que vinimos en el mismo avión y no nos dimos cuenta! —explica James—. Lisa es coordinadora de ventas.

—¿Ventas de qué? —pregunta Madison—. ¿No es un bufete de abogados?

—De acciones —aclara ella—. Morrison&Company es una de las pocas firmas del sector jurídico que cotizan en bolsa.

—Qué interesante —comento.

—¿Tú tienes acciones de la empresa, Tommy? —pregunta Daisy con su particular tono de voz coqueto—. Apuesto a que sí…

—Siempre estás muy interesada en lo que escondo, Daisy —contesta él siguiéndole el juego. Y me sorprende que lo haga.

—Porque necesito aprender de ti. Seguro que terminas siendo mi jefe algún día y quiero servirte lo mejor posible…

—Todo el mundo dice que haces un buen trabajo —replica él.

—Cuando quieras te lo demuestro…

Los miro a ambos con incredulidad. ¡¿Nadie más se está dando cuenta de lo que hablan?! Madison es la única que me mira ojiplática y vocaliza un «QUÉ GUARRA».

Después coge su móvil y me hace gestos para que lo lea.

Madison:

¡Y delante de su marido!

¿Cree que hablan de casos? ¡Por Dios!

Tontea tú con James. A ver si le hace gracia.

—James, cuéntanos más de tu trabajo —contraataco sonriente—. Me parece muy interesante. ¿Tienes alguna anécdota?

—¡Muchas! Ni os imagináis lo que he llegado a ver… Un buen virus informático, podría llevarnos al medievo de nuevo.

—Y tú eres el escudero que nos protege a todos —digo soñadora.

Tommy me mira arrugando el ceño. ¡Chúpate esa!

—Bueno, yo pongo trampas para frenar los ataques —responde James halagado—. Llegan cientos al día.

—Debes de ser muy listo… —ronroneo coqueta.

Madison intenta esconder una risita sin mucho éxito. Tommy se limpia los labios y deja caer la servilleta en la mesa como un latigazo. Gesto que hace que Kyle sonría también.

—Es verdad —se une este último a la contienda—. Hay que ser un genio para anticiparse a esos ataques. ¿Qué edad tienes, James?

—Veintisiete.

—Y ya trabajas para una gran multinacional. ¿Me pregunto dónde estarás dentro de cinco años?

—Pues… Casado con una chica guapa, espero. —Y que me mire al decirlo, hace que Tommy apriete el puño un instante.

—¿Cuánto tiempo llevas en la empresa? —pregunta Daisy—. Me sorprende que no haya oído hablar de ti. Conozco a todo el mundo…

Tommy se rellena la copa de vino y de paso me la llena a mí. Le doy las gracias con la mirada.

—En realidad, llevo solo un año.

—¡¿Y ya te han invitado a este viaje?! Eso es muy prometedor… —musita Daisy sensual.

—Mi chico lleva solo seis meses trabajando para Morrison —salta Madison con orgullo—. Y también tiene un pollón enorme.

Tommy escupe el vino y yo me echo a reír.

El resto de la mesa la mira estupefacta.

—¡Ah, ¿no te referías a eso con lo de prometedor, Daisy?! ¡Perdón…! —exclama Madison teatrera.

—¿Alguien quiere más vino? —pregunto para apaciguar los ánimos.

14
AMOR Y OTRAS DROGAS



La barra libre promete ser divertida cuando veo a Tommy muy dispuesto a parecer un rebelde delante de su jefe. Lo que no me hace tanta gracia es que invite a Daisy a beber con nosotros.

No sabía que se llevaban tan bien…

Por lo menos James también se viene y no quedo como la esposa ignorada. El pobre Luke rechaza una copa, anunciando que se retirará pronto porque está enganchado al libro que está leyendo.

—¡Venga, un chupito! —propone Madison—. Por este viaje pagado tan genial.

Todos brindamos y abro mucho los ojos al darme cuenta de que lo que me he bebido era Jägermeister. ¡Qué locura!

Veo que Tommy no reconoce el mejunje y le pregunta a su hermano qué diablos era eso.

—La bebida de los valientes —contesta este último.

Me acerco a él, preocupada y susurro:

—No le des más de eso a tu hermano. No está acostumbrado a beber mucho.

—No te metas. Es mi oportunidad para que se suelte un poco.

—Kyle… Lo que hará es vomitar como se beba otro.

—Tranquila, los Norton tenemos aguante, preciosa.

Pero no me convence. A Tommy no le gustará perder el control. Pero verlo tontear con Daisy tan descaradamente me está cabreando por momentos y me dan ganas de procurarle una resaca épica.

Ella está encantada, claro. Su objeto de deseo le está prestando más atención que nunca, y cuando su marido se marcha, se vuelve incluso peor, que ya es decir.

—Voy al baño —aviso a Tommy seria, dejándole entrever que estoy molesta.

No por mí, sino porque tampoco le está haciendo ni caso a Kyle. ¿No ha servido de nada la charla que le he dado en el dichoso catamarán?

Me miro al espejo del baño e intento calmarme. No debería importarme tanto lo que haga o deje de hacer.

—¿Estás bien? —aparece Madison.

—Sí, es que…

—Estás celosa —resuelve.

—¡No! ¡Es que no lo entiendo…! ¿Por qué prefiere hablar con esa arpía que con nosotros? ¡¿Dónde nos deja eso?!

—Creo que quiere ponerte celosa para que te lances a su yugular esta noche.

—Te equivocas. Ayer me pidió que no le provocara.

—¿Y le propones bailar bachata? Vas de puta madre…

—Tengo ganas de estrangularle por pasar de nosotros —digo furiosa.

—No te lo tomes como algo personal, seguramente solo sea su forma de evitar a Kyle —dice con tristeza.

—¡Pues hay que impedírselo!

—No se puede obligar a alguien a querer a otra persona, Arizona. Cuanto más lo intentas, es peor…

—No me cuadra. Empiezo a conocerlo un poco y sé que Kyle le importa más de lo que demuestra —digo convencida.

—Volvamos antes de que esa tipa secuestre a Tommy…

Cuando volvemos a la barra, mi marido me observa con ojo crítico. Está preocupado por mi enfado y sentir eso me gusta.

¡¿Por qué me gusta?! ¿Qué más me da a mí con quien tontee Tommy? ¡¿Eso es lo que quiere?! ¡¿Ponerme celosa?! Pues no lo va a conseguir…

De repente, el comportamiento de Tommy cambia.

Deja a Daisy de lado y se acerca a mí para besarme el cuello. Cierro los ojos de gusto.

—¿Estás bien? —susurra pegado al lóbulo de mi oído.

—Sí… —musito con voz temblorosa. Y tras una caricia furtiva en la espalda, se reúne con Kyle y James como si hubiera escuchado mis pensamientos furiosos.

Se mete en su conversación con facilidad, con intención de quedarse con ellos, porque incluso pide otra ronda para los tres.

Madison y yo nos miramos perplejas y veo que se encoge de hombros. Mi coño la imita. Pero mi corazón se pone una mano en la cabeza…

De pronto, notamos que hay un descenso importante de gente en el bar, como si se hubieran puesto todos de acuerdo para marcharse a la vez. Eso provoca que la sesión se vuelva más íntima.

Madison y yo charlamos de su trabajo. Me cuenta que no tenía prisa por encontrar uno cuando tuvo a Richi porque cobró parte del traslado de Delicias Evans, pero en este tiempo ha hecho un curso de marketing a distancia, y ha comenzado a trabajar desde casa como *freelance* para pequeñas empresas. Drew la ha ayudado a empezar, pero veo que tampoco está muy convencida con el tema.

—Todavía eres joven para decidir el rumbo de tu vida.

—Si estudio cualquier cosa, seré la vieja de la clase…

—¿Y qué más da eso? ¡Solo tienes que averiguar qué te gusta e ir a por ello!

—¿Y si me gusta todo?

—No puede gustarte todo, Madison.

—¿Y si no hay nada que me guste lo suficiente…?

—Eso me pasaba a mí también, y al final creé *Sin Límites*. Necesitaba que mi trabajo fuera un reto distinto cada semana.

—Exacto. Creo que no podría hacer lo mismo durante años y años. Por eso el marketing me cuadró, cada semana te encargan una cosa, pero no dejo de estar sentada en mi casa. ¡Yo necesito interacción con gente humana real! Y tengo un ejército de seguidores en mis redes sociales que podrían impulsar cualquier producto.

—Saber eso es un comienzo.

—El otro día me dijiste que sería buena abogada… ¿Lo piensas de verdad?

La miro extrañada. Nataly siempre decía que Madison no tenía personalidad propia, pero yo creo que es más un problema de inseguridad. Miedo a tomar una decisión por sí misma, por si acaso se equivoca.

—Yo creo que serás buena en todo lo que te propongas, Madi.

—¡¿En serio?! —dice con el clásico tono de exaltación de la amistad que provoca el alcohol. Puede que a mí también me haya vuelto más idealista de lo normal en este momento. Y también que vea a Tommy más guapo que nunca, dedicándole algo de tiempo a Kyle. El Jäger no perdona.

—Eres muy inteligente, Madison. ¿Sabes que su jefe le dijo a Tommy que no lo quería como socio porque le parecía «don perfecto»? ¡Es justo lo que tú dijiste! Eres muy perspicaz.

—Siempre he pensado que no podía ser guapa y lista a la vez…

—Pues te equivocas, la naturaleza es muy injusta, pequeña. Hay mucha gente fea que además es tontísima.

Nos reímos juntas y me fijo en que Kyle y Tommy también se están partiendo de risa. ¡Da gusto verlos!

¿De qué se reirán?

En ese momento, me doy cuenta de que la comehombres ha atrapado a James en su tela de araña, y mientras hablan, ella pone cara de querer zampárselo hasta con ropa. Pero lo más importante es que los hermanos están hablando solos por primera vez y ambos con una sonrisa de oreja a oreja. ¡Primicia!

Madison analiza la situación y grita:

—¡¿Quién quiere otro chupito?!

—¡Yo! —palmea la barra Tommy.

Nunca lo había visto así. ¿Es real o está actuando para alguien? ¿Por qué está tan contento? ¡Quiero saberlo!

Antes de engullir mi chupito, lo huelo y advierto que es Jäger otra vez. Y, llamadme aguafiestas, pero lo vuelco en un vaso vacío porque alguien tiene que mantener la cordura en esta cuadrilla de locos.

—¿Todo bien? —me pregunta Tommy, agarrándome de la cintura, bastante cariñoso. Me dan ganas de hacerme la enfadada y que me haga un poco de caso, pero…

—Sí. ¿Y tú?

—Yo, genial. ¡Todo está saliendo a pedir de boca!

—¿A qué te refieres? —pregunto confusa.

Su respuesta es agarrarme de la barbilla y fijar su vista en mis labios como si ahí estuviera la respuesta.

—¡Eh, Tommy! ¡¿Te pido otro mojito?! —nos interrumpe Kyle.

—¡Sí! ¡Ahora voy! ¿Entonces, todo bien, Ari? —insiste por décima vez. Es la primera vez que me llama así y me estremezco. Sé que le preocupa algo y por otro lado, está muy contento. ¡Este hombre es un misterio! Y no hay cosa que más me guste que un buen acertijo. ¿El problema?

Que suelo inventarme las respuestas tipo: «Lo que pasa es que está empezando a sentir algo por ti».

—Claro que todo va bien, ¿por qué iba a ir mal?

¿Quiere oír que me he puesto celosa antes?

—Me alegro… —Me acaricia la barbilla con dulzura y vuelve con su hermano tan contento.

¿Qué diablos le pasa? Achispado no puedo leerle, ¡es como si fuera otra persona! Tengo controlado al Tommy atormentado, pero con este estoy en blanco.

—¡¿Recuerdas cuando intentamos colarnos en el polideportivo municipal aquella noche?! —exclama Kyle emocionado.

—¡Claro! ¡Echaste a correr tan rápido que casi te caes a la piscina!

—¡Pero tú me cogiste a tiempo! Y de repente, entró Drew y se cayó al agua de cabeza.

—¡No tenía más manos para agarrarle a él! —ríe Tommy—. Tú eras más pequeño y manejable…

—Es que siempre estabas pendiente de mí… —dice Kyle melancólico. Ambos se miran y saltan chispas.

—Nunca tendría que haber dejado de estarlo… Espero que algún día puedas perdonarme. La muerte de mamá fue muy repentina y no supe reaccionar. Me sentía culpable con papá fuera de juego…

—No todo es responsabilidad tuya, Tommy…

—Ya, pero vosotros sí lo erais. Por eso te ofrecí el trabajo, no sabía cómo compensarte. Soy un rancio, ya lo sabes.

—No lo eres. Drew y yo no teníamos cabeza y tú nos salvaste de desviarnos a la mala vida y ser buenos tíos con tu ejemplo. Nosotros te admirábamos, Tommy…

—Pues tendré que volver a ganarme vuestro respeto.

Las miradas cómplices se dilatan en el tiempo.

Madison se gira hacia mí y empieza a abanicarse los ojos.

—No quiero llorar… —musita emocionada.

Sonrío con el corazón derretido.

—Esto es lo mejor que le ha pasado a Kyle desde… ¡ni lo sé!

—También le has pasado tú. Y Richi.

—¡Calla, zorra, que al final me haces llorar! —solloza limpiándose un ojo. Y vuelvo a reírme.

Pasa otra hora sin darnos cuenta. Mi prima y yo somos meras espectadoras escuchando las batallitas de los hermanos sin llegar a intervenir. No queremos cortar su nueva dinámica. Pero de vez en cuando, Tommy me clava la mirada como si quisiera…, uf, no puedo ni decirlo. Y esta vez no son imaginaciones mías. Empiezo a pensar que de esta noche no pasa que acabemos en un nudo de extremidades sudorosas… A no ser que se desmaye antes, claro. ¿Por eso está bebiendo tanto? ¿Quiere evitarlo?

De repente, Daisy y James se despiden de nosotros.

—Mañana será otro día, chicos —dice Daisy feliz.

—Sí, nos vamos a la cama… ¡O sea, cada uno a la suya! —especifica James nervioso, pero la sonrisa de ella dice todo lo contrario.

—Sois conscientes de que se lo va a zumbar, ¿no? —comenta Madison en cuanto desaparecen.

—Por supuesto —apoya Kyle.

—No te quepa duda —remata Tommy.

Su voz suena tan relajada ahora…, y su mirada también se ha suavizado. ¿Es consciente del estrés al que está sometido a diario?

—¿Nos tomamos la penúltima? —propone Kyle canalla.

—Lo que diga mi mujer —contesta Tommy mirándome embelesado—. ¿Quieres quedarte o quieres que nos subamos ya a dormir?

—¡¿Dormir?! —se burla Kyle—. ¡¿Quién puede dormir ahora mismo?! ¡Estamos en todo lo alto!

—También podemos hacer otras cosas… —le susurra Madison mimosa, colgándose de su brazo.

—No me tientes, pequeña… Para una vez que mi hermano quiere estar conmigo, tengo que aprovecharlo.

Lo ha dicho como si no estuviéramos delante.

—A partir de ahora nos vamos a ver más, Kyle —promete Tommy—. Trabajamos en la misma empresa, ¿no? E iré a Londres más a menudo. Este año voy a estar muy solo…

Esa última frase también es un pensamiento que se le escapa a Tommy. Quizá sería mejor que nos fuéramos ya a dormir.

—Si me necesitas, voy a estar ahí para ti, bro —contesta Kyle beodo.

—Gracias, tío…

—Sellémoslo con un brindis para no olvidarlo —dice Kyle solemne—. Camarero, ¿nos pone otra?

—Lo siento, señores, pero ya no servimos. Y en diez minutos se cerrará el bar oficialmente.

—¡¿Ya?! ¡Si es muy pronto!

Pero no lo es, solo que el tiempo cuando estás tan a gusto pasa muy rápido.

—Tengo una idea… —susurra Madison malévola—. ¡Venid conmigo!

La cara que pone es la que siempre ponía cuando iba a hacer una trastada de las gordas. Y puede que haya cambiado, pero sigo temiéndola con todo mi ser. ¿Cómo serán las cárceles de Barbados?

—En el bar de la piscina hay botellas premium y me he fijado en que el cierre es muy fácil de abrir —dice tunanta.

—¡Es una buenísima idea, mi amor! —celebra Kyle.

—¡¿Y si nos pillan?! ¡Vamos a acabar todos en la cárcel! —exclamo preocupada.

—Chicos, ¿vale la pena correr el riesgo? —señala Tommy.

—Puede que a ti no, don perfecto, pero a nosotros nos gusta la aventura. ¡Y a Ari también! ¡¿Desde cuando eres una rajada, prima?!

—¡Desde que si se enteran, podríamos perjudicar a Tommy!

—O beneficiarme… —replica atrevido—. ¡Vamos a hacerlo!

—¡Yuhu! —exclaman Madison y Kyle.

Por suerte, el jardín está oscuro y no hay nadie en la zona de las hamacas y la piscina.

Madison consigue manipular el candado con lo que parece una horquilla de pelo. Siempre he pensado que era un mito, pero de pronto, suena un clic y el cierre se abre por arte de magia.

—Eres la mejor, joder… —musita Kyle con adoración.

Arrugo la cara al escuchar el ruido que hace la verja cuando la fuerzan un poco hacia arriba.

—¡Pilla una botella buena y sal, nena! —le dice Kyle sosteniendo la persiana de metal.

En ese momento, comienza a sonar una sirena horrible, haciendo que mis ojos se salgan de sus órbitas.

—¡Joder! ¡Sal ya! ¡Corre, corre!

Vemos que algunos guardias con linternas acuden a nuestro encuentro desde la puerta de recepción.

Siento que alguien coge mi mano y tira con fuerza de mí.

—¡Corre! —ordena Tommy.

Obedezco, pero no dejo de mirar atrás hasta que veo que Madison sale del bar y Kyle deja caer la verja haciendo un ruido espantoso.

Corro como nunca sin saber hacia dónde.

—¡Alto ahí! —oigo gritar tras nosotros.

Lo siguiente que escucho es un ¡plash! de alguien que ha caído a la piscina.

Me giro para ver lo que ha pasado, pero no consigo ver nada porque una cama balinesa me engulle literalmente.

Tommy se lleva el índice a la boca y cierra las cortinas de la abertura por la que hemos entrado. El resto ya están tapadas.

Me indica que me tumbe y él lo hace a mí lado. Permanecemos muy quietos con la respiración acelerada.

—¡Eran varios! ¡Tú mira por ahí! —oímos que dicen—. ¡Una mujer iba de blanco!

Los dos miramos mi vestido, asustados.

—Quítatelo… —ordena en voz baja.

—¡¿Qué?!

—¡Hazlo, ya tienes antecedentes por lo del juicio!

Es oírlo e imaginarme diez años encerrada en una cárcel del tercer mundo.

—Toma, ponte mi chaqueta.

Tiro de la manga del vestido hacia abajo con fuerza y me lo bajo hasta la cintura. Tommy no se fija porque está ocupado quitándose la prenda. Después me la pone como puede y esconde el vestido bajo el colchón de la cama. Pero la chaqueta se abre mostrando mi lencería y mi vientre desnudo.

—¿Dónde están vuestros amigos? —preguntan a Kyle y a Madison.

—Eran cuatro chicos jóvenes —contesta Madi—. Se han ido por ahí, nosotros estábamos en esa hamaca dándonos el lote cuando nos hemos asustado con la sirena y me he caído al agua, agente.

—Y yo me he tirado a salvarla, porque si no me mojaba por ella, luego el que no iba a mojar iba a ser yo… —dice Kyle.

Me tapo la boca para no soltar una risotada.

Tommy sonríe y niega con la cabeza. A mí me entra un ataque de risa.

—¿Puede describir a esos chicos?

—Eran bajos y feos —salta Madison.

Vuelvo a explotar y Tommy coloca su mano contra mi boca alertándome de que no es el momento, pero ya no puedo parar. ¿Bajos y feos? ¡¿En serio?!

—Buscad por ahí, quizá se hayan escondido.

Estoy casi llorando de la risa.

Tommy empieza a desabrocharse la camisa, y tras quitársela, se tumba sobre mí. El contacto de su piel con la mía hace que se me corte la diversión de golpe. Estoy muy desnuda y puedo notar hasta la última fibra musculosa de su cuerpo clavándose en mí.

—Lo siento, es lo mejor. Si nos descubren, diremos que estábamos enrollándonos… —musita

a cinco centímetros de mi boca.

Sus ojos son casi negros con esta luz, pero puedo leer el deseo en su mirada.

—Es buena idea… —musito excitada.

La lujuria nos atraviesa y se nos entrecorta la respiración, pero ninguno de los dos está dispuesto a apartarse esta vez. No sé si es la postura o el etanol que llevamos encima, pero nuestras bocas se juntan solas produciendo fuegos artificiales. La adrenalina explota dentro de mí con cada lengüetazo que recibo de él. Me agarro a su nuca para que se incruste más en mí, y al sentirlo, cede, aprisionándome con su cuerpo por completo.

Es uno de esos besos en los que caes en barrena. Ganando más y más velocidad y volviéndose rudo por momentos. La naturaleza toma el control y no tenemos escapatoria, a ambos se nos olvida que nos están buscando y que esto es una tapadera.

Tommy maniobra para clavarme su erección en un punto muy concreto de mi anatomía y no puedo evitar gemir.

El sonido parece desencadenar un apetito voraz en él, y de un manotazo, baja mi sujetador sin tirantes, en busca de mis pechos.

Su forma de lamerme los pezones, tan ruda y ansiosa, me pone a cien, y no puedo evitar surcar mis dedos por su pelo y agarrárselo con fuerza. Cada segundo que pasa siento que necesito más de él, y a Tommy parece pasarle lo mismo, porque vuelve a mi boca para devorarla sin piedad y su mano baja por mi vientre en respuesta a mis plegarias.

Sin ningún miramiento, la cuela dentro de mis braguitas, y un instante antes de invadirme con un dedo sagaz, atina a ponerme la mano en la boca para contener mi grito. Pero es en vano, porque su jadeo al encontrarme tan húmeda y resbaladiza ha sido casi peor.

Le clavo las uñas en el hombro para que no se detenga ni aunque el Papa abra esa maldita cortinilla.

Siento que roza su descomunal dureza contra mi muslo como si necesitara el contacto, y no dudo en sumergir mi mano en su pantalón y burlar los calzoncillos. ¡Por Dios bendito! ¡¿De dónde ha sacado este bazuca?!

—No lo hagas… —gime como si se estuviera muriendo.

Pero lejos de parar, decido bajarle más la ropa para liberar a esa bestia parda que tiene entre las piernas.

La bombeo un par de veces a placer y de solo imaginarla abriéndose paso dentro de mí, me vuelvo loca.

—No sigas… —suplica apretando la mandíbula.

¿Cómo que no siga? Le obligo a acercarse a mí boca, haciendo que nuestros sexos queden todavía más cerca.

—Necesito tu polla dentro de mí ahora mismo…

Y antes de que cambie de opinión, hago que me bese de nuevo, agarrando su cara con posesión y abriendo más las piernas para facilitarle el camino a mi interior.

Enardecido por mis palabras, empieza a tirar de mis bragas con intención de romperlas. La anticipación de sentirle haciendo estragos en mi coño, me pone frenética.

Mi mente nublada no piensa en profilácticos ni en enfermedades venereas, solo en que voy a correrme en cuanto me la meta de golpe. ¡Estoy a punto!

15
ADICTOS AL AMOR



«Dentro de tres segundos, tus sueños se harán realidad», escucho a mi diablo particular.

«Y dentro de dos minutos, la habrás cagado a lo grande», repone mi ángel.

Nunca pienso en Andrew cuando estoy teniendo sexo, pero sus palabras atraviesan mi cerebro un instante antes de hundirme en ella.

«No te la tires, hazme caso».

Tengo ganas de matarlo cuando digo:

—No tengo condones…

—Da igual. Confía en mí… —jadea ella.

No es que ese jodido detalle me hubiera detenido, iba a confiar en mi suerte o en su buen juicio, porque a mí no me quedaba ninguno, excepto el de Drew.

Me aparto de ella con dolor.

—No, por favor, ¡no te vayas…! —gimotea.

Soy más consciente que nunca de que no puedo dejarla con ese calentón y voy directo a su entrepierna para aliviar su tensión.

Devoro su increíble coño como un auténtico animal y su cuerpo no tarda en convulsionar sobre el colchón. Me agarra con tanta fuerza que creo que va a arrancarme la cabeza. Está tan resbaladiza que estoy a punto de correrme solo de imaginar cómo me hubiera engullido vivo.

Manejo mi lengua con frenesí para llevarla al límite porque noto que va a explotar en cualquier momento, y unos segundos después, mi boca disfruta de sus violentas contracciones mientras tiembla desaforada.

Qué puta maravilla…

Me hubiese dado igual que nos pillaran, pero no ha aparecido nadie para detenernos.

Al terminar, me tumbo a su lado porque estoy mareado. Y no creo que sea del alcohol, sino del terrorífico dolor de huevos que tengo. Ella sigue perdida en la dimensión a la que la he mandado y no puedo evitar pensar que, de un momento a otro, se girará y me ordenará que se la meta hasta el fondo. Porque para una mujer la fiesta no termina hasta que lo hace el hombre, y no creo que quiera que lo haga fuera de ella.

—Me voy a dar un paseo por la playa —digo incorporándome.

—Pero… ¿Estás bien? ¿Tú no quieres… acabar?

—Necesito tomar el aire, estoy mareado. Espérame en la habitación, ¿vale?

—Vale… —contesta confusa.

Me voy antes de que cambie de opinión. Dejarla desnuda y agarrada a mi chaqueta con cara de perrito abandonado es lo más jodido que he hecho en mi vida.

¡¿Qué hostias estoy haciendo?!

No voy hacia la playa porque no me apetece ensuciarme de arena, en lugar de eso, salgo del hotel y me siento en un banco. Pronto me doy cuenta de que no llevo la chaqueta, lo que significa que tampoco tengo el móvil ni la llave de la habitación.

De lujo…

La sensación de que no tengo adónde ir cala en mis huesos por trigésima vez en el último mes.

Entonces recuerdo las palabras de Kyle:

«Si me necesitas, voy a estar ahí para ti, bro». Y puede que no sea mala idea. Sé de buena tinta que les sobra una cama…

No estoy en condiciones de ir a mi habitación con Arizona. No con los cojones como piedras y la certeza de que no volverá a dejarme dormir en el *chaise long*.

Mi fuerza de voluntad ahora mismo es de -100.

Hago tiempo recordando cada espasmo de su cuerpo, la turgencia de sus suculentos pechos y el sabor de su coño apretado e hinchado. Seguro que Kyle y Madison necesitan su tiempo. Habrán llegado empapados de la piscina, se habrán desnudado y habrán dado rienda suelta a la pasión sin ninguna maldita voz en su cabeza.

¿De qué sirve tenerlo todo si no puedo tenerla a ella?

«¡Sí puedes! ¡Ha dicho que quería tu polla enterrada en ella!», señala el diablo de mi hombro.

«¿Vas a tirarte a Arizona y también a Daisy?», susurra mi ángel, «Mala idea, chaval».

Me cojo la cabeza con las manos deseando que se callen.

Una hora después, me planto en la habitación de Kyle y, aun a riesgo de despertarles o interrumpirles, llamo a la puerta.

Tarda en abrir, y cuando lo hace, me mira extrañado.

—Hermano, te necesito… —digo simplemente—. ¿Puedo dormir en la otra cama?

Su cara es un poema, pero no duda en abrir más la puerta para que pase.

—¿Qué ocurre? —pregunta Madison somnolienta.

—Nada, vuelve a dormirte, cariño.

—¿Quién es…?

—Mi hermano. Va a dormir aquí. Duérmete otra vez.

Kyle se mete de nuevo en la cama, sin requerir más explicaciones, y se lo agradezco en el alma.

Se agarra a la espalda de su chica, dándomela a mí, para dejarme un poco de intimidad. Pero al verlos juntos solo siento una terrible soledad.

Me quedo en calzoncillos y me tumbo boca abajo en la otra cama. Todo me da putas vueltas y no es solo por el alcohol. Lo que me tortura es que no puedo dejar de imaginar a Arizona esperando a alguien que no va a aparecer.

Me despierta la cisterna del baño y abro un ojo. Hay luz.

Veo a Madison tronchadísima en la otra cama y decido que es el momento oportuno para

desaparecer sin ser visto. Soy un valiente…

Recupero mi camisa del suelo y me pongo el pantalón. Los zapatos ni lo intento. Iré descalzo por la moqueta del hotel.

Logro salir de la habitación sin hacer ruido y me dirijo rápido a los ascensores.

Y yo no sé si es Dios o el Diablo el que decide que, cuando se abre la puerta del ascensor, mis tres jefes aparezcan al otro lado cincelados y listos para ir a desayunar.

—¿Qué tenemos aquí? —dice Mark con una sonrisa bribona.

Es evidente que era justo como quería verme, en la mierda más absoluta. Con la camisa mal abrochada, el pelo revuelto y descalzo, 100% natural.

—Qué madrugador, Norton… ¿Vienes de la playa? —pregunta Jack para darme cuartelillo.

—Yo creo que todavía no se ha acostado —opina Cliff.

—Me he perdido —me excuso. Mi cerebro no da para más.

—Desde luego, estás muy lejos de tu habitación… —dice Mark acusador—. ¡Y con la misma ropa que anoche!

—Ve a ducharte y a desayunar, Norton, la actividad de hoy requiere energía —me chiva Jack.

—Sí, señor. Gracias… A eso iba.

Subo en el ascensor hecho polvo, pero al menos parece que no he perdido el favor de Jack y que a Mark le ha divertido mi desgracia.

Llego a la puerta de nuestra habitación y llamo cerrando los ojos con fuerza.

Al otro lado me encuentro una maldita visión: Arizona envuelta en un albornoz blanco y esponjoso.

—¡Dios mío, Tommy…! ¡¿Dónde has estado?!

—No tenía la llave ni el móvil y no quería despertarte. He dormido en la habitación de Kyle, en la cama que les sobra.

—¡Tendrías que haber venido! Estaba muy preocupada por ti. ¡Pensaba que te habías ahogado en el mar!

—Tranquila, estoy bien, solo necesito una ducha. Una bien larga… Ve bajando a desayunar, si quieres.

—No, prefiero esperarte.

—Vale…

Me meto en el baño con ropa limpia y estoy un buen rato bajo el chorro de agua caliente sin saber qué pensar. Sé que Arizona y yo tenemos que hablar de lo que ocurrió anoche, pero no puedo olvidar que la competición continúa y que la necesito. Lo mejor será no marearla y ser sincero con ella.

Cuando salgo, la veo tumbada en la cama con el móvil. Lleva un pantalón de flores, a juego con el bikini y una especie de bata vaporosa blanca por encima. Está irresistible. Pero una vez más, tengo que contenerme y renunciar a lo único que me apetece hacer.

—Siento haber tardado… —me disculpo.

—Tranquilo. Ya no parece que te haya atropellado un autobús. ¿Estás mejor?

—Sí, mucho mejor. Ahora solo necesito comer algo.

—Pues vamos.

No decimos nada mientras bajamos en el ascensor. Nuestros ojos coinciden por un momento, pero ella baja la cabeza sonrojada. Quiere que hable yo. Es lo justo. Soy el rarito que no quiso follar anoche y que luego no subió a la habitación. Le debo al menos eso.

—¿Desayunamos solos? —sugiero—. Así podemos hablar…

—Me parece bien.

Quizá tardo más de lo normal en elegir la comida en el buffet, pero no es por alargar lo inevitable, sino porque he decidido permitirme llenar medio plato de cosas ricas y muy insanas. Me merezco algún placer en la vida…

Cuando me siento, me bebo todo el vaso de zumo de naranja de un solo trago y la miro compungido.

—Come primero… Pareces famélico.

«Sí, de ti», me gustaría haber replicado. Pero me meto un trozo de bizcocho en la boca para impedírmelo a mí mismo. «*Keep calm, tigre*».

—Sé que te debo una explicación… —digo al rato.

—Tranquilo, estábamos borrachos y se nos fue la pinza…

—No, Arizona, no voy a fingir que lo que pasó fue culpa del alcohol. No es un secreto que quiero follarte desde la primera vez que te vi… Pero dado que tenemos parientes en común y que ambos necesitamos la ayuda del otro, creo que es mejor no complicarlo, ¿no crees?

—Estoy de acuerdo… —repone contrita.

—Por otro lado, esto no es un viaje de placer para mí, si lo fuera, quizá me plantearía fingir que lo que pasa en Barbados se queda en Barbados…, pero estamos aquí para conseguir que me hagan socio. Y ayer, Mark Donovan, me dio la clave para serlo. Solo me pidió hacer una simple cosa…

—¿Cuál? —pregunta ella intrigada.

—Tirarme a Daisy —digo justo antes de darle un sorbo a mi café. Necesito quitarle importancia a esta locura.

Arizona parpadea despacio un par de veces.

—¿Perdona? ¿Que te ha pedido que hagas qué…?

—Soy el único que no se ha acostado con ella de todo el bufete, sin contar a Jack, y Mark dice que si quiero ser uno de ellos, tengo que pasar por el aro…

—¡¿PERO QUÉ CLASE DE REQUISITO ES ESE?!

—Shhh, baja la voz —murmuro sonriendo a la gente que nos mira.

—¡¿Qué gana él obligándote a hacer eso?! —susurra furiosa.

—Manchar mi imagen. Tenías razón… le parezco demasiado perfecto y dice que no va a permitir que alguien como yo, sin ningún trapo sucio, suba al poder.

—¡Será cabrón…!

—Sí, mucho.

—¡Y a mí que me jodan, ¿no?!

La miro arqueando las cejas.

—¡Quiero decir, a tu mujer!

—Todas las mujeres son conscientes de que Daisy es la carta blanca de la oficina. Una vez les escuché compararla con un puñetero Valium…

—Madre de Dios… —Se sujeta la cabeza, alucinada.

—¿Y por qué tú nunca has estado con ella? —pregunta de pronto.

—Daisy no me pone. Y no quería darle el gusto de pensar que tiene algún poder sobre mí o sobre mi polla, porque no es así. Tú, sin embargo, tienes demasiado…

La sinceridad nos aplasta vivos y la veo tragar saliva.

—Anoche no me pareció correcto llegar hasta el final contigo sabiendo lo que tengo que hacer hoy o mañana, a más tardar, con Daisy… Ante todo, quiero que sepas que te respeto, Arizona.

Para mí no eres una más. Eres…

—¿Tu concuñada? —Me salva.

—Sí, exacto… —Pero mis ojos desvelan que es mucho más que eso.

Su cara es indescifrable ahora mismo. No sé si piensa que soy un cerdo o un cielo. Imposible saberlo.

—Gracias por… darme una explicación y quitarme de la cabeza que es por mí o porque soy… demasiado vulgar para ti.

—¿Qué dices? Para mí eres excepcional. Pero también creo que somos lo suficientemente inteligentes como para manejar nuestra atracción con cabeza. ¿Estás conmigo?

—Sí, claro… Con cabeza. Bien pensado… Tiene sentido. Esto suena a algo que me diría Nataly. Ella también es muy práctica.

—Me cae bien Nataly. Me llevé muy buena impresión de ella.

—Es la mejor. Ha levantado un imperio, mientras que a mí se me ha caído un muro.

—No digas eso. Le daremos su merecido a ese político. Quiero que me des su nombre para empezar a buscar información sobre él.

—Se llama Philip Grisham.

—¡¿Philip Grisham?! Joder, ¡¿por qué no lo has dicho antes?! ¡Es un miembro muy polémico del parlamento!

—¿Y eso es malo?

—¡Al revés! Lo pillaré tan fuerte por los huevos que no querrá ni ir a juicio. Seguro que retira los cargos y llegamos a un acuerdo.

—Pareces muy seguro de ti mismo.

—En otras cosas, no, pero en esto, soy tu hombre…

Quizá no debería haber usado justo esas palabras.

«Idiota…».

Le cojo la mano y me la llevo a los labios para decir:

—Lo único que quiero saber es si estamos bien…

Antes de que pueda contestar, veo que mis rivales se acercan a nuestra mesa para incordiar. ¡¿Es que no pueden vivir sin mí, joder?!

—Norton… Buenos días. ¿Noche movidita? —pregunta burlón Josh.

—Lo normal, ¿por qué?

—Corre el rumor de que no has dormido en tu habitación —secunda Peter—. ¿Es eso cierto?

Si así fuera, ¿quién viene a comentarlo delante de tu mujer? Es para ahorcarlos.

—¿Por qué no os comprais una vida y me dejáis tranquilo? —digo borde. Los oigo reírse como hienas.

—Espero que estés listo para la actividad de hoy, nos han dicho que es en la playa… —informa Josh.

—Estoy más que listo para volver a dejarte a la altura del betún, Joshi… Ahora si no os importa, dejadme terminar de desayunar.

—Desayuna, desayuna… —se despide Peter con guasa.

Cuando se marchan, suelto un suspiro profundo y veo que Arizona me mira raro.

—¿Qué?

—Si te hacen socio, vas a tener que seguir trabajando con ellos, ¿no? Es decir, no les vas a perder de vista…

—No. Seguiré viéndoles a diario.

—¿Cómo lo soportas? Son odiosos…

—Supongo que no puedes elegir a tus compañeros de trabajo.

—¡Yo sí! Adoro a todo mi equipo. Somos unos doce y todos nos llevamos genial. Me han apoyado mucho con todo lo que ha pasado en Sin Límites y no imagino mi día a día con esta hipocresía y con ganas de darle un puñetazo a alguien.

Sonrío ante su compasión.

—Supongo que me he acostumbrado a aguantarlo.

—Pues no deberías… —Coloca su mano sobre la mía y el gesto me dice que necesita mi contacto tanto como yo el suyo. Pero si vamos a ser amigos, no podemos ser amigos que se tocan, porque ya hemos visto que las manos van al pan a una velocidad de vértigo…

Aparto la mía con la excusa de usar la servilleta.

—Será mejor que vayamos al punto de encuentro. Se nos hace tarde.

16
CÓMO PERDER A UN CHICO EN 10 DÍAS



Desconecto en cuanto el portavoz de las actividades explica que va a ser un juego en equipo en la playa.

Lo que me ha contado Tommy en el desayuno eclipsa mis pensamientos. Llevo toda la noche preocupada por él, dándole vueltas a lo que ocurrió en esa cama balinesa.

Estaba segura de que lo achacaría todo al alcohol y a las circunstancias atenuantes, pero una vez más, Tommy me ha sorprendido admitiendo su incontrolable atracción por mí y dándome una excusa para no hacerlo que le hace quedar como un señor. ¡¿Quién consigue eso?! Solo un grandísimo abogado. Y un buen tío…

Le están obligando a acostarse con Daisy… ¿Cómo puede parecerle bien eso a Tommy?

Ahora mismo solo tengo ganas de romper algo.

¡¿Por qué no se da cuenta de que el precio de ser socio es su dignidad?! ¿Qué prestigio hay en eso? Todo a su alrededor está podrido y envenenado…

Y de paso, también me sacrifica a mí por el camino…

«Tommy tiene muy claras sus prioridades, Arizona», como siempre, Nataly tenía razón.

—¿Estás lista? —me pregunta cogiéndome de la mano.

—Sí, sí. —Aunque no me he enterado de qué va el juego. Caminamos hacia la playa y la frustración me sigue hasta la arena.

Cuando veo adónde nos dirigimos, adivino lo que vamos a hacer.

Ayer vi el despliegue de varias tiendas de campaña y un campo muy bien señalizado con distintos artefactos de atrezo. Enseguida me di cuenta de que eran instalaciones para jugar al *painball*. Y no, no se me ha olvidado una t. Es que debería llamarse *pain*, en vez de *paint*, por lo doloroso que es…

—¿Has jugado alguna vez? —me pregunta Tommy.

—Sí. ¿Y tú?

—Alguna que otra… A ver qué equipos hacen.

—Tú y Daisy contra Peter y Josh —respondo enseguida.

—¿Cómo lo sabes?

—Ya verás —digo misteriosa—. Tenías razón en una cosa, todo es una prueba, pero para ti, no para ellos.

Tommy frunce el ceño, pero finalmente no pregunta nada. Creo que teme la respuesta.

Si yo fuera él, vería que el único modo de superar la prueba de Daisy es negándose a acostarse con ella. Solo así demostraría ser digno de ese puesto.

Ahora solo tengo que lidiar con el hecho de decidir si quiero pasar por alto su escarceo con ella y aun así acostarme con él, o hacer caso al sentido común y renunciar a un hombre con el que sé que el asunto terminará con lágrimas. Todavía no sé por parte de quién…

¿Por qué la gente fuma si sabe que es nocivo?

¿Por qué la gente come golosinas si sabe que no son saludables?

¿Por qué la gente se acuesta con quien no le conviene?

Spoiler: Todas las respuestas son la misma.

Pero, por una vez, creo que voy a hacer lo correcto y alejarme de él dando vueltas de campana.

Porque somos «familia».

Porque va a ayudarme con mi caso.

Porque vive lejos.

Porque está casado con su trabajo.

Decidido. Es lo mejor… Pero no puedo evitar sentirme abatida por quedarme sin él y por lo que tiene que hacer.

«¡Huye ahora que todavía no estás enamorada!», aconseja mi ángel, «Porque luego ya sabes lo que toca…».

—Vamos a cantar los equipos —dice el portavoz—. Cada uno se meterá a su tienda y allí os cambiaréis de ropa. ¡A jugar!

A veces, odio tener razón. Y esta es una de ellas. Porque Daisy está encantada de formar equipo con Tommy y con James, pero sobre todo, de que Tommy vuelva a hacerle caso ahora que Mark los observa de cerca.

Anoche nada tenía sentido para mí, pero mientras los jefazos permanecieron en el bar, Tommy no dejó de darle cuerda a Daisy, y en cuanto desaparecieron, fue libre para estar con Kyle.

—Danos una S de mujer y una XL de hombre, pide Tommy en el mostrador de los petos.

En cuanto lo tiene, me tiende el mío y analiza mi mirada.

—¿Estás bien?

—Sí…

Y sé que ha sonado como el sí más triste de la historia de la humanidad.

—Ven aquí —me empuja, y se sienta en uno de los bancos, cerca de las taquillas. Me hace sentar en su muslo y que le mire—. ¿Qué te pasa?

—Es que… —Pero no puedo ser sincera con él y decirle que se me llevan los demonios al pensar en lo que Daisy va a tener y yo no. Me siento como una niña a punto de llorar porque le han robado un juguete.

—Me parece injusto que te obliguen a acostarte con ella. Es repugnante. ¿Cómo lo vas a hacer, si no te gusta?

—Eh, no pienses en eso ahora. No te preocupes por mí, me las apañaré, siempre lo hago. Tú solo concéntrate en que esas bolas de pintura no te alcancen, porque duelen, y si a alguien se le ocurre hacerte daño, me lo voy a cargar…

Sus palabras me derriten entera. Es un «si la tocas, te mato» en toda regla, en plan pijo.

Me acaricia la barbilla para que sonría, y no sé cómo, NO SÉ CÓMO, sus labios se posan en los míos con un suave roce.

—¡Eh, tortolitos, vamos! —nos grita Kyle con el mono ya puesto y el arma cargada. Por suerte está en nuestro equipo.

Nos agrupamos todos para estudiar cómo coger la bandera que está en medio de los dos campos.

—Escuchadme todos —empieza Tommy tomando el mando. Y solo con eso, mi corazón se salta un latido. Vestido de camuflaje y con pintura negra en las mejillas, no queda nada del trajeado estirado que conocí, ahora es solo un líder guiando a su escuadrón—. Este es un juego en equipo, no importa cuántos muramos, lo importante es coordinarnos para coger la bandera antes que el enemigo. ¡Tenemos que jugar todos a una!

—¿Quién va a coger la bandera? —pregunta Kyle.

—Tú no, grandullón, eres un blanco fácil en altura. Tiene que ser alguien ágil y pequeño.

—Lo haré yo —se ofrece Madison.

Tommy me mira porque no sabe si fiarse de ella.

—Es rápida —acierto a decir.

—De acuerdo —accede Tommy con rapidez—. ¿Cuántos de vosotros sabéis jugar al fútbol americano?

Algunos levantan la mano.

—Madison será nuestro quarterback, los demás tenemos que protegerla para que pueda correr libre hacia el objetivo sin que la derriben. Un puñado de nosotros correrá delante de ella, como su escudo humano y no va a ser bonito.

—Pero… ¡nos matarán a todos! —exclama alguien.

—Los mejores tiradores se pondrán en los flancos y no dejarán de disparar para cubrirnos. El resto avanzaremos en línea lo más recta posible, de trinchera en trinchera.

—¡Es una misión suicida, Tommy! —opina alguien.

—Para la mayoría lo será, pero aquí lo importante es ganar como equipo. Y yo no solo quiero ganar, ¡quiero que batamos el puto récord en conseguirlo!

—¡Síií! —gritan algunos emocionados—. ¡Vamos!

—No tengáis miedo —los anima con templanza—. Lo mejor en estos casos es actuar rápido, que no tengan tiempo ni de pensar. No juguéis a cazarlos uno a uno, solo queremos que oigan las balas para que no se atrevan a asomar la cabeza. Descargad los cargadores por completo en los primeros tres minutos. ¡Podemos conseguirlo!

Mis ojos hacen chiribitas. ¡Es un conquistador nato!

—Mi hermano y yo iremos delante —dice de pronto y a Kyle se le desfigura la cara de la emoción.

—¿Es tu hermano? —pregunta James.

—Sí. Si no notas el parecido familiar, lo verás cuando nos veas disparar a la vez. Hemos jugado muchas veces juntos a esto, ¿verdad, Kyle?

—Sí… —solloza el grandullón, que sabe que los tres jefes están viéndonos en una pantalla desde la zona vip.

—¡Vamos a hacerlo solo una vez, chicos! —alza la voz Tommy—. Tengo resaca y quiero estar en la hamaca de la piscina dentro de media hora.

Todos se ríen.

—No falléis. No penséis. Solo hacedlo. Nos vemos en el infierno.

La gente aplaude, vitorea y hay gritos de júbilo.

Miro a Tommy con mi mejor sonrisa y él me corresponde, pero la zorra de Daisy se mete en medio e interrumpe el momentazo.

Se atreve a tocarle el pelo y hasta se echa una foto con él. ¿Pero esta payasa de dónde se ha caído para tener tanto daño cerebral?

Los demás no van a cazar a nadie, pero yo tengo una presa en mente a la que voy a tirotear de lo lindo. Me da igual que sea de mi propio equipo…

Tommy me manda a la banda con los tiradores. Me ha hecho el favor de poner a Daisy junto a él, en el grupo central suicida, y pienso darle en todo el culo para que cuando se la esté tirando en la postura del perrito, vea los moratones y se acuerde de mí.

—¡Tres! ¡Dos! ¡Uno! ¡Empieza el juego!

—¡Disparad! —grita Tommy y abro fuego a discreción.

Algunos de nuestro equipo caen, pero avanzan rápido. Madison corre agachada detrás de Tommy y Kyle. Estos no dejan de disparar a objetivos en todas direcciones. La idiota de Daisy, solo estorba y la enfoco con mi cañón para hacerle un favor al equipo.

¡Bang! ¡Bang! ¡BANG!

—¡Ah! —La oigo gritar—. ¡Me han dado por detrás!

La chica americana me mira y me encojo de hombros. Ella sonríe maliciosa y levanta el pulgar. ¡Tengo un *like*!

Tommy, Kyle, Madison y otras dos personas, se esconden detrás de un montículo de ruedas. Están muy cerca del objetivo. Y de repente, los hermanos salen de su escondite en direcciones opuestas en una increíble maniobra de distracción. Entonces, Madison aprovecha para avanzar hasta las escaleras y subirlas. Los otros dos se quedan abajo disparando y son abatidos mientras mi prima agarra la bandera y la ondea en su mano.

—¡LA TENGO!

Veo a Kyle rodando por el suelo, no sé si vivo o muerto, y Tommy ha desaparecido. ¡Pero hemos ganado!

Salimos de nuestros escondites y nos reunimos en la tienda. Todo el mundo celebra la victoria y muchos se quejan de dolor. Pero a la que más se le oye es a Daisy…

—¡Me duele mucho! ¡MUUUCHO! —berrea llamando la atención. Igual tendría que haberle dado en el hocico…

Ve que Tommy se preocupa por ella y todavía exagera más.

—Necesito que me lleves a la enfermería —le pide a Tommy.

¿Pretende jugar a los médicos con él?

—¡Yo os acompaño! —se ofrece su marido.

—No, Luke, tú ve a por mis pastillas de la ansiedad. ¡Las necesito! Están en la habitación.

—¿Dónde exactamente?

—En el baño, creo. No sé, búscalas por todas partes…

¿Soy la única que sabe que esas pastillas deben de estar en el fondo del mar, matarile?

—Venga, vamos —la insta Tommy ayudándola a andar. No sin cerciorarse de que Mark vea como se va con ella.

Abro mucho los ojos. ¡En vez de lesionarla, le he servido el rabo de mi marido en bandeja de plata!

Nataly tenía razón, ser mala termina volviéndose en tu contra.

—¿Se van juntos? —pregunta Madison preocupada.

—Sí… —musito bajando la cabeza.

—¿A una habitación con una camilla donde ella se va a quitar el pantalón?

—Eso me temo… —digo ahogándome en lágrimas no derramadas.

—¡Por Dios! ¡Tardará un minuto en ofrecerle su culo en pompa!

—¿Queréis dejar de pensar en lo peor? —dice Kyle violento.

—¿Se te ha olvidado cómo me quedé embarazada, cariño?

—Esa tía no tiene tu culo ni de lejos.

—¡Eres un amor! —Lo besa feliz.

Pero lo que ellos no saben es que Tommy tiene que hacerlo por prescripción laboral…

Empiezo a encontrarme muy mal y necesito irme de aquí.

Me da justo para cambiarme de ropa y salir pitando antes de echarme a llorar delante de todo el mundo. ¿De verdad va a hacerlo?

No sé a dónde ir, y finalmente, me marcho a la habitación, para llorar sobre la almohada en privado.

«¿Cómo puedo estar así?». No es un amigo y tampoco un familiar… «¿Entonces qué es?».

¡¿El tío del que me estoy pillando?!

He dejado a Madison y a Kyle en la piscina, y han entendido que no quiera estar en un lugar público esperando a que Tommy vuelva de… de estar con ella. Imagino que después acudirá a la habitación para ducharse. Al menos, yo lo necesitaría después de hacer algo tan desagradable.

Sollozo un rato más, sumida en la pena, y de pronto, llega un mensaje de Nataly.

Saber que Madison la ha avisado, hace que me emocione. Es la única salida que ha encontrado ante mi bloqueo, pero Madi sigue cuidando de mí en la sombra.

Nataly:
¿Estás bien?
¿Quieres hablar?
Llámame a cualquier hora.

Busco su contacto y espero los tonos mientras me desmorono. Esto no es propio de mí ni de la Arizona que quiero ser, pero es lo que hay.

—¿Ari?

—Hola…

—¿Cómo estás? —pregunta con pena.

—Hecha una mierda. Tirada en la cama, hecha un mar de lágrimas, en medio de un paraíso tropical.

—En realidad, no sé qué decirte para que te sientas mejor…

—Podrías decirme «te lo dije». Estarías en todo tu derecho.

—Sí, pero no es tan sencillo. Es la única aportación que puedo hacerte, nada con los Norton es fácil, por eso son tan especiales.

—¡Hace tres días le detestaba, Nat! —digo con incredulidad.

—Lo sé…

—Y ahora…

—¿Ahora qué?

—Ahora me parece el hombre más maravilloso del mundo. ¡¿Cómo ha pasado?!

—No lo sé. Es como un superpoder —suspira mi prima.

—Son los valores que le mueven a actuar como lo hace, el respeto que irradia cuando se molesta en tomar partido en algo, su valentía para decir las cosas tal cual son, cómo me trata… ¡Ni siquiera nos hemos acostado, Nataly!

—Pero habéis hecho otras cosas y el roce hace el cariño. Cuando por fin me acosté con Drew, ya estaba colada hasta las trancas por él. Es la magia de los Norton.

—Esto es lo que siempre he querido, Nataly…

—¿A qué te refieres?

—A llegar a este punto de necesidad antes de acostarme con un hombre. Y nunca había sido tan intenso.

—Lo sé…

—¡Pero no medí las consecuencias que tendría!

—¿No has oído eso de «Cuidado con lo que deseas»?

—Sí. Lo que me da miedo es que esto no es un simple capricho, ¡es que no quiero que desaparezca de mi vida!

—Estás colgadísima de él —dilucida—. Y si os acostáis, será todavía peor. Un Norton puede echarte a perder para el resto de los hombres. Piensa bien lo que vas a hacer.

—No hay nada que pensar… En este momento se está tirando a otra por el bien de su trabajo. Y hasta él se da cuenta de que no es ético hacerlo con las dos.

—Te entiendo porque estuve en la misma situación. Drew estaba allí para acostarse con Nataly, y la que quería zumbármelo era yo…

—¿Y qué hiciste?

—Buscar una alternativa. Otro modo de detener la boda que no fuera ese maldito polvo. Engañar a otro jugador: Dylan.

Entiendo lo que dice, pero no es aplicable a mi caso. ¡Nosotros no tenemos otro jugador! A no ser que…

Salto de la cama y me calzo a toda velocidad.

Llamo a Madison para que se reúna conmigo en recepción. Necesito un compinche y ella es buena actriz.

¡Tengo que encontrar a Mark Donovan antes de que sea demasiado tarde!

17
LEYENDAS DE PASIÓN



«Dentro de tres segundos, tus pesadillas se harán realidad», escucho a mi ángel particular.

—¿Quién habrá sido el imbécil que me ha disparado por atrás? —se queja Daisy en la enfermería. Yo me callo, pero tengo una ligera idea de quién ha podido ser… mi chica salvaje.

—¿Dónde se ha metido el médico? —agoniza.

—No te estás desangrando, Daisy…

—Pero me duele mucho. Míramelo tú, por favor…

Que se quite el mono y se quede en camiseta y ropa interior no me sorprende en absoluto, pero me da igual, su piel desnuda no me incita nada.

—¿Qué tengo?

—Solo pequeños cardenales.

—Podrías darme un masaje… —sugiere quejosa.

—Es lo último que hay que hacer en estos casos, masajearlo.

Ella se incorpora y coloca sus brazos alrededor de mi cuello.

—Pues hazme sentir mejor —musita cerca de mi boca.

Aparto la cara cuando está a punto de lanzarse a mis labios.

Ni siquiera lo he pensado, ha sido algo instintivo.

—¿Qué pasa? ¿He malinterpretado tus señales? —protesta.

No estoy orgulloso de lo que he propiciado, pero es que no puedo… No, si esto significa que no voy a poder estar con Arizona. Pasar de ella es algo superior a mis fuerzas. ¡Ni siquiera he podido evitar besarla antes del *paintball*! Es algo que va a pasar, lo presiento. ¡Está escrito, joder! Y no puedo hacerle esto…

—No has malinterpretado nada —confieso, sin embargo.

—Entonces, ¿qué pasa? Llevo mucho tiempo esperando a que te decidas, Tom…

Se adapta más a mí, dejando al alcance de mi mano ese puesto de socio… Ese que tanto necesito para conservar a mis hijos a mi lado, y, teniendo en cuenta que por ellos mataría, que me lo esté pensando significa que Arizona me importa más de lo que puedo asumir.

—No puedo hacerlo, Daisy… En realidad, no quiero.

—¡¿Y por qué me has hecho creer que sí?!

—Porque Mark Donovan me dijo ayer que no me daría su voto para ser socio a no ser que me acostara contigo. Y estaba decidido, pero…

—¡¿Eso te ha dicho?! ¡¿Por qué?!

—Según él, para cubrirse las espaldas. Cree que voy a chantajearle cuando esté en el poder y él quiere tener algún trapo sucio mío con el que defenderse.

—Tiene sentido… Aquí todos tienen algo que esconder menos tú. Normal que estén asustados de que te asciendan. Jack es un buen hombre, pero no se entera de nada, pero tú… tú lo sabes todo de todo el mundo.

—Ya…

—¿Y por qué no me la metes y terminas con esto? Te va a gustar…

«Eso. ¿Por qué, Tommy?», escucho la voz de Marzia. Y de repente comprendo que mi única baza para ganar es que yo soy Jack. No soy un Mark o un Cliff. Soy un Jack y ellos lo saben. Por eso tratarán de hundirme a toda costa. No puedo darles armas. Y tampoco puedo quedarme sin ese puesto. ¡Estoy atrapado!

Y en medio de todo eso, mi razón inmediata y vital, es Arizona.

La gente siempre tiene un montón de problemas hasta que tiene un problema de salud que lo eclipsa todo. Porque la salud es lo primero. Y Arizona afecta a mi salud… Tanto mental como física.

Se ha colado por delante de todo y no me he dado cuenta, pero nada ha cambiado desde que esta mañana me he masturbado en la ducha como un adolescente. Esto es algo mucho más profundo.

—Porque estoy enamorado —le digo de pronto a Daisy.

Ella abre mucho los ojos.

—¡¿De mí?!

—¡No, de ti no! De mi mujer.

—¡¿De tu mujer?!

Busco una salida fácil, pero no se puede convencer a alguien con una versión inverosímil. La verdad retorcida siempre es mucho más efectiva, pero si le cuento que Arizona no es mi verdadera mujer, ella misma me hundirá.

—Sí, de mi mujer, ¿la has visto bien? Tengo la suerte de que alguien como ella sea la madre de mis hijos y de que me siga atrayendo con cada fibra de su ser. No puedo hacerle esto. No romperé el vínculo más importante de mi vida por uno con Morrison, y si tengo que llevarme por delante a todo el mundo, lo haré —amenazo—. A ti incluida.

—¡¿Por qué a mí?!

—Si Jack descubre que no me han dado el puesto porque no he acatado los deseos de Mark, los pecados de todos quedarán al descubierto. Y tú eres el arma del crimen, querida. Has vivido bien gracias a mantener el secreto, pero si me joden, os arrastraré a todos conmigo y tú no saldrás bien parada. No te contratarán en ningún despacho…

—Nadie te creerá, Tommy.

—Claro que sí, porque lo tengo grabado. —Saco mi teléfono de la chaqueta con el contador de grabación corriendo. Lo paro y ella intenta quitármelo, pero la retengo.

—¡Tommy, no! ¡Dame eso…!

—Te ofrezco un trato —digo cogiéndola de los brazos.

—¡Eres un cabrón! ¡Socorro! ¡Diré que has intentado violarme y te buscaré problemas!

¡Suéltame!

—Te ofrezco ser socia —digo certero y eso consigue que deje de patalear.

—¿Qué?

—Si me cubres ahora y dices que nos hemos acostado para que me hagan socio, te prometo que en menos de seis meses serás socia.

—¿Cómo sé que no me estás mintiendo?

—No puedes saberlo, tendrás que confiar en mí. Pero mi palabra es sagrada. Ayúdame ahora y yo te ayudaré después.

—De acuerdo. Haré correr la voz de que ha habido sexo en la enfermería hoy.

—Bien. Ahora tengo que irme.

—¡¿Vas a dejarme aquí herida?!

—Ya puedes dejar de fingir. El médico vendrá en cualquier momento e igual es guapo.

Me voy antes de que pueda contestar nada. ¡Tengo que encontrar a Arizona! Solo Dios sabe lo que estará pensando de mí…

Vuelvo al pabellón del *paintball* a por mi ropa y cruzo una terraza que conecta con la recepción del hotel.

—¡Norton! —escucho que alguien me llama.

¡Es el señor Donovan! Está sentado solo en una de las mesas y me hace un gesto para que me acerque a él. No penséis que lleva bañador o pantalón corto, ese hombre no se quita el traje ni para dormir. Cree que con eso es suficiente para esconder la fealdad de su alma.

—Buenos días, señor…

—Felicidades, Norton. Ya me han dicho que has cumplido…

¿Cómo es posible que le haya llegado la noticia? ¡No ha dado tiempo!

—¿Cómo se ha enterado?

—Por tu mujer. He oído como se lo contaba desconsolada a otra. No te preocupes por ella, transigirá, como todas. El adulterio forma parte de la vida de cualquier gran hombre.

Aprieto los dientes al escuchar su repulsiva filosofía. Jack no es así y el Juez Robins tampoco. Y son mejores hombres que él.

—Reuniré al consejo esta misma tarde para comunicarles mi decisión de hacerte socio.

—Gracias, señor…

—Y Norton… Buena jugada la del *paintball*, tienes un par de huevos.

Si yo le contara lo hinchados que los tengo ahora mismo…

—Gracias, señor Donovan —me repito.

Me marcho de su vista y apago la grabación. Hombre precavido vale por dos.

Cojo mi móvil para llamar a Arizona y me sorprende tener un mensaje suyo.

Arizona:

Espero que leas esto…

Aborta tu misión y ven rápido a las hamacas de la piscina.

Apago el móvil y prácticamente echo a correr hacia nuestro sitio de siempre.

Cuando llego, la encuentro franqueada por Kyle y Madison.

—¡Acabo de leer tu mensaje! ¡¿Qué ha pasado?!

—¿Lo has leído ahora? —dice como si le faltara el aire.

—Sí…

Se miran entre ellos y Arizona baja la cabeza para que no lea la decepción en sus ojos. Madison le hace un gesto a Kyle y se marchan sin decir nada. Arizona se lleva las manos a la cara y me siento en la tumbona de al lado.

—Eh, ¿qué te pasa? —pregunto con el corazón latiéndome a mil por hora.

—Yo… había ideado un plan para… que no tuvieras que hacerlo…

Las pausas que hace para no echarse a llorar me rompen por dentro. Mi mano va sola hacia su muslo para consolarla.

—No lo he hecho…

Ella levanta la cabeza de golpe y su mirada vidriosa provoca que quiera abrazarla.

—¿Cómo que no lo has hecho?

—No, no he podido… No podía renunciar a ti, Arizona.

La veo tragar saliva haciéndose cargo de lo que eso significa.

Mi mano va hasta su cara porque sé que está a punto de llorar.

—Yo le he hecho creer a Donovan que ya lo habías hecho para que no tuvieras que hacerlo… —explica.

—Lo sé, acaba de felicitarme y me he quedado loco.

—Yo… No quería que lo hicieras. Solo quería…

Otra pausa. Pero no hace falta que lo diga, sé muy bien lo que quiere.

Suprimo la distancia entre nuestros labios y la beso. Ella me agarra la cara y entrelaza su lengua con la mía en lo que me parece un beso a cámara lenta. Me tomo mi tiempo para degustarla, pero paro apoyando mi frente en la suya antes de que pierda el norte en público.

—Vamos a la habitación. —Quería que sonara a sugerencia, pero ha sonado a orden.

—Sí… —jadea en mi boca. Y la nota de desesperación que capto en su voz hace que me hierva la sangre.

—Joder… No sé si llegaremos… —bromeo.

Ella sonríe en mis labios y me acaricia el cuello.

—Haremos lo que podamos.

Me levanto antes de que me dé por montar un espectáculo al aire libre y la arrastro de la mano sin dejar que se ponga ni el pantalón, con la bata que lleva sobre el bañador le sobra.

Llegamos a los ascensores y presiono el botón con ahínco, sin soltarla, mientras hago un esfuerzo por controlar mi respiración. No estoy ni para dar la hora, tengo las pupilas dilatadas al máximo y un único objetivo: TALADRARLA.

Las puertas se abren y entramos rápido. Cuando va a subir otra pareja les comunico que, si no les importa, queremos estar solos. No me quedo a ver sus reacciones, solo presiono el botón para que se cierren las puertas cuanto antes.

Sin testigos a la vista, empotro a Arizona contra la pared del ascensor y escucho su sonrisa en mi oído mientras me clavo en ella como un loco. Mi boca va a parar a su cuello desnudo.

—Aquí puede haber cámaras, ¿sabes?

—Me la pela —jadeo sin dejar de lamerla por todas partes. Bajo la cabeza y me rebozo en sus pechos, la camisola que lleva me hace el favor de estar entreabierta.

Meto la mano en la parte de abajo del bikini y froto su monte de Venus con mis nudillos. Uno de ellos prueba a colarse entre sus pliegues para comprobar lo receptiva que está. Los embadurno de una humedad maravillosa y resoplo exacerbado.

—Vas a tener que pararme antes de que haga un destrozo…

—No pienso pararte, haz conmigo lo que desees, soy tuya.

Ante esa respuesta lo que me sale es agarrarla del pelo y someterla más a mí, para que sea consciente de lo que me está pidiendo.

—¿Estás segura de que eso es lo que quieres? —mascullo fuera de mí—. Puedo ser encantador y follarme tu coñito empapado con estocadas profundas y delicadas… Pero yo lo que quiero es destrozártelo hasta que me pidas que pare. ¿Y adivina qué? No lo haré.

Su respuesta es agarrarme del pelo con fuerza y echarme la cabeza hacia atrás.

—Ni se te ocurra parar ahora —ordena excitada.

Un gruñido escapa de mi boca justo cuando el ascensor se abre. Si llega a haber alguien, habría llamado a seguridad, seguro. No quiero separarme de ella, pero no podemos quedarnos aquí.

La arrastro fuera del ascensor con prisa y me peleo con el tarjetero para abrir la dichosa puerta. No llegamos muy lejos. Mi necesidad de pegarme a ella me lleva a aplastarla contra la parte trasera de la puerta.

Le subo los brazos para inmovilizarla con todo el peso de mi cuerpo y se los agarro con una de mis manos. Con la otra tiro de los lazos de su bikini y la prenda sale disparada. Adoro ver cómo sus pechos me apuntan acusándome de que no los tenga todavía en la boca.

Me lanzo a por uno con violencia y ella gime alucinada.

—¡Me las vas a arrancar!

Me lanzo a su boca para que no se queje y la agarro del culo con las dos manos para elevarla y que me envuelva con sus piernas.

Debería frenar y pensármelo dos veces, pero es demasiado tarde. La deseo entera. La necesito. Y quiero hacerle saber lo que significa que sea mía. Me urge penetrarla ahora mismo y pesa tan poco que lo único que haría falta es que nuestra ropa desapareciera.

La elevo casi hasta mi estómago, sin dejar de besarla, y maniobro con una mano para bajarme el pantalón.

Ya la tengo fuera, dispuesta y húmeda cuando mi móvil empieza a sonar.

«¡No lo cojas!», grita mi diablo, «Solo tienes que apartar el bikini y sumergirte en ella hasta el fondo. ¡Es lo único que importa!».

Pero esa melodía no es la de siempre. Es el tono de llamada que tengo elegido para Jack y tengo que cogerlo sí o sí.

—¡¡JODER!! —golpeo la puerta con furia.

Deposito a Arizona en el suelo y no tardo ni un segundo en coger mi móvil y subirme el pantalón para permitirme andar.

—Hola, señor Morrison…

Mi voz suena jadeante todavía y camino en dirección opuesta a esa ninfa dispuesta a que su cuerpo ceda ante mi intrusión bárbara.

—¿Te pillo en buen momento?

—Sí, dígame —intento serenarme.

—Hemos convocado una reunión de urgencia en la sala de juntas del hotel. ¿Puedes venir? Es una emergencia de la oficina de Manchester…

Arrugo el ceño.

—Sí, claro… Voy ahora mismo.

—Bien. ¡Y que venga también tu hermano!

Me cuelga y me quedo mirando el teléfono. ¿Qué cojones…?

Oigo pisadas a mi espalda y me giro avergonzado.

—Lo siento mucho… Tenía que cogerlo, era una llamada de Jack.

—Tranquilo… Lo entiendo. ¿Qué te ha dicho?

—Han convocado una reunión urgente por un asunto de Manchester, tengo que irme…

Ver cómo se agarra la bata blanca y la mantiene cerrada sobre su delicioso pecho es físicamente doloroso. Ahora mismo tendría que estar dentro de ella llevándola a la mismísima luna, joder…

—Me cago en todo… —maldigo—. Te prometo que te compensaré.

—Te tomo la palabra —musita con picardía.

Me acerco a ella y la beso de nuevo con más calma.

—En cuanto acabe, te llamo —murmuro en sus labios.

—Sea la hora que sea —agrega ella.

—Lo más pronto posible —remato. Y vuelvo a besarla. Cada vez se me hace más difícil parar. Creo que he cubierto mi cupo de paradas de hoy…

—Vete ya, te necesitan.

Le hago caso porque cada segundo que pase, me va a costar más alejarme de ella.

Nada más salir de la habitación llamo a Kyle.

Le doy órdenes y pongo rumbo a la sala de reuniones. Atino a mirarme en el espejo del ascensor y me arreglo un poco el pelo; jamás un *coitus interruptus* me había sentado tan mal.

Cuando realmente nos cuentan la situación, cierro los ojos despacio, esto no va a llevarnos una hora solucionarlo, sino varias… Ha habido un ataque informático en nuestros servidores y no hace falta que diga lo importantes que son los informes con los detalles de casos muy polémicos, declaraciones de testigos protegidos, y los historiales de vídeos porno vistos en cada puesto de trabajo. Hay que pararlo como sea y James parece estar muy nervioso.

—Nunca había visto algo así… —balbucea sudando—. Llevo más de una hora intentando acceder a su código fuente y no encuentro ninguna grieta.

—¡Pero la encontrarás, ¿no, chico?!

—No lo sé, puedo tardar días…

—¡Eso no nos sirve! —grita Mark iracundo. A saber lo que guarda en su nube… ¿Sexo con animales?

—Haced un recuento del último *back up* —ordena Cliff—. Necesitamos saber qué información manejarán si consiguen desbloquear los accesos restringidos.

—¡No entiendo nada, es como un nuevo idioma! —grita James volviéndose loco.

—Me suena haberlo visto en alguna parte —dice Kyle.

—¡¿DÓNDE?!

—Hace meses… investigando sobre los ataques más virulentos a la bolsa de Kuala Lumpur.

Todos le miran extrañado.

—¿Qué pasa? ¡Ese es mi porno!

—¿Puedes localizarlo? ¿Acceder a tu historial? Necesito un portátil.

—¡Que alguien le traiga un portátil ahora mismo! —exclama Jack sulfurado.

Me sorprende verlo así. Siempre es tan tranquilote. Pero supongo que la posibilidad de que tu firma, número uno en el país, se hunda, debe de ser estresante.

Yo estaría al borde del infarto si hubiera sido la semana pasada. Hoy lo veo todo desde otro ángulo. Le he prometido a Daisy que sería socia por una razón muy concreta: Arizona estaba en lo cierto, exceptuando a Jack, el resto me dan vergüenza ajena. Sus múltiples «¿Cómo lo soportas?» han hecho mella y, en cuanto me nombren socio y consiga la custodia de los niños,

buscaré otra firma. Los años dorados de Morrison terminarán cuando Jack se jubile, y ya está mayor; de ahí que quieran meter a otro socio. Y sin él, yo ya no pinto nada allí.

Saco el teléfono y escribo a Arizona.

Tom.N:

Esto va para largo… Pero te espera la mejor noche de tu vida.

18
INSTINTO BÁSICO



—¡¿En serio ha sido tan bestia?! —chilla Madison.

—Muy bestia… —Me sonrojo—. No me quiero ni imaginar la que me espera. ¡Estoy deseando que me llame!

—Kyle me ha dicho que el asunto es grave.

De pronto, mi móvil suena.

—¡Es Tom!

—¡¿Qué te pone?!

En cuanto lo leo, las comisuras de mi boca apuntan hacia abajo.

—Que va para largo…

—Oh.

—Y que me va a recompensar con la mejor noche de mi vida —sonrío.

—¡UHHH! ¡Madre mía! ¡¿Y si te lesiona?! ¡¿Y si se le va la mano y te asfixia?!

Me echo a reír.

—Habrá merecido la pena —bromeo.

—¡Tienes que prepararte a fondo para esta noche! —exclama ilusionada—. ¿Estás bien depilada? ¿No tendrás pelos en el ojete? Porque si es tan animal, puede aterrizar ahí…

¿Sexo anal?

—Un poco sórdido para una primera vez, ¿no? ¿Tú lo has hecho con Kyle?

—Alguna vez, pero no es su zona favorita.

—¿Y cuál es?

Madison sonríe pilla.

—¿De verdad quieres saberlo?

—Mejor no… —reculo.

—Ya es casi la hora de comer, podríamos buscar un restaurante fuera del hotel —propone Madison.

—No espero que lo entiendas, pero en este momento me es anatómicamente imposible poner más distancia entre nuestros cuerpos…

Madison sonríe con autenticidad.

—¡Estás enamorada! —me acusa.

—No, solo… inquieta. Si ahora mismo su polla sale de mi radar, creo que caeré enferma.

Madison se parte de risa. Pero yo no estoy de broma. Probad a que un toro de miura esté a punto de ensamblarte con toda su potencia y te quedes sin sentirlo… No se lo deseo ni a mi peor enemiga, vamos…

—Lo que necesitas es relajarte. Voy a llamar al spa del hotel y a reservar algún tratamiento o masaje.

—Vale. Y pregunta si hacen la cera. Hace años que no me hago un integral.

—¡Bua…! ¡Qué buena idea! Esta noche Kyle flipa…

Admito que los chorros a propulsión del *jacuzzi* y las manos de Wanda, mi masajista tailandesa, han obrado milagros en mis terminaciones nerviosas.

Ya ha anochecido y estoy en la habitación esperando a que Tommy vuelva. Llevan todo el día con «el problema» y nos han ido pasando el parte cada poco tiempo. Parece que al final han podido volcar no sé qué y aplicar no sé cuántos y los archivos más secretos de la firma están a salvo.

Al parecer, han mal comido algo de picar en la propia mesa de la sala de juntas y todos están deseando volver a sus habitaciones, descansar media hora, ducharse y bajar a cenar.

Por mi parte, estoy más limpia e hidratada que nunca, y no tengo ni un solo pelo fuera de lugar, solo me queda ponerme el vestido, el negro, definitivamente, para mi noche más salvaje, y bajar a cenar. Pero no sé qué hacer…

Si Tommy me encuentra de esta guisa, va a ser como darle un batazo en todas las pelotas.

Quiero que descanse, quiero que se asee y quiero que coma. Y luego, que me devore a mí de postre hasta no dejar ni los huesos... Así que decido irme de la habitación para no someterle a otra tortura innecesaria, porque si me quedo, no creo que bajemos ni a cenar esta noche.

Llamo a Madison y le comento el plan. Me dice que quedamos en un cóctel bar que hay en la otra punta del hotel y me parece buena idea.

Escribo a Tommy para decirle que nos vemos a las nueve en el bar, como siempre. Y le subrayo que quiero que descanse un rato, de ahí mi ausencia.

Tom. N:

Muy considerado por tu parte…

Pero sé que lo único que quieres es que se me vuelva a parar el corazón cuando te vea, como me ha ocurrido cada noche antes de las cenas.

Sonrío como una gilipollas. Igual sí estoy coladita…

Me reúno con Madison en la coctelería y nos pedimos bebidas raras que jamás hemos probado.

—Verás cuando te vea Tommy… —me piropea—. Estás...

—Tú también estás genial. Ten cuidado, te veo embarazada otra vez…

—¡No seas gafe! —se carcajea.

—¿Kyle y tú habéis hablado de tener más hijos?

—La verdad es que no. No somos tan responsables. Vivimos el momento, y si llega, ya apechugaremos.

—¿Pero estáis usando protección?

—¡Sí, claro!, pero ni te imaginas la cantidad de condones que rompe, el muy animal…

—¡Pues comprad una talla más!

—Usa la más grande —dice con orgullo.

—Vaya, vaya…

—Yo nunca hablo por hablar, Ari. Jamás. —Sonríe y brindamos. Este viaje me ha hecho reconciliarme muchísimo más con Madison. Estoy hasta sorprendida con ella.

Se aparta el pelo y vuelvo a fijarme en lo bien que le queda ese vestido burdeos con su rubio platino. Tiene un diseño curiosísimo. Es como si a un vestido normal de satén rojo oscuro, alguien le hubiera hecho un nudo en el centro haciendo que se le vea la piel de la cintura. De ese modo, queda dividido en dos mitades, una es una falda de corte alto con abertura, y la de arriba, una pieza de escote redondo y tirantes anchos. Nunca la había visto tan elegante y tan ella a la vez.

Mi outfit es mucho más complicado de explicar…

Pero podría perfectamente protagonizar un pase de patinaje sobre hielo. Llevo un body de manga larga con una mini falda de tul ondulada. Medias negras y zapato cerrado de tacón. Lo especial del vestido es que ese body está hecho de jacquard transparente.

PRECIOSO…

Para quien no lo sepa, el jacquard es un término que engloba a la mayoría de los dibujos de tapices, brocados, damascos… es decir, ilustraciones complejas y elaboradas que aportan riqueza a cualquier material y ambiente. Así pues, la mayoría de mi cuerpo está cubierto por una tela transparente negra, llena de brocados esculpidos con brillantes negros. Y lo más desconcertante es el escote profundo en V que me llega casi hasta el ombligo. Amén.

Cuando se acerca la hora, me voy poniendo más nerviosa.

—¿Quieres que vayamos ya al bar?

—Sí, antes de que me dé un infarto. Prefiero estar ya allí cuando él llegue.

Cuando entramos en el bar hay poca gente todavía, pero en menos de diez minutos se va llenando.

El primero en aparecer es Kyle y sus ojos hacen gala de que le gusta lo que ve.

—¡Chicas…! ¡Estais preciosas! ¿Qué tal os ha ido el día?

—Bien —contestamos.

—¡¿Solo bien?! Para mí ha sido uno de los mejores de mi vida. El hermano tatuado de Tommy al que le gusta buscar cosas raras por internet ha salvado la empresa —presume.

—¡¿En serio?!

—Sí, todos los jefes estaban muy agradecidos. Ahora mismo soy la estrella. Y teníais que ver cómo me miraba Tommy… —dice soñador. Y por segundos, empieza a emocionarse sin control —. Es que ha sido… demasiado.

—¡Cómo me alegro, mi amor! —Lo abraza Madison—. Tenía el presentimiento de que esta noche te merecías algo especial, por eso… —Le hace agacharse y le dice algo al oído.

—¿Entero? —susurra él, y ella asiente granuja—. Uf…

Sonrío ante su cara y recibimos a James en nuestro grupo.

—¡Aquí está! ¡El hombre del día! —abraza a Kyle—. Me has salvado, tío… No sabía ni por dónde me daba el aire.

—No te quites mérito —repone Kyle—, una vez lo has descifrado has sabido exactamente qué hacer. ¡Eres un crack!

—Sí, pero sin tu ayuda no hubiera sido posible… ¡Es un héroe! —nos dice señalándole.

De pronto una sombra se cierne sobre nosotros. ¡Es Tommy!

—Buenas noches… —saluda. Sus ojos clavados en mi cara de forma penetrante. Los dos parecemos contenernos para no agarrarnos con la misma desesperación que si viniera de la guerra.

Sus ojos repasan mi modelito y se moja los labios.

—¿Cómo estás? —pregunto gentil—. ¿Has podido descansar?

—Algo sí… Gracias. A mí no me hace falta preguntarte cómo estás, ya lo veo…

«Y todavía no has visto nada», sonrío apreciando su cumplido.

Tommy mira a James y este se aparta de mí sin decir nada, dejándole hueco a mi lado. Tommy se acerca, asomándose a mi profundo escote donde encuentra dos curvas perfectas y susurra: «podríamos pedir la cena para llevar. Todos los aquí presentes lo entenderían…».

Sus palabras me hacen cosquillas en la piel de la cara y sonrío excitada.

—Si subimos ya iremos directamente al postre y quiero que comas algo.

—Yo también quiero comer-te…

—Me refiero a un buen chuletón.

—Prefiero pescado…

Se me cae otra sonrisa furtiva de los labios.

—Hemos esperado mucho, podemos esperar una hora más. Tu hermano es el hombre del momento…

—Sí, lo es. Este año recibirá un aguinaldo de cuatro ceros, tenlo por seguro… Ha salvado el día —dice con orgullo.

Kyle se emociona otra vez y yo aprieto la mano a Tom.

Sus ojos me envuelven de nuevo y se estrellan en mi boca. Lo veo soltar un suspiro largo lleno de anticipación.

—Te juro que no sé hasta cuándo aguantaré…

En ese momento lo abrazo porque creo que necesitamos sentirnos. Saber que somos reales, aquí y ahora. Entender que hoy haremos el amor, pero que él también nos hará.

Tommy me acaricia con una dulzura inusitada en él y parece relajarse un poco. Se colma de mi esencia para poder aguantar un poco más sin convertirnos en un solo amasijo de carne, como pidieron nuestros cuerpos desde el primer segundo que nos conocimos.

Un minuto después, Jack se acerca a nosotros.

—Kyle… hoy has hecho un buen trabajo, hijo.

—Gracias, señor Morrison.

—Sigue así. Y tú Tom… Esto es algo extraoficial, pero me alegra poder anunciarte que lo has conseguido. Vas a ser socio de Morrison&Company y no podría estar más contento por ello.

Los ojos de Tommy titilan.

—Gracias, señor. No le decepcionaré.

—Estoy seguro de que no.

Apenas tenemos tiempo de reaccionar a la noticia porque la gente empieza a entrar al salón para cenar.

—¡Hay que conseguir champán y brindar! —exclama Kyle.

—No. —Lo frena Tommy—. No es el momento. Nadie lo sabe todavía. Es momento de disfrutar en privado, en familia…

—Vale… —contesta Kyle con los ojos brillantes de emoción.

Esa noche nos invitan a muchas mesas a cenar, todo el mundo quiere charlar con el hombre del momento, al final nos sentamos en la de sus jefes, pero apenas estamos a solas con ellos y sus mujeres, porque mucha gente se acerca a hablar con Kyle para comentar la jugada. Lo que más me gusta de la cena son las miradas que me echa Tommy y que, entre plato y plato, su mano está junto a la mía en mi regazo. No sé si es consciente de que su toque es como el epicentro de un terremoto en todo mi cuerpo.

Nada más terminar el segundo plato, vuelve a reclinarse y a posar su mano sobre mi minifalda abullonada.

Llevo toda la noche deseando hacer una cosa y las ganas me consumen.

Cojo su mano y la deslizo algo más abajo para que note el inicio de la liga de mis medias y siga más allá, a ver qué encuentra…

Tommy obedece y abre mucho los ojos al encontrar… *NADA*. Porque no llevo bragas.

Casi puedo sentir cómo su corazón se detiene. Intenta tomar aire, pero sin éxito.

Se pone de pie abruptamente y tira una copa de agua.

—Perdón… Ahora vuelvo.

Todo el mundo lo mira extrañado, incluido Kyle, hasta que se fija en mi cara de cabrona. Entonces sonríe y niega ligeramente con la cabeza, opinando que no tengo perdón de Dios, sea lo que sea lo que le haya hecho a su *bro*.

Mi móvil no tarda en iluminarse y lo reviso.

¿Adiviná*is* de quién es el mensaje? «SAL AHORA MISMO». Así, en mayúsculas.

Tardo un minuto más en levantarme sigilosamente tras guiñarles el ojo a Kyle y a Madison.

Salgo al bar, que está casi vacío y veo que Tommy me está esperando en la puerta.

Cuando nos reunimos, sonrío, y él únicamente me coge de la mano y se dirige al ascensor.

Esta vez nadie sube con nosotros y cuando las puertas se cierran, espero su ataque inminente, pero no se mueve, solo me mira fijamente.

—¿No vas a besarme, ni a meterme mano?

—No. Porque cuando empiece, ya no podré parar por nada del mundo. Ni aunque el hotel se esté cayendo a trozos.

Sonrío complacida.

—¿Te gusta mi vestido?

—Me gustas más sin él —contesta serio. Y yo vuelvo a sonreír.

—¿Qué tienes pensado hacerme? —pregunto excitada—. No sé si vas a estar a la altura de lo que tengo en mente…

Esa vacilada provoca que apriete la mandíbula y su mirada cambie a una más fiera. Justo lo que quería.

Cuando las puertas del ascensor se abren, me indica que pase yo primero, como buen carnívoro en lo alto de la cadena alimenticia.

Me sigue de cerca, acechándome, mientras deja que yo abra la puerta de la habitación.

No he andado ni dos pasos cuando escucho que Tommy cierra el seguro de la puerta. ¿No quiere que nadie pueda entrar por mucho que grite? Es un buen comienzo…

—Quítate el vestido si no quieres que te lo rompa —advierte mientras se quita la chaqueta con parsimonia.

No nos estamos besando.

No me está acariciando.

Pero mi piel ya está en llamas ante sus prometedores avisos.

Obedezco y me quedo solo con mi precioso sujetador de encaje negro, la liga y las medias hasta medio muslo. Nada más.

—Eres una puta visión… —musita clavando los ojos en mi entrepierna lampiña y suave.

Y él es otra, porque ya está sin camisa, descalzo, y con el pantalón desabrochado.

Cuando se acerca a mí despacio se me corta la respiración.

—Por un lado, quiero estar a la altura, pero por otro no quiero hacerte daño…

La preocupación que tiñe su voz me da todavía más ganas de entregarme a él.

—Y yo quiero que no te reprimas… Quiero que seas tú, el auténtico Tommy, no el que todos esperan que seas.

Esas palabras provocan que se lance a mis labios de forma fulminante. Siento la presión de su mano en mi nuca y no puedo hacer otra cosa que corresponder a su pasión.

No puedo ni respirar mientras me besa con una posesividad que me doblega. Es como un oleaje de fuerza bruta. Como ser arrojada al océano en medio de un jodido huracán. No me queda más remedio que rendirme.

Sus manos están por todas partes, amasando mis pechos, apretándome el culo, enredándose en mi pelo y obligándome a echar la cabeza hacia atrás para meterse en mi boca hasta donde quiera. Nunca me habían besado así. Me estoy ahogando en él. Intento formar parte activa de la acción, pero se muestra indomable. Sentirme tan deseada despierta una parte de mí que creía profundamente enterrada: la insensata.

—Quiero que estés lista… —musita respirando con dificultad.

Me quita el maltrecho sujetador del todo y me empuja con su cuerpo hacia la cama, haciéndome caer en ella.

—Y será mejor para ti que me obedezcas…

Las medias no parecen molestarle, o igual sabe que dejármelas puestas lo hace todo aún más sexi.

Lo oigo quitarse los pantalones y los calzoncillos. No quiero mirarle para no ponerme ansiosa, pero pronto siento que se cierne sobre mí.

—El día de hoy ha sido un infierno… —musita—. La empresa se hundía y yo solo podía pensar en tu coño mojado…

Gimo cuando se mete uno de mis pechos en la boca.

—¿Y encima te atreves a bajar a cenar sin bragas?

Se me escapa una risita, pero la borro enseguida, cuando me clava los dientes en el pezón.

—No sabes lo que me estás haciendo, Arizona… Lo que llevas haciéndome desde el día que te conocí, pero lo vas a saber muy pronto…

Busca mi boca para enroscar nuestras lenguas en un beso muy sensual. Mi entrepierna se encharca sin remisión.

—Por fin te tengo donde quiero… y vas a pagar caro hacerme ver que podía meterme en tu coño caliente con libertad en cualquier momento desde que he bajado a cenar…

Sus dedos se deslizan hasta el interior de mi sexo y el espasmo que siento es casi doloroso.

—Estás goteando, pequeña… Creo que tú también llevas todo el día ansiando una cosa.

—Sí… —jadeo agarrándolo del pelo.

—Junta los talones y ábrete para mí —ordena.

Lo hago a una velocidad de vértigo, quedando completamente expuesta a él. Que no deje de acariciarme el clítoris justo en el punto clave, hace que me tense.

—Estás al rojo vivo, cariño… —anuncia—. Sube más el culo, ofréceme tu coño al máximo,

así —me felicita cuando fuerzo la postura—. Es jodidamente espectacular…

Gimo fuerte cuando posa sus labio sobre mi abertura, mientras no deja de frotarme el clítoris con rapidez.

—Ábrete más, ofrécete a mí, quiero beber de ti cuando te corras.

Sus eróticas palabras me trasladan a un estado animal.

—¡Más pequeña, dámelo! —exclama en mi centro.

Me esfuerzo en obedecer, y cuando me abandono y me entrego, mi cuerpo empieza a descontrolarse como nunca antes.

El orgasmo que me azota es el más intenso que he sentido jamás. Y no esto no es otra de mis flipadas amorosas. Los latigazos en mi espalda son reales y el líquido que disparo a discreción en cada sacudida, lo pone todo perdido, incluida su boca.

POR DIOS SANTO…

Se limpia con el brazo y dice:

—Ahora ya podemos empezar. Tenías demasiada tensión acumulada y hubieras sufrido mucho si hubiera empezado a taladrarte como tengo pensado hacerlo.

Lo miro alucinada. ¡¿Que ahora ya podemos empezar?!

Me levanta de la cama y me coloca de rodillas en el *chaise long*, ofreciéndole el trasero.

Mete una pierna entre las mías para que las separe y lo hace con mucha familiaridad para contenerse tanto siempre. Un instante después, lo tengo pegado a la espalda, masajeándome los pechos con fruición y besándome el cuello.

—¿Estás bien?

—Sí… —jadeo sin saber qué esperar.

Hace un movimiento extraño y me doy cuenta de que se acababa de poner un condón.

—Voy a follarte duro, Arizona, agárrate…

Me hace inclinarme un poco para que me sujete al sofá y frota su erección en mi ranura de un modo muy tentador. Noto que sujeta mi hombro con una de sus grandes manos e introduce un dedo en mi interior para comprobar la trayectoria.

Lo siento murmurar en mi oreja con la voz tomada de deseo:

—Esta noche tu cuerpo es mío…

No puedo contener el grito que se me escapa cuando su desgarradora polla me penetra con una fuerza sobrehumana. Mis terminaciones nerviosas explotan y me quedo sin aire.

No puedo narrar con exactitud lo que siento porque mi cerebro se bloquea. Solo lo oigo soltar un taco y asimilo que la presión de sus manos en mi clavícula y en mi cintura contribuyen a que sienta sus embestidas como si me las clavara en el corazón.

Estoy tan llena de él que el placer es casi insoportable.

—Joder… —balbucea conmocionado en un momento dado.

Cuando pienso que es imposible, me levanta una pierna en el aire, abriéndome mucho más, y aumenta la velocidad y la fuerza de las penetraciones.

Me gustaría gritar, pero no puedo porque estoy al borde del éxtasis.

—Comprímeme con tu coño… —me ordena. Y en cuanto ejecuto el hipopresivo, lo escucho soltar un alarido que me deja sin palabras. A su vez, maniobra para meter la mano por delante de mí y tocar un puñetero botón rojo que hace que todos mis sentidos salten por los aires.

¡BOOM!

Me corro a borbotones y prácticamente pierdo el conocimiento, no caigo al suelo porque él me sujeta.

Si alguien se lo pregunta, no, esto no es lo normal.
Es la magia de los Norton.

19
AMOR Y OTRAS COSAS IMPOSIBLES



Arizona se remueve a mi lado y la miro de reojo.

Abre los ojos a duras penas y me mira.

—¿Qué haces? —pregunta al verme en la cama con el portátil encima.

—Trabajar.

Arruga la expresión y cierro la tapa para dejarlo en la mesilla y acomodarme a su cuerpo. Me encanta que me reciba de buena gana.

—¿Qué tal has dormido? —pregunto mimoso.

—Como un maldito tronco. —Y la veo sonreír—. Lo de anoche fue impresionante…

—¿Qué de todo?

—Todo —repone deprisa.

—Puedes ser sincera y decirme que soy un puto animal.

—Eres un puto animal —Me abraza—. Y me flipa.

Nuestros labios se encuentran sin buscarlo y su sabor vuelve a llenarme de energía. Seré un animal, pero la suavidad de su cuerpo es capaz de someterme a lo que ella quiera.

—Estoy como si me hubieran dado una paliza —se queja divertida.

—Es que te la di. Fue prácticamente una pelea y usé el placer como arma.

Ella sonríe contra mi pecho.

—¿Cumplí tus expectativas? —pregunto con miedo.

—Fue mejor de lo que esperaba…

Un calor comienza a extenderse por mi pecho. Me cuesta creerlo.

—¿Lo dices en serio?

—Sí. Fue como hacer realidad una fantasía que nunca pensé que se cumpliría.

—Eres una salvaje…

Volvemos a besarnos, y en ese momento se me pasa por la cabeza que está hecha para mí. Pero no es la primera vez, también lo pensé anoche cuando me la chupó en la ducha. Marzia la lamía como si fuera una jodida piruleta; ella nunca habría dejado que la agarrara del pelo y dirigiera sus movimientos a mi gusto. Quizá suene a broma, pero que Ari me permitiera hacerlo,

me hizo sentir querido. Es jodidamente perfecta. Al menos, para mí.

¿Cómo si no, de vuelta a la cama, nos besamos lo que me parecieron horas? Jamás lo había hecho con nadie. No procedía. Los besos siempre han sido un paso previo, no el final.

Por último, no pude evitar sumergirme en su cuerpo al estilo tradicional. Pensaba que mis días de practicar el misionero habían terminado con Marzia, pero Arizona me demostró que la postura tiene su encanto. Encajaba tan bien en su cuerpo, tan hondo, que me dio miedo pensar que todo aquello era solo un espejismo. Un paréntesis en nuestras vidas en un lugar remoto que apenas recordaríamos al volver a la rutina. Mi agobiante y triste rutina.

Por eso estaba trabajando, porque necesitaba atarla a mí en la vida real por medio de un contrato legal para ser su abogado.

Comienzo a darme un festín con sus pezones con tranquilidad. También me esmero en mimar, con suaves lametazos cálidos, su adictivo coño depilado. No me detengo hasta que suplica por mi polla, y me fundo con ella, tomándola desde atrás, colocando una mano en su cintura y la otra en su cuello, y ensartándola con firmes penetraciones.

Después dejo que se duche a solas; sé que necesita un descanso, pero no puedo dejar de pensar con agonía que es nuestro último día aquí y que mañana nos vamos.

Cuando sale de la ducha, la abordo.

—Échale un ojo a esto mientras me ducho yo. —Señalo el portátil—. Son poderes para ser tu abogado. Hay que apelar cuanto antes la sentencia de *Sin Límites*.

—Vale.

En cuanto salgo del baño me dice que ya lo ha firmado y me da las gracias con un beso increíblemente tierno. Me obligo a soltarla para irnos a desayunar u hoy no saldremos de la habitación.

Propongo sentarnos con Kyle y Madison en el bufet porque no quiero que nadie note mi obsesión por Arizona, especialmente ella, y ya todo el mundo sabe que Kyle es mi hermano.

—¿Qué tal habéis dormido? —pregunta bribón—. Reformulo: ¿habéis dormido algo?

Acto seguido, suelta una risita tonta. Será el héroe del momento, pero nunca dejará de ser Kyle.

—Sí, hemos dormido —responde Arizona—. Y muy bien, la verdad.

—Me alegro —dice Madison con picardía—. ¿Y qué planes de futuro tenéis juntos?

Comienzo a toser. No sé cómo lo hace, pero esa chica siempre provoca que me atragante. Arizona tampoco sabe dónde meterse.

—Todavía no hemos hablado de eso, Madison. De momento, fluiremos…

Pero yo sí lo he pensado, y la verdad es que…

—Por lo pronto, yo sigo casado —sentencio con dureza—. Y cualquier cosa que haga, pueden usarla en mi contra para quitarme la custodia de los niños. Tengo que solucionar muchas cosas antes de pensar en… nada más.

—Exacto —confirma Arizona—. Yo también tengo que solucionar mi vida antes de meterme en más problemas.

—¿Soy un problema? —Sonrío con guasa.

—Uno ENORME —Me saca la lengua.

—Estaremos en contacto —digo posando mi mano sobre la suya—. Quiero ayudarla a reabrir el caso de *Sin Límites.*

—¡Eso es genial! —exclama Kyle—. Tommy es el mejor en lo suyo. ¡Seguro que ganas!

—Al parecer es el mejor en muchas cosas… —musita mirándome sensual.

Me dan ganas de tirar de ella hacia mí y recompensarle el halago, pero en lugar de eso, le suelto la mano.

Debo mantener la calma. No estoy en una isla desierta, ahora mismo tenemos muchos ojos encima.

—¿Qué actividad creéis que tendrán planeada para hoy? —pregunta Madison—. Está muy nublado y amenaza lluvia.

Con tanta distracción ni me había fijado en el tiempo, ahora mismo yo vivo en un páramo soleado, y si llueve, lo único que me apetece es meterme en la cama con Arizona y no salir en todo el maldito día. No necesito nada más.

—No sé, pero, sea lo que sea, me lo tomaré con calma. La competición es historia, ya me han dicho que el puesto es mío.

Y ojalá, OJALÁ, nunca hubiera dicho eso…

Porque el karma siempre está ahí, acechando el mínimo descuido, para darte una lección que nunca olvidarás.

Nos comunican en el punto de encuentro que la actividad prevista para hoy era vóley-playa, no obstante, se ha cancelado por culpa de la meteorología.

—¡Pero todavía falta una actividad y puede ser determinante! —demanda Josh.

Evito poner los ojos en blanco.

—Podemos hacer unos puzzles… —propone el portavoz.

—¿Quieres que muramos de aburrimiento? —se queja Shirly—. ¡El vóley-playa sonaba más divertido!

—¿Y por qué no jugamos al vóley en el agua? —sugiere Arizona de pronto—. Podemos hacerlo en la piscina climatizada del hotel…

—¡Buena idea! —exclama Shirly contenta.

—A eso me apunto —secunda Peter.

—Bien pensado, señora Norton —la felicita Jack apreciativo, y a mí me lanza una mirada de «no la pierdas» que hace que se me ponga dura.

¿Cómo puede ser tan maravillosa?

Presiono su mano en agradecimiento y ella me sonríe de esa forma que me vuelve loco.

Mis dedos se entrelazan con los suyos con una caricia especial y me mira captando lo mucho que me gustaría que fueran nuestros cuerpos. Lo increíble es que no es una necesidad sexual, sino emocional.

Tengo la certeza de que si Arizona fuera la mujer de otro aquí presente me hubiera fijado en ella igualmente. Hubiera fulminado al cabrón afortunado al que le dedicara esa sonrisa chispeante y habría querido cortarle la mano a quien se la cogiera del mismo modo.

Durante mi vida había tenido que esforzarme mucho para conseguir cualquier cosa importante, pero ella había sido mi primer golpe de suerte. Lo único que había sentido fácil y correcto desde el principio. La única que me apreciaba por ser yo mismo. Y el sentimiento era mutuo.

—Haced equipos de cinco personas, pero esta vez, las parejas irán enfrentadas. Es decir, todo el mundo jugará en el equipo contrario al de su cónyuge —expone el portavoz.

—¡Empiezo yo! ¡Me pido a Kyle! —exclama mi mujercita.

Subo las cejas alucinado. ¡Será traidora!

—¡Yo elijo a Tom! —exclama Daisy proclamándose el líder del segundo equipo.

—Se va a cagar… —oigo que murmura Arizona hacia Kyle—. Elegimos a Josh.

—Nosotros a Peter —intervengo tomando el control. De pronto, retar a Arizona me resulta apasionante.

Ari y Kyle hablan en secreto.

—Los cónyuges de los elegidos ya podéis poneros en los equipos contrarios —recuerda el portavoz.

—¡Jo, qué rollo! —se queja Madison obedeciendo.

—Tranquila, cuñada, vamos a ganar —le digo.

—Tommy ya está en modo competitivo —se burla Kyle—. ¡Me encanta!

—Me gusta ganar. ¿Todavía no os ha quedado claro?

Jack sonríe ante mi chulería. Siempre le ha gustado mi actitud arrogante en los juicios. Me dijo que era como si me transformara en un alter ego, pero en realidad, era ahí donde podía ser realmente yo mismo.

—Eres contundente pero justo —me dijo una vez—. Eso me gusta de ti. Tienes madera de juez…

El día que me soltó esa frase la enterré en el fondo de mi alma como un imposible por el que no quería sentirme frustrado, pero algo dentro de mí estaba cambiando. Y tenía que ver con que alguien más a quien respetaba, aparte de Jack, apreciara mi verdadera forma de ser: Arizona.

—Ya estamos cinco contra cinco. ¡Que empiece el juego!

Quedamos en reunirnos en el área acuática quince minutos después.

—Nos da tiempo de hacer muchas cosas en quince minutos… —murmuro en el oído de Arizona mientras caminamos hacia allí.

—Lo siento, mientras dure el juego no puedo confraternizar con el enemigo —responde melosa.

—Todavía no ha empezado.

—Para mí sí. Tengo que concentrarme.

—¡Eres peor que yo! —me río.

—No lo dudes. Pero mi objetivo no es marcar puntos, sino arrear pelotazos en toda la cabeza a quien se lo merece. Te invito a hacer lo mismo, nunca tendrás otra oportunidad tan buena…

Su espíritu vengativo hace que mi entrepierna se endurezca.

¡¿Puede no gustarme algo de ella, por favor?! Me muero por verla en acción.

Puedo jurar que nunca me lo he pasado tan bien. Además de saber que en el fondo no me estoy jugando nada, hablo de mi plaza de socio, tener enfrente a Arizona con un biquini negro de textura de cuero con su mirada salvaje y acribillando a pelotazos a Daisy es más de lo que podría soñar. Súmale que *Joshi* también ha recibido lo suyo por mi parte. «Gracias por elegirlo, nena». Hasta cuando va contra mí, me favorece.

Al finalizar la actividad, nos quedamos un rato dentro de la piscina hablando, y ahora que ya no somos enemigos, no podemos evitar juntarnos y que me rodee la cintura con sus piernas.

—¿Ya puedes confraternizar? —la pico.

—Sí… —musita mimosa y empieza a besarme como si no tuviéramos público, pero lo tenemos. Me separo de ella y compruebo que muchos nos están mirando pensando lo mismo:

«Seis años casados, dos hijos, algo no cuadra…».

¿Nuestras miradas de deseo irrefrenable, por ejemplo?

—¿Por qué no aprovechamos para hacer el circuito de spa, ya que estamos mojados? —

propone Madison.

—Buena idea. Vamos —acepto.

«Cualquier cosa con tal de perder de vista a los demás y poder besar a Arizona tranquilamente». Pero el destino quiere que todos se sumen a nuestra expedición; no sé ni cómo me trago el gruñido.

Es un circuito termal de cuarenta y cinco minutos con diferentes escenarios y un orden establecido. La gente está encantada con las luces de neón, las piedrecitas y los chorros, pero yo solo busco posibles atajos y desvíos para escabullirnos del grupo. Ficho una zona de varias saunas secas y turcas que la gente pasa de largo, y cuando nadie mira, me encierro en una con Arizona.

La habitación está en penumbra, solo iluminada por unas luces minúsculas en el techo, como si fuera un universo alternativo. Es bonito y a la vez resulta íntimo. Y muy húmedo. El aroma a cítrico consigue un potente efecto revitalizante que genera una sensación de bienestar total. Una extraña música tántrica incita a olvidarte del resto del mundo.

—Ven aquí… —La acerco a mi boca sin esperar un segundo más.

El ambiente no pide rudeza, al revés, pero no puedo evitar aprisionarla entre mis brazos mientras me tomo mi tiempo para besarla con calma pero con contundencia.

Ella acaricia mi cara y termina enterrando las manos en mi pelo para que profundice todavía más en su boca.

Quiero perderme en ella para siempre, joder… La quiero abierta y entregada a mí, y ese sentimiento me hace impulsarla del culo para subirla a mi regazo y que me rodee con sus piernas.

Sin dejar de besarla, camino hacia atrás y me siento en el primer escalón de una grada existente.

Su asombrosa flexibilidad permite que nuestros sexos se rocen donde más nos gusta. Otra vez nos sobran los bañadores. Creo que mi cuerpo lleva demasiadas horas fuera del suyo.

—Podría entrar cualquiera… —digo preocupado.

Y que sonría rebelde, me mata.

A continuación, se baja los tirantes del bañador demostrando que le importa una carajo que nos pillen. Ella quiere lo que quiere y no se reprime ante nada. Está tan preciosa que mi sentido común flaquea estrepitosamente.

La visión de sus pechos desparramados a tan poca distancia de mi cara termina de nublarme el cerebro: hoy soy su esclavo y voy a cumplir sus deseos.

Mi boca cae en picado para absorber sus pezones y ella gime gustosa. No tarda en meter la mano en mi bañador y agarrar lo que necesita. Mis dedos se deslizan dentro del suyo para descubrir cuánto lo necesita. ¡Joder…!

—Tomo la píldora —jadea—. Soy una zorra impaciente…

Un segundo después, maniobra para que mi «gruesa y dura» obsesión por ella encaje en su golosa excitación. Gimo alto al experimentar un placer supremo por no estar usando condón. Estar dentro de ella acaba de ganarle el puesto a lo que sea lo mejor del mundo. No me importaría que se quedara a horcajadas sobre mí para siempre; lástima que la vida suceda fuera de esta maldita sauna.

Me cabalga de una forma tan sensual y especial que me incita a compartir mis sentimientos.

—Me vuelves tan loco… No quiero que esto termine, Ari.

Su respuesta es sonreírme y besarme agradecida. Hacía mucho que nadie me besaba con tanto aprecio. No sé si alguna vez alguien lo ha hecho.

—¿Tú quieres seguir viéndome cuando volvamos a Inglaterra? —pregunto directo. Necesito respuestas. Y las necesito ya. Porque me estoy enamorando a lo bestia.

—¿Lo dudas? —pregunta tan extrañada como encantada—. Creo que todavía no entiendes lo mucho que me gustas, Tommy Norton…

—¿Cuánto? —pregunto ladino.

Su lengua vuelve a estar dentro de mi boca para responderme sin palabras. Me queda bastante claro, pero quiero oírlo.

—Dime cuánto te gusto —susurro. Ella me mira arrobada.

—Tanto que, pase lo que pase, nunca olvidaré estos días…

—¿Pase lo que pase?

—Sí… Nunca he sido de relaciones largas, Tommy, soy más de vivir el momento. Y estar aquí juntos es algo que nadie podrá quitarme nunca… Somos momentos. Grandes momentos…

La aprieto contra mí, cerrando los ojos, y trato de capturar este instante con todas mis fuerzas. Quiero grabar esta sensación a fuego en mi alma, porque es lo más verdadero que he sentido nunca. Casi demasiado para ser cierto.

Esa premonición se cumple cuando, después de comer y de pasar la tarde en la piscina, haciéndonos arrumacos y quedándonos traspuestos a ratos en una de las camas balinesas, volvemos a la habitación de la mano con intención de ducharnos juntos para después ir a cenar.

Nunca sabes en qué momento exacto tu vida va a dar un vuelco de ciento ochenta grados que te va a hacer echar hasta la primera papilla…, y desde luego, a mí me pilla totalmente desprevenido.

Me pilla con un brazo sobre los hombros de Arizona y la guardia de vacaciones en el Caribe, por eso no soy capaz de reaccionar cuando veo a Marzia, la verdadera Marzia, delante de mí con una expresión lunática en la cara.

Game over, Tommy.

20
POSDATA: TE QUIERO



Ya he dicho que no soy de las que se quedan con los detalles, pero que una pelirroja nos corte el paso con cara de psicópata me da una pista de quién puede ser.

No me he molestado en «stalkear» a la mujer de Tommy, y ya no me hace falta. Sé que es ella antes de que abra la boca.

—¿Qué diablos crees que estás haciendo? —dice agresiva.

Tommy se queda petrificado.

—Marzia…

—¡Esto te va a costar caro, Tom! ¡Seguimos casados Y ME LA ESTÁS PEGANDO CON OTRA!

—Marzia, cálmate… —suplica él soltándome al momento e intentando que ella no llame la atención.

—¡No me toques! —chilla con todas sus fuerzas.

Capto al instante que es una histriónica de libro. Su exageración refuerza que es una manipuladora nata.

—Hace semanas que te mandé los papeles del divorcio, Marzia. Esto no te valdrá como prueba en los tribunales.

—¡No, pero que intentas engañar al bufete haciéndola pasar por mí, sí! ¡¿Pensabas que te saldrías con la tuya?!

La traición más cruda desgarra la cara de Tommy.

«¿Cómo ha podido saberlo?».

«¿Quién se ha dado cuenta y la ha avisado?». Casi puedo escuchar a su mente llegando a las mismas conclusiones que yo: ¡es un vuelo de nueve horas, tuvo que saberlo ayer!

—Me merezco ese puesto, Marzia… Lo sabes mejor que nadie —comienza Tommy más serio de lo habitual.

—Si me hubieras querido como Dios manda, ahora conservarías tu trabajo y a tus hijos, ¡pero te vas a quedar sin nada por…! —Me mira con desprecio—. ¡Por esta! Una copia barata de Shein, en vez de quedarte con la original.

Mis cejas suben hasta el límite de mi pelo. ¡¿Se ha metido con mi queridísimo Shein?!

Mis manos quieren ir hacia su cuello y apretar con fuerza, pero dejo que Tommy lo haga por mí.

—Marzia, por favor… Vamos a un sitio más privado para hablar —musita él, manso como un labrador. ¡¿Dónde leches está mi doberman?!

—¡No hay nada de qué hablar! ¡Está todo muy claro y quiero que se entere todo el mundo! —grita ella con fuerza.

La mala suerte quiere que en ese momento, los jefes y los rivales de Tommy aparezcan por el pasillo. Es hora de comer y hay mucho movimiento. No sé si Marzia sabe quiénes son, pero le basta con tener más público para exclamar:

—¡Este hombre ha venido a un viaje de negocios con su amante y le ha hecho creer a todo el mundo que es su mujer! ¡Pero su mujer soy yo y estaba esperándole en casa con los niños sin saber nada de él!

—¡Te llamé en cuanto llegué aquí! —se defiende Tommy exasperado—. Esto no es lo que parece… —dice mirando hacia sus jefes—. Nos estamos divorciando…

—¡No es cierto! ¡Seguimos muy casados!

—¿Dice la verdad, Tom? —pregunta Jack—. ¿Seguís casados?

—Sí… —admite derrotado—. Pero…

—¡Pero nada! —grita Marzia tenaz—. ¡Llevo semanas intentando hacer que cambies de opinión, y me dabas largas porque no te interesaba divorciarte hasta conseguir ese puesto de socio! Eso sí, mientras tanto, te beneficiabas a esta y ahora la traes aquí para engañar a todo el mundo. ¡Es imperdonable!

Quiero salir en su defensa, pero si hablo, va a ser peor.

Josh y Peter pasean sus ojos de Marzia a mí sin terminar de creérselo. Es verdad que tenemos un aire, complexión, altura, pelo… pero yo no tengo su mirada de zumbada psicótica. Ese tipo de personas se meten tanto en el papel de víctimas que llegan a creérselo. *The Oscar is for....*

—Todo esto tiene una explicación razonable… —dice Tommy al borde del colapso al ver que todo el mundo está llegando a conclusiones fatales.

No puede darme más pena ahora mismo. ¡Es tan injusto!

—Lo que está claro es que has intentado engañarnos, hijo —dice Jack decepcionado.

Tommy traga saliva amedrentado.

—¡Ustedes me han obligado! —salta dejando atrás su contención—. ¡Mi vida sentimental no tendría que ser evaluada para optar a méritos que he conseguido en los juzgados desde hace mucho tiempo!

—No se valora eso, chico —replica Mark desabrido—, sino que podamos confiar en ti, y no has pasado la prueba. Vayámonos, señores… —les dice a los otros jefes—. Creo que hablo en nombre de todos cuando digo que no te molestes en venir a trabajar el lunes…

La corte de la jefatura se marcha y las mujeres de los rivales arrastran a sus maridos para que no le den la estocada final al pobre Tommy, pero la sonrisa pérfida de Josh y que Peter susurre burlón que es un *puto fucker* causan el mismo efecto.

Esto ha sido un linchamiento muy inmerecido.

—Nos vemos en los tribunales por la custodia de los niños. Hasta ese momento estarán conmigo. Soy su madre —dice Marzia tajante y pone rumbo a la salida.

—¡Marzia, espera! —grita Tommy persiguiéndola.

¡¿Por qué cuándo pasa algo nadie se queda nunca conmigo?! Soy el último mono siempre…

Veo que Daisy bloquea a Tommy para decirle algo.

—Puede que sea socia antes de lo previsto después de todo…

—¿¡Has sido tú?! —exclama él alucinado.

—Tu error ha sido subestimarme, Tommy. ¿Enamorado de tu mujer? No existe un hombre así…

Tommy la empuja con su cuerpo y sale disparado en busca de Marzia.

Daisy me mira con una sonrisa arrogante.

—En este mundo, o pisas o te pisan, querida —se despide tranquilamente y se dirige al comedor.

¡¿Cómo puede tener la sangre fría de irse a comer con la que ha liado?! Yo estoy a punto de vomitar.

Subo a la habitación y rezo para que Tommy aparezca pronto. Esto es muy grave.

Sé que si ha salido tras ella es por los niños y porque él sabe de lo que es capaz. A mí me ha dado bastante miedo, la colega.

Aviso a Madison y a Kyle porque seguramente no se hayan enterado de nada, se han quedado unos minutos más en la piscina. Pero no tardan en plantarse en mi habitación.

—Esa tía es escoria —sentencia Kyle iracundo.

—¿Quién, Daisy o Marzia?

—¡Las dos! Pero me refería a Marzia. Las veces que la he visto me ha dado muy malas vibras, es la típica persona tóxica que encima se cree la leche, que juzga y humilla, egoísta, malcriada, mala madre… ¡JODER!

—Cálmate, cariño —lo consuela Madison apenada.

—¿Cómo pudo Tommy casarse con ella? —digo en voz alta—. Es un tío listo, joder…

—Tommy tiene el listón muy alto para aguantar toxicidades desde que era muy joven —explica Kyle—. La mayoría de la gente aquí es asquerosa, ¿no te has dado cuenta?

—Claro que me he dado cuenta…

—Marzia estaba muy bien posicionada. Su padre es un famoso juez al que Tommy admira mucho y supongo que tragó con todo para trepar a lo más alto. Mi hermano decía que nada se consigue sin sacrificio…

—Hasta que se dio cuenta de que estaba sacrificando también a sus hijos… —dilucido pensativa.

—Y a sus hermanos —remata Kyle afligido. Madison le frota la espalda.

—¡Tenemos que ayudarle! —clamo indignada.

—Yo esperaría… —opina Kyle—. Si intervenimos, igual le hacemos un flaco favor.

—¡Estás madurando, cariño! —exclama Madison sorprendida.

—Tres días con mi hermano y me llena de juicio… Si hubiera tenido más contacto con él en los últimos diez años, ahora mismo podría ser Primer Ministro...

Intento sonreír, pero no puedo. La incertidumbre me está matando y sigo sufriendo por él. Menudo panorama…

Una hora después, casi obligo a Kyle y a Madison a que se vayan a comer antes de que cierre el comedor.

—Ven con nosotros —ruega Madison—. No quiero dejarte aquí sola.

— Yo voy a esperar a Tommy —expongo. Y las ganas de llorar me invaden cuando ambos me miran con pena. Nadie sabe lo que será de nosotros. O puede que lo sepan perfectamente…

—Marchaos —les animo.

Doy gracias a que obedezcan sin rechistar mucho más.

Otra hora después, escucho el sonido que llevo esperando lo que parece toda una vida, el del tarjetero al activarse.

La puerta se abre y la imagen que veo me deja tiesa.

¡Es Marzia!

Me ve encima de la cama en la posición de loto, y después de una mirada corta, me ignora.

No sé qué decir ni qué hacer. ¿Tommy le ha dado la tarjeta? ¿Se lo ha cargado y ahora viene a matarme a mí? ¿Ha conseguido la llave en recepción diciendo que es la señora Norton? Estoy en blanco.

Veo que coge la maleta de Tommy y la deposita encima de la cama sin decir palabra. No tarda en empezar a llenarla con su ropa. ¡Esto es lo más surrealista que he vivido!

—¿Dónde está Tommy? —me atrevo a preguntar.

—Abajo. Esperándome. Nos vamos en el vuelo de las seis.

Boqueo alucinada. *WHAT*?! ¿Se va con ella? ¿No va a despedirse de mí?

La aflicción que refleja mi cara la invita a hablar.

—Si no quieres destruir su vida, aléjate de él. Es mío y no voy a dejar que te lo quedes. Somos una familia. Mañana por la noche estará haciéndome el amor a mí, por la cuenta que le trae, así que no te tortures y olvídate de él. Hay muchos ricos a los que echarle el guante.

La bilis me sube por la garganta. No puedo ni moverme. Algo me dice que si lo hago, su cuerpo terminará precipitándose por el balcón de la habitación.

Me parece increíble que siga tranquilamente doblando su ropa después de decir algo así. ¡Es una jodida psicópata!

Cuando acaba, va al cuarto de baño a por su neceser y bajo de la cama por puro instinto, no vaya a ser que quiera atacarme con la escobilla del baño. ¡Puaj!

Vuelve con calma y cierra la maleta para llevársela.

Justo antes de salir por la puerta, se gira hacia mí y dice:

—Si cometes el error de decir algo en algún medio o intentas ponerte en contacto con él, me encargaré personalmente de destruirte. Lo sé todo sobre ti y mi poder es ilimitado; Tommy lo sabe y te dejará en paz; tú sé lista y no me pongas a prueba. Hasta nunca, Arizona.

Tras su portazo, las rodillas me tiemblan tanto que tengo que sentarme en la cama.

¡¿Pero qué coño ha sido eso…?!

Intento calmarme y pensar con claridad, pero soy incapaz. ¡Para mí esto es un secuestro en toda regla! Porque se va con ella contra su voluntad.

Pienso en llamar a Tommy aprovechando que Marzia acaba de marcharse y tendremos al menos un minuto para hablar. Es arriesgado, pero después podrá borrar la llamada.

Cuando cojo el móvil, suena en mi mano y veo que es un mensaje de… ¡TOMMY!

Lo leo con los nervios a flor de piel. No es corto. Es decir, que lo tenía planeado. ¡Ha pensado lo mismo que yo! Aprovechar el tiempo en el que ella va de la habitación a recepción.

Tom.N:

Siento mucho todo lo que ha pasado…

Siento no haber podido defenderte cuando te ha insultado.

Siento lo que te haya podido decir cuando ha subido a la habitación… No sabes cuánto… Me pone enfermo que hayas tenido que soportarlo, pero ahora mismo, no tengo escapatoria, Arizona.

Si no hago todo lo que Marzia me pide, ha jurado que no volveré a ver a mis hijos. Y la creo,

joder… Si me enfrento a ella ahora, cuando llegue a Manchester, los niños ya no estarán en el país…

Te pido que me des tiempo para resolver esto a mi manera. Necesito que confíes en mí más que nunca, Ari. No hagas NADA, te lo ruego. Marzia es peligrosa.

Y por favor, no te tortures preocupándote por mí. Sobreviviré, como siempre he hecho. Lo aguantaré pensando que algún día seré libre para volver a tus brazos.

Te quiero, Arizona. Sé que suena loco porque apenas nos conocemos, pero la verdadera locura sería no quererte a las pocas horas de conocerte.

Te ruego que tengas paciencia.

Borra este mensaje nada más leerlo y no contestes nada. Seguro que me mira el móvil al llegar junto a mí.

Si algo sale mal… Gracias por cambiarme la vida.

Rompo a llorar en el acto. Por él. Por mí. Por sufrir la peor de las injusticias: no ser libre para hacer, ser o sentir lo que te dé la gana.

No soporto el maltrato de ningún tipo, y si se lo hacen a alguien a quien quiero, se me llevan los demonios. Y esto es maltrato. Psicológico por chantajearle con amenazas y físico cuando lo extorsione para que se acueste con ella.

Me llevo las manos a la cara e intento asimilarlo.

¿Cómo podemos permitir que sucedan cosas así? Pero sé que la realidad siempre supera la ficción, y que cada segundo que pasa, se cometen atrocidades en el mundo y nadie hace nada por impedirlo.

Escribo a Madison y a Kyle y les informo de todo. Hasta les mando una captura del mensaje de Tommy justo antes de borrarlo.

Diez minutos después, aporrean la puerta de la habitación y me encuentran con la cara demacrada.

—He corrido hasta recepción, pero ya no estaban —dice Kyle abatido.

—Y casi mejor —opina Madison preocupada—. Porque se la habría comido viva por ser tan zorra.

Mi cara se desfigura y Madison me abraza sentida.

—Tranquila… Piensa que soy Nataly y desahógate…

La agarro con fuerza y sollozo contra su hombro.

—Menos mal que estáis aquí, chicos…

Me entra un llanto histérico y oigo maldecir a Kyle por lo bajo. Da vueltas por la habitación como un tigre enjaulado y vuelve junto a nosotras para ponerme una mano en la espalda.

—No te preocupes, esto no va a quedar así. Confía en Tommy…

—Me siento inútil y no sé cómo ayudarle…

—Yo tampoco. —Kyle se abraza a nosotras—. Confío en que él sepa lo que tiene que hacer. Es muy listo y ha cambiado… Creo que si nos necesita, nos lo dirá. El otro día, cuando apareció en nuestra habitación, mencionó esas mimas palabras: «Hermano, te necesito». Él sabe que nos tiene… ¿verdad?

Madison lo consuela también a él. Es buena capeando temporales.

No sé de dónde saca un tranquilizante ni a cambio de qué, pero me lo trago para poder dormir el tiempo que nos queda en Barbados. El efecto me dura bastante porque toda la mañana siguiente y el vuelo me parecen un mal sueño.

Una vez en Londres, intento ubicarme, pero me cuesta mucho. Es como si yo fuera otra persona y este otro lugar.

¿Cómo coño ha podido irse todo a la mierda tan rápido?

Andrew y Nataly nos invitan a cenar a su casa para contarles todo lo sucedido con detenimiento.

Sé que Tommy me ha pedido que no haga NADA, pero no puedo quedarme de brazos cruzados sabiendo que está solo, luchando por salir del infierno. Sus palabras, lejos de asustarme, me han llegado al alma, y en estos momentos, ni me planteo un final con él. Creo que le quiero…

¿Hasta cuándo? No lo sé.

Solo sé que por ahora no voy a rendirme con él.

21
CUESTIÓN DE TIEMPO



Los remordimientos me están matando.

Y no son por el lío en el que me he metido en general.

Tampoco por lo que Arizona habrá pensado de mí por irme de Barbados con Marzia, como un perrito faldero. La conozco un poco y creo que entiende que me enfrento a una serpiente marina prehistórica. Los remordimientos son porque… fue aparecer Marzia y no volví a mirar a la cara a Arizona ni una sola vez. Me fui sin que pudiera ver en mis ojos la verdad. No sé cómo le impactó a ella toda la secuencia y me siento fatal por ello.

Sé que vio el mensaje porque me salieron los tics azules, pero no he dejado de pensar en cómo se sentiría después. O esa misma noche, en esa habitación vacía. Pero si estaba una décima parte tan hundida como yo, lo pasaría muy mal.

Mantuve silencio mientras Marzia soltaba un montón de excusas para justificar su comportamiento de loca para arriba en el hotel, alegando que yo mismo me lo había buscado por «fallarle».

Hasta que no estuvimos en el aire, no abrí la boca.

—¿Qué quieres de mí, Marzia? ¿Pretendes fingir que no ha pasado nada y volver a ser una familia «feliz»? Cómo puedes ser tan cínica…

—¡Pretendo arreglar lo que tú has estropeado! Esa cualquiera me da igual. Ya te dije que no me importa con quién quieras desfogarte del estrés de la vida moderna, pero somos una familia y debes respetar nuestro vínculo. ¡Tenemos hijos, Tom!

—¿Por quién te crees que estoy haciendo todo esto? —dije severo.

—¡Lo que estás haciendo es dejarles sin padre!

—No me escuchas, Marzia, no quisiste escucharme cuando todavía estábamos a tiempo de ponerle remedio. ¡Quedarme contigo es condenarlos a una vida que no quiero para ellos!

—¡Si tienen la mejor vida del mundo! ¡Todos los caprichos y atenciones posibles!

—¡Por eso mismo! Los niños necesitan límites. Y te las has apañado para que yo no pueda enseñárselos. ¿Lo vas a hacer tú? Porque ya ha quedado claro que no tienes ninguno presentándote aquí. ¡Has destrozado mi carrera sin parpadear!

—¡Yo te di esa carrera! ¡Es mía! Y ya no te la merecías.

Abrí los ojos dándome cuenta de hasta qué punto estaba mal de la cabeza. Lo había pasado por alto durante demasiado tiempo, igual que se le pasó a su padre, dejándola en manos de su madre, que también era una mala pécora de categoría. Yo no iba a cometer el mismo error con mis hijos. Hace décadas, divorciarse estaba peor visto, ahora es el pan de cada día.

—Solo te pido que lo intentes, Tommy… —dijo suplicante, cambiando de registro—. Nos merecemos al menos eso. Podemos hacer cambios si quieres ver más a los niños, pero no tires una vida perfecta por la borda…

¡¿Perfecta?! Me mordí el carrillo. ¿Se refería a nuestra vajilla o a la tapicería de los sofás? Porque no creo que estuviera pensando en largas tardes de domingo, relajándonos juntos, masajeándonos los pies y hablando de todo un poco, como a mí me gustaría. ¡Ese nosotros no existía!

Me callé porque quería llegar a casa y abrazar a los niños sin que nos oyeran discutir.

Al verlos, me arrodillé ante ellos, aunque estuviera medio muerto, y lo primero que hicieron fue preguntar si les había traído algún regalo.

—No, campeón, no he tenido tiempo de comprar nada, pero me alegro mucho de veros.

—Oh… —lamentó Colin, repudiando mis brazos y perdiendo el interés en mí. Me tragué el dolor y guardé la esperanza de ganármelo algún día y enseñarle lo bonito que es echar de menos a alguien. ¿Cómo iban a hacerlo si la tónica era no verme casi nunca?

—¿Dónde has estado, papá? —me preguntó Arthur con una vocecilla triste. Y capté que, siendo más mayor, seguro que había escuchado a su madre echando pestes de mí por teléfono con alguien. Que si estaba con otra, que si era un egoísta, un degenerado y vete a saber qué más cosas…

—He tenido que ir con los compañeros del despacho a hacer un trabajo, pero ya estoy aquí.

La explicación no pareció mejorar mi imagen, pero estaba más convencido que nunca de cambiar esa expresión en sus ojos al mirarme. Quería que me conociera y que supiera que sabía hacer más cosas aparte de trabajar y comprarle regalos.

Intenté estar con ellos el resto de la tarde, primero para esquivar a Marzia, y también para no pensar en Arizona.

Cuando los niños se fueron a la cama, alegué que estaba muy cansado y que mañana hablaríamos. Marzia no puso pegas a que durmiera en una de las habitaciones de invitados. Llevábamos más de un mes sin dormir en la misma casa y los niños no se habían dado ni cuenta porque nuestros horarios no coincidían.

Hoy me he levantado temprano para buscar pruebas sobre Philip Grisham en el ordenador de mi despacho, no pienso dejar tirada a Arizona con eso. Pero Marzia me ha interrumpido cuando se ha despertado y luego he intentado estar con los niños, jugando en el jardín. Digo «intentado» porque ahora mismo soy como una jodida alma en pena y me cuesta hasta respirar.

Ha sido un día tranquilo en el que Marzia ha fingido ser normal y estar satisfecha con la caza, pero presentía que tarde o temprano, explotaría la bomba.

Los niños se han quedado dormidos viendo una película en el sofá y Marzia me ha puesto un pie descalzo encima.

—¿Ves como puede funcionar?

—Llevamos aquí un día y ha sido domingo. Esto no es una prueba de nada.

—Es un principio —se obceca ella—. Y lo sería aún más si esta noche durmieras en nuestra cama.

—No estoy listo para eso… —mascullo.

—¿Por qué? ¿Te has hinchado a follar en Barbados?

Compruebo que los niños estén dormidos y resoplo.

—No es eso…

«Es que te odio y me das miedo, joder».

Llevo toda la tarde echando currículos en diferentes despachos de abogados. Mientras no tenga trabajo, ella puede quitarme a los niños en cualquier momento. Ahora mismo es lo primordial.

—Todos tenemos que hacer un esfuerzo, Tommy, y tú también. No me gusta pensar que la última mujer con la que has estado sea ella, ¡debería ser yo! Restablecer el sistema, resetear…

—¿Crees que soy un puto ordenador? —digo enfadado.

—Creo que eres un hombre, y que ahora mismo, su recuerdo no te deja pensar con claridad. Nuestra vida sexual siempre ha sido buena.

Sostengo un bufido de milagro. Marzia nunca ha sabido lo que es ser follada de verdad. Una vez lo intenté y me paró los pies enseguida. En la luna de miel, quise jugar a las fantasías, y tampoco me dejó. Con ella debía ser suave, lento y no dormirme en los laureles para correrme rápido o se cansaba al poco tiempo. Es decir, una jodida pesadilla. Y como no podía tener el tipo de sexo que quería, pasó a ser algo secundario en mi vida. Sin embargo, estos últimos días ha sido una jodida obsesión para mí.

—No te pido que nos acostemos hoy, solo que duermas conmigo… Por favor.

Tengo que ceder porque mañana es lunes y la vida volverá a la normalidad. Solo entonces podré empezar a cobrarme favores y a estudiar mis posibilidades reales de obtener la custodia compartida.

Me meto en la cama antes que ella e intento dormirme. Mi cuerpo está exhausto de tanto sufrimiento interno, pero mi mente no me deja descansar.

Cuando noto que se hunde el colchón a mi lado, aguanto la respiración.

—¿Puedes darte la vuelta, por favor?

Hago lo que me pide, pero me mantengo distante.

—Tommy, yo te quiero… Siempre te he querido. Nunca me importó que fueras un muerto de hambre. —Aprieto la mandíbula. ¿Nunca dejará de recordármelo?—. Confié en ti y construimos una vida juntos. ¡La gente nos envidia! Solo quiero que valores todo lo que has conseguido gracias a mí. Le pediremos a mi padre que te meta en otro despacho importante.

—¿Y qué motivo vas a darle para explicarle por qué me han despedido del mío?

—Le diré la verdad, que tu amante te nubló el juicio y te pillaron haciéndola pasar por mí para conseguir ese puesto. Pero lo entenderá, igual que lo hago yo. ¡Son fases de cualquier hombre cuando alcanza cierto prestigio!

Respiro hondo para decir lo siguiente:

—Nunca he tenido una amante, Marzia. Arizona era una amiga a la que le pedí el favor de sustituirte de cara a la elección del puesto. ¡Solo se lo pedí porque se parecía a ti! La chispa entre nosotros surgió durante el viaje…

—Pues esa chispa tiene que apagarse, Tommy.

—¡¿Has oído lo que he dicho?! ¡No he estado con nadie más!

—Me da igual. Daisy me dijo que le dijiste que estabas enamorado.

«¡La madre que las parió a las dos…!».

—Porque no sabía cómo quitármela de encima.

—Si de verdad no sientes nada por Arizona, bastará con un beso mío para quitártela de la cabeza —dice acercándose a mí.

Antes de que pueda negarme, coloca sus manos en mi pecho y me mira suplicante.

—Haz un esfuerzo, Tommy, por los niños. No lo eches todo a perder. Solo te estoy pidiendo un beso. Soy tu mujer…

Y con esas palabras junta sus labios con los míos con suavidad.

No puedo explicar lo que siento. Está tan mal que no tengo ni palabras.

Me concentro en que esa horrible sensación desaparezca. ¡Es Marzia! ¡La he besado mil veces! Pero algo en mi interior me dice que no lo haga nunca más.

Ella posa su mano en mi pantalón de pijama y la restriega con lascivia.

—Marzia, no… Por favor… —Me aparto.

—Tom, te echo de menos —dice mimosa sin separarse de mí—. Yo no he estado con nadie y sigues siendo mi marido… Por favor, te deseo… —Vuelve a la carga, esta vez llevando mi mano hacia su pecho. La textura de su pijama es muy suave, pero soy incapaz de seguir adelante.

Me incorporo y me quedo sentado en la cama, de espaldas.

—Te digo que es pronto —murmuro—. Has dicho que solo sería dormir. Después, que solo un beso. Deja de forzarme, Marzia…

—Maldito hijo de puta… —musita iracunda.

Y ahí está… el monstruo de las profundidades ha vuelto.

—¡¿Te has enamorado de ella, imbécil?!

Me levanto de un salto.

—¡No sé cómo decirte esto para que lo entiendas, joder…, pero lo que siento por Arizona no tiene nada que ver contigo! Lo nuestro terminó el día que, en vez de escuchar mis motivos para desenamorarme de ti, empezaste a inventarte cosas que no eran ciertas.

—¡Yo pensaba que lo eran!

—No, cariño… Le dijiste a todo el mundo que me habías echado de casa, cuando fui yo el que se fue, y luego hiciste una fiesta sorpresa para regalarme «volver». ¿Te das cuenta de lo enfermizo que es eso? Por ese motivo, y no por Arizona, ya no puede funcionar. Pero eres la madre de mis hijos y solo intento llegar a un acuerdo diplomático por su bien y el de todos.

Su cara promete que esta noche morirá alguien.

—¡¿Crees que puedes despreciarme así?! ¡¿Sabes quién soy?!

—¡No, Marzia, ¿quién eres?! ¡Dímelo!

—¡¡Soy la que te ha dado todo lo que tienes!!

—¡Todo lo que tengo lo he conseguido yo solito! ¡Tú no has ido a trabajar por mí! Puede que tu padre me enchufara y a él le deba ciertas conexiones, ¡pero el resto me lo he ganado a pulso!

—¿Cómo puedes ser tan iluso, Tommy? Follarme fue tu pasaporte a la gloria, y como ahora ya no me necesitas, me dejas. Pero no creas que te vas a ir de rositas, ¡voy a quitártelo todo! ¡Incluidos a tus hijos!

—¡Si haces eso, le contaré a todo el mundo la verdad y me creerán, porque quien me conoce, me respeta, Marzia!

—¡Dejarán de respetarte cuando te vean saliendo con esa cualquiera! ¡Y entonces volverás corriendo a mí y te mandaré a la mierda!

—Marzia, no quiero pelearme contigo… —digo cansado—. No nos empujes a un divorcio terrible. Seamos civilizados, por favor. Piensa en el bien de los niños…

—¡Lo mejor para los niños es estar con su madre! ¡Y cualquier tribunal me dará la razón!

—Olvidas que soy abogado.

—¡Y tú olvidas quién es mi padre! Conoce a todos los jueces del Estado. ¡No tienes ninguna posibilidad!

Ese sablazo escuece como ninguno. Lo de esperar un juicio justo cuando los implicados tienen esa clase de contactos es muy poco probable.

—Estás sin trabajo, Tommy, y mi padre se encargará de que no te cojan en ninguna firma de Manchester. ¡Tendrás que irte de la ciudad y los niños se quedarán conmigo!

—¡¿Y la solución es follarte aquí y ahora?! ¡¿Pero te estás oyendo?! ¡¿Cómo pretendes que se me levante después de decirme eso?! ¡¿O de amenazarme con que te llevarás a los niños y no los veré nunca más?! ¡JODER, MARZIA! ¡Eres la última mujer a la que me tiraría ahora mismo! ¡Antes prefiero morirme!

—No te preocupes, Tom, mañana desearás estar muerto… —Se va muy digna—. Ahora vete de mi casa.

—Esta sigue siendo mi casa y no voy a perder de vista a los niños para que, en un descuido, te los lleves a Helsinki. ¡Eres capaz de esconderlos, acusarme de haberlos matado, y que encuentren restos de ADN en el jardín!

—Muy bien, cariño. No me dejas otra opción. Atente a las consecuencias…

Marzia se va de la habitación y el miedo invade mi cuerpo con virulencia. Me siento enfermo. Por mi mente cruza hasta la posibilidad de que se dirija a la cocina a por un cuchillo para atentar contra ellos. No es broma. Está totalmente fuera de control. Solo quiere hacerme daño, y eso sería lo que más me dolería.

Me levanto de la cama y la busco sin descanso.

Efectivamente, está en la cocina, muy cerca de los cuchillos. Si quiere cargarse a alguien, mejor que sea a mí.

—Marzia…

—No me hables.

—No hagas nada de lo que puedas arrepentirte —la aviso—. Podemos superar esto.

—No veo cómo…

—La mitad de nuestros amigos acabarán divorciándose y lo sabes. Lo importante es ser felices y así no lo somos ninguno de los dos. Podemos darles lo mejor del mundo a nuestros hijos estando separados…

—Tú estarás muy feliz con esa fotocopia mía, pero yo no. ¡Es humillante…! En estos momentos solo quiero que sufras, Tommy…

—Vale. Pues no volveré a ver a Arizona. Se acabó. ¿Quieres que viva amargado? Lo soportaré.

—¿Crees que soy tonta? No te creo ni una palabra. ¡Te las ingeniarás para prometerle un futuro!

—No. Le escribiré un mensaje ahora mismo y no querrá verme nunca más, te lo garantizo. ¿Te vale? ¿Eso te calmaría?

—Sería lo más justo.

Me muerdo la lengua para no cagarla más.

—Bien. Allá voy.

22
LO QUE EL VIENTO SE LLEVÓ



He tenido muchísima paciencia. Más de la que esperaba.

He aguantado casi 48h sin aporrear la puerta de Kyle y Madison en busca de ayuda. Son los que han vivido el conflicto conmigo y siento que me entenderán mejor.

Pero Kyle enseguida quiere poner al corriente a Andrew y a Nataly. Yo era reacia, porque Nat está de casi siete meses y a quince días de casarse, y no quiero estresarla ni que vea lo mal que lo estoy pasando.

—¿Cuál es el problema? —pregunta Drew nada más llegar.

—Pues… el problema es que le di poderes a Tommy para que interpusiera una apelación del caso contra Grisham, y en Barbados me llegó una notificación de que la programaban para dentro de diez días hábiles. Todavía quedan siete, pero anoche se puso en contacto conmigo…

—¿Te llamó?

—No. Me mandó un mensaje. En él… rompía lo nuestro. Sea lo que sea esto… Pero para siempre… Me puso que no quería volver a verme más...

Consigo decirlo antes de que mi boca se inunde de una sustancia alcalina que me revuelve el estómago.

Que los Norton se miren entre ellos sin decir nada hace que una desbrozadora imaginaria empiece a destruir mi estómago. ¿Esto es lo que se siente cuando te dejan?

Ahora mismo me considero la peor persona de la Tierra... Yo he dejado a muchos chicos con la misma frialdad. ¿En qué leches estaba pensando?

—¿Vosotros sabéis algo de él? —pregunto cohibida.

—No… —responde Drew—. Le pregunté si estaba vivo y buscando una solución, pero no me ha contestado.

—A mí tampoco me coge el teléfono —expone Kyle cabizbajo—. Drew y él mantienen una relación tabú, pero conmigo ya se había soltado. Además, yo sé la verdad…

—¿Qué verdad? —pregunta Nataly.

—Que Tommy está enamorado de Arizona. Así que no me cuadra nada que te haya puesto eso... —dice mirándome con fijeza—. Quizá haya sido Marzia desde su móvil.

Drew y Nataly me observan preocupados y trago saliva.

—Escribe a Tommy ahora —le ordena Andrew a Kyle—. Dile que la vista de Arizona es en una semana, a ver qué te dice.

—Voy.

Conozco un poco a Drew y sé que no me está contando todo lo que sabe, porque está demasiado serio. Tommy debió decirle algo ayer, como que la situación en Manchester estaba bastante jodida.

Cenamos en una tranquilidad taciturna e intento hablar de temas bonitos como la llegada del bebé o la boda, pero ahora son Nat y Drew los reacios a hacer gala de su felicidad delante de una desgraciada como yo.

En los postres, el móvil de Kyle suena y le cambia la cara al consultarlo.

—¡Tommy me ha mandado un audio! —informa, y todos aguantamos la respiración. O puede que solo sea yo, porque lo que diga ese audio puede romperme como nunca antes.

—Quizá sea mejor que lo escuches tú primero —aconseja Drew preocupado.

—A la mierda —Kyle le da al botón y su hermano pone los ojos en blanco.

Tom.N:

"Kyle… no he olvidado el pleito de Arizona. Pero tengo un gran problema y no voy a poder ir. Iba a escribiros mañana para daros indicaciones. Decidle a Arizona que se busque otro abogado, y cuando lo tenga, le haré llegar las pruebas que he recopilado para demostrar la inocencia de *Sin Límites*. Todo lo que tiene que hacer es exponerlas en el juicio."

Bajo la cabeza y cierro los ojos. No ha soltado ni un «dile que lo siento». Mi corazón se descompone lentamente.

Pero no tardo en oír:

—¡¿Cómo que no vas a venir?! ¡Tienes que hacerlo! ¡Sin ti no será lo mismo y lo sabes! ¡Arizona te necesita! ¡¿Lo de dejar tirada a la gente, todavía no lo has aprendido, Tommy?!

Levanto la cabeza con los ojos encharcados y le hago gestos negando con la cabeza. Kyle me ignora y Drew se lleva una mano a la frente.

—¡¿Cómo se te ocurre decirle eso?! —lo abronca enfadado.

—Le he dicho lo que tenía que oír. Y por cierto, está haciendo otro audio ahora. —Nos enseña la pantalla.

La tensión domina mi cuerpo. Esto es lo último que quería, que el tema salpicara a los hermanos. Era mi mayor miedo desde el principio.

—Allá va —avisa Kyle accionándolo de nuevo.

Tom.N:

"Me es imposible ir, hermano.

Tuve una discusión brutal con Marzia hace unos días, pero BRUTAL…, y la única forma que tuve para convencerla de que no me hundiera la puta vida fue acordar que no volvería a ver a Arizona ni a tener contacto con ella nunca más.

Eso es lo mejor para todos, incluida ella. Y tampoco podré ir a la boda de Andrew. No le digas nada por ahora, me inventaré algo en el último momento. Tú cúbreme, joder. Lo de la custodia de los niños va para largo. Pasarán meses hasta que sea libre y no tiene sentido seguir con nada. Ahora mismo soy un puto fantasma...

Cuida de Madison, ya nos veremos."

—Yo me lo cargo —farfulla Drew—. ¡¿Se piensa que no me lo vas a contar?! ¡¿Qué diablos pasó en Barbados para que tú ahora seas su jodido confidente?!

—Pasaron muchas cosas en poco tiempo… —explica Madison—. ¿Habéis oído lo último? «Cuida de Madison» —dice ilusionada—. ¡No está todo perdido! Eso demuestra que no es un fantasma, sigue ahí.

—Lo que he oído es que ha renunciado a volver a ver a Arizona —dice Nataly enfatizando la información nefasta para que Madison se centre en mí.

—Ah… sí. Perdón… ¡Es idiota! ¡¿Cómo se le ocurre?!

—Es comprensible —opino apenas sin aire en los pulmones. Todos me miran—. Si ha decidido eso es porque no verá otra salida…

—¡Siempre hay otra salida! —exclama Nataly sulfurada.

—No puedo darle a elegir entre sus hijos y yo. La elección está muy clara. Yo haría lo mismo que él… Confiemos en que mande las pruebas para el caso y sean suficientes.

Me levanto de la mesa y voy al baño porque no quiero que me vean llorar. Y no voy a poder controlarlo.

Yo… fuera de puto control por amor… ¿Qué coño me está pasando?

Nunca había estado en esta situación. Me han dejado. Ha cortado él. Ha renunciado a mí…

Jamás imaginé lo que sentiría uno estando a este lado del ring. No sabía que pudiera ser tan doloroso, y menos, entendiendo perfectamente el motivo. Pero sigue doliendo.

¿Cómo puede ser tan grande el sentimiento de pérdida?

«Por favor, ¡que han sido cinco días, Arizona!», me enfado conmigo misma.

«¡Espabila, joder», me riño, pero no logro disipar el dolor.

Esto es una señal. Una señal de que hice bien cuando decidí renunciar a más flechas del jodido Cupido.

Me gustaba pensar que el amor lo puede todo, que es la fuerza más imbatible del universo, pero la realidad es que esa energía sí puede destruirse. Lo sé de primera mano. Tendría un par de cosas que discutirle a Einstein…

Dicen que un corazón roto no es perder a alguien, sino aceptar que vaya a ser feliz sin ti. Y yo quiero que Tommy lo sea, aunque me duela el pecho cada vez que respiro. Es momento de priorizar y él tiene dos hijos, nada más que añadir... Tengo que seguir con mi vida.

Aun así, confío en que su lado profesional cumpla y el juicio salga bien, pero, a veces, confiamos demasiado en los demás…

El día de la apelación, mi abogado se encoge de hombros y me comunica que él no ha recibido nada ni por medio físico ni por email. La humillación cuando el juez nos pregunta para qué cojones hemos apelado, termina de hundirme. Me siento en el banquillo, anonadada, y me dejo morir lentamente. Se acabó…

¿Creía que la vida sería así de sencilla?

¿Que conocería a un tío increíble, con el que tendría una conexión brutal a todos los niveles y que solucionaría todos mis problemas por arte de magia?

Nunca me he sentido más estúpida…

Antes de conocer a Tommy tenía muy claro que yo sola me bastaba, pero el amor nos hace descuidados, nos vuelve estúpidos y nos provoca que perdamos litigios por segunda vez para añadir otras diez mil libras a la suma total de mis deudas; además de quedar en ridículo por todo lo alto.

Andrew y Kyle han insistido en acompañarme al juzgado en representación de Tommy, pero no quiero mirar hacia ellos después de oír la sentencia, aunque escucho un revuelo significativo proveniente de la zona donde están sentados.

Cuando por fin salgo del edificio, están esperándome junto a Nataly y Madison, que me abrazan al momento, compungidas.

—No entiendo nada, Arizona. ¡Esto es muy extraño! —exclama Kyle indignado—. He llamado a Tommy, pero no me contesta. ¡Ha debido haber algún error!

—Kyle… —lo detengo—. Déjalo ya. Este no es su problema, él ya tiene muchos.

—¡Pero…!

—Tengo que ser realista y estudiar mi situación actual. Tengo una semana para convencer a algún banco para pedir un préstamo si no quiero perder mi casa… Pero no pasa nada, ¡puedo conseguirlo! Empezaré de cero y resurgiré de mis cenizas, como siempre he hecho. Lo único que necesito es que me avaléis con Delicias Evans para que me lo concedan… —Miro a Nataly suplicante—. Os prometo que cumpliré con los pagos.

—Haremos mucho más que eso —sentencia Drew cabreado—. Olvídate de los bancos. Nosotros te prestaremos el dinero y ya nos lo irás devolviendo poco a poco, sin intereses.

Mis ojos, ya llorosos de por sí, se abren sorprendidos. Nataly sonríe y abraza a su prometido por la cintura, guiñándome un ojo.

—¡Y yo quiero ayudarte a montar un nuevo negocio de la nada! —salta Madison de pronto—. Tengo ganas de hacer algo con mi vida, todavía no sé qué, pero sigo teniendo casi todo el dinero que me dieron mis padres. Con el bebé y mi supernovio responsable, no he tenido tiempo de gastármelo en tonterías. ¿Quieres montar algo conmigo, Arizona? Yo seré la cara visible del negocio y tú serás la cabeza pensante. ¡No puede salir mal!

Mi boca emite un sollozo que no me da tiempo a tapar con la mano. Mis primas me abrazan con palabras de ánimo y doy gracias al universo por tenerlas. La sangre no importa y esto lo demuestra. Tengo primos que a veces no recuerdo ni cómo se llaman, pero ellas son *mis hermanas*. Siempre lo han sido.

Me convencen para irnos a comer a un italiano y seguir hablando de mis planes de futuro, pero no puedo evitar escuchar a los hermanos murmurando a nuestra espalda.

—No pienso quedarme de brazos cruzados, Drew…

—Ya conoces a Tommy, no querrá que nos metamos en su vida.

—Tú no viste lo que yo en Barbados. Tommy no es el mismo… Creo que quiere redimirse.

—Ya lo sé, pero…

—Sé que planea huir de Capullolandia y no pienso rendirme con él. Los días que pasamos juntos fueron increíbles y no quiero que vuelva a echarnos de su vida.

—¿Qué propones que hagamos?

—¡Plantarnos en Manchester, joder! Debe estar pasando algo muy malo para dejar tirada a Arizona así. ¡Igual hasta Marzia se lo ha cargado!

—Kyle… —murmura Drew cansado.

—Hablo en serio, hermano. Estoy muy preocupado. ¡Hasta he llegado a pensar que esas notas de voz han sido creadas con Inteligencia Artificial!

—¿Qué coño dices...?

—Si no hubiera dicho lo de «Cuida de Madison», ya habría llamado a la policía, bro.

El silencio de Drew es una respuesta en sí misma.

—¿Estás libre mañana?

—Como el viento.

—Yo quiero convencerle de que venga a la boda. Esa arpía no puede quitarnos también eso. No tiene por qué hablar con Arizona si no quiere…

—Ese es el problema, que Tommy es incapaz de verla y no comerle la boca a discreción. Si los hubieras visto…

—¡Deja de decir eso! ¡No los vi! ¡Pero los imagino!

—Mírate… es que mola tanto picarte —Sonríe.

—Salimos mañana. Tú y yo solos. Viaje relámpago.

—De acuerdo. Pero voy a escribirle luego y a contarle lo que ha pasado en el juzgado. Tiene que saberlo.

Admito que por la tarde estoy mucho más tranquila después de asegurarme que podré conservar mi casa. Y comentar todos los planes que voy a llevar a cabo con Madison también me ha animado.

Sé que es arriesgado porque es *Madison,* pero la veo muy centrada ahora mismo y ha demostrado con creces que le importo. Además, tiene un filón publicitario en sus redes sociales que, bien orientado, podría sernos de mucha utilidad. Siempre he querido probar a lanzar un producto cualquiera que se haga viral y dé la vuelta al mundo en poco tiempo. Una de esas modas ridículas como tener un bebé desnudo colgado del teléfono o comercializar con bolas sorpresas de juguetes para niños. Lanzamientos aleatorios con los que te haces rico en poco tiempo y no dejar de hacerlo con diferentes productos. Hoy es un cojín premamá para dormir con un diseño exclusivo y mañana unas bragas que hacen que tu kiwi siempre huela bien. ¡Nos divertiríamos mucho con cada proyecto!

Me dispongo a cenar una deliciosa pizza cuatro quesos frente a la tele y a empezar a ver la última temporada de una de mis series favoritas.

Por un instante siento que la vida me sonríe un poco. Sin Tommy, pero al menos ya no me siento tan… ABANDONADA es la palabra. He comprobado que es la peor sensación del mundo y mi idea de estar soltera para siempre ha cogido una fuerza sobrehumana. Sé que me pondré bien.

De pronto, mi móvil se ilumina.

De normal, pasaría olímpicamente estando a punto de hincarle el diente a mi cena, pero veo que es una notificación del banco y frunzo el ceño.

Cuando veo la cifra y el emisor, mis dientes chirrían.

«Ha recibido una transferencia de 100.000 £ de Tom Norton».

Me controlo para no lanzar el teléfono contra la pared.

La impotencia me come viva porque sé que no puedo cancelarla, solo solicitar una maldita devolución.

Hago foto a la pantalla y se la mando a Kyle, mi nuevo *Bestie*. Drew le tiene miedo a Tommy y he entendido que mi caballo ganador es el pequeño y kamikaze de los Norton.

Arizona:

Dile a tu hermano que no quiero su maldito dinero.

Si no acepta la devolución, te haré a ti la transferencia para que se la mandes y me haré una cuenta nueva. Aunque sería hacerme una putada porque tengo muchas cosas domiciliadas. Convéncele.

Kyle:
A mí no me metáis en vuestros chanchullos...

Arizona:
Ya estás metido hasta el fondo.
Dile que lo entiendo todo, pero que tenga la decencia de no hacerme sentir como una puta.

Kyle:
¿De qué hablas?
Le hiciste un favor y te lo está pagando.

Arizona:
¡Dejó de ser un favor en el momento que tuvimos sexo, joder!
Dile que si no lo acepta, me voy a enfadar de verdad.

Kyle:
¡Sois peor que un grano en el culo!

Arizona:
Gracias, Kyle.
Quiero ese dinero fuera de mi cuenta cuanto antes.

Tiro el móvil al sofá, pulso el *play* de mala leche y le doy un mordisco al primer trozo de pizza.
Mastico con frustración. Ya no me sabe igual de bien.
¡¿Por qué ha tenido que hacerlo?!

23
TROYA



—¡Mírame, papá! —grita Colin, el pequeño.

—Te estoy mirando.

Y procede a tirarse por trigésima vez por el tobogán de bolas.

Es la primera vez que vengo a un cumpleaños con él. Hace un mes, algo así hubiera sido impensable, pero nunca he sido tan consciente de lo que me relaja estar con ellos, sin hacer nada, sin pensar en nada, más que procurar su supervivencia.

—¡¿Me has visto?! —grita alegre.

—Sí, cariño.

Arthur está en sus clases de violín, pero estoy pensando en apuntarle a otro instrumento como la guitarra eléctrica. Yo la toqueteé durante un tiempo para ligar con chicas y sería algo que podríamos hacer juntos.

Estoy solo porque no conozco al resto de los padres y tampoco es que sea el tío más sociable del mundo. No necesito más amigos. Aunque si lo pienso bien, tampoco tengo ninguno de verdad. Todas mis amistades son por puro compromiso social o por conveniencia. Como Malcom, el tío que está a punto de abordarme.

—¿Cómo tú por aquí, Tom? ¿Hoy no trabajas?

—No, y me he propuesto pasar más tiempo con los niños.

—Eso es bueno. ¿Marzia está bien?

La pregunta me parece extraña.

—Sí, todo bien. ¿Y Ruth? —correspondo por educación.

—Sí, ahora se ha apuntado a clases de cocina… como si fuera a cocinar alguna vez. ¡Si nuestra cocinera es excepcional!

—Bueno, igual le relajan.

—Si necesita relajarse que se vaya a un spa —ríe—. Con la comida no se juega.

—Amén.

—Voy a ver dónde se ha metido Nicolás, le gusta esconderse en las bolas.

—Hasta luego…

Conversaciones banales que al menos no me ponen de los nervios como cuando hablaba con mis rivales del despacho. No voy a admitir que les echo de menos, aunque tengo una sensación extraña.

He tenido un par de entrevistas de trabajo que podía haber aceptado, pero no me parecen lo suficientemente buenos; no me he matado para terminar en un bufete de tercera. Sería dar un paso atrás. Por suerte, ya no lo necesito con tanta urgencia porque Marzia, al día siguiente de nuestra bronca monumental, parecía más dispuesta a dialogar.

Al principio, pensé que había sido por la amenaza de contarle a todo el mundo los verdaderos motivos de nuestra separación, pero luego me di cuenta de que solo quería hacerme daño, el máximo posible, y la persona que más duro podía castigarme era yo mismo: renunciando a Arizona.

—Si no vuelves a verla, te daré la custodia compartida —terminó diciendo.

—¿Qué ganas tú con eso? —pregunté alucinado.

—Me has hecho daño, Tommy. Me has humillado. Y no merezco pasar por esto mientras tú eres feliz con ella. Hemos fallado los dos como pareja. Y se parece demasiado a mí, es enfermizo. Me hace pensar que en realidad quieres estar conmigo, y no quiero rayarme.

Disimulé que pensaba que estaba como una cabra y me corté de decirle que no podían ser más distintas. Es como si ella fuese rubia y yo no pudiera estar con ninguna otra rubia. La expresión de sus ojos era distinta, su forma de hablar, por no hablar de su sonrisa. Uf…

Pero TENGO QUE OLVIDARLA. Es mi nuevo mantra, aunque sea algo imposible. Arizona es como una adicción que se te queda para siempre dentro y nunca olvidas que te estás privando de ella por tu bien y el de tus hijos.

Al menos, hasta que se dicte sentencia sobre la custodia y Marzia se eche un novio. Puedo esperar. He estado esperándola toda la vida y por fin la he encontrado.

—De acuerdo, no volveré a verla —accedí.

—Si te pillo teniendo cualquier clase de contacto con ella, se acabó, Tom. Te hundiré. Me tiraré por unas escaleras y diré que me has dado una paliza. Te quitaré a los niños y me quedaré con todo lo que tenemos. Buscaré testigos falsos que declaren haberte visto darme una bofetada en un parking e incluso convenceré a los niños de que testifiquen contra ti.

—Ya vale, Marzia, te he dicho que no voy a volver a verla.

—Y a la boda de tu hermano iré contigo o no irás, porque seguimos casados y eso no te dejará en buen lugar frente al juez cuando se lo diga.

—Prefiero no ir, que ir contigo —dije pensando en que de ningún modo podía encontrarse cara a cara con Ari, montar un espectáculo y estropearle ese día a mí hermano y Nataly.

—Como quieras… Mejor, porque seguro que habría sido muy cutre.

—Tienen más dinero que nosotros, son los dueños de Delicias Evans.

—Aunque tengan dinero, les falta clase.

—La tienes toda tú, sí… —mascullé furioso.

Si algo me había quedado claro en esta vida de lujos y riquezas es que la clase se lleva por dentro, y Arizona lo demostró con creces. No cualquiera podría llevar esos cantosos vestidos con tanta gracia y distinción. Sentó cátedra la primera noche, y al día siguiente volvió a repetirlo. Eso es tener clase.

Lo contrario es decir que vas a hacer algo y que luego tu hermano te escriba furioso contándote que Arizona ha perdido el recurso de apelación porque yo la dejé tirada.

Me palpita la vena del cuello al recordarlo…

Le mandé un email y también los documentos en un sobre, pero ese maldito abogado no quiso utilizarlos. Seguramente, recibiría un soborno goloso por parte del señor Grisham o incluso del parlamento, pero no descansaré hasta destaparlos a todos. Y por supuesto, le mandé el dinero a Arizona para que no perdiera su casa. Ella no tenía la culpa de mi miserable vida, ni de la miserable alma de su oponente. Esperaba que algún día pudiera volver a confiar en mí, pero era consciente de que iba a costarme convencerla.

—Eh, tú, gilipollas… —oigo que me dice alguien.

Me giro y veo a Kyle y a Andrew. Es surrealista verles en un jodido parque de bolas. Me cuesta un segundo asimilar que están aquí.

—¿Cómo me habéis encontrado? —pregunto perplejo.

—Tu asistenta nos lo ha dicho, nos ha reconocido. Somos inolvidables, joder… Seguro que se toca pensando en nosotros.

Mi boca no es capaz de detener una carcajada ni de repudiar el abrazo que viene a darme Kyle. Admito que es como agua en el desierto.

Drew se nos queda mirando incapaz de imitarlo, todavía no hemos roto la barrera física de años separados, pero leo en su cara que se muere de envidia, así que me acerco a él y le pongo una mano en el hombro.

—No sé qué hacéis aquí, pero gracias por venir.

—Estábamos preocupados —contesta Drew sombrío.

—¿Por qué?

—¡¿POR QUÉ?! —exclama Kyle—. ¡Serás cabrón…! Lo último que sabemos de ti es que Harley Queen te secuestró en Barbados. Luego no vienes a la boda y pasas del juicio de Arizona…

—Yo no he pasado de la apelación de Arizona. Lo envié todo por medio físico y electrónico. Alguien compró a ese maldito abogado para no mostrar las pruebas que incriminarían a Philip Grisham, y eran cojonudas. El cabrón alquiló un puto dron para grabar cómo se follaba a esa tía en el acantilado. Está todo en el vídeo. También cómo ella resbaló porque no estaban atados.

—¡No me jodas! —exclama Drew.

—Sí… No sé cómo no me di cuenta de lo que podría valer esa información. Igual el tío se lo ha vendido a alguna revista sensacionalista y sale el mes que viene en portada. Pero yo no dejé tirada a Arizona. Nunca haría eso. ¿Es lo que ella pensó?

Que Andrew y Kyle se miren con recelo me mata.

—Por favor, aclarádselo…

—Se lo diremos —promete Drew.

—¿Cómo está Ari? —pregunto con miedo.

—Regular… —contesta Kyle directo.

—Mejor —intenta animarme Drew, mirándolo mal—. Le prestaremos dinero para que no le embarguen la casa y Madison le ha pedido ayuda para empezar un nuevo negocio.

—Pero si ayer le envié cien mil libras —expongo confuso.

Drew arruga el ceño.

—No las quiere, Tommy —repone Kyle—. Me dijo que te había solicitado una devolución y que si no la aceptabas, se iba a enfadar mucho.

—¡Pero ese dinero es suyo! ¡Se lo debo! ¡Era el trato! Yo no he cumplido con mi parte…

—Me dijo que el trato terminó en el momento que hubo sexo y que dándoselo la hacías sentir una puta.

Mis ojos se abren como platos. ¡¿PERDÓN?!

—Joder, Tommy… —rezonga Drew—. Confirmado. No sabes nada de mujeres...

—¡Yo quiero que tenga ese puto dinero!

—Ya, pero lo que tú quieras aquí pinta poco, bro. Las Evans son así…

—¡Papi! —Me saluda Colin apareciendo de nuevo de entre el laberinto de redes, tornos y bolas de colores. Lo saludo y mis hermanos hacen lo mismo.

—¡Col! —grita Kyle—. ¡Ven con tu tío! ¡Dame un beso!

El niño se ríe, pero no obedece y escapa de él.

—¡Ven antes de que entre ahí y te coma el culo!

Kyle lo persigue por fuera del parque y el niño chilla encantado.

—Entonces… ¿no vas a venir a la boda? —aprovecha para preguntar Drew.

Cierro los ojos ante su tono dolido.

—Lo siento mucho… Quería ir, de verdad, pero Marzia está empeñada en acompañarme y por ahí no paso…

—¿Qué estás haciendo, Tommy? —me corta—. ¿Qué COJONES estás haciendo todavía con ella? ¿Por qué no la has demandado ya?

—Esto es el mundo real, Andrew, no todos tenemos el lujo de tener principios y ser idealistas. Marzia está loca y tiene la sartén por el mango. Estoy atado a ella por medio de un contrato legal, y hasta que no lo disuelva y lo solucione, se me ocurren mil maneras de que pueda joderme la vida. Es solo cuestión de tiempo… Lo solucionaré, ¿vale?

—¿Cómo puedes soportarlo?

—Porque no tengo alternativa.

—Nataly dice que siempre hay alternativa.

—Con este tipo de gente no. Quien puede, se corrompe. Y su familia puede mucho. Ese político que intenta joder a Arizona, también. El mundo es así, y si no tienes cuidado, te aplasta. No puedo darle la espalda a un huracán solo porque esté enamorado. Me mataría…

—¿Estás enamorado? —pregunta Drew cortado—. Perdona, no contestes. No es asunto mío.

—Me gustaría decirte que no porque solo hemos estado cinco días juntos, pero… han sido suficientes. Apenas la conozco, pero sé que todo lo que pueda descubrir no va a hacer más que convencerme más. Es como si estuviera hecha para mí, joder…

—Mirad a quién he cazado. Saluda al tío Drew…

El niño intenta zafarse de Kyle y de pronto empieza a llorar.

—¡Eh, Colin…! —lo saluda Drew—. ¡Qué mayor estás!

—¡Deja de revolverte, vas a hacerte daño! —lo riñe Kyle.

—Esto… Kyle… es que ese no es Colin… —digo con guasa.

—¿Qué?

—Que te has equivocado.

—¡Pero si es él!

—No. Se parece, pero no.

—¡Dios mío, he secuestrado a un niño! —grita—. Lo coge en volandas y lo devuelve dentro del parque de bolas.

—Sigue jugándotela, Kyle… con tus pintas te llevan detenido fijo —se mofa Drew.

—¡Es que son iguales, joder!

De pronto, Colin aparece por el tobogán y se pone al lado de Nicolas, el niño secuestrado.

—¡Míralos! —exclama Kyle señalándolos.

—Madre mía, son clavaditos —opina Drew—. ¿Estás seguro de que ese niño es tuyo, bro? —me vacila.

En ese momento aparece Malcom.

—Venga, Nico, se hace tarde. Tenemos que irnos ya.

Su padre lo coge y mira a Colin.

—Despídete de tu amigo.

—Adiós, Colin.

—Adiós, Nico.

—Nos vemos, campeón… —Malcom choca su puño con él y un escalofrío me recorre la espalda.

Kyle mira marcharse a Malcom como si hubiera visto un fantasma y se acerca a nosotros con pasos cortos.

—Yo no suelo confundirme con la gente, nunca olvido una cara. Lo más parecido que me ha pasado fue cuando me lie con dos gemelas sin darme cuenta. La vi, la agarré y le metí un morreo que la dejó sin sentido, y luego me preguntó quién coño era. Esto ha sido parecido, pero sin el morreo…

—Muy gráfico.

—¡Te digo que aquí pasa algo raro, Tommy! ¿Quién es ese tío? ¿Lo conoces?

—Sí, es uno de los padres del colegio…

—¿Y hacéis planes juntos? ¿Soléis quedar? ¿Has estado en su casa o él en la tuya?

—No me gusta nada por donde vas, Kyle… —le advierto.

—Yo pediría un test de ADN de Colin…

—Kyle —lo reprende Drew.

—¡Solo por si acaso!

—No digas tonterías. También se parece a mí.

—Arthur sí se parece a ti, pero Colin…

—¡¿Habéis venido a tocarme los huevos?!

—Perdón... —dice Kyle mirando al suelo.

—No… —resoplo cansado—. Perdóname tú, es que… ya es lo último que me faltaba por oír. —Me froto la cara—. No puedo más…

—No puedes seguir así, Tommy… Esto no es vida —dice Drew.

—¿Y qué coño hago?

—¡Y yo qué sé! Tú eres el abogado y el experto en resolver casos imposibles.

—Cuando les pasa a los demás se ve todo más claro, pero desde dentro, es diferente...

—¿No conoces a algún abogado experto en casos de familias?

—Sí…

—Seguro que hay medios para acelerar el proceso y que no tengas que estar al servicio de una psicópata que te amenaza con llevarse a los niños lejos.

—Si hago eso, empezará a atacarme y a inventarse cosas sobre mí, como que le pego o vete a saber… Y tiene muchos apoyos importantes. El de su padre, para empezar.

—Joder, Tommy… Esto es muy injusto.

—No os preocupéis por mí. Lo aguantaré… Todo pasa.

Mis hermanos se miran y sé que a cabezones no les gana nadie.

—¿Pagas una cuenta familiar de los móviles, internet y paquetes de televisión? —me pregunta Kyle de pronto.

—Sí.

—Me lo imaginaba. ¿Tienes el móvil de ese tío? El que se acaba de marchar con el gemelo de tu hijo…

Pongo los ojos en blanco.

—Sí, lo tengo.

—Dame cinco minutos para comprobar si le ha llamado alguna vez durante los últimos meses.

—Joder, Kyle… —rezongo.

—¡Intento ayudarte! Esa mujer diabólica no puede ser una santa. Quiero investigar sus llamadas, a ver si hay algún número recurrente. Solo eso…

—Podríamos encontrar algo turbio de ella con lo que amenazarla —opina Drew.

—¿Qué datos necesitas?

—Necesito mi portátil. Iré a por él.

—¿Lo has traído?

—Nunca voy a ningún sitio sin él. Y menos, aquí. ¡Pensaba que no te encontraríamos y que iba a tener que empezar a jugar al CSI…!

Una vez Kyle accede a mi cuenta de teléfono, descarga facturas y relaciones de llamadas del teléfono de Marzia. Alucino con su despliegue de programas ilegales para crear bases de datos, buscar un patrón e investigar las costumbres de cualquiera, y en menos de nada, saca una relación clara.

—Ha llamado a ese tío ciento treinta veces este año. ¿Eso es normal?

Me quedo callado. No puedo hacerme cargo de lo que esto significa. ¿Hay posibilidades de que Colin no sea hijo mío? Porque eso terminaría de matarme. ESO sí que podría hacer que lo separaran de mi lado de por vida, y ahora mismo, a mí me da igual la sangre que tenga, ES MI HIJO.

Drew capta mi malestar y me toca el hombro.

—No tienes que hacer nada que no quieras...

—¿Por qué no? —pregunta Kyle confuso.

—Si demuestro que no es mío, lo perderé de verdad…

Hay un silencio atronador.

No puedo ni imaginarlo. Ni siquiera sé si quiero saberlo… Es demasiado.

—Tommy… —musita Kyle—. No vas a perderlo. Primero, estoy seguro de que Marzia tendrá miedo de que la gente se entere de lo que ha hecho. Segundo, frente al divorcio, lo perdería todo. Tercero, probablemente crea que tú no quieras cargar con Colin si no es tuyo. Pero, pase lo que pase, no vas a perderlo nunca, porque Colin será siempre hermano de tu hijo y eso lo convierte en tu familia.

Me sujeto la cabeza. No sé qué pensar.

—Llama a alguien y pregunta si hay alguna posibilidad de acelerar lo de la custodia —secunda Drew.

—Tendría que haber un motivo de peso, como que uno de los progenitores tomara drogas, tuviera un problema mental o existiera riesgo de cambio de domicilio no consentido.

—¡Marzia te amenazó con llevárselos del país! —exclama Kyle—. ¡Por eso te fuiste de Barbados con ella!

—Pero no tengo cómo demostrarlo.

—Pues haz que te lo vuelva a decir y grábalo, Tom.

—¿Habéis venido a romperme la cabeza?

—Hemos venido a salvarte, bro.

24
LA CRUDA REALIDAD



En cuanto llegamos a casa, Colin entra disparado por la puerta en busca de Gisela, una de las niñeras. Me adentro hasta la cocina y encuentro a Marzia con una copa de vino, charlando con la otra, mientras Arthur cena en la barra americana.

—Hola, hijo…

La palabra me llena la boca como nada. Le beso la cabeza y me disculpo con ellas con la excusa de ir a ponerme cómodo. Marzia parece contenta de que su plan vaya viento en popa teniéndome como prisionero, pero esta noche me enfrentaré a ella y que sea lo que Dios quiera. Mis hermanos han insistido en quedarse en un hotel a pasar la noche por si necesito apoyo moral. Me parece increíble que lo hagan después de cómo me he comportado con ellos estos años… Sus demostraciones de lealtad me inspiran y arrastran lo suficiente el miedo como para atreverme a actuar.

Espero a que los niños se acuesten y las niñeras se vayan a sus habitaciones donde gozan de su propia televisión para propiciar el poder hablar con la bruja mala del oeste.

—¿Qué tal el día? —pregunta Marzia interesada—. ¿Te has aburrido mucho en el parque de bolas?

—No. Ha estado bien.

—Verás cuando vayas diez veces seguidas…

—He visto a Malcom —dejo caer.

—Me imagino que estaban todos los padres, ¿no? —repone con naturalidad.

—Sí. Pero él me ha estado preguntando por ti con bastante insistencia…

Se queda parada un momento.

—¿Qué te ha dicho exactamente?

—Quería saber si estabas bien. Parecía muy preocupado. ¿Le has contado algo sobre nosotros?

—Claro que no. Pero supongo que últimamente me nota más abatida de lo normal.

—No sabía que os vierais tanto como para notártelo…

—¿Qué estás insinuando, Tommy?

—Nada, solo que parecía muy interesado en ti. ¿Hay algo que quieras contarme, Marzia?

—¡Por supuesto que no! ¡¿Has perdido la cabeza de repente?!

—No… es que ha sucedido una cosa muy graciosa a la hora de marcharnos que me ha dejado pensativo. He cogido a Nicolas pensando que era Colin, una confusión un poco extraña, pero me he dado cuenta de que se parecen muchísimo…

—¡Pero Tom…! —jadea ella indignada.

—Quizá esté paranoico, pero me quedaría más tranquilo pidiendo una prueba de ADN de Colin.

Su cara es la pura imagen de la incredulidad.

—¡¿Cómo te atreves a acusarme de algo así…?! —grita furiosa.

—Me encantaría estar equivocado, cielo, pero luego me ha dado por comprobar tus llamadas y he visto que has llamado a Malcom más de cien veces este último año. ¿A los demás padres también les llamas tanto?

Se queda sin habla.

—El siguiente paso será comprobar si esas llamadas coinciden con mis viajes fuera de la ciudad, o si le avisaste el once de julio cuando te pusiste de parto de Colin…

Ella me mira con odio y guarda silencio pensando en cómo deshacerse de mi cadáver. Lo creo porque desvía la vista hacia los cuchillos japoneses sujihiki que tiene detrás.

Soy tan duro como parezco y sé que a mis hermanos no les cuadra mi comportamiento cobarde ante Marzia, pero gracias a mi trabajo, reconozco a una persona desequilibrada de lejos. Y ella, ahora mismo, es capaz de cualquier cosa.

—¿Dejarás que tu hijo cargue con el estigma de ser un bastardo? —dice por fin—. Creía que te importaba…

—La que cargará con el estigma de ser una zorra serás tú. Imagínate lo que pensará la jet: Marzia, la perfecta hija del juez Robins, que parecía tener una vida de ensueño, engendrando un hijo fuera del matrimonio...

—No serás capaz…

—Te juro que lo haré. Yo no tengo nada que perder.

—¡Antes te mato, ¿me oyes?! ¡Te juro que me llevaré a los niños lejos y no volverás a verlos! ¡Te destruiré, joder!

Suspiro más aliviado que en toda mi vida y prosigo con el plan:

—Todo depende de ti, cielo… Estoy dispuesto a no manchar tu nombre ni el de los niños, cerrando nuestro divorcio como un acuerdo amistoso con custodia compartida. Puedes quedarte con la casa y con la mitad de nuestro dinero, pero quiero una cosa a cambio…

—¿Cuál?

—Que mañana se reúnan nuestros abogados para fijar un acta de medidas conciliadoras hasta que se resuelva nuestra sentencia de custodia. No quiero vivir aquí los meses que quedan, y no me iré hasta tener un papel firmado y sellado que dicte que tengo derecho a tener a los niños en semanas alternas. Si no accedes, iré a la policía ahora mismo para contarles que existe riesgo de sustracción internacional de los menores. Tengo grabado que acabas de amenazarme con ello. —Le enseño el móvil.

—¡Serás…!

—Soy listo y ya no te tengo miedo, Marzia. No quiero perjudicarte en nada, solo que me dejes en paz. Tu secreto está a salvo. Nadie lo sabrá nunca.

Ella me mira con incredulidad.

—¿Vas a hacerte cargo de Colin aunque no sea tu hijo?

—Es mi hijo a todos los efectos. Y le quiero. Y también es el hermano de mi hijo.

—Voy a llamar a un abogado —musita acobardada—, pero para mañana es todo muy justo, Tommy...

—Yo mismo redactaré el acta. Y ya me he puesto en contacto con un abogado experto en estos temas para quedar mañana con él. Puede ser el abogado de ambos, si te parece bien. Eso acelerará mucho las cosas.

—¿Es amigo tuyo?

—No, no nos conoce. Será totalmente imparcial. Leerá el acta y velará porque todo sea justo. ¿Te viene bien a las doce en los juzgados para hacer todo el papeleo?

—Sí…

Cierro los ojos dando gracias a Dios. Aunque sé que me espera una noche sin dormir (por lo que pueda pasar), pero la pesadilla está a punto de terminar. El fin de semana que viene es la boda de Drew y Nataly y podré ver a Arizona.

Un estremecimiento de placer recorre mi cuerpo con sorpresa por la falta de costumbre. ARIZONA...

Me meto en la app de mi banco y reviso las notificaciones.

No quiero que se enfade más de lo que ya lo estará. Acepto la devolución de las cien mil y le prometo al universo que revocaré ese juicio aunque sea lo último que haga.

Mientras hago guardia por la noche, redacto el acta de medidas cautelares, pero de lo único que tengo ganas es de escribirle un mensaje a Arizona comunicándole que pronto seré libre.

Pero no soy de los que venden la piel del oso antes de cazarlo y me contengo. A los que sí aviso es a mis hermanos, porque están velando por mí desde un hotel.

Creo un grupo de los tres llamado TEAM NORTON y adjunto una fotografía antigua de cuando vivíamos aventuras adolescentes. La saco de un álbum familiar que hurté cuando me fui de Londres y que, a lo largo de los años, he revisado más veces de las que me gustaría admitir.

Tom.N:
CONSEGUIDO. SOY LIBRE

No sé por qué, pero el cuerpo me pedía escribirlo en mayúsculas.

Drew:
¡Sí, joder!
¡Eres un crack, Tommy!

Kyle:
¡VICTORIA!
¿Has podido grabarla?

Tom.N:
No solo eso. Ha admitido lo de Colin.

Drew:
Madre mía…
Lo siento mucho, Tommy.

Kyle:

INCREÍBLE…
¿Estás bien, bro?

Me tomo un momento para serenarme e impedir que las lágrimas inunden mis ojos.

Tom.N:
Sí. Tranquilos…
En realidad no cambia nada para mí. ES MI HIJO.
Y a un hijo se le quiere igual tenga tu sangre o no.
¿Querrías menos a Richi si ahora te dijeran que no es tu hijo, Kyle?

Kyle:
Pfff…
Creo que le querría incluso más.

Su respuesta me oprime el corazón, pero para bien. ¿Cómo he podido despreciarles a ellos y convivir con las alimañas con las que trabajaba?

Tom.N:
Gracias por venir a Manchester, chicos.
Me habéis salvado literalmente la vida.
Sentía que la estaba perdiendo lentamente.

Drew:
A mandar.
¿Quieres que quedemos mañana a comer y nos cuentas cómo ha quedado todo?

Tom.N:
Estaría bien…
Voy a intentar reservar en El gato negro.
Merecéis que os invite a un Estrella Michelín.

Kyle:
¿Nos dejarán entrar con nuestras pintas tatuadas?

Tom.N:
Les diré hasta que os hagan un puto paseíllo.
Sois los mejores.

Drew:
(emojis riéndose de medio lado)
Mucha suerte mañana, hermano.
Por cierto, bonita foto… Has conseguido hacer llorar a Kyle.

Kyle:
¡No es verdad!

Tom.N:
Hasta mañana, chicos.
Os quiero.

Kyle:

Vale, ahora sí estoy llorando…
Nosotros también te queremos.
¡HASTA MAÑANA, BRO!

Apago el teléfono con una sonrisa y me limpio algo que se me ha metido en los ojos…
No quiero cantar victoria. No hasta que firme.
Primera meta: amanecer vivo.

Me despierto, pegando un bote, gracias a la alarma de mi móvil. Descubro que al final me he quedado traspuesto en una silla de la habitación de Arthur.

Él sigue en su cama, dormido, supongo que como todo el mundo porque es muy temprano.

Me hago un café y respiro tranquilo cuando Gisela y Chu irrumpen en la cocina para preparar los desayunos. En media hora están saliendo por la puerta con los niños para llevarlos al colegio. Me despido de ellos con un gran abrazo que no saben cómo tomarse.

A continuación me dispongo a hacer una maleta o dos con lo más imprescindible, y Marzia no tarda en aparecer en la habitación con un victimismo estudiado.

—¿Te irás con ella? —pregunta con dramatismo.

—¿Cuántas veces te has follado a Malcom a lo largo de estos años? —replico en respuesta, sin dejar de doblar ropa.

No dice nada más.

—Enviaré a alguien a por el resto de mis cosas cuando consiga un lugar donde vivir, que será pronto. Esta semana los niños estarán contigo para poder hacer trámites y la siguiente ya empezarán conmigo. Los recogeré el lunes en el colegio y tú harás lo mismo la semana siguiente.

—¿Vas a ir a la boda de tu hermano?

—¿Tú qué crees? —contesto sin detener mi actividad.

—¿A qué hora nos iremos al juzgado?

—A las once y cuarto. Quiero llegar pronto.

—Estás ansioso por deshacerte de mí, ¿no? Después de todo lo que hemos compartido…

—Estoy ansioso por alejarme del monstruo en el que te has convertido, sí.

—La culpa es tuya. Sacas lo peor de mí. ¡Con los demás soy encantadora!

—Razón de más para poner tierra de por medio.

Al llegar al juzgado, tengo un mal presentimiento. Marzia va de punta en blanco, como si no hubiera roto un plato en su vida, y le brillan demasiado los ojos; me espero un numerito de última hora.

¿Fingir un infarto, tal vez? ¿O un ataque de ansiedad?

Tras esperar un rato, nos hacen pasar a una sala y el abogado nos estrecha la mano a los dos.

—Por lo que veo queréis tramitar un convenio regulador urgente sobre la custodia de vuestro hijos. ¿La prisa es por algún motivo en especial?

Marzia y yo nos miramos.

—Los dos tenemos vidas muy ocupadas y llenas de compromisos, no queremos estar estos meses peleándonos, sino seguir una sentencia en firme que no admita discusión —respondo con mi faceta de abogado.

—De acuerdo. Según he leído la custodia será compartida y pasarán una semana con cada uno.

—Correcto.

Que Marzia mire la hora en lugar de confirmarlo hace que empiecen a temblarme las manos.

—¿Esperas a alguien?

De repente, la puerta se abre y aparece su as en la manga.

Por supuesto…

—Buenos días —saluda su padre con semblante serio.

Puedo sentir mi alma cayéndose a mis pies. Desde luego, este hombre es su mejor baza para desestabilizarme.

El Juez Robins me mira analizando mi expresión y tengo que apartar la vista. Es lo que pasa cuando admiras a alguien que viene a lincharte. Por un momento hasta me hace dudar de si estoy haciendo algo mal.

—Me parece fatal que no hayas acudido a mí enseguida, hija —la amonesta.

—Lo tenía todo bajo control, te he llamado cuando se ha descontrolado. Tommy quiere divorciarse de mí ¡y quedarse con los niños la mitad del tiempo, papá! ¡Pero ahora mismo ni siquiera tiene trabajo! ¡Y sigue follándose a esa chabacana aunque le haya dejado volver a casa! La eligió porque se parece a mí y quería llevársela a las convivencias del bufete en Barbados para que se hiciera pasar por mí! ¡Está loco! Ayer me amenazó para que viniese a firmar este acuerdo con urgencia, sin dejarme leerlo ni nada, y no sabía qué hacer…

Me mojo los labios avergonzado y aguanto la mirada acusadora del abogado y de su padre.

—¿Qué tienes que decir, Tom? —pregunta el juez diplomático. Tiene bien aprendido que siempre hay que escuchar a las dos partes antes de emitir un veredicto.

—No puedo discutirlo, Señoría. Todo eso es cierto. Pero los matices son algo distintos: yo nunca he engañado a su hija. Me consta que ella a mí sí, pero eso ahora es lo de menos.

»Le dije que no era feliz y que quería cambiar algunas cosas con respecto a la crianza de los niños, porque apenas les veo, ella reaccionó de forma agresiva y se inventó que quería romper el matrimonio porque tenía una amante. La convivencia se volvió insoportable y le dije que quería el divorcio, pero me dejó muy claro que no estaba dispuesta a dármelo y ser la comidilla. Cuando me fui de casa, se inventó que me había echado, pero me dio igual.

»En mi cumpleaños me regaló «Volver a casa» y le dije que no quería. Ahí sí que enloqueció y a partir de ese momento empezamos a hablar solo a través de abogados. Vi muy poco a los niños ese mes porque no me lo puso fácil. Entonces me informaron de que iban a elegir al nuevo socio del bufete y me la jugué. Había luchado mucho por ese puesto y sé que un divorcio no encajaba con el perfil que buscaban… Así que llevé a la prima de mi cuñada, porque se parece mucho a Marzia para ver si colaba. Una vez nombrado socio, mi vida familiar podría sufrir un revés. Pero una rival del bufete descubrió el engaño, llamó a Marzia y se presentó en Barbados. El despido fue fulminante…

—¡Te la estabas follando, Tommy, no mientas!

—Sí, pero ya te dije que fue en Barbados cuando surgió algo entre nosotros y no antes. Llevábamos un mes separados, Marzia. Y esa chica me estaba haciendo quedar muy bien delante de mis jefes porque tiene más clase que tú solo en la punta del dedo meñique…

—¡¿Vas a dejar que me hable así, papá?!

—Todavía no tengo trabajo porque he rechazado varias ofertas, pero lo tendré. Mi solvencia es buena. Tu hija me obligó a volver de Barbados con ella bajo la amenaza de que si me quedaba, los niños no seguirían en el país cuando volviera a casa… He soportado su chantaje varios días, pero anoche ya no pude más y le pedí concertar esta cita para dejar zanjado legalmente el tema de los niños. Ella accedió a cambio de no contarle a nadie lo de su

infidelidad. Además, volvió a amenazarme con llevárselos lejos de mí, pero por suerte lo grabé, aunque no pensé que fuera necesario utilizarlo…

—¡Papá…! —exclama ella viéndose vencida—. ¡No me dejó otra opción! ¡Quería dejarme! ¡A MÍ! ¡A una Robins!

Su padre suspira cansado.

—No me sorprende en absoluto, hija mía…

Cuando oigo esas palabras mis ojos se abren cómo platos.

—¡¿QUÉ?! —grita ella.

—Cállate de una vez, por favor. Deja de berrear como una maleducada. Si he venido hoy es para asegurarme de que Tom no tenga ningún problema en conseguir la custodia compartida. Solo Dios sabe cómo saldrían esos críos si se quedaran contigo el 90% del tiempo… ¡serían incluso más caprichosos y egoístas que tú!, estoy seguro.

—¡PERO PAPÁ…! —exclama alterada.

—He dicho que te comportes, Marzia. Y si ha habido una infidelidad previa por tu parte, no es justo repartiros los bienes al 50%.

—¡Eso fue hace mucho tiempo! ¡Estábamos pasando por un bache!

—Un bache con consecuencias —mascullo avisándola de que no siga por ahí—. Señor Robins, Jeff, yo no quiero más dinero. Prefiero que lo tenga ella y que los niños vivan bien. Lo único que quiero es ser libre y poder ver a mis hijos cuando me toque.

—Y así será, hijo. Y como se te ocurra hacer algo raro con los niños, Marzia, primero, te desheredo y luego me encargaré personalmente de que no vuelvas a verlos a solas nunca más.

Alucino en 4D y carraspeo para aligerar el ambiente.

—Íbamos a repasar ahora el convenio punto por punto —señalo—. Por favor, quédate y danos tu opinión, Jeff.

—Me quedaré para asegurarme de que ella lo firma… —dice tomando asiento—. Siempre has demostrado ser un hombre íntegro, Tommy. Quiero que mis nietos aprendan eso de ti. Te he visto trabajar todos estos años y entiendo que lucharas por ese puesto de socio. Te lo merecías. En cuanto salgamos de aquí, voy a hacer una llamada para conseguirte una entrevista en Jhonson&Clyde, si te parece bien. Son buena gente, y contigo en el equipo, pronto pasaréis por encima de Morrison&Cía.

El corazón se me para. ¡Esa firma es la segunda mejor del país!, y su humildad les precede. He trabajado con algunos de sus abogados y son encantadores.

—¡Encima vas a hacerle favores! —dice Marzia indignada.

—No te equivoques, el favor se lo estoy haciendo a Jhonson —sentencia su padre—. Tommy es uno de los mejores abogados que hay, y algún día, será un gran juez.

Trago saliva conmocionado. Ahora mismo podría llorar. De hecho, mis ojos me traicionan un poco.

—Gracias, Jeff… —digo con la voz rota.

—Necesitamos más hombres como tú, Tom. Tienes madera para conseguirlo y ser uno de los buenos.

La reunión concluye con la firma desganada de Marzia y un apretón de manos con mi ex suegro.

No puedo creer que sea libre…

25
DESPUÉS DE TI



¿Sabéis ese momento en el que estás tan zen y en consonancia con la naturaleza que ningún animal te atacaría en medio de la selva?

Pues Madison se carga esas vibras, gritando:

—¡OH DIOS MÍO!

Me pongo una mano en el pecho y envejezco siete años.

—¡¿Qué pasa?!

—¡Kyle me ha mandado un mensaje!

—Lleváis juntos seis meses, supéralo.

—¡No! ¡Es que Tommy acaba de firmar su libertad! —exclama sin apartar los ojos del móvil —. Y ahora se van a comer a un Estrella Michelín… ¡¿Por qué todo el mundo va siempre sin mí?!

—¿Cómo que Tommy es libre? —digo estupefacta.

—Acaba de firmar los papeles que necesitaba.

—¡¿Significa eso que va a venir a la boda?! —pregunta Nataly en modo *wedding planner* histérica—. ¡Porque tendría que reestructurar otra vez las mesas!

Madison se la queda mirando.

—Te perdonamos porque quedan días para la boda, Nataly, pero ESO no es lo más importante del mensaje —dice Madison señalándome con la cabeza.

Me muerdo los labios. Tommy libre…

—¡Ay, perdona! Joder… vale. Entonces, ¿lo pongo a tu lado, Arizona?

Me levanto de la cama como si tuviera una chincheta en el culo.

¿Tommy va a venir a la boda y se va a sentar a mi lado?

NO PADRE.

—Kyle está entusiasmado por recuperarle. Y Andrew también. ¡Qué monos son los bro!

—No lo pongas a mi lado —digo de pronto, moviéndome en círculos—. Tommy y yo no somos nada…

Ellas se miran con prudencia.

—Bueno, algo sí sois, Ari… —replica Madison.

—¿El qué? Me pidió un favor, se lo hice y salió mal. Él más de lo mismo con el juicio. Le dije que no tenía que pagarme porque ya me lo cobré en carne y en vacaciones. Fin del asunto.

—¡Pero…!

—¡No hay peros que valgan! —corto a Madison—. Mi plan siempre ha sido estar soltera para siempre. Nataly tenía razón al decir que Tommy no era un cualquiera. Es hermano de vuestros maridos, tiene hijos y una carrera importante, y yo…, yo tengo un crédito que pagar. Solo quiero empezar de cero y no remover más la mierda.

Se hace un silencio en el que miro al suelo.

—Pero te dijo que te quería —saca a colación Madison.

—Lo escribió, no lo dijo. Y fue un «te quiero» en un momento muy vulnerable para él. ¡Fue un «te quiero» de cinco días, Madison! Acabábamos de vivir en un *Gran Hermano* tropical de lo más hot donde todo se intensifica por momentos, pero al volver a la vida real, todo se esfumó. Tuvo que elegir, y entiendo perfectamente su decisión. No se puede tener todo en la vida y hay prioridades. La mía es que no vuelvan a partirme el corazón.

Madison y Nataly vuelven a mirarse.

—¡Dejad de miraros así y felicitadme, estoy siendo sensata por una vez en mi vida!

—Pero Ari… —prueba ahora Nat.

—¡Es un Norton, Nataly! ¡Conoces mi historial con los hombres! ¿De verdad queremos intentarlo para que luego no funcione y vuelva a alejarse de sus hermanos por mi culpa? Me niego. Hay muchos hombres por ahí y todavía estamos a tiempo de no joderla… —digo convencidísima—. No quiero mudarme a Manchester. Nunca he querido tener hijos. No quiero arriesgarme a que acabemos mal y os salpique. ¡Y yo no quiero sufrir! Tengo razón y lo sabéis…

Mis primas guardan silencio. Y a veces, éste dice más que las palabras. Pero sé de lo que hablo. Llevo más de dos semanas decidida a seguir viviendo sin él, y ya estoy viendo la jodida luz.

¡Estuvimos liados un día!

Y casi me cuesta mi equilibrio emocional. Debo tomármelo en serio y cumplir mi pacto con Cupido de «Nada de hombres». Es momento de rehacer mi vida y tomármelo con calma.

Intento explicarles cómo me siento, y tras hablar largo y tendido con mis primas, creo que terminan entendiéndome. Además tienen miedo de que tenga razón, aunque su ilusión sea que estemos saliendo con tres hermanos guapísimos a la vez, mi dinámica natural es la que es. Y esto es la vida real, no una novela romántica ideada por una friki amante de los imposibles.

A pesar de todo, me siento bien con la decisión porque estoy consiguiendo ser feliz con pequeñas cosas, como que anoche Nataly y Madison vinieran a dormir a mi casa, declarándola noche sin chicos y sin niños, porque encajó a Richi con Norton padre, y se nos ocurrió una idea de negocio alucinante.

Solté lo de las bragas olorosas para hacer una gracia, pero el concepto empezó a rodar solo.

—¡Pero si es una idea buenísima! —opinó Madison—. ¿Quién no quiere que le huela bien el toto cuando tiene una cita importante? O mejor, ¡siempre! Porque nunca sabes cuándo van a terminar comiéndotelo…

—¡No lo sabrás tú! —rompió a reír Nataly.

—Más allá de las bragas, ¿y si fuera como una perla transparente, totalmente biodegradable, que pudieras introducir para limpiar la zona dotándola de un sabor y un olor increíble?

—Primero habría que fabricar la sustancia…

—Ya existen geles limpiadores y una fórmula eficaz para neutralizar olores, se trataría de

combinarlos y añadir un sabor nuevo resistente a ellos —insistió Madison.

Nataly y yo nos miramos y nos echamos a reír.

—Yo me haría uno con sabor brownie para Drew… —bromeó Nat.

—Podríamos comercializar más sabores. El de galleta de jengibre para Navidad, de golosina para Halloween, el de melón para el verano, a rosa en primavera…

—¡Te quieres callar! —grité divertida—. ¡Empieza a sonar bien!

—No servirá cualquier cosa entre mis seguidoras, la mayoría son chicas apasionadas que aman que les coman el…

—¡No lo digas! —gritó Nataly—. A todas nos gusta eso.

—A todas no —discutí—. A muchas chicas les violenta el sexo oral precisamente porque les parece poco higiénico. Esto sería una forma de garantizar una experiencia satisfactoria…

—¡Encima vamos a salvar el mundo! —celebró Madison entusiasmada—. ¡Todo empiezan a ser pros, Arizona!

—Todas las farmacias lo querrían —secundó Nataly.

—Y también podría comercializarse desde amazon —tercié ilusionada—. Chicas… creo que tenemos algo gordo.

—¡¡SÍÍÍÍ!!! —chilló Madison. Y lo siguiente fue abrir una botella de champán que tenía en la nevera desde que me compré el piso. Porque sí, soy de esas personas optimistas que guardan una, esperando a que un día tengan que utilizarla con todas las de la ley. Y ese día fue ayer.

—No es por ser desconsiderada, pero… ¡Entonces, ¿dónde leches meto a Tommy si no es a tu lado? —dice Nataly devolviéndome a la realidad y a su problema de asientos.

Su cara de «Novia en apuros» casi me hace gracia.

—Tiene que estar en la mesa nupcial, como su padre y Kyle… —señala Madison.

—Tiene razón, la que sobro en esa mesa soy yo —acierto a decir—. Ponme en otra.

—¡Pero eres mi hermana! —se queja Nataly.

—Ya… pero… en realidad soy tu prima y puedo estar con el resto de las primas.

—También eres mi mejor amiga —gimotea Nat llorosa.

—Y las mejores amigas no suelen estar en las mesas nupciales, cariño… No pasa nada, de verdad, te dije que sí por acompañar al padre de Drew frente a tus padres y ser pares, pero con Tommy ya lo sois.

—¡Maldita sea…!

—¿Ves? No estar juntos es la mejor decisión o nos pasaríamos la vida con este tipo de problemas. Decidme que lo veis…

La respuesta de ambas es callar y resoplar, pero saben que no me equivoco.

Por mi parte, me espera un banquete de boda soportando los comentarios de mi madre sobre lo sola y desaprovechada que estoy, y oyendo a mis primos Ben y Brise discutir sobre a cuál de las amigas de Nataly van a tirarse esa noche.

Qué ganas… *Ironic mood* activado.

26
SIN COMPROMISO



No he estado tan nervioso en mi vida. Ni siquiera en mi propia boda. Pero tengo motivos de peso para estarlo mañana en la de Drew, porque Arizona no ha contestado a ninguna de mis llamadas en toda la semana.

Tampoco a mis mensajes. ¿Para qué? Si ese gesto en sí mismo ya comunica exactamente lo que quiere que sepa.

Ya me ha enterrado. Y a nadie le gusta desenterrar muertos, solo a Miércoles Addams.

Lo peor de todo es que la entiendo perfectamente. Debió de ser duro aceptar que yo tenía otras prioridades, pero no voy a dejar que se aleje de mí sin luchar.

Soy bueno en las distancias cortas y Arizona no podrá ignorar nuestra química. No pudo ni cuando le caía mal…

Todavía tengo una oportunidad.

La semana ha sido muy productiva: hice la entrevista en Jhonson y, a los diez minutos de salir de sus oficinas, ya me estaban llamando para ofrecerme una plaza de abogado sénior. Es un reconocimiento de categoría superior con experiencia contrastada y con cierto estatus dentro de la jerarquía de un despacho jurídico. No podría estar más contento.

Además, había encontrado un apartamento de tres habitaciones en el centro, muy cerca del bufete y del colegio de los niños, que había sido una ganga para la zona que era. Un banco lo vendía a buen precio porque el propietario había fallecido sin familia y sin terminar de pagarlo.

Solo necesitaba estar dentro de Arizona para rematar la semana perfecta, pero la cosa pintaba mal.

—¿Estás listo, Tommy? No quiero ser de los últimos en llegar —me avisa mi padre.

Me he quedado en su casa en vez de ir a un hotel, no es el Seasons, pero me apetecía pasar tiempo con él. Cuando le ofrecí mudarse a una residencia lo hice pensando que su afección provenía de seguir viviendo en el mismo sitio que había compartido con mi madre durante tantos años; yo me habría mudado sin dudarlo tras su muerte. Pero después él me dijo una cosa que me removió por dentro: «No quiero olvidarla, Tommy… porque me olvidaría de quién soy yo».

Y yo no quería que me pasara lo mismo que a él. Arizona había vuelto a despertar una parte de mí que no quería volver a olvidar.

—Si nos vamos ya, seremos los primeros en llegar —contesto con una sonrisa.

—Lo prefiero, hijo.

—Está bien, vámonos. Podemos tomar algo en el bar.

No era exactamente mi plan. Yo quería aparecer en medio de todo el jaleo, localizarla entre los asistentes y hacerme el encontradizo mientras disimulaba que me estaba jugando el resto de mi vida en esa primera interacción con ella. Lo que no quería era esperar como un pasmarote a que apareciera, me viera de lejos y huyera de mí. Pero un padre es un padre. Ahora lo sé.

Cuando llegamos al restaurante donde se celebra la cena de ensayo, todavía no hay nadie, pero Andrew y Nataly no tardan en aparecer.

Apenas conozco a la que va a ser mi cuñada, pero me saluda como si hubiera oído muchas cosas sobre mí. No sé si buenas o malas, pero bastante íntimas.

—Hola, Tommy… Me alegro mucho de que estés aquí.

—Y yo. Aunque no todo el mundo piensa igual, ¿no?

Su cara de sorpresa me hace gracia y ella termina contagiándose de mi sonrisa.

—Dios mío, sois tal para cuál… —sisea.

—¿Te has pensado bien lo de casarte con este cafre? —Golpeo a mi hermano en el abdomen.

—Ya es tarde para echarse atrás —dice Drew chulito, después señala su abultada tripa y sube las cejas dos veces.

—Tú eres un listo… —Sonrío—. Enhorabuena a los dos por partida doble. Estás preciosa, Nataly.

—Gracias. Tú también estás precioso… —dice embelesada.

—Me prometiste que te controlarías… —masculla Drew.

—¡No puedo! ¡Es un Norton de gama alta, sin tatuajes ni pendientes!

—Sí tengo un tatuaje. En la espalda. De un tigre.

—¿Es porque eres un experto en hacer el salto del tigre?

—Se nota que son primas… —murmuro hacia Drew.

Mi hermano sonríe encantado.

—Nataly, ¿del 1 al 10? ¿Cuán difícil lo tengo con Arizona? —pregunto directo. Ella sonríe vergonzosa.

—A ver… Yo diría que… ¿un ocho?

—¡¿Un ocho?! Sin problema. Empezaría a preocuparme en un once, pero un ocho es muy asumible.

—Ahora entiendo por qué se coló por ti, ¡le encantan los capullos!

Todos sonreímos. Da gusto estar en casa.

Al final es Ari la que aparece de las últimas y llega sola. Kyle y Madison han llegado antes con el carrito del bebé, y esta última me ha aconsejado que no gaste todos los cartuchos en la noche de hoy y que no haga nada que impida que Arizona se pierda la boda de mañana.

Pero no prometo nada, y menos, cuando la veo aparecer con un vestido negro, palabra de honor, con el que enseña una pierna casi entera. ¡JODER!

En el primer vistazo me visualizo besando los suntuosos montículos que asoman por encima de su escote. En el segundo, estoy apartándole la abertura del vestido para confirmar el quid de la cuestión: si sigo mojándola solo con una mirada.

No sé lo que habrá pensado ella al verme, porque sé que me ha visto ya, pero se va parando a hablar con todo el mundo, demostrando que no tiene prisa por llegar hasta mí.

Lleva el pelo recogido en un moño alto y dos mechones sexis le acarician la cara. Una

gargantilla negra de diamantes llama la atención sobre su cuello. Si eso no es ser cruel, no sé qué lo será…

Cuando por fin llega hasta su prima Nataly, la abraza.

—Estás guapísima… —le susurra.

—Tú más.

Saluda a todo el mundo con un beso en la cara hasta que llega a mí y me ofrece la mano con frialdad. Creo que todo el mundo aguanta la respiración esperando mi reacción.

Se la agarro sin dejar de mirarla con fijeza.

—¿Cómo estás, Arizona? —pregunto sin dejar que se suelte, como es su intención.

—Bien. ¿Y tú?

—Voy mejor…

—Me alegro mucho. ¿Me devuelves la mano, por favor?

—No. Tomemos algo. ¿Qué quieres? —digo arrastrándola hacia la barra—. ¿Un *gin-tonic*?

—No. Eso después de cenar, ahora me tomaré un *Chardonnay*.

Lo pido y repaso su modelito.

—¿Puedo decirte que estás espectacular?

—No, no puedes…

Esa respuesta me hace sonreír. Porque dice mucho con muy poco. Así es Arizona. No me hace falta saberlo todo de ella para certificar que es la chica más interesante del local.

—Me alegro de que hayas conseguido todo lo que querías, Tommy, de verdad, te lo mereces, pero…

—No tengo todo lo que quería. Me faltas tú…

Ella suspira reticente.

—Bueno, ya sabes lo que dicen, no se puede tener todo.

—Hablas con un tío que tenía un poni…

Eso la hace sonreír. Misión cumplida.

—¿No me has echado ni un poco de menos? —pregunto esperanzado.

Arizona me mira girando la cabeza en un gesto adorable.

—Sabes que sí… Pero ese es el problema, Tommy. La verdad es que no quiero volver a sentirme así nunca. No merece la pena…

—Yo también te he echado de menos —digo ignorando sus dolorosas palabras.

—Cualquiera lo diría…

—¿Crees que no ha sido difícil para mí no poder llamarte en todo este tiempo?

—No lo sé. Ya da igual. Ahora eso es lo de menos.

—No podía, Arizona… Había mucho en juego.

—Lo sé, es más, estaba TODO en juego. Solo me alegro de que se hayan salvado las partes correctas. Lo único que puedo decirte es que ahora mismo quiero estar sola.

—Y yo te quiero a ti.

—Tommy…

—Arizona…

—Lo he meditado mucho —dice convencida—. No quiero sufrir ni hacer sufrir a nadie. Y lo tenemos todo en contra para que eso pase: eres hermano de las parejas de mis primas, vives en otra ciudad y yo estoy empezando un negocio aquí. Perdona si soy práctica, pero, por muy bueno que estés, y por mucho que me apetezca pasar la noche contigo, debemos poder manejar la atracción por el bien de todos. Tú mismo lo dijiste.

—Yo tampoco quiero sufrir más, Arizona, quiero ser feliz y no voy a serlo acostándome con otras que no sean tú. No busco solo sexo, quiero… ser una pareja. Que tengamos exclusividad. Lo de vivir juntos me da igual. Podría venir a verte cada dos fines de semana… Sin ataduras, solo… disfrutar el uno del otro.

—¿Eso te bastaría? Porque algo así, podría llegar a planteármelo…

—Es un principio…

—¿Un principio de qué? ¿Dónde acabará el cuento de hadas? ¿Pidiéndome que vaya a vivir a Manchester y discutiendo por mi negativa?

—Más adelante podríamos valorar la posibilidad de que trabajaras a distancia desde Manchester, sí…

—No es solo el trabajo, Tommy. No quiero alejarme de mi familia. Y nunca he querido ser madre. Rol que tendría que aceptar semana sí, semana no. ¿Y sabes cómo terminaría todo? Contigo dando un paso atrás en la relación con tus hermanos. Es mejor dejarlo aquí, Tom…, ¿no lo ves? Yo soy como soy y no voy a dejar de serlo nunca.

Cojo mi copa y me la bebo de un trago. Empiezo a enfadarme y no quiero.

—Vale. Pues lo dejamos aquí…

Nada más decirlo, mi corazón comienza a palpitar violento a modo de queja.

«No me esperaba esto».

¿Qué se supone que voy a hacer ahora?

27
NOVIA A LA FUGA



Oírlo de su boca resulta duro. «Lo dejamos aquí».

Ver rendirse a alguien siempre es desolador, pero que lo hagan contigo, es realmente demoledor.

«Sé fuerte», me digo. No puedo volver a ser Arizona, la insensata.

Tommy se va de mi lado y mis primas me miran haciéndome señales. ¿No pueden disimular un poco?

Me amorro a mi vino y observo de lejos los movimientos de Tommy. Lo veo hablar con su padre y negar con la cabeza serio. ¿Se lo ha contado? Genial, ya soy la mala de la película. Luego huye hacia Kyle, que está calmando los lloros de Richi.

Su sobrino deja de llorar en cuanto lo ve, atraído por su barba. Todavía le cuelga una lágrima por la mejilla, pero no importa, ahora lo prioritario es tocarle la barba a su tío.

«Sí, pequeño, es maravillosa…», quiero decirle al bebé.

Que me dé envidia un niño de nueve meses es grave, pero ha sido ver a Tommy y echarme a temblar de puro morbo. Ni siquiera he querido darle dos besos por si acaso.

Lleva un traje azul cobalto y una camisa gris oscura. Sin corbata. Decir que está rompedor es quedarse corta… El medio centímetro que le ha crecido el pelo le queda de muerte y la barba de cuatro días del color del oro es el toque macarra que le faltaba para sucumbir a él.

Mi entrepierna patalea hambrienta, pero tengo que acallarla. Sería una irresponsabilidad enorme seguir mirándole así, y menos, cuando a Richi le da por tocarle los labios y abrirle la boca. ¡Maldito niño! ¡Esa boca es mía!

—¿Cuándo se supone que entramos a cenar? —le pregunto a Nataly inquieta.

—¿Por qué? ¿Tienes hambre? —Sonríe perversa.

—Pues sí…

—Algo me dice que por mucho que comas, la comida no te va a saciar, primita.

—Apaga tu modo zorrón, por favor, necesito que seas la Nataly aguafiestas de siempre o se me irá la olla y terminaré follando con Tommy en mi coche.

—No soy tu chica esta noche, lo siento. De siete meses estoy cachonda perdida… Hasta Drew está asustado de mí. Y esa barbita está pidiendo a gritos que la muerdan… Richi lo sabe, yo lo sé

y tú también.

—¡Nataly, joder!

—Te apoyo, tienes razón, y bla, bla, pero… Ahora en serio, os merecéis una despedida. ¡Nunca la tuvisteis! Y las cosas que se arrancan de cuajo, no cicatrizan bien, Ari. Piénsatelo.

—Ahora mismo te odio, ¿lo sabías?

—De naaadaaa —Se aleja de mí, sibilina.

¿Está borracha o qué le pasa? De felicidad, supongo.

Buena idea… Me pido otro Chardonnay para estarlo yo también.

Por suerte nos hacen pasar a cenar pronto. Son dos mesas largas de unas veinte personas cada una, entre la ruidosa familia Evans y los trabajadores de Delicias Evans que Nataly y Drew ven a diario.

Me despido de sentarme cerca de los novios, pero me acoplo cerca de Madison y Kyle. Paso de aguantar a mi familia, ya los aguantaré mañana en la boda. El problema es que Kyle, un hombre con mucho corazón, pero poco cerebro, le hace señas a Tommy para que se siente con él.

Los dos resoplamos conscientes de lo cerca que vamos a cenar. ¡Lo tengo justo enfrente!

—Dios me odia —murmuro a la derecha, hacia Madison.

—Yo creo que es al revés. —Sonríe maléfica.

Suspiro hondo y veo que Madi agarra el teléfono para escribirme algo más.

Madison:

Si no vais a ser amantes, podéis ser amigos. ¡Si no, ¿qué diferencia hay entre que te lo zumbes o no?!

Pongo los ojos en blanco porque tiene toda la razón. Pero ya sé adónde lleva el buen rollito… ¡al buen polvito! Y Tommy Norton no es un polvo más, es un fenómeno de la naturaleza que deja tu vida más patas arriba que el Katrina en Nueva Orleans.

—Entonces, ¿ya has conseguido un sitio donde vivir, Tom? —pregunta Madison con premeditación y alevosía.

—Sí, he tenido suerte. Me queda cerca de mi nuevo trabajo y del colegio de los niños y está totalmente amueblado.

—¿Has conseguido otro trabajo? —pregunto sin pensar. Es un dato importante para rehacer su vida—. Me alegro…

Tommy me mira como si no entendiera que me importe.

—Sí… —contesta cortado—. En un bufete de prestigio.

—Su suegro apareció en la vista del convenio regulador y Tom pensó que era el final, ¡pero el hombre se puso de su parte y no de la de su hija!, ¿no os parece increíble? —dice Kyle admirativo.

—No, no me parece tan increíble… —musito. Y bajo la cabeza cuando Tommy clava sus ojos en mí captando el halago encubierto.

—El Juez Robins fue quien me consiguió una entrevista tras hacer algunas llamadas —remarca Tommy con humildad—. Ese despacho no tiene nada que ver con Morrison, la mayoría de los letrados son muy agradables y tiene buena reputación.

—Me alegro mucho por ti —digo de corazón. Mejorar el ambiente que soportaba en su día a día era una tarea pendiente.

—Gracias… Al final Jack Morrison volvió a llamarme para ofrecerme el puesto de socio,

pero…

—¡¿Qué?! —chilla Madison.

—Pero lo rechacé —dice apartando la mirada.

—Eres el puto amo, Tommy —opina Kyle. Y me doy cuenta de que mis primas adolescentes, que están un poco más allá, también lo piensan.

«¡Dejad de mirarle y de cuchichear!», las miro mal. Puedo imaginarlas tocándose esta noche pensando en él…

«Sin embargo, tú podrías dejar que te tocara aquí y ahora», añade el diablillo de mi hombro. Tommy bebe vino tinto con su habitual elegancia y me froto el cuello.

¡BASTA! ¿Dónde está mi fuerza de voluntad?

Le suplico al camarero que me eche más vino blanco.

—Hay una cosa que no entiendo —digo de pronto—. ¿Cómo conseguiste librarte de Marzia? ¿Qué fue lo que cambió?

Tommy y Kyle se miran como si guardaran un secreto.

—Te llamé para contártelo, pero no quisiste cogerme el teléfono—masculla Tommy.

—Vale. Da igual… Solo me alegro de que pudieras escapar de ella.

—Encontramos un trapo sucio con el que chantajearla —explica Kyle.

—Déjalo, bro —lo corta tajante. Quiere que me quede con las ganas de saberlo. Es lo justo, pero…

—¿Qué trapo sucio, Kyle? —lo presiono.

El susodicho nos mira a ambos entre la espada y la pared. Se relame los labios ansioso por contármelo, pero la lealtad a su hermano le frena y es adorable verlo. Es como uno de esos cachorros muertos de hambre que no contienen la emoción de ir a por el plato lleno de comida.

—¿Madison? —pregunto a su lengua todavía más suelta.

—Descubrieron que ella tuvo un amante —dice solícita.

—Y eso es todo —zanja Tommy serio.

Los camareros comienzan a traer la comida y el tema se diluye.

Madison comienza a hablar del negocio que queremos montar y le presiono la pierna para que no siga hablando. No es el momento adecuado para explicar nuestra legítima intención de mejorar la experiencia del cunnilingus…

—¿Qué producto queréis lanzar? —pregunta Tommy interesado.

Cierro los ojos acorralada. No quiero que lo sepa. Le parecerá vulgar o soez.

—Arizona no me deja decírtelo —se excusa Madison encogiéndose de hombros—. Lo siento.

—¿Kyle? —pregunta Tommy con alevosía.

Le ruego con los ojos que no se chive.

—Es un producto de higiene femenina —explota Kyle—. ¡Lo siento…! —gime bajito hacia mí.

—Son aceites esenciales —remata Madi.

—¿Aceites esenciales? —Tommy frunce el ceño.

—Sí, de sabores —añade Kyle. Y lo taladro con la mirada.

—¿Sabores…? —rumia Tommy—. ¿Y cuál va a ser vuestro distintivo? Es decir, ¿qué os diferenciará de la competencia? Porque ya hay muchos aceites parecidos de todas las marcas.

Madison, Kyle y yo nos miramos.

—Es para una zona muy concreta —revela Kyle.

—¡Como digas algo más, esta noche tú no vas a acceder a esa maldita zona! —susurra

Madison enfadada.

Me cojo la nariz, porque acaba de revelar de qué zona se trata.

Tommy me mira subiendo las cejas, creo, porque yo a él no le hago caso, pero siento sus iris clavados en mi cara.

—Todo surgió como una broma sobre unas bragas para hacer que esa zona huela bien… pero derivó en aceites esenciales limpiadores para tenerlo a punto cuando… vayas a tener sexo oral —musito lo último casi para mí.

—Me gusta —opina Tommy—. Pero lo estáis enfocando al revés.

Alzo la mirada, alucinada. Si tienes la suerte de que Tommy se meta a opinar sobre algo así, has de hacerle caso.

—El olfato tiene un papel importantísimo en la atracción sexual —comienza su disertación—. ¿Habéis oído hablar de los flechazos o del amor a primera vista? No es más que química olfativa. Sustancias que desencadenan una respuesta inmediata sobre la compatibilidad y el deseo sexual. Creo que es un error enmascarar ese olor con otros.

—¡Estoy flipando! —exclama Madison animada—. ¡¿Qué más sabes sobre esto?!

—La pregunta es ¿cómo sabes tanto de esto? —interviene Kyle extrañado—. Pareces el psicópata de *El perfume*…

—Tuve un caso hace tiempo de una mujer que quiso demandar a la marca de una crema facial cuando se enteró de que contenía trazas de secreciones vaginales…

—¡¿Qué?!

—Perdimos el juicio al descubrir que, hoy en día, muchos perfumes contienen sustancias que intentan imitar el olor vaginal para hacer que la gente vuelva la vista atrás al pasar.

—¡No me jodas! —grita Drew—. ¡Sabía que llevaban algo narcótico!

—Las feromonas que desprende el cuerpo humano, especialmente las de nuestras partes íntimas, se han llevado al laboratorio para crear fragancias que simulan su aroma —prosigue Tommy—. Las cortesanas de la Edad Media usaban su flujo como perfume. Se lo ponían en la piel para seducir a los hombres y estimular su deseo sexual.

—¡Alucinante! —formula Madison encantada.

—Yo no cambiaría el olor a sexo por nada del mundo —dice Tommy sensual. Y la intensidad con la que me clava la mirada hace que me sonroje.

—El olor propio de alguien es, sin duda, el que más atrae —me posiciono—, pero si este es demasiado fuerte, puede llegar a ser desagradable. Las feromonas frescas y sanas son estimulantes, pero las que cargamos a lo largo de toda una jornada de trabajo seguramente no…

—Por eso me parece buena idea que el producto se centre en una solución higiénica para ese encontronazo casual a las ocho de la tarde en un bar con un ex… —rebate Tommy—, pero sin enmascararlo con olores y sabores. Cada persona tiene un olor particular y personal que nos distingue de los demás, y si encuentras un aroma que te vuelve loco, no deberías dejarlo escapar…

—¿Podemos decir entonces que el amor es una cuestión de olor? —plantea Madison divertida.

«El amor es cuestión de que te miren como si quisieran devorarte viva», susurra mi diablo libidinoso. Alejo mi mirada de la ardiente y prometedora de Tommy.

—Madi tiene razón —dice Tommy sin dejar de mirarme—. Los olores que emanan de nuestros cuerpos pueden determinar una conexión física y emocional muy importante, pero hay quien decide ignorarla por razones estúpidas…

Me siento tan aludida que me obliga a decir:

—Estando en ciudades distintas es difícil oler a alguien.

—Yo no me ducharía en cinco días si fuera necesario…

Kyle carraspea y Madison sonríe tunanta.

—Es un tema interesante, chicas. Deberíais empezar por analizar en profundidad de qué depende el olor y cómo tratar de mejorarlo. Seguro que influirán muchas variables, como la edad, la alimentación, los marcadores fisiológicos, la actividad física y la fase del ciclo menstrual.

—Gracias, tío, ya la tenía morcillona —murmura Kyle.

Tommy sonríe de una forma que me dan ganas de comerle la…

—¿Más vino, señorita? —me pregunta el camarero al ver que mi copa está de nuevo vacía.

—Sí, por Dios… —musito desesperada.

—Entonces, Tommy —comienza Kyle cizañero—. ¿Vas a venir a Londres más a menudo a partir de ahora? Porque papá me ha dicho que tienes pensado utilizar la habitación de Drew de forma más permanente… ¿Algún motivo en particular? —pregunta sonriente.

—Sí. Por temas de trabajo…

Esa respuesta llama mi atención, pero no voy a picar.

—¿Qué trabajo? —pregunta Madison por mí. «¡Gracias, prima!».

—Voy a conseguir la anulación del último juicio de Arizona y de toda la sentencia. Voy a recuperar el dinero.

Lo miro desconcertada.

—¿PERDÓN…?

—Denunciaré a su abogado por mala praxis. Debió usar las pruebas que le mandé desde Manchester. Y amenazaré a Philip Grisham con filtrar las grabaciones que tengo. Será un caso muy mediático, pero mi nuevo bufete me apoya. El proceso judicial será aquí en Londres. Por eso tengo que venir.

—No lo hagas, por favor…

El deje suplicante de mi voz hace que Tommy me mire.

Sus ojos son tan astutos y cautivadores…

—Solo deseo dejar ese tema en el olvido y seguir con mi vida…

—Eso puedes hacerlo conmigo, pero no voy a permitir que esos hijos de puta se salgan con la suya. Es un caso claro de obstrucción a la justicia, soborno y extorsión. Y tengo las pruebas necesarias.

—¡Tommy, esa gente es muy peligrosa! —exclamo atenazada—. No quiero que te metas en líos por mí.

—Esto no tiene nada que ver contigo. Es solo que se han metido con el abogado equivocado…

—¡El puto amo! —palmea Kyle.

—Tranquila, tu nombre no saldrá a la luz —prosigue—. La sentencia es contra *Sin Límites* y no me voy a quedar callado. Es injusto.

Me llevo una mano a la cabeza y Madison me toca la pierna para que me tranquilice.

—¿Me acompañas al baño? —me pregunta considerada.

Solo puedo asentir con la cabeza.

Cuando entramos en los lavabos me apoyo en el mostrador y me miro al espejo.

—La madre que lo parió… —mascullo solamente.

—Lo sé. No te envidio, querida… No sé cómo vas a resistirte a un bombón vengativo que folla como el dios del trueno cabreado.

Me cubro la cara. Añade «kamikaze» a la ecuación.

Oigo que alguien entra en el baño.

—¿Qué ha pasado? —aparece Nataly—. ¡He tenido que sentarme con mis padres y me lo estoy perdiendo todo! ¿De qué hablabais? Parecíais acalorados…

—Te has perdido una cena memorable de pullas sexuales y olores vaginales —informa Madison.

—¿Qué? —dice arrugando la nariz.

—Tommy quiere reabrir el caso de Grisham —la informo—. Y no me hace ninguna gracia… Ese hombre es muy peligroso y yo solo quería olvidarlo todo.

—Tommy trata de recuperar tu dinero…

—¡El dinero no me importa! ¡Iba a pagar esas cien mil encantada con tal de no tener que volver a verle! Es muy duro tener que resistirme a él todo el tiempo…

—¡Pues no lo hagas! —me anima Madison.

—¡Por fin me estaba desenganchando, Madi! Liarme con Tommy ahora sería como volver a las drogas tras quince días limpia… ¡Una recaída total!, y después me quedaré hecha una mierda. Y él también. Y todo se irá a la mierda. Como siempre…

—No tiene por qué ser así —dice Nataly acariciándome el hombro—. Os despedisteis de una forma muy abrupta en Barbados y nadie se merece eso. Todo el mundo necesita un último adiós con sus seres queridos y vosotros no lo tuvisteis.

—Tiene razón, Ari —secunda Madison—. Te mereces despedirte de él…

—¡¿Pero me veis cara de tonta?! ¡Sois como esos camellos incitadores! ¡Pero sé que si lo cato, querré más! ¡Menuda ayuda me dais!

—Puede que con el tiempo lo aborrezcas —tercia Madi.

—¡Ese es el problema principal, que no tenemos futuro como pareja! Y como no lo pare aquí, terminaré preñada con su semen mágico, igual que vosotras. ¡Y él ya tiene dos hijos!

—Eso no es del todo cierto… —murmura Nataly.

Madison y yo la miramos sin entender.

—¿Qué quieres decir?

—Nada… —dice cohibida.

—Nataly, ¿por qué lo has dicho? —la presiono enfadada.

—¡Por nada! ¡Se me ha escapado! ¡Este bebé me maneja a su antojo y me hace decir cosas! Creo que va a ser un Kyle…

—¡Nataly, ¿qué se te ha escapado?! ¡¿Por qué has dicho que Tommy no tiene dos hijos?!

—Porque descubrió que Colin no es suyo… Su mujer se quedó embarazada de su amante y lo mantuvo en secreto.

Madison y yo hacemos una o con la boca.

—¡Pero él no quiere que nadie lo sepa! No se lo contéis a nadie jamás, por favor. A NADIE, MADISON.

La aludida niega con la cabeza impactada.

—¿Y lo va a acoger como propio? Eso es…

—Admirable —remato apabullada. Y la última piedra del muro que había levantado para protegerme de su hechizo, se despeña a mis pies.

Una vez más, el amor me vence la partida.

Tommy Norton se merece todo lo bueno que le pase.

28
UNA PROPOSICIÓN INDECENTE



Soporto los postres sin levantar la vista de mi plato. Si lo hago, sus ojos azul oscuro, a juego con su traje, me acorralarán y tendré que abrirme de piernas y entregarme a él. Así están las cosas…

Por suerte esta noche, los novios no dormirán en su casa. Las chicas vamos a estar en la mía, para arreglarnos todas juntas al día siguiente y hacer una sesión fotográfica, y los Norton se juntarán en casa de Drew y Nataly. Es decir, que si supero el par de horas que duren las copas, saldré airosa de este primer encuentro con él. Mañana Dios dirá…

Ha pasado por mi cabeza masturbarme antes de venir a la cena, pero al final me ha parecido una gilipollez. ¡Imbécil!

Mañana no me pasa… ¡Necesito aliviar esta tensión más que respirar!

El primer *gin-tonic* me lo bebo casi de un trago y me sabe a gloria bendita. Por momentos, me voy poniendo peor cuando veo a Tommy hablando y bromeando con las pasteleras más jóvenes de Delicias Evans. Hay una que no está mal y que no le quita las zarpas de encima.

—Relájate, Arizona… —murmura Madison a mi lado.

—Lo intento. Pero hace un minuto quería follarme, y ahora, míralo… Admiro la capacidad que tienen los tíos para cambiar de tercio.

—No ha cambiado, le sigues gustando tú.

—No me ha mirado ni una vez desde que hemos llegado al bar —mascullo cabreada.

—Puede que esa sea su estrategia.

—¡Pues no puede serlo porque es la mía! —rezongo.

—Has encontrado la horma de tu zapato, primita. Los tíos como Tommy Norton, y los Norton en general, no son cazadores. ¡Porque no lo necesitan! Las tías se les echan encima sin buscarlo.

—Así no me ayudas…

—¡Es que no sé lo que quieres oír!

«Yo tampoco», oigo retumbar en mi interior. Entonces Tommy me mira por primera vez en mucho rato y creo que lee a la perfección lo frustrada que me siento. Pero en lugar de acercarse a

mí, me ignora de nuevo. ¡No lo soporto!

—¿Quieres un consejo? —pregunta Madison con miedo.

—Dime…

—Sé una Evans.

—¿Qué significa eso?

—Nataly me contó que antes de acostarse con Drew llegó a rogarle que se corriera en su cara.

—¡¿CÓMO?!

—Y yo arrastré a Kyle a la despensa de un bar y le ofrecí mi culo desnudo sin tan siquiera haberle besado. Sé una Evans y dile lo que quieres. Él hará el resto…

—Joder, Madi… No quiero quedar de loca. Antes le he dicho que quería estar sola. ¡Y lo mantengo! Es solo que…

—No es una proposición de matrimonio, ¡solo un polvo! El de despedida. Deja de rayarte. Os lo debéis.

—A tomar por culo… ¡Un tequila, por favor!

—¡Esa es mi prima! ¡A mí ponme otro! Mis padres se quedan con Richi esta noche y tengo que aprovechar…

Me lo bebo de golpe y tramamos un plan. Uno infalible, según Madison.

Después busco a Nataly por la sala, y veo que sigue dandole comba a Tommy y a esa maldita pastelera que no recuerdo cómo se llama. Me las va a pagar, joder…

Voy hacia ella y todos captan la agresividad con la que la aparto del resto del grupo para abroncarla.

—¿Puedes dejar de presentarle a Tommy chicas perfectamente válidas para una aventura «bodil»?

—He creído que necesitabas un empujoncito…

—Sé que está mal visto pegar a una embarazada, pero lo haré igualmente…

—Candy es adorable y bastante sexual. Depende de ti que no se lo calce esta noche o mañana. Ganas no le faltan y el pobre Tommy está despechado…

—¿Cómo puedes ser tan sádica?

—He aprendido de ti —Sonríe—. Tómatelo como una victoria final sobre la zorra de Marzia.

«¡Maldita sea!».

La esquivo y voy directa a Tommy para cogerle de la mano y arrastrarlo conmigo al más puro estilo Madison. La cual me ha propuesto buscar las dependencias privadas del bar y manipular la cerradura como solo ella y una horquilla saben hacerlo. Su sonrisa malévola al conseguirlo me ha puesto a cien.

Llegamos a la sala en cuestión y me lanzo a sus labios antes de que podamos cerrar la puerta. Quería insultarle primero, pero mi boca solo estaba dispuesta a cooperar de una manera.

Su violencia al devolverme el beso, me deja muda una vez más.

—¿Pensabas follarte a esa tía? —digo lasciva entre lametazo y lametazo.

—No, solo quería ponerte celosa.

—Pues no lo estoy.

Ríe en mi boca.

—Pues menos mal…

Me aplasta contra la pared con rudeza y me besa con una fuerza que no puede darme más morbo.

Sigue por los alrededores de mi cuello para que recupere un poco la respiración y no sé cómo

se lo monta para sacarme un pecho del vestido y amasarlo con fruición. Cuando su boca cae en picado sobre mi pezón la sensación rebota en mi entrepierna provocándome una descarga eléctrica.

—Si supieras cuántas veces he fantaseado con esto… Es lo único que me ayudaba a soportarlo todo.

Saca el otro pecho y continúa con su festín mientras hundo las manos en su pelo y pongo los ojos en blanco al sentir sus dientes haciendo estragos sobre mí.

De pronto, echo su cabeza hacia atrás, separándolo de mí.

—¿Creías que me tendrías a tu disposición tan fácilmente después de haber pasado de mí tanto tiempo?

—Confiaba en mi suerte… Porque solo la he tenido contigo.

Vuelve a besarme con desesperación y me invade el delirio. Mi mano va sola hacia su cinturón y maniobro para desabrochárselo, junto con el botón. Su cara de desconcierto no tiene desperdicio cuando me agacho, agarrada a su pantalón, y le aparto la camisa para posar mi boca en sus músculos oblicuos.

Siempre me han encantado estos músculos simétricos en los hombres, sobresaliendo a cada lado y señalando mi siguiente zona favorita. Solo aparecen si el tío está muy en forma. Y Tommy lo está. Además, vienen acompañados por unos abdominales de infarto y unos pectorales de revista. Imposible resistirse…

Él apoya una mano en la pared con un jadeo agudo al imaginar lo que me dispongo a hacer.

Cuando por fin me encuentro cara a cara con la pitón, la sujeto con fuerza para demostrarle quién manda aquí.

—Arizona… —implora más duro que una piedra. No sé si es una advertencia o un ruego, pero sonrío.

—Desde que te he visto, solo he podido pensar en hacer esto… —confieso.

Notar que tiembla cuando nota mi aliento en la punta me hace sentir viva. Introducirla en mi boca me causa un placer desconocido, sobre todo, cuando siento cómo un espasmo le atraviesa la médula espinal.

Mi cuerpo reacciona a ese movimiento humedeciéndose por completo. Eso provoca que incremente la pasión con la que lo estoy devorando, y veo que Tommy se tensa muchísimo.

—Para, por favor o voy a estallar… y quiero hacerlo de ti.

En cuanto lo libero, me sorprende tirando de mí hacia arriba y pegándose a mi cuerpo. Que su lengua invada mi boca, encontrando su propio sabor en ella, me deja al borde del abismo.

—Métemela ya, Tom… —jadeo desesperada. Nunca había estado tan caliente.

Lleva su mano hacia la abertura de mi vestido y cuando descubre que no llevo bragas, se vuelve completamente loco.

—Ari, joder… ¡¿Llevas toda la noche torturándome y has venido sin bragas?!

—Sé que te gustan los retos —contesto maliciosa.

—Eres incorregible… —Me presiona contra él.

—Pues castígame…

Suelta un gruñido gutural y sus dedos frotan mi clítoris con fuerza embadurnándose de líquido, lo que me hace soltar un gemido agudo y que mis caderas se agiten contra su mano.

Me he liado con muchos chicos, pero Tommy es especial, sabe cómo llevarme al límite con un solo toque.

—Espero que estés lista porque voy a follarte aquí mismo, con las tetas al aire, el vestido por

encima de las caderas y tu coño chorreando sobre mi polla.

Me agarra del culo para que abra las piernas y me penetra con tal ímpetu que me deja sin aliento. El placer que me atraviesa es tan alucinante que las sensaciones me desbordan.

Me agarro a su cuello con fuerza absorbiendo el placer de las primeras embestidas y jadeo en su oído. Él no tarda en besarme como si se le fuera la vida en cada empujón. La rítmica y resbaladiza convergencia de nuestros cuerpos es jodidamente perfecta. Esto no es sexo. Es mucho más. Es una satisfacción física y mental tan grande que no somos capaces de abarcarla.

Físicamente me mantengo todo el tiempo en la cresta de la ola sintiendo que estoy a punto de romperme, pero emocionalmente llena un vacío que sé que jamás podré llenar con otra cosa. Y eso me asusta.

Me asusta tanto que no consigo relajarme lo suficiente para correrme. Además, no quiero que acabe, ¿y si de verdad esta es la última vez que estamos juntos?

Las estocadas son cada vez más profundas y potentes y tengo la sensación de que se está macerando un orgasmo que podría hacer que perdiera el conocimiento.

—¡No puedo más, Tommy, me va a dar algo, pero no puedo!

Él se da cuenta de lo que me pasa, porque debe de estar sintiendo algo parecido para no haberse corrido ya con lo excitado que estaba. El coco a veces va por su cuenta, pero el cuerpo sigue acumulando tensión y es una puñetera bomba.

Lo noto maniobrar para agarrarme de una forma mucho menos romántica y más primitiva. Trata de inmovilizarme, sujetándome de la clavícula y del muslo a la vez, moviendo mi cuerpo con rapidez, como si quisiera darse placer a él mismo.

—Lo siento por ti, pero ahora mismo eres mía. Si quieres que esto acabe, ábrete más, entrégate del todo y te dejaré marchar.

El placer es casi insoportable cuando hago lo que me pide y me rindo a su fuerza brutal. Jamás me he sentido tan deseada en mi vida y cuando me entrego a él, siento que un deseo descomunal invade cada rincón de mi ser.

Mi cuerpo revienta y empiezo a correrme a borbotones sin saber dónde está el cielo y dónde la tierra. Solo grito, agarrándome a él y escucho cómo Tommy se deja ir también con un tremendo alarido.

Creo que jamás había sentido tanta adrenalina.

Cuando por fin puedo abrir los ojos, veo que Tommy me está mirando. Todavía no me ha soltado por miedo a que me derrumbe. Y ha acertado.

—¿Estás bien? —pregunta algo preocupado.

—Sí… ¿y tú?

—Yo volvería a pasar otra vez el infierno que he vivido solo para repetir este momento…

Sonrío ante el halago. Sé cuánto ha debido de sufrir estas últimas semanas. Por todo y por todos. Así que eso significa mucho para mí.

—No sé si voy a poder caminar —le advierto.

—Empieza por apoyar los pies en el suelo.

Obedezco y soy peor que un cervatillo recién nacido.

Él espera con gentileza hasta que me recupero y me recoloco el vestido. Después se adecenta un poco.

—Tenías razón… Esto no me basta, Ari, necesito más. Más tiempo contigo para… para sosegar lo mal que lo he pasado estos últimos meses. Te necesito para volver a encontrarme a mí mismo… ¿Tiene algún sentido para ti?

—Sí, pero quiero ser franca contigo, Tommy. Yo no sirvo para relaciones serias… Nunca podré darte eso.

—Nunca digas nunca.

—No, Tom. —Le toco la cara—. Lo digo en serio. No quiero que mis primas ni tus hermanos ni tú os hagáis ilusiones. Esto no cambia nada… Soy como soy.

—Lo sé…

—No quiero que sepan que nos estamos viendo y que luego les salpique. No se lo merecen…

—No tenemos por qué dar explicaciones. Yo solo quiero estar contigo cuando podamos. Con eso, por ahora me basta.

—Vale. Pero hoy no es el momento, hoy toca disfrutar de este evento familiar único con tus hermanos. No quiero robarles ni un segundo más. Estaremos juntos cuando se tercie, pero no como una imposición ni como una pareja. ¿Te parece bien?

Aguanto la respiración mientras espero su decisión, pero no contesta nada.

Unos segundos después, su mano acariciando mi cara me produce una sensación de ternura increíble. Sus labios buscan los míos y me dedica un beso bonito y lento, en comparación con los que nos hemos dado antes. Un beso que hace que no quiera salir de esta habitación, pero tenemos que hacerlo porque la vida real nos espera.

—Me parece bien —musita juntando nuestras frentes.

Me invade un alivio sanador incomparable.

Cuando volvemos a la sala de baile, nos despedimos con una mirada y cada uno se va hacia un lugar diferente.

Cuando Madison me ve, abre los ojos entusiasmada.

—¡¿Qué tal?!

—Bien…

—¡Ya lo veo! ¡Vaya cara traes! Parece que te ha follado un tren.

Sonrío ladina. No voy a decir nada, pero más bien ha sido el jodido *Tren Bala* de Japón.

—¡Pero dime algo!

—¿Qué quieres que te diga?

—¡Pues cómo te sientes!

—Como Rambo. No siento las piernas…

Madison suelta una carcajada y yo termino riéndome también.

—Pues ya lo digo yo: te sienta bien estar con él… Pareces otra.

—Sigo siendo la misma.

—Sí, pero eres la mejor versión de ti.

29
EL LADO BUENO DE LAS COSAS



Mes y medio después

Mi móvil no deja de sonar.

Tengo el WhatsApp colapsado de mensajes y mi cara apuntándome con treinta micrófonos a la vez no deja de salir en las noticias. Es lo que pasa cuando destapas un escándalo público de estas dimensiones.

Lo que me extraña es que todavía no hayan intentado pegarme un tiro… La señora Grisham me dio ayer las gracias públicamente por avisarle de lo sabandija que era su marido. Ella sí que se va a forrar yendo a los platós de televisión.

El juez Robins me ha ayudado a acelerar el proceso de cancelación de la apelación del juicio de Arizona, y en breve, habrá otro por el gran peso mediático que está teniendo el hecho de que un miembro del parlamento haya intentado delinquir. No quiero imaginarme las costas judiciales que va a tener que pagar el politicucho…

Y no quiero imaginarme cómo me lo va a agradecer Arizona. O sí…

—¡Papá! —grita Colin lanzándose sobre mí en el sofá.

El golpe que me da en los huevos es inversamente proporcional a lo que espero de «mi chica».

La denomino así porque este mes y medio nos hemos visto ya seis veces. Un día incluso conduje de noche para llegar a las once a Londres y volver a Manchester a las cuatro de la mañana, pero puedo decir que mereció la pena con creces… Llevábamos todo el día mandándonos mensajes subidos de tono y fotos sexis. Fue una noche memorablemente porno.

Pero empezaré contando lo especial que fue para nosotros la boda de Drew y Nataly. Tener que sentarnos alejados sirvió para establecer una sesión de miradas y sonrisas que disfrutamos como dos adolescentes. La seguí hasta el servicio cuando me miró con picardía mientras se levantaba y estuvimos besándonos unos minutos en un rincón oscuro. Lo cierto es que no esperábamos que el lugar estuviera tan concurrido y no pudimos hacer mucho más, lo que nos

dejó en llamas el resto de la velada. Cada vez que la gente gritaba que los novios se besaran, nosotros lo hacíamos con la mirada.

¿Qué más daba que viviéramos en ciudades distintas?

¿Qué importaba que no quisiera conocer a mis hijos?

Tenerla en mi vida y que me sonriera de esa forma, era suficiente para mí. Y más después de tanto sufrimiento.

Cuando pusieron un vídeo emotivo con fotos de toda la vida de los novios, tuve que contenerme mucho para no levantarme y abrazarla mientras la veía llorar emocionada.

Quise beberme cada una de sus lágrimas y luego besar el sonrojo de sus mejillas al ver que la estaba mirando.

Durante el baile de los novios, muchas parejas se unieron a la balada que eligieron, *Thinking out loud* de Ed Sheeran, y yo me atreví a sacarla a la pista porque sus ojos me lo estaban pidiendo a gritos.

Sus padres estaban mirando y el mío también, pero cuando susurré en su oído a la vez que la canción que *Su sonrisa estaría para siempre en mi mente y en mi memoria,* me besó. ¿Por qué lo hizo si quería mantenerlo en secreto?

A partir de ese momento, todo el mundo se dio cuenta de que había algo entre nosotros, entre otras cosas, porque no me corté ni un pelo y tampoco disimulé a la hora de marcharnos a casa y comunicarle a mi padre que iba a dormir con Arizona.

—Es una chica increíble, hijo —Me sonrió orgulloso.

—No sabes cuánto…

—¿Pero cómo vais a estar juntos si ella vive aquí y tú en Manchester?

—Prefiero no pensar en eso por ahora, papá.

Sabía que algún día nos toparíamos con esa cuestión, pero ya cruzaríamos ese puente cuando llegara el momento. Era hora de disfrutar sin pensar en las consecuencias por una vez en mi vida.

Las horas posteriores a la boda que pasamos en su casa me demostraron que, pasara lo que pasara, lo compensaría.

No era un apartamento de lujo, ni mucho menos, pero se respiraba la esencia en sí misma de Arizona en cada metro cuadrado, en cada detalle… Y su cama, joder… era un oasis excitante que provocó que su hechizo me durara días.

Puestos a ser sinceros, apenas dormimos aquella noche. Pero más allá de la irritación de nuestros sexos, estuvimos besándonos durante horas, dejando que mi espíritu sanase con cada caricia de su lengua.

Me hizo recordar quién era antes de mudarme a Manchester y sentirme en consonancia con mi yo actual. Quizá todas las piezas de mi mundo no encajaran a la perfección, pero las sentía reales y mías. Y todas ellas me hacían feliz: mi trabajo, mis hijos, mi novia… De momento, funcionaba.

En pocas semanas, los niños empezaron a volcarse mucho más conmigo. Jamás había visto una capacidad de adaptación tan rápida, un cambio de chip, de registro, ¡de todo! Eran mucho más moldeables de lo que pensaba y sentí un alivio inmenso por decidir divorciarme. Es cierto que estaba todo el día corrigiendo malos hábitos que nadie les había señalado antes, pero parecían respetarlos y aceptarlos de buen grado. Mi truco era darles una de cal y otra de arena.

—Papi, ¿jugamos a los legos? —me pregunta Colin.

—Vamos.

Dejo lo que estoy haciendo y me marcho con él a jugar un rato. A veces pienso que todavía no

me ha dado un ataque solo por tomarme estos momentos que parecen una pérdida de tiempo, pero no lo son. Me ayudan a aliviar la tensión.

El caso Grisham ya está en boca de todo el mundo y la prensa no deja de perseguirme para saber más. Acusar a Philip Grisham, no solo de ser un pervertido por haber contratado un dron para grabar un encuentro sexual, sino por intentar hundir posteriormente a la empresa con la que llevó a cabo la actividad, había revolucionado las redes sociales.

Estoy haciendo todo lo posible por que el nombre de Arizona no aparezca por ninguna parte, pero me temo que, tarde o temprano, saldrá a la luz.

Mi teléfono suena y veo que es Drew.

—Dime, bro…

—¿Cómo está el abogado más famoso de Gran Bretaña?

—Aguantando el acoso.

—Vas a joder a ese cabrón.

—No sé… Grisham quiere verme mañana para llegar a un acuerdo y que la cosa no se airee. Está acojonado. El tío que grabó el vídeo-dron ha desaparecido del mapa, creo que ha huido del país… Pero no lo necesito, tengo los vídeos.

—Entonces, ¿cuándo vienes a Londres?

—Esta misma noche. Para que Arizona me dé unos cuantos mimos antes de la reunión de mañana. ¿Nos veremos?

—De eso quería hablarte… Yo quería verte, pero Nataly está paranoica… Creo que es porque sale de cuentas en dos semanas, pero dice que no es seguro que nos vean contigo. Que ahora mismo estás en el ojo crítico y que esa gente podría chantajearte amenazando a tus seres queridos… —resopla—. Le tengo dicho que no debería ver tantas series conspiratorias, pero… Ahora mismo no quiero discutir con ella y alterarla. Lo siento…

—No te preocupes. Lo entiendo perfectamente. Con suerte, todo acabará mañana. Querrán pactar.

—Genial. Pero cuídate mucho, por favor. Y avísame con lo que sea.

—Lo haré. ¡Nos vemos!

Al colgar me siento un poco frustrado y llamo a Kyle.

—Dime, bro… —contesta igual que yo a Drew y sonrío porque creo que se me están pegando demasiadas cosas de él.

—Mañana voy a Londres, ¿quedamos a desayunar?

—Claro. Dime dónde y a qué hora.

—En el bar que hay debajo de casa de Arizona.

—¿Por qué no me dices que en realidad llegas esta noche, cabrón?

—Porque seguramente cene sushi sobre su cuerpo desnudo y no quiero que lo veas.

Su carcajada me hace sonreír.

—Oído, nos vemos en el desayuno.

—¿Todo bien por ahí? —pregunto por cortesía.

—Sí. Mañana te cuento una cosa…

—¡¿Qué cosa?! Ahora no me dejes así, tío. ¿De qué trata?

—De que estoy pensando en pedirle a Madison que se case conmigo…

—¡Wow!

—¿Te parece una estupidez?

—¡Claro que no!

—A ella no le gustan mucho las bodas… Creo que se reirá de mí y me dirá que no hace falta.

—¿Y tú por qué quieres casarte?

—Porque Andrew me dio envidia.

Me troncho de risa ante su respuesta sincera.

—Yo creo que deberías pensar algo hecho a su medida. Algo a lo que no pueda decirte que no.

—¿Como qué?

—No sé, piénsalo un poco. Yo también lo haré y mañana lo comentamos.

—¡Hecho! Hasta mañana, bro.

—Hasta mañana…

A continuación, escribo a Arizona y le digo que esta noche me apetece cenar sushi. Me reservo lo de que mi plato va a ser su cuerpo desnudo. Le encantan ese tipo de sorpresas.

Aviso a Emily, la niñera en la que me apoyo cuando me surge algún imprevisto, para que venga a dormir hoy con los niños y los lleve al colegio por la mañana. Yo mismo los recogeré por la tarde, porque ya estaré de vuelta.

Cuando llega el momento, me despido de mis hijos.

—Portaos bien, por favor. Si Emily me dice que habéis cumplido, mañana cenaremos en el Pizza Roll.

—¡YUHU! —celebra Arthur.

—Después de cenar, dormíos pronto, ¿vale?

—Sí, papá, lo haremos. Confía en mí. Ya soy mayor —me tranquiliza Arthur.

—De acuerdo, campeón. Confío en ti. Emily, avísame cuando estén dormidos, ¿vale?

—Claro, señor Norton. Que tenga buen viaje.

—Gracias.

Cojo la autopista y acelero con mi deportivo biplaza Jaguar F-TYPE, el único juguete que quise rescatar de mi divorcio. Lo demás me daba bastante igual. Marzia se quedó con el Mercedes y el Audi y yo con el BMW familiar. Me entró la risa al darme cuenta de que teníamos uno de cada marca. Para abarcar los gustos de todo el mundo, creo.

Cuando viajo a Londres deseo llegar a los 300km/h que alcanza el vehículo sin importarme las multas, pero no quiero matarme.

Al entrar en su calle, veo luz en su ventana y una sensación de bienestar me envuelve por completo. Consigo aparcar relativamente cerca y llamo al timbre. Dos veces. Ella sabe lo que eso significa… Es una gran cinéfila.

Cuando por fin me abre la puerta de su bohemio apartamento, su sonrisa compensa las cuatro horas de viaje hasta aquí. Bueno, vale, con el Jaguar, son tres.

Nos sonreímos y nos besamos sin un hola de regalo. Nuestros labios tienen muy claras sus prioridades.

Que se cuelgue de mi cuello, levantando un pie, es todo lo que necesito para sentirme completo.

—Hola… —musita en mis labios.

—Hola…

—Me encanta que vengas entre semana —dice mimosa.

—¿Los fines de semana te gusto menos?

—Seeeh… un poco menos.

Volvemos a besarnos y cerramos la puerta.

Ella no quiere una relación seria, pero en realidad la tenemos. Más allá del sexo sucio y salvaje, de las fotos guarras, de las conversaciones morbosas por WhatsApp y de jadeos compartidos… somos una de esas parejas cariñosas que nos contamos desde lo que hemos comido, hasta las curiosidades que vemos en las redes sociales. Hablamos de nuestros trabajos, problemas con nuestros padres, yo le cuento sobre mis hijos y soñamos despiertos con volver a vernos pronto.

—¿Sabes de lo que me he enterado? —digo juguetón cuando nos acurrucamos en el sofá para ver una de sus series favoritas.

—¿De qué?

—Kyle planea pedirle matrimonio a Madison.

—¡¿CÓMO?! —ríe alucinada—. ¡Si ella es anti-bodas!

—Eso me ha dicho. Por eso está acojonado. ¿Se te ocurre algo alternativo?

—No sé, tendría que pensarlo. ¿Él quiere casarse?

—Eso parece.

—Qué loco está…

—¿Verdad? El pobre está enamorado. Qué pena me da…

Ella me pega y yo me río.

«Como si tú no lo estuvieras», me dice su mirada burlona.

«Ni confirmo ni desmiento», responde la mía.

—No entiendo por qué lo necesita —dice pensativa—. Ya tienen un hijo juntos. Viven juntos. ¿Qué más quiere?

—No sé… ¿Contraprestaciones económicas?

—No creo que lo haga por eso.

—Entonces tiene que haber algo más, ¿verdad?

—Sí, envidia del fiestón que se marcó Drew.

—Tal cual —Acaricio su sonrisa resiguiendo la línea de sus labios—. O igual es que la quiere tanto que le hace ilusión compartirlo con todos sus seres queridos… Te vi muy emocionada en la boda de Nataly…

—Es que se merecía ser feliz.

—Todo el mundo lo merece.

—Pero no a todos nos hace felices lo mismo.

—Eso es verdad… —respondo melancólico.

—¿Tú eres feliz? —pregunta interesada.

—Rotundamente sí.

—¿En serio? —Me regala mi sonrisa favorita y se me sube encima mimosa.

—Por supuesto. Mis hijos están bien y dormidos. Estoy a punto de ganar un caso importante. Y a punto de besar a una mujer rebelde que me vuelve loco…

Nuestros labios se juntan con suavidad y el universo me confirma lo que ya sabía: que si me muriera ahora mismo, me iría en paz conmigo mismo.

—Dile a Kyle que solo hay una razón por la que Madison se casaría con él…

—¿Cuál?

—Para hacerle feliz. Que le diga sinceramente por qué quiere hacerlo y ella sabrá lo que tiene que hacer. Todo el mundo reniega de las locuras que se hacen por amor, pero yo creo que son las mejores... —Sonríe romántica—. Lo que más valoro en una persona no es su poder adquisitivo, ni su estatus, ni sus logros… yo me guío por los grandes gestos que hace la gente por los demás.

Esa es la verdadera riqueza. Y Madison demostró tener ese don cuando le cedió Delicias Evans a Nataly, por ejemplo.

No tengo más remedio que besarla.

Y sé que mis labios le están transmitiendo lo que siento por ella, pero me obligo a decírselo.

—Te quiero, Ari… Me he matado por conseguir dinero, estatus y logros profesionales, pero lo único con lo que he contado siempre es con mi sinceridad. Y nunca nadie me había impulsado a serlo tanto como tú.

»La noche que te conocí, volví a sentirme yo mismo después de años en el olvido. Te deseé desde el primer segundo, pero te quise nada más cerrarme la puerta en las narices de tu casa… Quería que lo supieras.

Las lágrimas se le saltan de los ojos y me abraza.

—Yo también te quiero, Tom… No sé cómo ni desde cuándo, ¡soy muy despistada para todo! Y tampoco sé qué significa, solo sé que no quiero perderte nunca y que soy muy feliz así. No quiero que cambie nada.

—Yo tampoco. Firmaría donde fuera por sentirme así toda la vida… Tenías razón, esto funciona, no puedo estar mejor.

La ropa nos va sobrando y antes de que me dé cuenta estoy dentro de ella sin cambiar de postura. Disfrutando de movimientos ondulantes y lentos que jamás pensé que significarían tanto con nadie.

Qué poco valoramos lo que tenemos…

Hasta que lo pierdes, claro.

30
PEARL HARBOUR



Salgo de la ducha y me visto rápido.

Me planteo no secarme el pelo porque es uno de esos días calurosos de finales de julio en los que no apetece.

Tommy y Kyle me están esperando en la cafetería de abajo. Llegaré justa para darle un beso a mi novio y desearle suerte en su reunión. Yo he quedado con Madison para ir al laboratorio de cosméticos y que nos enseñen el primer prototipo de *Always Perfect*, nuestras perlitas neutralizantes mágicas.

No me pinto los labios porque no quiero manchar a Tommy; y no pienso perdonar mi morreo de despedida.

Lo de anoche fue increíble…

Es obvio que está muy colgado de mí, pero lo nuevo es que yo también lo estoy de él. Y de momento, me dura, por eso estoy tan feliz. Y por eso ayer le dije que le quería. Porque es la verdad. Yo amo el amor, lo que no me gusta son las ataduras. Y Tommy no parece necesitarlas.

Salgo de casa, saltando cual gacela, porque las cosas no podrían ir mejor.

Cuando entro en el bar, veo que los chicos están pagando.

—Casi no me pillas —me amonesta Tommy—. Tengo que irme.

—Si te llegas a ir sin mi beso de la suerte, hubiera sido un fracaso de reunión —bromeo.

—Y de día —susurra cerca de mis labios. Termino de cerrar la distancia, pero le doy un beso de hola, no de adiós.

—¿Qué tal, Kyle? ¿Cómo te va?

—Bien. Creo que hoy es un día importante, ¿no?

—¡Sí! ¡Vamos a probar el prototipo! —exclamo feliz.

—Vale, pero tengo una duda… ¿No necesitáis ayuda? Es decir, os quedaréis desnudas, os lo untaréis en vuestras cositas y… ¡¿quién va a catarlo para saber si funciona?!

Tommy se echa a reír.

—Yo me ofrezco voluntario —dice Kyle canalla.

—Seguro que esta noche lo pruebas en casa…

—¿Y yo cuando? —protesta Tommy.

—El fin de semana, cuando vengas.

—¿Das por hecho que voy a venir? —dice con guasa—. Me estás agobiando…

Le pego en el brazo y se echa a reír. Una de cal y otra de arena, así es Tommy. No podría ser más perfecto para mí.

—Tengo que irme o llegaré tarde, Ari.

—Vete ya. He tardado en la ducha porque tenía sushi en partes de mi cuerpo que no deberían tener sushi…

—Sois unos cerdos —opina Kyle—. Con la comida no se juega.

Tommy y yo nos reímos y salimos los tres del local.

—Mucha suerte, cariño.

Recibe mis labios por última vez, agarrándome la cara y no quiero que el beso termine nunca. Su cadencia es tan suave que consigue volver a transmitirme un «te quiero».

Me suelta por culpa del estruendoso sonido de una moto que viene por la calle a toda velocidad.

Todos fruncimos el ceño porque ir así por esta zona puede ser un peligro, y de pronto, vemos cómo un motorista, totalmente vestido de negro, saca un arma de su pecho y la alza contra nosotros.

—¡Cuidado, Tommy! —grita Kyle.

La secuencia es tan rápida que yo ni me muevo, pero oigo el disparo y siento que algo me salpica. Lo siguiente que procesa mi cerebro es que ambos hermanos están en el suelo.

Oigo cómo la moto se aleja sin parar, pero no la veo, solo puedo mirar a Tommy y la cantidad de sangre que empieza a aflorar de su cuerpo.

—¡NO! ¡NO! ¡Joder…! —grita Kyle junto a él, afanándose por taponar la herida. Nunca lo había visto tan nervioso y torpe.

—¡Arizona, llama a una ambulancia! ¡RÁPIDO!

Mis manos no coordinan para hacer nada, y menos, rápido. Estoy en *shock*.

Tommy mantiene la mirada perdida mirando al cielo. ¡Necesito que me mire! Apenas distingo las manos de Kyle con tanta sangre y me aterra la idea de que estos sean los últimos segundos de vida de Tommy.

Me agacho a su lado y le toco la cara.

—Aguanta, por favor… —sollozo—. No me dejes…

—¡Arizona, llama ya! —me grita Kyle—. ¡Yo no puedo quitar las manos! ¡Llama! ¡Se va a poner bien!

Cojo el teléfono y llamo a emergencias temblando.

—¡Por favor, vengan al 55 de Zinc Street! ¡Hay un hombre herido de bala! ¡Está perdiendo mucha sangre!

Decirlo en voz alta hace que me asuste todavía más. Esto es real. ¿Y si le pierdo?

La sola idea me hace trizas. Me moriría.

Le toco la mano y él me mira.

—Arizona…

—Shhh… no malgastes fuerzas. Estoy aquí. Te pondrás bien…

—Ten cuidado —musita como si le preocupara que me pasara lo mismo. Porque todo esto no ha sido casualidad. Esta pesadilla tiene nombre y apellidos: Philip Grisham.

—Vas a recuperarte —digo solamente—. Lucha, por favor. No me dejes sola…

—Te quiero… —musita él más allá que acá y se desmaya.

—¡TOMMY! —grito asustada.

La cara de Kyle se descompone e intenta adivinar si su corazón todavía late pegando su oído a su pecho.

—¡Maldita sea, Tommy, ni se te ocurra! ¡Arizona, hazle compresiones! ¡No podemos dejar que se muera!

—¡¿Cómo se hacen?! —chillo histérica.

—¡Junta las manos entrelazadas sobre su pecho y presiónale el corazón! ¡Vamos, hazlo!

Intento hacerlo, pero la desesperación me paraliza.

—¡No dejes de hacerlo, Arizona! —me presiona Kyle.

No sé cuánto tiempo pasa hasta que llega la ambulancia, pero a mí me ha parecido una eternidad.

Oigo a los paramédicos hablar entre ellos sobre cientos de parámetros que no entiendo.

«Pulso débil», es lo único que me quita el bloque de cemento que tenía encima. ¡Sigue vivo!

Cuando llega el momento de elegir quién sube a la ambulancia con él, Kyle ordena que lo haga yo.

—Yo os seguiré con la moto.

—¿Estás seguro?

—Sí. Contigo al lado luchará con más fuerza por vivir —dice mirándome fijamente—. Nos vemos ahora.

—Kyle… no hagas nada raro. Ve directo al hospital.

Asiente como si le hubiera cazado en sus pensamientos de venganza.

—Llama a Drew y a Madison ahora. Tienes un hijo.

—Vale… lo haré.

En la ambulancia lo paso realmente mal viendo cómo le siguen administrando medicinas y fluidos.

Que no me contesten a la pregunta de «¿Se pondrá bien?» hace que me cague de miedo. Pero cuando las máquinas empiezan a pitar como locas es todavía peor.

—¡Neumotórax a tensión! —exclama alguien—. ¡Hay que sacar el aire! ¡No puede respirar!

Mi vida pasa ante mis ojos durante los diez segundos en los que le clavan una aguja gigante en las costillas. También veo pasar toda nuestra relación. Ha sido corta pero intensa. Y definitivamente no, no nos merecemos esto.

Siento que me ahogo porque se me olvida respirar a mí, pero soy incapaz porque Tommy no reacciona y las máquinas no dejan de pitar.

—¡Vamos! —suplica el médico. Estoy a punto de gritar.

—¡YA ESTÁ! —exclama alguien y veo que la caja torácica de Tommy vuelve a hincharse y a deshincharse.

Me presiono el pecho con miedo de que me dé un infarto.

Las lágrimas caen por mis ojos sin sollozos, es como si alguien hubiera abierto el grifo y no pudiera cerrarlo.

Llegamos al hospital en pocos minutos y se llevan a Tommy deprisa. Me doy cuenta de que estoy manchada de sangre cuando la gente me mira asustada en la sala de espera.

«Ten cuidado», recuerdo las palabras de Tommy y me invade un miedo muy real a todo lo que podría pasar.

Un auxiliar me ofrece un pijama hospitalario para que pueda quitarme la camiseta manchada y lavarme un poco. Mientras lo hago de forma mecánica me planteo posibles escenarios, pero el

peor de todos sería que alguien saliera a decirme que han hecho todo lo posible, pero…

Siento un vacío tan grande al pensarlo, que me replanteo mi forma de vida por completo. Puede que antes me pareciera bien eso de vivir cada uno en su casa y vernos de vez en cuando para que la llama nunca se apague, pero en este momento, me parece tan valioso cada segundo que respira, que me juro que si sobrevive no volveré a separarme de él jamás.

Nataly, Drew, Kyle y Madison no tardan en aparecer.

No dudan en venir a abrazarme en tropel. Nadie quiere quedarse fuera.

—¿Se sabe algo? —pregunta Drew más blanco que el papel.

—No. Nada nuevo.

Les he estado informando a cada minuto porque me han estado escribiendo todos desde que se han enterado. Al final, Madison ha creado un grupo. Creo que es la única a la que el cerebro aún le funciona. Nataly está embarazada y sus hermanos están muertos de miedo. Igual que yo.

—Tranquila, se pondrá bien —me dice Nataly afectada.

—Como le pase algo, me muero, Nat. Le quiero. Ayer nos lo dijimos en serio y no puede morirse ahora. ¡No puede dejarme sola! —Rompo a llorar—. Nunca volveré a enamorarme de alguien como de él, ¡estoy segura!

Mi prima me abraza y llora conmigo.

—Tommy es fuerte —dice Drew. Pero su voz no es la de siempre, está atenazada por el miedo.

—¡Ay…! —grita Nataly de repente sujetándose la tripa.

—¡¿Qué te pasa?! —grita Drew, tirándose en plancha.

—He tenido un dolor muy fuerte… —se queja Nataly—. Creo que algo no va bien…

Casi puedo ver cómo a Drew se le para el corazón. Aún con todo, sale corriendo y agarra a la primera persona con pijama hospitalario que ve.

—¡Por favor, ayúdeme! ¡No sé qué le pasa a mi mujer! ¡Está de 38 semanas! ¡Le duele mucho!

La mujer avisa a otra para que traiga una silla de ruedas y se llevan a Nataly por un pasillo hacia los boxes.

—Joder, lo que faltaba… —espeta Kyle, pasándose una mano por el pelo.

—No sé qué más va a pasar hoy… Pero no hay dos sin tres, chicos —musita Madison compungida.

Creo que es la primera vez que la veo siendo pesimista y una mala sensación me recorre todo el cuerpo.

31
BAJO LA MISMA ESTRELLA



Pasan muchas horas sin saber nada y el agotamiento nos pasa factura a todos. Para que luego digan que sufrir no es un deporte.

La policía ha estado aquí y nos ha interrogado. Kyle no se ha cortado de aclararles quién ha sido el artífice del «intento de asesinato». Ese término me ha dado escalofríos.

La única buena noticia es que a Nataly todo parece irle bien, solo se le ha adelantado el parto por el estrés de la situación. Le quedan horas por delante, pero el que de verdad me preocupa es Drew. Espero que nadie pueda morir de preocupación, porque si no, él está sentenciado.

Sobre las cuatro de la tarde, un número extraño llama al teléfono de Tommy. Por la mañana nos han dado una bolsa con sus pertenencias. Ha sido un momento agridulce.

Kyle, Madison y yo nos miramos cohibidos. Al final, Kyle contesta sin pensar.

—¿Sí?

Escucha con atención lo que le están diciendo y boquea.

—¡Oh, Dios…! Lo lamento, es que su padre ha tenido un accidente y le están operando en este momento… Sí. Por favor, llame a su madre para que vaya a por ellos al colegio. —Nos mira apurado—. Sí. De acuerdo. Muchas gracias por llamar.

No hace falta que dé muchas explicaciones, pero las verbaliza igualmente.

—Era el colegio de los niños, informando de que nadie ha ido a recogerlos. Iba a ir Tommy…

No soy madre, pero en estos momentos me siento como la peor del mundo mundial.

—Supongo que Marzia te llamará en unos minutos —dice Madison.

—Más le vale…, porque yo no pienso avisarla de nada —dice Kyle severo—. No se lo merece.

Al final tarda en llamar la friolera de una hora y solo para quejarse. INCREÍBLE…

—¡Me da igual que tengas un torneo de hípica este fin de semana, Marzia! ¡Tommy va a estar en Cuidados intensivos! —exclama nervioso—. ¡Pues que se los queden tus padres! —grita cada vez más alto.

Madison se levanta, le coge el teléfono de la mano y cuelga la llamada de golpe.

—¡¿Qué coño haces?!

—Ya basta de hablar con ella. Escríbele y dile que irás a recoger a los niños en cuatro horas.

—¡¿Cómo…?!

—Tommy querrá verlos cuando despierte. No querrá que se pregunten dónde está su padre. Tráelos a Londres y que se queden con nosotros. Están mejor aquí, y se entretendrán con Richi. Además va a nacer otro primito y podrán conocerle. Ve a por ellos, Kyle. Pero coge un avión, no quiero que conduzcas en tu estado.

Él la mira alucinado y la abraza con fuerza.

—Por eso quiero casarme contigo, joder… No por tus tetas, ¡es porque eres lo puto mejor!

—¡¿Cómo que quieres casarte?! —pregunta Madison ojiplática apartándole de ella con fuerza.

Kyle baja la cabeza.

—No es así cómo tenía planeado decírtelo… Pero la vida de mi hermano pende de un hilo y tú… tú eres lo único que podrá mantenerme con vida si le pasa algo. Te amo, Madi, te amo con locura y cada día un poco más. Y quiero que seas mi mujer porque me sentiría el tío más afortunado del planeta. Eres una diosa. ¡Eres muy lista! Y divertida. Y le cuelgas el teléfono a las zorras… —Ella sonríe—. No puedo no querer casarme contigo. Y ya sé que a ti no te gustan las bodas, ni el matrimonio, pero a mí me haría muchísima ilusión que fueras mi mujer.

—¡Pero Kyle…! —exclama Madison alucinada.

—No tienes por qué contestar ahora, solo piénsatelo…

—¡No hay nada que pensar! ¡Claro que me casaré contigo!

—¿En serio? —pregunta conmocionado.

—Claro… No podría no querer casarme con alguien como tú.

Se sonríen con complicidad y él la besa con delicadeza. Que corte el beso para abrazarla de nuevo con fuerza hace que me eche a llorar. A este paso, me deshidrato viva…

Madison vuelve a empujarle para preguntar muy seria:

—¿Pero te gustan mis tetas, no?

Una sonrisa se rompe en mis labios causándome dolor. Ha sido como doblar un brazo que está roto, un movimiento no autorizado hasta que sane la herida, y la mía no lo hará hasta que me digan que Tommy está fuera de peligro.

Cuando cae la noche, estoy sola en la sala de espera.

Kyle se ha ido a Manchester y Madison ha ido a casa de papá Norton para acostar a Richi. Pero ha ido sobre todo a tranquilizar al padre de Tommy, porque el hombre quería venir a hacer guardia, pero con su edad, le han quitado la idea de la cabeza.

Drew aparece de repente, cabizbajo.

—Hola…

—Eh, ¿cómo va Nataly? —pregunto interesada.

—La cosa va lenta. Seguramente nacerá de madrugada. —Se frota la cara, cansado—. Kyle me ha escrito, acaba de aterrizar en Londres con los niños. Vaya horas…

—Me siento tan culpable… —digo de pronto.

—¿Por qué?

—¡Porque esto le ha pasado por mi culpa! ¡Por mi juicio! Nunca debí involucrarle con ese psicópata…

—No es culpa tuya, Ari. El solito se metió ahí. Tommy tiene un imán para los psicópatas…

—Se pondrá bien, ¿verdad, Drew? —digo con miedo.

Lo veo suspirar hondo porque su optimismo también se agotó hace seis horas.

—La experiencia me dice que de un disparo te mueres enseguida. Si no lo haces, es porque

vas a vivir.

—Me gusta esa teoría…

—Tommy va a necesitar ayuda, Ari —dice cohibido—. Ya sé que vuestro acuerdo no cubre eso de «en la salud y en la enfermedad», pero…

—Tranquilo, voy a cuidar de él —suelto de sopetón.

Drew me mira como si fuera un milagro.

—Vosotros estaréis muy liados con el bebé y Madison puede sacar adelante el negocio con mi ayuda a distancia. Ahora mismo Tommy me necesita a su lado…

Lo veo cerrar los ojos dando gracias a un ser superior.

—¿Sabes por qué convencí a Tommy para que te propusiera lo de Barbados? —dice entonces.

—¿Por qué?

—Porque sabía que podrías traerlo de vuelta. Es el tío más terco, cabezota y obstinado que conozco, pero cuando vi cómo te besaba en la despedida, supe que alguien como tú podría ayudarle a revertir sus errores. Cuando os vi juntos, todo encajó en mi cabeza, ¿sabes? Y acabas de demostrarme que no me equivocaba…

—Siempre has sido un listillo, Drew.

—Eso espero, y que acierte al pensar que va a salvarse, igual que he acertado en todo lo demás.

—Ojalá tengas razón…

—Si lo creo es porque tú estás aquí… Y las Evans tenéis una clara tendencia a salvar a los Norton.

—Puede que sea al revés, ¿no lo has pensado? —Sonrío—. Porque Madison era un caso perdido y ahora… bueno, están prometidos.

—¿En serio? Joder, ¿por qué siempre soy el último en enterarme de todo? —rezonga.

—Hay dos tipos de persona en la vida de alguien, Drew: A quien le pides consejo antes de hacer algo y con quien te lo callas para sorprenderlo una vez conseguido. Y las dos son igual de importantes. No puedes estar en todas partes… Velando por Tommy, viendo cuándo aterriza Kyle… Preocupándote por lo que haré yo…

Andrew sonríe avergonzado.

—Así que vuelve con tu mujer, que es donde tienes que estar ahora, y deja de preocuparte por todo. A Tommy lo tengo cubierto. Kyle a los niños. Y Madison a tu padre.

Me aprieta la mano, agradecido.

—Pero escríbeme en cuanto te digan algo, ¿vale?

—Cuenta con ello.

La fortuna quiere que a los diez minutos salga un médico y pregunte por los familiares de Tom Norton.

—¡Aquí! ¡¿Cómo está?! —pregunto con el corazón desbocado.

—Ha sido una operación complicada porque le ha alcanzado un pulmón, pero creemos que ya está fuera de peligro.

—¡Menos mal! —exclamo aliviada sujetándome el pecho—. ¡Muchísimas gracias, doctor!

—Necesitará mucho reposo para que le sane bien.

—Por supuesto. Lo hará.

—Lo tendremos aquí una semana, y después necesitará de tres a cinco semanas en casa para recuperarse por completo.

—Muchas gracias, de verdad. —Lo miro como a un ser celestial—. ¿Puedo verle?

—Mejor mañana por la mañana. Ahora está sedado y pasará esta noche en observación.

—Gracias…

Me dispongo a avisar a todo el mundo de la noticia, aunque sean las doce de la noche. Incluso llamo a mis padres, que se han enterado esta mañana en las noticias de que Tommy ha resultado herido.

No había querido contarles nada de lo que ocurrió con *Sin Límites*, en teoría, para no preocuparles…, pero en la práctica fue porque no soportaría que insinuaran que eso me pasaba por ser un desastre, como siempre. Nunca me apoyaron mucho con el proyecto en sí. Pero cuando salió a la luz que el caso de Grisham era contra mi empresa, su indignación llegó a cotas nunca vistas por su hijita.

Son ellos los que me informan de que han visto en las noticias que Philip Grisham está detenido de forma preventiva a la espera de que el motorista testifique.

—¡¿Lo han cogido?!

—Sí, Londres es una de las ciudades con más cámaras de tráfico del mundo por metro cuadrado y han seguido el rastro de la moto hasta encontrarla. De momento, no se sabe nada, pero si el tipo es listo, lo soltará todo para rebajar su condena.

—Madre mía…

Con Grisham fuera de la calle siento que puedo respirar más tranquila.

Pasan un par de horas sin darme cuenta, hablando con todo el mundo por el móvil, en la sala de espera de maternidad.

De pronto, Drew aparece con un bulto en brazos.

—Hay alguien que quiere conocerte… —murmura sonriente.

—¡Madre mía! —Me pongo de pie llena de adrenalina—. ¡¿Cómo está Nataly?!

—Cansada pero perfecta. En recuperación.

—¡Es monísimo, Drew! —digo emocionada—. Voy a hacer videollamada con Kyle y Madison.

Acciono el teléfono y se ponen en línea.

—¡Enhorabuena, bro! —exclama Kyle orgulloso.

—¿Nataly está bien? —pregunta Madison. Me sigue alucinando ver lo mucho que ha cambiado. No sé si algún día dejará de impresionarme que se preocupe por algo más que no sea ella misma.

—Muy bien. Está feliz… Solo tiene que descansar.

—Intenta descansar tú también, Drew, mañana nos plantaremos allí sobre las diez de la mañana con toda la tropa —avisa Kyle—. Ari, ¿qué vas a hacer tú ahora?

—Voy a quedarme. Quiero estar aquí cuando Tommy se despierte…

—Vale. Avísanos, por favor. Sea la hora que sea.

—Lo haré.

Eso sucede a las ocho y media de la mañana, cuando lo trasladan a planta y le rebajan la sedación. Me dejan entrar a la habitación con él.

Sus ojos tiemblan antes de abrirse y me acerco con el corazón en un puño. Él enfoca la vista y cuando me ve, lo primero que hace es sonreír. Quizá porque yo también lo estoy haciendo.

—Ari…

—Bienvenido… —Le agarro la mano y él me la presiona como siempre hace cuando algo le satisface.

—Estás aquí…

—¿Dónde iba a estar?

Se toca el vendaje localizando su herida.

—No me acuerdo de mucho —confiesa.

—Mejor.

—Recuerdo el sonido de una moto, pero nada más.

—Lo han cogido, Tommy… Lo están interrogando, y Grisham está detenido.

—No jodas…

—Sí —sonrío—. Y entre medias de todo eso… Nataly se puso de parto y Kyle fue a buscar a tus hijos a Manchester.

—Dios mío… —farfulla cuando se hace cargo de lo que debió pasar. Cierra los ojos y al abrirlos están llenos de lágrimas—. ¿Dónde están ahora?

—Los traerá en un rato. Están deseando verte.

—¿Qué les habéis contado?

—Que has tenido un accidente.

—No sé si quiero que me vean así…

—¿Así cómo? ¿Siendo una persona normal que necesita cuidados en vez de un superhéroe con traje? Les va a venir bien saber que eres humano. De esto aprenderán cómo se comporta una familia unida ante la adversidad.

—Como siempre, tienes razón… ¿Cuándo podré salir de aquí?

—No corras tanto, vaquero. No te soltarán hasta dentro de una semana y después necesitarás mínimo tres semanas de reposo.

—Joder…

—Podías haber muerto, Tommy… No respirabas en la ambulancia y casi me muero contigo.

Él me mira con arrepentimiento y dolor.

—Siento que hayas tenido que pasar por eso…

—Y yo, pero ¿sabes una cosa? Me he dado cuenta de que no quiero volver a separarme de ti nunca. Casi lo consiguen…, pero ahora sé que no soportaría perderte. Así que, si te parece bien, cuando te den el alta la semana que viene, me iré una temporada a Manchester contigo.

—¿Qué…? —farfulla incrédulo.

—Quiero cuidarte —expongo—. Lo necesitas… Y yo también lo necesito —confieso emocionada.

Su mirada se suaviza.

—Yo lo que necesito es besarte ahora mismo…

Me acerco a él con cuidado y lo hago con suma delicadeza. Él me sujeta las manos y susurra un «gracias».

—No se merecen. Mi tarifa son noventa mil.

Él se ríe y un segundo después suelta un alarido de dolor que me asusta.

—¡Perdona…! —exclamo nerviosa.

—Me vas a matar, nena… —masculla dolorido—. Siempre lo he sabido…

—Avisaré a los médicos de que te has despertado. Y también a tus hermanos. Se alegrarán mucho.

En poco tiempo, la habitación está llena de cafres Norton, incluidos los niños.

Al principio, los hijos de Tommy no reparan en mí para nada. Solo tienen ojos para su padre, que sigue siendo un superhéroe con vendajes. El herido revive con ellos de una forma

sobrenatural; al final al que mejor le ha venido el encuentro es a él. Le cuentan su viaje en avión muy emocionados y que han visto a su primo recién nacido con horas de vida. Entre eso y que están todo el tiempo pendientes de Richi, ni se fijan en mí.

No es hasta el segundo día, cuando vienen por la tarde con su abuelo, que el mayor se me queda mirando, preguntándose quién leches soy. Quizá crea que su madre se ha hecho un lifting facial o algo… porque al entrar por la puerta me han sorprendido sobre Tommy. Pero me he apartado rápido de él.

Siempre que hay visitas aprovecho para ir a casa, ducharme y volver. Y el tercer día, se me ocurre pasar por Delicias Evans y traerles a todos unos cuantos pastelitos.

Eso provoca que los niños fijen sus ojitos en mí.

—¿Qué se dice cuando alguien te da algo, Colin? —dice su abuelo.

—Gracias —musita el niño mirándome con atención—. Te pareces a mi mami —suelta como si nada.

—No podría parecerse menos… —oigo mascullar a Tom. Y sonrío.

—¿Tu mami te trae pasteles tan ricos?

El niño niega con la cabeza.

—¿Quién eres? —pregunta entonces el mayor.

—Es familia —responde Tommy por mí. El rey de la sutileza lo llaman…

—Soy la prima de la mamá de Axel, vuestro nuevo primito.

—¿Y por qué estás aquí? —pregunta el pequeño con su lógica aplastante—. ¿No deberías estar con él?

—Está cuidando de papá —le aclara el mayor con seguridad.

—Sí, y va a seguir cuidándome en casa, en Manchester, hasta que esté del todo bien. ¿Os gusta la idea?

Los niños se quedan callados, sin entender lo que eso implica.

—¡Sé hacer pizza! —intento venderme rápido—. Y como vuestro padre no podrá moverse mucho, tendremos que jugar con él para que no se aburra. Yo lo haré cuando estéis en el colegio y vosotros podéis hacerlo por la tarde. ¿Os parece bien?

—Sí —responden los dos.

—Sois los mejores… —dice su padre conmovido ofreciéndoles el puño. Los niños se lo chocan despacio.

Cuando se marchan del hospital, Tommy está pletórico.

—¿Por qué estás tan contento? —pregunto sabiéndolo perfectamente.

—Porque estoy herido, pero a la vez me siento genial. Han condenado a Grisham sin que tenga que hacer nada, han retirado los cargos contra Sin Límites y van a devolverte el dinero. Mis hijos te han conocido… Al final voy a tener que agradecer que me pegaran un tiro.

—¡Cállate…! ¡Casi me muero del susto!

—No puedo. Ni en mis mejores sueños podría pedir tenerte de enfermera a diario para jugar a los médicos…

—De eso nada. Solo voy a cuidarte —digo risueña.

—De cintura para abajo estoy perfectamente… —Sonríe ufano—. Y de cuello para arriba también. Nada te impide sentarte en mi cara…

—¡Tommy…!

—Tengo que aprovechar. Seguramente dentro de un mes te habrás cansado de mí y no querrás volver a verme.

—Es muy posible que así sea —bromeo sarcástica y vuelvo a besarle.

—Gracias por todo, Arizona. Es un gran gesto por tu parte. De esos que te hacen querer casarte con alguien…

Mis ojos se abren como platos.

—No, tranquila —se ríe—. En realidad es lo último que quiero. Quería que supieras que esto no va a cambiar nada, que soy muy consciente de que serán tres semanas y después te irás. No intentaré convencerte de los contrario, te lo prometo, no quiero que te desenamores de mí. Pero pienso aprovecharlas al máximo tu cercanía, aunque esté convaleciente…

Vuelve a besarme con deseo, pero me siento rara. ¿Me echará a las tres semanas de su casa? Porque yo no quiero despegarme de él por nada del mundo.

—¿Te pasa algo? —pregunta Tommy confuso.

—No, no… —disimulo.

—¿Estás de acuerdo con lo que he dicho?

—Sí, tres semanas… Perfecto.

—Bien.

¡¿Por qué ha tenido que sacar el tema?!

EPÍLOGO 1
CÁSATE CONMIGO



Tres semanas después

Siempre me gustó la expresión «vivir a cuerpo de rey», pero es algo que yo nunca había experimentado. Hasta que me pegaron un tiro, claro…

A pesar de no poder acostarme con Arizona con tanta brutalidad como solíamos hacerlo, he disfrutado como un loco de cada día que la he tenido en casa. Y no he sido el único.

Desde el principio se volcó con los niños. No le gustará el rol de madre, pero se le da de miedo. Creo que están más enamorados de ella que yo…

Les ayudaba a ordenar sus habitaciones, a hacer sus deberes, a ponerse el pijama… Hacía todo lo que yo hacía antes con ellos y se los ganó en un par de días.

—No tienes por qué molestarte, le ampliaré el horario a Emily mientras no pueda ocuparme de ellos yo mismo.

—No me importa hacerlo, de verdad.

—¿Estás segura? —pregunté dudoso.

—Son solo tres semanas. Y no es para tanto.

Tuve que creerla porque viéndola con ellos parecía pasarlo hasta bien. Estaban todo el día de broma y los niños respondían muy bien a sus indicaciones. Y eso es de agradecer.

La segunda semana, los niños apenas estuvieron con nosotros. Tuvimos tiempo de lamernos las heridas y lo que no son las heridas… Arizona pudo centrarse más en su nuevo negocio, en el que todo parecía ir viento en popa.

—Estoy flipando con lo bien que lo está llevando Madison en mi ausencia —dijo asombrada —. Al final voy a tener que fiarme de ella…

—Debajo de toda su locura, hay una chica lista.

—Ya lo creo. Si hubieras visto cómo tomo el control el día que te dispararon… Todos estábamos superados, pero ella supo exactamente qué hacer.

—¿Qué hizo?

—Para empezar, colgarle el teléfono a Marzia —rio—. Y organizarnos a todos. Me sentí

orgullosa de ella.

—Contigo al lado es fácil intentar ser mejor…

Os aseguro que me recompensó ese halago de una forma muy placentera, pero mis hijos demostraron que tenía razón. Cuando volvieron la tercera semana y comprobaron que Ari no se había marchado todavía, fueron a abrazarla como si la conocieran de toda la vida.

—Son adorables… —suspiró ella.

—Antes no eran así —repuse con orgullo—. Es por ti.

—Los niños dan lo que reciben —dijo encogiéndose de hombros—. Antes no te veían nada, y su madre… bueno, mejor me callo, pero los animales notan las malas vibraciones de la gente sin necesidad de hablar. Y cuando Marzia los recogió el otro día, no los vi saltar de alegría…

—Yo también lo noté.

—Sin embargo, han llegado aquí y están felices.

—Sí, les gusta mi piso. Excepto cuando Arthur se levantó la otra noche porque había tenido una pesadilla y me pilló en el sofá con tu teta en la boca…

—Seguro que pensó que tenías hambre —se mofó.

—Muy graciosa…

—¿Le dijiste algo después o te preguntó al respecto?

—No. Pero le expliqué que eras mi novia y que sentía cosas por ti. No quiero que piense que se hace eso con todo el mundo…

—¿Que sentías «cosas»? —repitió divertida—. No creo que entendiera ese concepto.

—¿Qué querías que le dijese? ¿Que eres la mujer de mi vida?

La cara de susto que puso me encogió el alma. Por un momento, pensé que dejaría de pelar la manzana que se estaba comiendo e iría derechita hacia la puerta para no volver. Porque ese comentario era lo opuesto a una relación trivial. Era la relación más seria de todas.

—Es una forma de hablar —aclaré nervioso.

—Sí… Lo sé, lo sé…

No volvimos a sacar el tema.

La tercera semana, el ambiente no pudo ser mejor. Aunque todo tenía un aire nostálgico, como cuando queda poco para que se acaben unas vacaciones. Apurábamos cada beso, alargábamos cada comida, y los niños la preferían a ella en muchas cosas, aunque yo ya pudiera hacerlas.

—Es que tú pones poca crema de cacao en el pan, papá.

—¿No me digas?

—Sí. ¡Y Arizona nos pone un montón! —rio Arthur.

—Una que sabe… —presumió ella pizpireta.

—Y pone voces guays en los cuentos —añadió Colin.

—Además es buena contigo. No te grita y te hace caricias suaves… —señaló Arthur.

Ari y yo nos miramos encantados.

—En eso te doy la razón —musité embelesado.

—Es verdad, yo prefiero a esta mamá que a la otra —dijo de pronto Colin.

Al oírlo, se me cortó la respiración. Pero creo que a Arizona, directamente, se le paró el corazón. La miré con cara de circunstancia e intenté explicarle con la mirada que solo tenía tres años y que no sabía lo que decía. Colin llamaba abuela a cualquier mujer mayor que veía, por ejemplo.

—Ella no es nuestra mamá, Col —corrigió Arthur—, aunque ojalá lo fuera…

Al oír eso, me mojé los labios pensando que era el final. Arizona saldría corriendo antes de acabar las tres semanas.

—Voy al baño… —musitó conmocionada. Era evidente que necesitaba huir de esa habitación.

—Venga, chicos, recoged la merienda e id a vuestro cuarto un rato…

La busqué por la casa y la encontré sentada en la cama.

—Eh, ¿estás bien?

—Sí… —contestó abatida. Y me di cuenta de que tenía los ojos rojos.

—Son niños, no les hagas caso. Es que…

—Por eso mismo, Tommy… ¿Cómo habrán debido de sentirse con su madre para preferir a una desconocida? Menos mal que te divorciaste de ella —Se cogió la cabeza.

—Arizona… —Me senté a su lado con cuidado—. Son mis hijos, tienen a quién salir. ¿Cómo no iban a encariñarse contigo, si yo me enamoré en cinco días?

Ella resopló de risa y me miró con ternura.

—Me siento mal porque cuando me vaya me echarán mucho de menos… Y yo a ellos.

—Sí, pero te seguirán viendo de vez en cuando. Y van a crecer, Ari. Arthur y Colin no serán niños eternamente. Cuando sean adolescentes, no querrán ni vernos, solo que les demos dinero.

—¡Es verdad…! —rio en medio de un sollozo.

—Y entonces te tendré toda para mí solo… —La besé ensimismado.

Nos fastidió tener que interrumpir ese momento e ir a atenderles, pero se habían acostumbrado a tenernos de espectadores las pocas horas que pasaban en casa entre la merienda y su hora de dormir. Les debía cada minuto que pudiera estar con ellos con intereses.

Además, por la noche pensaba recompensárselo a lo grande.

Cada día estaba mejor y podía ser más creativo en la cama. La primera semana fue todo sexo oral y trabajos manuales mutuos, pero pronto se animó a colocarse sobre mí.

—No aguanto un día más sin estar dentro de ti… —jadeé en su oído. Esa noche, me cabalgó despacio, a horcajadas, y el sexo lento adquirió una nueva dimensión para mí. No podía apartar la vista de ella mientras se tocaba los pechos. No obstante, yo me moría de ganas por transmitirle emociones más fuertes, sobre todo, después de que se me escapase que era la mujer de mi vida…

Solo quedan un par de días para que se marche y me he propuesto que se vaya de aquí con la sensación de que yo soy el hombre de la suya.

Una vez en la cama, la ronda de besos interminable termina en algo más. La coloco de lado, indicándole que quiero tomarla por detrás.

Ella se retuerce de gusto cuando la agarro del pelo con pasión y le digo que hoy quiero follar de verdad.

Que no se queje hace que la imperiosa necesidad de hacérselo duro tome el control. Pero no sé si podré taladrarla como a mí me gustaría, es decir, imponiendo un ritmo castigador. No se puede decir que esté curado del todo.

Pero poco nos importa. Ambos notamos cómo la lujuria se apodera de nosotros lentamente, porque hace mucho que no la satisfacemos del modo bizarro al que estamos acostumbrados, y por un momento, lo veo todo rojo.

—A la mierda, te voy a follar como te mereces…

Ella gime suplicando por más y mis manos van solas a comprobar su humedad.

Como es de esperar, reacciona a mi toque arqueándose aún más. Embadurno mis dedos comprobando que está inusualmente dilatada y mi miembro se transforma en un martillo

percutor de acero galvanizado.

Le muerdo el cuello y me pego más a su espalda mientras una de mis manos masajea un turgente pecho.

—Te deseo tanto…

Gira la cabeza y respira en mi boca, excitada, mientras continúo frotando su clítoris sin piedad.

—¿Estás lista?

—Sí, joder… Hazlo ya y no te cortes.

—Te voy a romper, nena…

Estoy tan pegado a ella que puedo sentir cómo su corazón late frenético.

El mío golpea tan fuerte en mi pecho que temo que dañe de nuevo mi pulmón. Pero ya es tarde. Estas semanas he estado acumulando un inmenso amor por ella y tengo que darle salida antes de que se me enquiste.

Está tan lubricada que empiezo a salivar. Y sin pensarlo mucho, dirijo mi hinchado miembro hacia su glorioso interior.

Mi erección se desliza sin frenos hasta el fondo. ¡Está más resbaladiza que un puto tobogán acuático!, e inevitablemente, el sonido es lo más erótico que he oído jamás. Empiezo a entrar y a salir de ella con una cadencia inhumana que nos sume a los dos en un placer único.

—¡Por Dios, Tommy…! —gime sobrepasada.

Le tapo la boca con mi mano sin bajar el ritmo ni un ápice, no podría parar aunque los niños irrumpieran en la jodida habitación.

—¿Estás bien…? —digo sin aliento.

—Sí, ¡no pares!

—No voy a quitar la mano de tu boca porque no pienso parar hasta que grites.

Empiezo a moverme sintiendo que con cada estocada me muero de gusto. Y ver cómo ella se retuerce de placer, me eleva a un estado animal que no puedo controlar.

Le abro más las piernas, sujetando una en el aire, y mi ritmo se vuelve implacable; prefiero que se me abra la herida a parar este polvazo.

Cuando la oigo gritar contra mis dedos, enloquezco. El orgasmo que ya serpentea en mis lumbares está a punto de escapar de mi control y llevo mi mano hasta su clítoris para explotar juntos.

Lo hacemos de una forma que jamás creí posible.

Esto no es amor, es algo más. Esto es para siempre…

Absorbo las sacudidas de nuestros cuerpos, bastante impresionado, y cuando todo termina y la respiración me lo permite, susurro contra su cuello:

—Te amo…

Ella no dice lo mismo. Creo que se ha desmayado o algo peor. Pero aprovecho para levantarme e ir al baño y de pronto, veo que me sigue.

—¿Estás bien? ¿Te duele el pecho? —Quiere saber.

—No, tranquila.

—Pues a mí sí, Tom…

La miro extrañado.

—¿Qué te pasa?

—Que te quiero… —sentencia como si fuera una tragedia—. Y no quiero irme de aquí. Ya sé que dijimos tres semanas, pero… Madison lo está llevando todo bien en Londres y yo puedo

seguir trabajando desde aquí. Además, a los niños no los vemos tanto y…

—Arizona… —la freno.

—¡No quiero irme! —repite afligida—. Sé exactamente cómo me sentiré cuando llegue a mi casa. Volveré a mi vida normal y está bien, pero prefiero estar aquí, contigo. Por favor… Estoy dispuesta a lo que sea, ¡hasta a casarme contigo…! ¿Eso es lo que quieres? Pues lo haré. Yo…

Cuando se fija en que estoy sonriendo, se da cuenta de que ha estado divagando como una loca.

—Arizona… Yo también quiero que te quedes.

—¿En serio?

—Pues claro…

—¡¿Y por qué no me lo has dicho antes?!

—Porque te prometí que no lo haría. —Me acerco a ella—. Pero me moría por que me lo dijeras tú. —Sonrío ufano.

—Eres un cabrón retorcido…

—Y a ti te gusta que lo sea.

—Mucho… —admite juntando nuestras frentes.

—Oye, lo de casarnos lo he dicho en broma —dice cohibida.

Vuelvo a reírme.

—¡Te lo juro!

—Vale, tranquila, ¡si yo no quiero casarme!

—¡¿Por qué no?! —protesta de pronto. Y me echo a reír con más fuerza.

Ella me pega y se tapa la cara, avergonzada.

—Madison me lo advirtió, ¡me dijo que había encontrado la horma de mi zapato! ¡¿Por qué has tenido que decir que no quieres casarte?! ¡Ahora no podré pensar en otra cosa! ¡Maldito seas, Tommy Norton…!

La agarro con fuerza, con la sonrisa todavía en la boca, e intento besarla, pero me lo impide apartando la cara.

—Mírame… —le ordeno divertido.

—No quiero.

—Arizona…

—¿Qué? —contesta sin llegar a mirarme.

—Te estás estresando y no sé por qué. Tú siempre has tenido muy claro lo que quieres y lo que no. No dejes que nada, ni siquiera yo o el amor, te haga ser quien no eres.

—Es que te quiero tanto… —dice con la mirada vidriosa—. Casi te pierdo, Tommy… y ahora quiero que tengas todo lo que siempre has deseado, porque hemos sufrido demasiado y… te prometo que siempre voy a ser yo misma, pero he cambiado… Cuando sentí que te perdía, supe que haría cualquier cosa por mantenerme unida a ti. Nos merecemos ser felices y yo lo seré si tú lo eres…

Le acaricio la cara con dulzura.

—Mi vida… Yo no podría ser más feliz ahora mismo. Estoy en la puta gloria contigo. Y no me hace falta ni casarme ni tener más hijos, solo te necesito a ti.

—¿Estás seguro?

—Segurísimo. Lo único importante somos tú y yo.

—Te amo más que a mi vida, Tommy… Esto es muy preocupante…

No me deja otra opción que besarla. Sentir que me quiere tanto, no por mi dinero, ni por mis

logros, ni por el qué dirán, sino por mí, me llena como nada en este mundo.

Ella corta el beso, pero no se separa de mi cara.

—Por ti seré todo lo tradicional que quieras que sea. No sé cómo lo has conseguido, abogado, pero saltaré. Si tú saltas, yo salto, ¿vale?

La calidez que siempre he deseado sentir con alguien me invade por completo.

—Yo ya he tenido suficiente tradicionalismo de por vida, Ari. Quiero estar contigo a tu manera, a la nuestra, no a la que dicten las presiones sociales. Olvida todo eso y seamos felices.

Ella me abraza con fuerza, aliviada, y me reitero en lo de que no podría ser más feliz ahora mismo. Bueno, quizá si yo tuviera a mis hermanos cerca y ella a sus primas… Pero eso es algo que está fuera de nuestro alcance hasta que los niños sean mayores de edad.

—Te amo, Tommy… Jamás he tenido tan claro que eres el hombre de mi vida.

—Y tú la mujer de la mía.

EPÍLOGO 2
¡MAMMA MÍA!



Un año después

Yo no es que sea muy de bodas, soy más de despedidas de soltera; esa última oportunidad para divertirte de verdad con libertad. Y no es que sea alérgica al compromiso, porque soy cumplidora como la que más, pero siempre he dicho eso de «yo no me caso con nadie», ni en sentido figurado ni en el literal.

Pero, hoy por hoy, siento que estoy casada con COSMETICS EVANS, la sociedad que monté con Madison, y también con Tommy, porque lo convencí para que me incluyera en su hipoteca y pagar mi parte. A todo el rollo de los pétalos al aire, la organza por todas partes y los incómodos vestidos de dama de honor, pueden darles por… ya sabéis por donde.

Tengo al hombre perfecto a mi lado y en mi estado civil sigue poniendo SOLTERA. Podéis odiarme con libertad.

¡Es como si Tommy me hubiera cogido la medida para enamorarme más cada día en vez de desenamorarme!

Ahora estoy segura de que mi maldición se ha roto y de que no era más que el come come de una sociedad que parece dictarte los dogmas para ser feliz, pero nada más lejos de la verdad. Cada uno es feliz a su manera. Lo único que hace falta es aprender a respetarnos unos a otros, aunque todavía queda mucho trabajo por hacer a ese respecto…

Lo que está claro es que algo ha cambiado.

No sé si ha sido Tommy o he sido yo, pero si antes éramos una bomba de relojería juntos, el gruñón y la puta loca de los gatos, ahora somos la pareja perfecta: él, un tío inaccesible, galán, un bestia en la cama y tierno fuera de ella, que ya no tiene miedo de ser él mismo; y yo, una chica que se emociona por compartir la vida con gente a la que quiero con locura y que hace un año ni siquiera conocía.

—¿Estoy guapo? —me pregunta Arthur mimoso.

—El más guapo de todos, cielo. —Le beso la cabeza.

—Quiero que esa niña piense que soy guapo. —Señala a lo que parece una princesa de ocho años, con una cestita para repartir pétalos en cuanto la novia haga su paseíllo hacia el altar.

Arthur es la viva imagen de su padre, tanto por fuera como por dentro, la tendencia a buscar la aprobación de los demás la lleva en la sangre.

—Y si no le pareces el niño más guapo de la boda, será que necesita gafas. ¡Ella se lo pierde! Tú sé tú mismo. Para mí eres el mejor.

—Tú para mí también...

Arthur me abraza y se va corriendo.

Me centro en la misión que me han encomendado Nataly y Madison. Quería tomarme un respiro y les he pedido algo que hacer. Están arriba poniéndose histéricas. No, gracias.

Madison y yo nos parecemos más de lo que nunca he creído. Ella tampoco quería casarse, pero la admiro por meterse en este estrés por el amor de su vida, aunque no la envidio.

—A veces pienso que me estoy fallando a mí misma por quererle tanto —me confesó por teléfono. Y sonreí. Conocía esa sensación, pero yo ya la había superado.

—No empieces a sabotearte a ti misma, Madi… A la gente se le da muy bien tratarse mal, exigirse límites inhumanos y pensar que no necesita nada ni a nadie, pero no es cierto. Necesitamos muchas cosas de los demás, empezando por su respeto. Kyle es consciente de que esto no va contigo, pero te lo pidió porque sí va con él, y que se lo hayas concedido no significa que te estés fallando a ti misma, significa que tienes un gran corazón dentro de ese cuerpo de arpía.

Nos reímos y se le fueron las dudas.

—¿Dónde quedó aquella chica que le ofrecía su culo desnudo y en pompa a cualquiera? —dijo melancólica.

—Sigue aquí, prima. Es exactamente lo que estás haciendo…, pero metafóricamente. Y esta vez, te van a dar por donde tú ya sabes… pero con amor.

Volvimos a troncharnos de risa.

Pero hoy lo está pasando mal. Yo creo que es porque esta vez va en serio, no es una boda como la que iba a tener con Dylan. Kyle llorará y ella explotará de amor. No sé si su cuerpo de arpía lo resistirá.

De pronto, me encuentro a Drew, de traje, tan tatuado como siempre y con un portabebés hacia delante, con el pequeño Axel, observándolo todo desde una situación privilegiada. Es una visión que te transmite todo lo bueno de este mundo.

—¿Cómo va el drama? —pregunta perspicaz.

—En el punto álgido, por eso me he ido.

—Siempre has sido lista…

—Hago lo que puedo.

—Quería darte las gracias, Ari.

—¿Por qué?

—Por traer de nuevo a mi hermano a nuestras vidas.

—Yo no he hecho nada. Él hubiera vuelto a vosotros, estoy segura. En todo caso, debería daros las gracias yo, porque estaba atrapado y viajasteis a Manchester sin que os lo pidiera para liberarlo.

—Los Norton al poder.

—Durante un tiempo tuve miedo por si Tommy y yo teníamos problemas y eso perjudicaba vuestra relación, pero ahora tengo claro que no. Sois más importantes para él de lo que nadie imagina. Y los niños están encantados con sus primos. Ya no os lo quitáis de encima ni con agua caliente…

Drew se ríe.

—Sé que tienes razón, pero el brillo de sus ojos se lo das tú, Arizona. Es algo que nunca había visto en él.

—Calla, mamón, que mi rímel no es *waterproof* —lo amenazo—. Voy a ver cómo va la cosa…

Pongo en marcha un plan maestro que consiste en birlar una botella de tequila y unos vasos de chupitos para llevarla a la habitación de la novia.

—¡Tranquilas! ¡Llegan los refuerzos! —anuncio elevando la botella como si fuera un talismán.

Pero la reacción de mis primas no es la que esperaba. Las dos hermanas están llorando y me da en la nariz que no es por una desgracia, sino por la felicidad más absoluta.

—¿Va todo bien? ¿La boda sigue adelante? Puedo pedir un helicóptero y fugarnos las tres a Bali de luna de miel —propongo.

Ellas se ríen.

—Sí, todo va bien —explica Nataly secándose las lágrimas—. Hemos tenido un momento emotivo de hermanas...

—Oh, qué bonito. Pero hay que espabilar, la gente se está sentando ya. Y mirad lo que traigo —enseño la botella con una sonrisa—. La cura de todos los males.

Me sorprende que mis primas no me amenacen de muerte para que la abra ipso facto.

—Yo no quiero —musita Madison con pena.

—Yo no puedo —secunda Nataly abatida.

De pronto se miran y dicen a la vez:

—¡¿ESTÁS EMBARAZADA?!

Y luego se ponen a gritar y a abrazarse como locas.

—¡No quería decir nada porque era tu boda! —exclama Nat—. Jamás te quitaría el protagonismo.

—Y nosotros no lo hemos dicho porque nuestra familia es como es, y la etiqueta de penalti no nos la quitaría nadie. ¡Pero sí! Estamos embarazados y la culpa es de una de esas botellas —la señala Madison.

El destino quiere que el comentario me pille empinando el codo y dándole un par de tragos. Lo necesitaba.

—¿Dos bebés más? ¿Os habéis vuelto locas?

Ellas sonríen.

—¡Como tú ya tienes dos criados! —me acusa Nataly—. Así todos tendremos un par. ¡Imaginaos los viajes en familia! ¡Seremos grupos pares de seis!

—Nat, tienes un problema con los números pares —señalo preocupada.

—¿No te alegras por nosotras? —pregunta Madi.

—Claro que sí, es solo que… Vivo lejos y me lo voy a perder todo. Esos niños no van a quererme… Seré la tía Arizona que vive en China —digo con tristeza.

—Nos encargaremos de que eso no pase. ¡Nos vamos a ver mucho!

Pero sé que solo lo dice para parchear el momento. A distancia es difícil, pero nuestra situación es la que es.

La boda comienza y todo sale genial. Kyle, con todo lo grande que es y lo guapísimo que está,

llora como un niño. Es una imagen de lo más tierna.

Puedo decir que estar sentada en la mesa nupcial es todo un lujo. Soy la mujer del hermano del novio y no necesito un papel firmado que lo demuestre.

De pronto, a Tommy le llega un mensaje y lo mira. Se me van los ojos y atisbo a ver que es de Marzia. Él se da cuenta y lejos de apartar el teléfono, lo comparte conmigo.

—No sé si leerlo —confiesa—. Le falta tiempo para joderme un día como hoy…

—Si no lo lees, no dejarás de darle vueltas esperando lo peor.

—Vale.

Lo abre y ambos lo leemos a la vez.

Marzia:

Hola, Tommy.

Siento molestarte en un día como este, pero necesito decirte algo importante…

Ya sabes que ahora estoy con Erick… y estamos muy bien, pero ayer descubrimos que estoy embarazada…

Hemos discutido porque le he dicho que no sé si puedo atender a más niños, me siento una jodida fábrica de bebés para los hombres y quiero ser algo más que eso en la vida. No quiero renunciar a mis rutinas, a lo que me hace feliz, y con tres hijos, terminaría amargada y loca, por mucha ayuda que tenga.

Él está muy ilusionado por ser padre, pero yo no me veo capaz de compaginar ambas vidas. Me estalla la cabeza solo de pensarlo. Cuando le sugerí que abortáramos, se puso hecho una furia. No sé qué hacer, Tommy… Le quiero, pero siento que no voy a poder con todo.

Le he pedido consejo a mi padre y me ha dado una posible solución que no sé qué te parecerá…

Allá voy:

Podría cederte la custodia completa de Arthur y Colin y verles solo cada dos fines de semana. Al menos hasta que el bebé que voy a tener sea más mayor… Después nuestros hijos crecerán y todo será diferente, pero si voy a tener otro hijo, necesito un desahogo. ¿Cómo lo ves?

Tommy y yo nos miramos y capto que tiene dudas de si yo aceptaría ese cambio.

—Tommy… —intento decir.

—Espera…

Se concentra en teclear a la velocidad de la luz. Es una respuesta corta y la lanza como si el universo dependiera de ello.

Tom.N:

Podría quedarme con la custodia total con una condición…

Marzia:

¿Cuál?

Tom.N:

Que nos trasladaríamos a vivir a Londres.
Jhonson&Clyde me propuso encargarme
de la sucursal de Londres, pero lo rechacé.
Si voy a encargarme yo solo de los niños,
quiero estar cerca de mis hermanos…

Marzia:

Me parece bien.

Serán de esos niños que viajan solos en avión con un asistente.

Entonces, ¿es un sí, Tommy?

—¡DIOS MÍO…! —grito en medio de la mesa. Y todos me miran alarmados.

Tommy teclea algo corto, lanza el teléfono sobre el mantel y me abraza con fuerza.

—¡¿Esto es real?! —pregunto entre lágrimas.

—¡¿Qué pasa?! ¡¿Os casáis?! —exclama Nataly.

—¡¿También estáis embarazados?! —secunda Madison.

—¡¿Cómo que también?! —grita su madre.

—Mierda…

—No —contesto entre lágrimas de felicidad—. Es MUCHO mejor que eso. ¡Vamos a mudarnos a Londres!

—¡AHHH! —La exclamación de los cafres Norton y sus mujeres hace que toda la sala se gire hacia la mesa nupcial. También que se levanten de golpe como si tuvieran un resorte en el culo y nos abracen con fuerza, celebrándolo como si fuera la mejor noticia del mundo. Porque lo es.

—¿Qué está pasando? —Es el murmullo generalizado.

—Tranquilos —dice Madison hacia el público—. Estamos emocionados porque Arizona por fin ha curado su herpes genital. Puede parecer poca cosa, pero los que lo habéis sufrido sabéis que es mucho. ¡Un aplauso, por favor!

Todo el salón aplaude y nosotros nos partimos de risa. No tiene remedio…

Tommy se acerca a mí y me mira algo cohibido.

—¿Te parece bien…? No te he preguntado porque…

—Me parece más que bien —lo interrumpo feliz—. ¡Es un sueño hecho realidad!

—Sabía que eras perfecta para mí desde antes incluso de que habláramos… —musita en mis labios.

Nos besamos con dulzura y automáticamente perdono a Cupido por dispararme una última vez y hacerme más feliz de lo que jamás imaginé.

FIN

AGRADECIMIENTOS

No sé cómo empezar a daros las gracias por la increíble acogida que han tenido las novelas de los Norton y las Evans.

Me esfuerzo por haceros reír, llorar y sentir, y creedme cuando os digo que con todo lo que decís en las reseñas, en los posts y por privado, queda recompensado.

Han sido unos meses muy especiales con esta familia. Ojalá todos aprendamos a elegirnos y a elegir lo que queremos por encima del qué dirán y de nuestros prejuicios y miedos.

Espero que os haya gustado mucho. Para mí ha sido un inmenso placer poder compartirlo con vosotras.

Querida **Maca**, **@macaoremor**, gracias por estar siempre ahí en el momento perfecto para tirar de mí cuando lo necesito. Espero no perderte nunca porque necesito tus audios, tus ideas y tu emoción en cada historia.

Querida **Irene**, **@ladyromantikbook**, madre mía qué locura la nuestra, ¿verdad? Pero bendita locura, amiga. Gracias por aguantarme y soportar mis HELP! Sé que no ganas para disgustos conmigo, pero como bien dices, «siempre salimos a flote». Debería confiar más en ti porque siempre acabas teniendo razón. Gracias por tanto y por tu buen corazón. Te lo mereces todo.

Querida **Bego Pérez**, no sé qué haría sin ti y lo sabes. Llevamos juntas mucho tiempo y todavía no me has mandado a la porra, que es lo que merezco. Como siempre, tu inestimable ayuda para sacarle alma al libro me deja sin palabras. Gracias por ser como eres y ayudarme tanto. No sé que debí hacer en otra vida para merecerte.

Querida **Eli, @Elipr**, gracias por tu ayuda y confianza. Gracias por entenderme siempre, por animarme tanto y por estar ahí para mí. Eres un gran apoyo, pequeña.

Querida prima **Ana Galarraga,** sé que te has propuesto batir algún tipo de récord conmigo, porque cada día haces tu trabajo más rápido y mejor. No me faltes nunca, por favor. Te quiero mil millones. Primas al poder.

Querida **Alma S.C.**, gracias por tu supervista de lince que jamás deja de corregir jaja. Gracias por los audios y las risas, y por las fotos y vídeos de lo mucho que les gustan a tus mascotas mis libros jeje. Eres una crack en lo tuyo y en lo que no es lo tuyo. Gracias de corazón. Y recuerda, estamos conectadas a tantos niveles que no podemos abarcarlo. Ahí queda eso…

Y ahora, vosotrxs, mis Fuxias, mi familia cibernética que me fabrica sonrisas a diario con vuestros mensajes y comentarios. Gracias por ser la gasolina que necesito para continuar en marcha. Mil gracias a:

@yaii_books25, @gabrente, @laurelleeyescribe, @africa_cantero @la.peluteca, @read_j.t.mary, @_judiit._, @pilarsanabria_, @sanemade, @beatriz_jipu, @viki.hdez, @leerconthea, @minedreadings, @irisrodriguezmieres, @pa.ro.dri, @annadrielbooks @vrgarey, @vanessa_me18, @inmabl, @lauramendolazaro, @missattard, @silpavila, @lola_pascualcuadra, Nuria Daza de @nuriela25, @letyciro, @gloryhelen_, @la_mala_malisima, @mis_lekturas, @mirinda01, @gema.ddc, @gemmapastormateo, @patricleta, @yessicm32, @caty19709, @lectoradesuenos8, @kilimz82, @elenaruizmontesinos, @creando_frikadas, @brujamillenial, @mery_y_sus_lecturas, @cynthia.cerveaux14, @dallas_880, @cristina_segarra_escritora, @lectoraenverso_26, @noefru, @isabellabaricot, @pilar_vima, @fanyavenalbe, @rosebokl, @damajurado1999, @sultanitabella @bookstagramer_1, @siil_lule, @mayralazo08, @mariabeatobe, @lucymoon2015, @alasblancas83, @j.m.fresquet, @bgomezmartin, @mralex_17, @lumae_lu, @lozamor67, @krmenplata, @ilunanoa, @romanticaadicta, @gandiapilar, @laurensofiy_, @lissbert, @monchavez15, @lecturas_felices, @mlectoraa, @vero_malaga, @pmlapizypapel, @isabelhg_love, @gafiis, @mire_1010, @locasdelmundo4, @nita_fdez, @karilamala, @andreuenca79, @_martinez_javi, @montse_g_m_, @ariadna.dx, @laura_villanustre, @itsedelweiss, @luciaanddogs, @lilith_lectora, @crisfillolacas, @lectoras_con_clase, @raquel_morante_morales, @nilosa0508, @srtahelenstealer, @sweet.readings, Arancha Eseverri de @lectoranovturna, @pilarmolinercarb, @por_puro_vicio, @noelia.g.m89, @yaizaa.mendez, @mireiapg29,

@nataliaperez128, @readlikeapleasure_, @noeloafrutos_autora, @_cristiane_, @mlcg1986cins, @passion_between_letters, @princesbooks, @elbauldemislibros, @booksloversshouse, @jessi.5113, Amparo Pastor de @amparopastorvieracaracoliu, @romanticamore, @snopeugi, @celia_vc, @sandradt2505, @unlibroparaella, @naomihdezz_, @heiwabooksquotes, @ana_jimenez29, @libroypalomitas, @dejamequetelea, @ohana_reader, @yoleoromantica, @tfc_lectura, @viskict, @leer_esincreible, @Carmen39_fdez, @raquel.22, @vanesha_salas, @meymay6, @el.rincón.de.sita, @mery_g_books @saradominguez23,@rafi_lechuga, Ivelise Rodriguez, @emilia_erin, Evelyn limpa, @miriam_chantes53, @piuli22, @estherestetic, @kristibell73, @Nielsennila, @marta.landrau, @diarii_books, @ana.martinhdez, @evicanaria, @carol_lopez3112, @jennifeer92, @nago24, @mesumerjoentrelibros, @miriam.villalobos.m e hija (Lucía Soto V.), @susyyflo, María José Claus Molina, @Monsy80, @sacriespada, @mery y sus lecturas, Nuria Daza, @ameelia15, África Cantero, @marimarpintor, Lourdes Romero, Paloma Osorio Millan, @maricarmenmuoz, @creando_frikadas, Silvia Paredes, Vero de @librosigualamagia, Claudia de @booksbyclau, Maca de @macaoremor, @glory1818, @gloria_hega, @teresilla87, @jennibooks87, Barbara Torres López, @yessicm32, @books_nerea, Ascension Sanchez Pelegrin, Kristina Kko, Mariu Barberá, @helenescritora, Salud Lpz, Inés Ruiz, Anna Driel books, Mónica de @moniquitamaca_mislecturas, Gemma Pastor Mateo, Mónica Tort, Maria Jose Valiente, Anna Fernandez, Mariu Barberá, María Fátima González, Kuki Pontis Sarmiento, Beatriz Duran Hernandez, Normma Aliciya, Loli Zamora, Mari Cruz Sánchez Esteban, Mar López, Isabel Gómez, Elena Martínez, Laura Ortíz Ramos, Yeni Anguiano Mata, Rose gate, de @rosegatebooks, Marisa Gallén Guerrero de @lecturasmapita, Anabel Jimenez, Yolanda García, María Ferrer, Judith Galán, Elisa Mayo, Ana Arely, Ulises Novo, Laura Duque, María Camús, Pilar Sanabria, Silvia Martinez Hernández, Elena Martínez, Saray Carbonell Del Río. @cruzuleyaiza, @sunriseadn, @irenita19mm, @nereamellis, @lecturasdefaty, @la_biblioteca_de_pat, @maiko_pink,, @pilardans, @librosdehoney, @tengoganasdeleer, @amantelectora, @el_rincon_de_palmerita, @_cristiane_, @adrianaalba_autora, @the_reading_books_in_family, @mividaentrepasiones, @lecturasdeamorsonia, @hrhartwell, @amamosleer_uy, @mire_1010, @leeconmigo_, @musa_entre_libros, @crusisanchez, @raquel.blancoluque @mariainspace_,@lamagiadeloslibros3.0, @miquenaadiccion, @arisleyda_5, @hoy_esta_leyendo, @ariidaz, @literaliabooks, @helens_books,@meugeniaramirezlopez, @lionela23, @adoroloslibros_17, @olatzpitu, @ecaangelica, @garbival, @andy_caro13, @librosdeirene, @valkiriaread, @nita_fdez1, @marianacantaora @salseo_de_libros, @mayblacksmith, @siempreleyendoydesconectando, @everlasting_reader, @vivir.leyendo, @ariasu_7, @estefaniagea, @_monica._8, @sandragvillar,@beatrizdh, @lecturas_milly, @piluchii85, @bookqueen22, @mmfn._, @librosviajerosylibres, @ascensionsanchezpelegrin, @eli.p.r, @monika.galan.16, @rupilo_18, @lectoraenverso_26, @nataliia981015, @rm.nkt.4.7, @jazbabook, @pilarcabrerat, @martinleticiap, @m.i.epalzaramos,, @elisabet.2573,@laurabooksblogger, @anais.1203, @nereaaraujoautora, @vilmont_books, @morenomarimiza, @begikat2, @__vanenunez__ @@lady_creative_doll, @inesruiz78, @elenamartinez6098, @mamual90, @etalenika (Eva Tasende), Rocío Escobar, @meymay6, @bookssyass, @lauraviajaentrelibros, @anapasionlectora, @owiksa, @carmen39_fdez_, @evelimpa_leeresmipasion,@stefamy_sandoval, @merypoppins750, @_curls.and.books, @lilyfreitasm, @chikiya85, @marimarmiravalles, @conunlibrosoy, @nazaretpv, @nereida.c.a, @turka120, @angela_fp16, Maggie Mon Chávez, Vero y Estefanía de @leerconvernia, Arantxa de @lecturanocturna, Esti de @boiet2, @vaclepri_79, @carichun, @dulce.ando, Eva M. Pinto, @libros_y_tortugas, @mariadolores84, @eli_car_bar, @ladycuqui, @lecturas_mily, @juanidiazdiaz17, @un_libro_en_mi_mesita, @akanechan1986, @lourdes.andresgarcia, @lectoahastaaltashoras, @dove.mmartin,@lectoranocturna, @natti_ruano, @angiegarfer, Melani de @melmely19, @marihoyoslopez, Lourdes Romero, @seguradoalcaide, Reyes de @reyesbecerra82, @cynthiag25, @tere_lafuente, @arima.s.c.11, @lecturasdenira, @maryambergirl, @tamaraciscar, @elenanp73, @quemaravillaleohoy, @merypero, @manuelamolinaleon, @marijopove, @buidseachlatelier, @ju.kaery, @martagr9716, @thaannya, @Blankarez, @marguis_hl, @rocanilla, @aili.evansecrivain, @noemimaquedajimenez, @puri_reyesneira, @isa.sepulveda2, @marta19041975, @txellbooks, @diana.c.gasco, @noee_albatros, @gema_lectora, @isalexia42, @ivixiviusa, @cuando.los.mios.duermen, @anasn71, @lecturasdemaggie, @mariabarbosaalm, @miviciolibros, @mimamifriki_marinabooks, @evaleyendoentreburbujas, @Kristinalmb,, @zaira_fg, @lola.lolita.loliya, @mi_mundo_mis_pollitos, @virigol, @fernanda15_05, @bowsinakoopa, @vanu_sa_ms, @elenasoroma, @saravimeg, @lorbaris, @chuscm, @mirelaiordanica, @soniafdezs, @lady_romcom, @maitesospedra, @librosquedejan_huella, @esca87, @monicaxcel7, @mrs.svetacherry, @nina_reus, @entrelibrosyagujas, @pidurreta @rebecajm87, @mariaespinosabcn, @rociombouzon, @Kristibell73, @manolivl28, @gemapastormateo, @nuriamanel, @mariae.martin, @chiio.91, @reinadesdel92, @tere_meler, @mariadelape,

@sarita_rcgt, @eva_y_suslocuras, @joanamaria00, @loslibrosdemama, @jeannemariegg, @_cintiasantiago_, @gemmaripoll, @lepima, @frokonel, @las_historias_de_lola, @losmundosde_ro, @ms_maria87, @falguerasonia, @mariajoseclausmolina, @libreando_book, @luucyrodenas, @starrynight.books, @aintzaneechevarriaperez, @aalbita3, @taramay_books, @inesitasanz85, @arabrines, @evika027, @valeriandbooks_, @aliciagaditana, @torres_de_colores, @lilith_read_books, @lauritaloba, @mrocio1, @agape_sfdo, @elisabethglez, @patrirubiah, @vaneadriai, @piulibooks, @saravimeg, @chelydivison, @pumpingmamaespanol, @sonaiale, @pirilala15, @elena_ferron, @bleny_blac, @__lucia12, @mangeles.navarromoreno, @montxy74, @titaebicrafts, @crisreadingbooks, @librodeolorcafe, @campanilla0130, @gema_lectora, @_viviendo_entre_letras, @mali.lc14, @jianni27, @vadercup, @dorlycera, @yul075, @beatriz_jipu, @sugus_books, @read_j.t.mary, @rg.aguilar128, @coriii_95, @marchyolanda71, @jen_anton, @los_caprichos_de_belenita, @jutid_costa88, @cafeyuki66, @saandra.s3, @linalia_sm, @unrefugiodelectura_, @gemaypaco13, @florigilmarin, @marbeva02, @buesorubio, @milayrya,@nefertiti987, @sradecampos, @martikas194, @__arantxa, @vera.beryl, @andrea_civeram, @lalokadeloslibros_84, @frikigems, @saydecastro7, @vane_vane82, @yessicm32, @andreacg17_, @duranmarinpatricia, @brendy23fire, @aidilibros, @inmabl, @hyedance, @nanibe81, @florifontarigo, @reinadesdel92, @mayraquinego, @anapaula.sahagun, @jessgoni, @claugian2, @melanimenacho, @miryamtorres79, @dariana.carvajal, @magdaly.medina, @irenecarrascoarmas, @ana_isabel1980, @iamjustjaki, @marquesita93books, @miriampines.rme, @dama_oscur4, @bea_guillomia, @cristinafeernaandez, @krisdelapinta, @janireysumundo, @books.and.chill_, @jessy.cd2023, @alicia_de_juan_,@sandriitaa_88, @mariaslvarezgil, @mayte2275, @m_iratxe, @bea.segador, @ocupada_leyendo, @secretos_mamis_lectoras, @dianaieiks, @marigeligasparcasado, @roalvarezvidal, @maraaagargioniii, @esti.siempre.mejor, @elenamh_06, @lexturasfumy,, @makyhugo, @luciasurribas, @mamiypipi, @vir_books87, @gemmapastormateo, @nataliagbien, @criscriscrisf, @eva_murias, @lourdes.andresgarcia,@elis_aranda, @marcapaginas_coloras, @sara_ferret.

Y si me dejo a alguien, perdonadme, por favor. Me hace mucha ilusión que estéis aquí. Un fuerte abrazo, Anny.

SOBRE EL AUTOR

Anny Peterson nació en Barcelona en 1983. Estudió Arquitectura e hizo un Máster en Marketing, Publicidad y Diseño Gráfico. Actualmente, vive con sus hijas y su pareja en Zaragoza.

Lectora acérrima del género romántico. Adicta a series y películas. Adicta a la salsa boloñesa y a la CocaCola Zero.

Encuentra todos mis libros en Amazon:

La Droga + dura I: Atrévete a probarla.
La Droga + dura II: Intenta dejarla.
La Mafia que nos une (Mafia 1)
El Poder de la Mafia (Mafia 2)
En el fondo, me tienes.
En el fondo, me quieres.
Vas a ser Mía.
Vas a ser Mío.
Voy a ser Tuyo.
Vas a ser Suya.
Vas a ser Suyo.
Vas a ser Eterno.
Yo, Superyó y Elle.
Loco, Sexi & Millonetis.
Loca, Sexi & Mentirosa.
ConsigueAlTío.com
ConsigueAlPadre.com
27AllStar.
Santa, este año… ¡voy a ser mala! - Editorial Mil Amores.
Cupido, este año… ¡voy a estar soltera!
Jaque al duque (Trilogía Kaissa I) - Editorial Grijalbo.
Dama Negra (Trilogía Kaissa II) - Editorial Grijalbo.
Jugada Maestra (Trilogía Kaissa III) - Editorial Grijalbo.